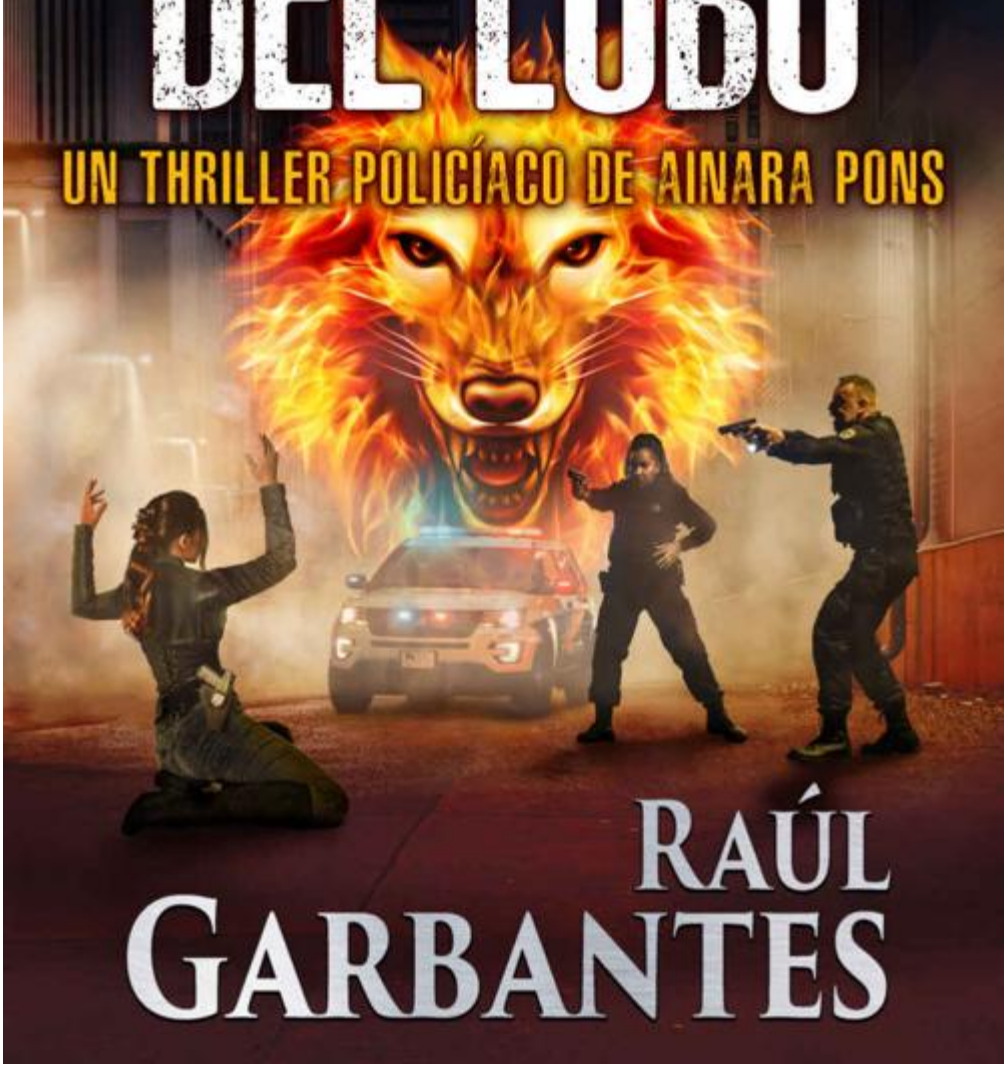
EN LA BOCA DEL LOBO

UN THRILLER POLICÍACO DE AINARA PONS



RAÚL GARBANTES

EN LA BOCA DEL LOBO

UN THRILLER POLICÍACO DE AINARA PONS

RAÚL GARBANTES

EN LA BOCA DEL LOBO

AGENTE ESPECIAL AINARA PONS Nº 7

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2024 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Página web del autor:
www.raulgarbantes.com

Obtén una copia digital GRATIS de *Miedo en los ojos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:
https://raulgarbantes.com/miedogratis

PRÓLOGO

AINARA ABRE los ojos y mira a su alrededor. La luz parpadea y los hombres que la rodean se ven como figuras recortadas en las sombras. Sus rostros, que aparecen y desaparecen en las intermitencias de la luz, se muestran feroces, dispuestos a todo. Ainara cuenta doce en total, son muchos.

Es un lugar oscuro y húmedo. Se oye el movimiento del agua en el suelo, les llega casi hasta los tobillos. Ainara busca una salida. Encuentra una abertura que da a un sitio totalmente a oscuras, es la única entrada. Por allí ingresó sin saber a dónde se dirigía antes de que se encendiera la trémula luz que los alumbra ahora. Ainara puede ver mingitorios e inodoros rotos. Es un baño abandonado. El olor es nauseabundo.

Observa a los hombres a quienes está a punto de enfrentar y sabe que sus posibilidades son inciertas. Si fueran solo cuatro o cinco, no dudaría de poder con ellos, pero son doce. De todos modos, no tiene alternativa, ya está hecho. Ve que el líder sostiene ese hierro en forma de puñal y algunos de los otros llevan palos. Debería derribar al líder primero y quitarle el arma, eso mejoraría sus probabilidades de salir con vida.

Sería un final triste morir de esta manera. Por supuesto que luego de lo que había vivido hasta ahora, no esperaría morir de anciana, muy tranquila en su cama y rodeada de seres queridos. Pero hubiera preferido algo más heroico, en la que su honestidad hubiera sido reivindicada. Morir en este hueco sucio, sin que sus amigos sepan dónde está y con la posibilidad de que su cadáver se pudra en este lugar sin que nunca nadie lo encuentre, es una opción, al menos, triste.

Les echa otro vistazo a sus oponentes, se mantienen inmóviles, como esperando a que el líder les dé la orden o que ella haga el primer movimiento. Estos hombres no la conocen ni saben lo que es capaz de hacer. Ella cuenta con eso, no imaginan que se lanzará como una máquina de matar y que acabará con todos uno por uno. Al menos eso es lo que Ainara se dice a sí misma, intentando convencerse de que puede con ellos y que alguna ventaja encontrará. Estudia sus cuerpos y posibles debilidades, además de las distancias que los separan para anticipar sus movimientos. Sabe que cada uno de sus golpes debe ser mortal, no tiene tiempo para pegar más de una vez. Sin embargo, por más planes que haga, sabe que el instinto es su

mejor herramienta. Su cuerpo reaccionará y hará tanto daño como pueda.

Ve al líder moverse. Su cuerpo se tensa y está a punto de lanzarse, no hay más tiempo para pensar. Es hora de matar.

ME ENCARGAN UNA SECILLA MISIÓN

Hotel en las afueras de Los Ángeles, California
Jueves, 14 de julio, 7:00 p. m.

EL ÍNDICE se me congela mientras revuelvo el daiquiri sin alcohol. Saco el dedo del cóctel y lo meto en mi boca, está delicioso. No es lo que tomaría normalmente, pero hace juego con mi apariencia actual. Levanto la vista y observo mi reflejo en el cristal detrás de la barra. Parezco una chica superficial que anda por bares en busca de aventuras. Mi cabello teñido de rubio, estos lentes con montura rosa y los labios bien rojos son cosas que nunca usaría, pero que me hacen ver por completo distinta. Esa es la idea, verme diferente, que nadie me reconozca.

Tomo un trago. Lo retengo en la boca, saboreándolo unos instantes. Hace mucho que no bebo, así que lo disfruto. Me viene una imagen de Audrey Hepburn en una vieja película tomando lo mismo. Sonrío. No podría haber algo más alejado de mí. Miro a un costado y veo a Stacy Thompson en el extremo opuesto de la barra, bebiendo café. Ella es mi misión, debo protegerla esta noche mientras realiza algún tipo de transacción. No sé de qué se trata, no me dieron esos detalles. Desde el incidente con los supremacistas, todo ha sido más complicado.

El FBI me ha puesto en su mira otra vez y debo andar con cuidado. Si bien aquel acontecimiento fue un fiasco y con mi equipo apenas pudimos salir con vida, logramos arruinar los planes del Anillo. No hemos tenido noticias de ellos desde entonces y espero que siga así.

Hoy me toca proteger a esta mujer. Es una empresaria adinerada conocida de la diputada amiga de Junior, a través de ella nos llegó el trabajo. Evidentemente, se trata de algo turbio, tal vez espionaje industrial, no lo sé. Si no fuera así, esta situación no tendría ningún sentido. ¿Por qué haría la transacción en el bar de un hotel a muchos kilómetros de su casa o su oficina? Por el motivo que sea, debe de ser algo de suma discreción para que la diputada haya optado por llamarnos a nosotros en lugar de enviar a cualquier guardaespaldas. Incluso podría tener que ver con algo del Anillo, ya que la diputada está al tanto de todo lo sucedido y no mandaría a cualquiera.

Creo que estoy obsesionada con ese tema, tal vez solo se trata de una cuestión más simple, quizás esté relacionado con alguna infidelidad. Puede ser que Stacy Thomson espera las pruebas de la

infidelidad de su exmarido de la mano de algún detective privado local. Si tuviera que ver con el Anillo, la diputada nos habría puesto al tanto.

Solo puedo especular, ya que no hay mucho más que hacer cuando se trata de vigilar de incógnito, solo observar, esperar y pensar.

YA HACE una hora y tres daiquiris que observo, espero y pienso. Stacy me mira cada tanto, pero quedamos en que no estableceríamos ningún contacto a no ser que se sintiera en peligro. Sin embargo, la veo muy nerviosa, toma un café tras otro y se agarra fuerte las manos. Me llama la atención la cantidad de anillos que lleva puestos, son todos muy caros, en especial uno que tiene un enorme diamante.

Creo que estoy un poco paranoica y veo señales del Anillo en todos lados, debo relajarme, parece que los daiquiris no logran ese efecto.

Stacy es una mujer elegante, de unos cuarenta años pero con el cabello entrecano. Por su forma de hablar y manejarse, se me hace evidente que es de buena familia. Eso hace que su presencia en este lugar sea aún más llamativa. Ella me dijo que no conocía a la persona con la que se reuniría, que solo se comunicaron de manera electrónica. Solo sabía que era un hombre y que se verían aquí.

Hace unas horas me escribió mi amigo Alain preguntándome si había recibido su paquete. Le dije que no y le pregunté de qué se trataba. Me dijo que era una sorpresa, pero que recibió el aviso de que ya lo había recibido. Lo noté preocupado y me pidió que, por favor, le avise cuando llegara el envío. El paquete nunca llegó.

Un hombre se le acerca a Stacy y se sienta junto a ella. Tiene también unos cuarenta años, cabello corto y castaño, lleva traje azul. No es un traje como el que usaría el empleado de un banco, es más bien uno hecho a medida, como los que usan los ricos. Sucede lo mismo que con Stacy, se le ve fuera de lugar. Está claro que no es un detective privado. También es evidente que no intenta pasar desapercibido, su atuendo va en otro sentido, como si quisiera llamar la atención o seducir. Su sonrisa me dice que se trata de seducción. Tal vez no sea la persona que Stacy está esperando y solo se trata de un hombre rico que sale de su ámbito para buscar algún amorío. Pero Stacy le sigue hablando, si no fuera a quien espera, ya lo hubiera echado. El hombre juega con una llave en la mano izquierda, es de una habitación de este hotel, la muestra como si la estuviera invitando a Stacy. A ella se la ve incómoda. Mientras no me haga ninguna seña, no intervendré. Alcanzo a ver el número de la llave, es de la habitación 12.

El hombre menea la cabeza, negando algo, pero con una sonrisa

socarrona. Entonces, mete la mano derecha dentro del saco. Extrae un sobre manila, hace el amago de dárselo, y cuando ella estira la mano para tomarlo, él lo aparta. Le dice algo. Ella le dice que no y mira hacia su taza de café vacía. Él entonces se alza de hombros, deja el sobre encima de la barra y en un movimiento rápido le acaricia a Stacy la cabeza. Ella se retrae, alejándose, y yo tenso mi cuerpo como para lanzarme hacia él. Pero el hombre sonríe y se aleja. Ella agarra el sobre, lo dobla y lo mete en su cartera. Me mira y asiente con la cabeza. La transacción terminó. Se levanta y camina hacia el ascensor. Le hago una seña al barman y le dejo una propina. Me pongo de pie y voy tras Stacy.

Me apuro a alcanzarla cuando entra al ascensor.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Sí —me responde—, fue un momento desagradable, pero me entregó lo que necesitaba, así que ya está.

—¿Intentó propasarse?

—Estuvo al límite —me contesta, dudando—. Hace veinte años hubiera dicho que era un galán, hoy sé que es un acosador.

—¿Lo volverás a ver?

—No. ¡Por Dios! —exclama poniendo cara de asco—. Nunca más. Hoy dormiré aquí, no me gusta conducir de noche. Te libero, tu trabajo ha terminado. Tu presencia me hizo sentir muy segura. Muchas gracias.

NUNCA ES TAN SIMPLE

Hotel en las afueras de Los Ángeles, California
Viernes, 15 de julio, 8:10 a. m.

ABRO los ojos y tardo unos segundos en reconocer el lugar. Estoy en la habitación del hotel. Un sonido se repite y comprendo que es el teléfono. Estiro el brazo y atiendo.

—Buenos días, señorita Boockman —dice de forma apurada una voz masculina al otro lado de la línea. Pienso que se equivocaron, pero de inmediato recuerdo que ese es el nombre con el que me registré.

—Buenos días —respondo con voz grave y carraspeo, buscando volver a mi tono normal.

—La llamo de la recepción —prosigue la voz en el mismo tono—. Le enviaron algo, la esperamos aquí para que lo reciba.

—¿No pueden subirlo a la habitación? —pregunto. No tengo ganas de levantarme todavía.

—Lo lamento, señorita Boockman —me contesta—. Debe venir por él, la esperamos aquí. Muchas gracias.

El hombre corta. Me llama la atención lo poco gentil de la persona que me habló, por lo general el servicio de los hoteles es mucho más amable.

Me vestí sin ganas. Como tengo el cabello despeinado, me puse una cazadora negra y me subí la capucha. Ahora camino hasta el mostrador de recepción, supongo que se trata del paquete del que me había hablado Alain. Saludo al muchacho de camisa y corbata que se encuentra respondiendo teléfonos y dando indicaciones. Hay mucho movimiento en el vestíbulo.

—Soy la señorita Boockman —le digo—. Me informaron que tenían algo para mí.

—Sí, claro —contesta el muchacho y sale de atrás del mostrador apurado y sin dedicarme ni siquiera una sonrisa—. Sígame, por favor.

El muchacho camina hacia la salida. No entiendo por qué tienen mi envío afuera. Me cruzo con dos señoras que hablan exaltadas con un botones, reclamando que bajen su equipaje de inmediato. Cuando llegamos a la puerta, me encuentro con otro botones, que me extiende una correa y se va. Un cachorro negro me observa desde el otro extremo de la cuerda.

—¡¿Qué demonios?! —exclamo entre sorprendida y molesta. ¿Qué

clase de broma es esta?

—Lo siento, pero en el hotel no aceptamos mascotas —dice el muchacho de la recepción mientras vuelve a entrar, dejándome afuera—.

—¡Espera! —le pido—. No tengo dónde dejarlo.

—Puede amarrarlo allí si quiere —me señala un sitio para estacionar bicicletas—, pero no tenemos a nadie para que lo cuide.

—¿Quién lo envió? —pregunto sin dejar de mirar al animal, que se para y mueve el rabo mientras me huele los pies. Es un *rottweiler*, debe de tener cuatro o cinco meses.

—¡Oh!, perdone —dice el muchacho, dándose cuenta de que se había olvidado de algo—. Aquí tiene el recibo que firmamos.

Me extiende el documento. En el remitente solo figura un nombre: Alain.

¡Maldición! Lo último que quiero en este momento es un cachorro. Ya tuve un perro, mi Bob, mi bestia negra y ninguno podrá reemplazarlo. ¿Qué haré con él ahora? Quiero decirle algo al recepcionista, pero ya no está allí, ha vuelto a su mostrador y lo veo discutir con un huésped. ¿Por qué están todos tan nerviosos? Veo que el cachorro levanta la pata y orina en una maceta. Saco el móvil para llamar a Alain y recién entonces me doy cuenta del tumulto que hay a un costado del hotel. Es en el *parking*. Llevaré al perro hasta mi camioneta para dejarlo allí, mientras tanto, averiguaré qué está pasando. Cuando doy vuelta al hotel para llegar al aparcamiento, veo a muchos policías. Doy un paso atrás y me apoyo contra la pared. Me asomo y veo varios patrulleros, muchos curiosos y una cinta de contención que parece cercar la escena de un crimen. No tengo de qué preocuparme, nada tiene que ver conmigo. Afortunadamente, mi camioneta está en el otro extremo, así que comienzo a caminar hacia allí con el cachorro. Veo un bulto cubierto en el suelo, rodeado de un equipo forense. Sin duda, hay un cuerpo allí abajo. Un homicidio justo en el mismo hotel en que me alojo es demasiada coincidencia. Llego a la camioneta y meto al perro adentro.

—Pórtate bien.

Cierro la puerta, lo veo que se sube al asiento y me mira por la ventanilla. Meneo la cabeza. ¡Maldito Alain!

Me doy vuelta hacia la multitud.

—Es demasiada coincidencia —me repito, resignada. Los problemas me persiguen y mirar para otro lado no va a hacer que desaparezcan, debo ver de qué se trata.

Me arrimo a la valla de contención y veo que suben el cuerpo cubierto con una manta a una camilla. Es entonces que una de las manos del cadáver cae hacia a un costado. Es la mano de una mujer que está llena de anillos. ¡No es posible! Esa tiene que ser Stacy. La

observo el poco tiempo que tardan en entrar a la ambulancia y advierto que le falta el anillo más caro, ese del diamante que me había llamado la atención. Tal vez se trató de un robo. Tenía que protegerla y ahora está muerta. Debí haberla vigilado hasta que se fuera de aquí. Pero ella me dijo que mi tarea había terminado. Fui una estúpida, no podía ser tan sencillo, nunca lo es. Ahora debo averiguar qué pasó, si bien no es mi responsabilidad, al menos le debo esto a la mujer que confió en mí.

Me acerco a dos policías que hablan entre sí y los escucho.

—¿Le viste el cuello? —dice uno.

—Sí —responde el otro—, la estrangularon.

—Como a las demás.

—Sí, como a las demás.

¿De qué demás hablan? ¿Hay más mujeres asesinadas? Tal vez la muerte de Stacy no tenga nada que ver con lo que vino a hacer aquí. Alguien anda robando y matando a mujeres al azar. Debo revisar su habitación, tal vez encuentre los papeles que le dio el hombre anoche y pueda ver si una cosa tiene que ver con la otra.

Vuelvo a entrar al hotel, llego al elevador y subo hasta el piso donde se encuentra su cuarto. Salgo al pasillo y veo un hombre de traje gris junto a un empleado del hotel, quien está abriendo la puerta de la habitación de Stacy. Como si fuera un reflejo, doy un paso hacia atrás y entro de nuevo al elevador. Oprimo el botón del piso dos, que es en el que me alojo. No tengo dudas sobre ese hombre, es del FBI. Salgo al pasillo y voy a mi habitación. Agarro la mochila con mis pocas cosas y salgo, debo desaparecer rápido. Ese hombre no llevaba la cazadora azul característica con las letras FBI en la espalda y no había ningún otro agente en la escena del crimen. Lo que significa que no están oficialmente a cargo del caso. Tal vez vinieron a otra cosa.

Bajo por las escaleras hasta el vestíbulo y miro en dirección al bar. Veo a otros dos hombres de gris hablando con el barman. El barman me ve y me señala. Los dos agentes giran hacia mí y comienzan a correr. Yo también corro. Salgo y voy al *parking* a toda prisa.

No me importa llamar la atención. Debo salir de inmediato. Llego a la camioneta, subo y arranco. Los dos agentes intentan interceptarme, pero no me detengo y los embisto. Ellos se arrojan a un lado para que no los atropelle y yo sigo mi camino. Todo se ha complicado. Nunca es tan simple.

ESTÁN AQUÍ POR MÍ

Motel en las afueras de Los Ángeles, California
Viernes, 15 de julio, 3:10 p. m.

TENDRÍA que haber seguido con mi camioneta hasta salir del estado. Debería olvidarme del caso, después de todo, yo cumplí con mi trabajo y la misma clienta me lo indicó. Debí dejar este tema atrás y buscar un sitio seguro donde desaparecer un tiempo. Pero no lo hice.

Estoy en un motel en la carretera, a veinte kilómetros de la escena del crimen. Quise detenerme para pensar los pasos a seguir y descansar un par de horas antes de continuar. Sin embargo, me quedé aquí tratando de entender lo que pasó. Aún no lo comprendo.

Enciendo el televisor para distraerme y veo las noticias. Como no podía ser de otra manera, las noticias hablan del crimen del hotel. Muestran la foto de Stacy en una gala en Nueva York junto con políticos y empresarios. Dicen que era una ejecutiva importante de una empresa petrolera internacional. Explican que estaba en Los Ángeles por una aventura amorosa, pero que tuvo la mala suerte de cruzarse con el Estrangulador, el asesino serial que ha matado a nueve mujeres en los últimos tres meses.

Apago el televisor. En pocas horas han ensuciado el nombre de Stacy Thompson. Esto tampoco es casual, ¿por qué inventarían lo de la aventura si no quisieran desprestigiarla? Cualquiera que los hubiera visto, el poco tiempo que estuvo en público con aquel hombre, sabría que ella no quería nada con él. Lo cierto es que ese hombre me resultó bastante sospechoso. Más allá de los papeles que le entregó a Stacy, se comportaba como un acosador. Si tuviera que buscar un culpable del homicidio, comenzaría por ahí. Si aquel hombre ha asesinado ya a ocho mujeres sin ser descubierto, dudo que lo atrapen con la novena. Tal vez deba investigar por mi cuenta, no tomaré más riesgos de los necesarios, pero averiguaré quién era ese hombre. Sé que estaba en la habitación número 12, con eso será suficiente para empezar. Debo volver al hotel y obtener esa información. Pero antes hay algo de lo que me debo encargar. Veo al cachorro olfatear las patas de la mesa, así que decido sacarlo antes de que haga sus necesidades aquí adentro. Además, le compraré algo de comida, estamos los dos en ayunas.

Salgo con el cachorro de la habitación y veo a los dos agentes que casi atropello caminando a la recepción. Me echo hacia atrás y me oculto tras una columna. El cachorro se pone a orinar justo ahora.

—Apúrate.

Apenas termina lo levanto en brazos. Ya es bastante grande y pesado, pero no puedo arriesgarme a perder tiempo. Corro con él a cuestas. Cuando me alejo lo suficiente del motel, lo bajo y seguimos caminando rápido hacia la camioneta. La había dejado a tres calles, precisamente para que, de ubicarla, no me encontraran a mí. No entiendo cómo me hallaron tan rápido. No importa, no esperarán que regrese a la escena del crimen, nadie lo haría.

Viernes, 15 de julio, 4:15 p. m.

LUEGO DE DAR un vistazo por la zona, estacioné a la vuelta y dejé al cachorro dentro del vehículo. Camino rápido hasta el hotel, observando de nuevo los alrededores. En el *parking* continúa habiendo policías en custodia de la escena del crimen, pero ya no hay tanto movimiento como esta mañana. Entro al vestíbulo, caminando muy normal. Voy directo a la recepción, tampoco hay policías dentro. Los del FBI deben de estar muy lejos ahora.

—Hola, señorita Boockman —me dice el recepcionista al verme—. ¿En qué la puedo ayudar?

—Vine a realizar el *check out* —respondo como si nada hubiera pasado, como si no hubiera huido. De hecho, si mi curiosidad o cargo de conciencia no me hubieran obligado, jamás hubiera vuelto.

—Muy bien, en un minuto —responde el muchacho y comienza a realizar el trámite en su ordenador.

—Qué horror lo de esta mañana —digo buscando conversación.

—Sí, terrible —me contesta—. La huésped asesinada hizo el *check out* cerca de las cuatro de la mañana —me explica, ahorrándome el trabajo de interrogarlo—. Me dijo mi compañero del turno noche que la vio muy nerviosa.

—¡Qué barbaridad! —continuó en su mismo tono de asombro—. Alguien la debe de haber estado esperando en el *parking*.

—Sí, eso es lo que dijo la policía —me contesta, dándome más información—. Estuvo en el lugar equivocado a la hora equivocada.

No creo que haya sido mala suerte. Ella me dijo que saldría por la mañana, algo aceleró su partida y la aguardaban para matarla. Fue algo planeado. El recepcionista me da la cuenta y se la pago en efectivo con una buena propina.

—Me gustaría hacerte una pregunta —le digo, yendo por lo que realmente me interesa—. Anoche en el bar conocí a un señor muy elegante. Sin embargo, olvidé su nombre, creo que había tomado unos

daiquiris de más y me afectó la memoria. —Fuerzo una sonrisa cómplice a la que él reacciona de manera positiva—. Este hombre estaba en la habitación 12, ¿me podrías recordar su nombre?

—Lo lamento, señorita Boockman —responde el muchacho—. La administración es muy estricta en cuanto a la privacidad de nuestros huéspedes.

Saco de mi cartera un billete de cien dólares y se lo acerco, arrastrándolo por el mostrador. Con velocidad, pero sin llamar la atención, el recepcionista apoya sobre el billete el recibo por el pago de mi habitación, y cuando lo tomo, veo que los cien dólares han desaparecido.

—Me temo que el señor Martin Johnson ha dejado el hotel esta mañana —dice entonces el muchacho, respondiendo a una teórica pregunta que nunca hice, pero con los datos que sí le pedí—, así que no puedo comunicarla con él.

—Muchas gracias —le digo y me doy vuelta. Al hacerlo, choco con un hombre al que reconozco de inmediato—. ¡Oh!, disculpe.

—No hay problema —me responde. Es el agente Smith, el jefe de operaciones del FBI. Se me queda mirando unos segundos como dudando si me conoce o no, pero yo miro hacia adelante detrás de mis lentes y avanzo sin darle tiempo a que reaccione. Smith pronto continúa con lo suyo y lo escucho hablarle al recepcionista.

—Soy el agente Smith, del FBI —le dice a modo de presentación—, estoy buscando a una fugitiva llamada Ainara Pons. Esta es su foto.

No escucho más porque acelero el paso. Seguro le mostró en el móvil una foto mía antigua con el cabello negro. No entiendo cómo llegaron al motel y ahora vuelven a buscarme aquí, pero no me quedaré a averiguarlo. Ahora no tengo dudas, el FBI no está aquí por el asesinato. Están aquí por mí.

POR ALGO LE DICEN EL SABUESO

Motel en las afueras de Los Ángeles, California
Viernes, 15 de julio, 5:30 p. m.

YA ESTOY INSTALADA en otro motel, a treinta kilómetros de la escena del crimen y en la dirección contraria al hospedaje anterior. Cuando dejé atrás al agente Smith, manejé hacia Los Ángeles, guardé mi camioneta en un *parking*, tomé un taxi hasta una agencia de renta de vehículos y alquilé una miniván. Usé una tarjeta con una identidad falsa creada por Andrew, que se ha vuelto un experto en esos temas, por lo que no he dejado ningún rastro que el FBI pudiera seguir. No entiendo cómo me hallaron las dos veces anteriores, pero esta vez no podrán hacerlo.

Ahora aguardo la llamada de Andrew con la información que le pedí apenas esquivé al jefe de operaciones del FBI. Es una suerte que aquel hombre no me haya reconocido, supongo que el no haberme visto nunca en persona y guiarse por una foto vieja fue la causa de que no me descubriera. Yo también lo conozco por fotos. Freddie me contó que había venido de otro distrito para reemplazar al jefe Phillip Nash. Cuando pienso en cómo murió, una gran nostalgia me invade. Freddie me dijo que tuviera cuidado con el nuevo jefe, lo llaman el Sabueso, y supo que quería atraparme.

Estoy recostada y siento algo en mis pies. Es el cachorro que se ha acurrucado junto a mí sobre la cama. Agarro el móvil y le tomo una foto. Es muy bonito. Todavía tengo que hablar con Alain sobre el perro, pero no es el momento, hay cosas más importantes que hacer. Mientras observo la foto, suena el teléfono y atiendo, es Andrew.

—Hola, Ainara —me dice—. Logré hackear al motel y ya tengo los datos del hombre de la habitación 12 que me pediste.

—Bien —le respondo—. Dime qué tienes.

—Su nombre es Evan Dust.

—Un momento —lo interrumpo—. En los registros aparecía como Martin Johnson.

—Sí, lo sé —me confirma—. Pero la tarjeta de crédito que utilizó está a nombre de Evan Dust. Investigué a los tres Martin Johnson que aparecen en el área y ninguno coincide con las características del hombre del hotel que tú me pasaste, son todos afroamericanos. Sin embargo, el Evan Dust dueño de la tarjeta coincide a la perfección con tu hombre.

—¿Averiguaste algo que me ayude a encontrarlo? —le pregunto, sentándome en la cama. El perro me mira, se levanta de donde estaba y se vuelve a acercar hasta apoyarse contra mis piernas.

—Por supuesto —me contesta alardeando—. Pero aquí es donde esto se pone raro. La tarjeta de crédito que utilizó es una antigua, con más de veinte años, una extensión de la tarjeta de su madre, que vive cerca de donde te encuentras.

—¿Qué tiene esto de raro? —pregunto al no ver nada peculiar.

—Lo raro es que es una tarjeta básica con un límite muy pequeño —me explica—, que utiliza en muy pocas ocasiones y solo en California.

—Sigo sin entender qué es lo extraño —insisto.

—Lo extraño —se apresura a decirme— es que Evan Dust es multimillonario, con al menos cinco tarjetas más, tres de ellas sin límite de crédito.

Hago silencio un instante, tratando de asimilar estos datos. ¿Por qué utilizó una tarjeta de su madre? ¿Qué negocio tenía este hombre con Stacy? Además, todavía no hay nada que indique que él es el asesino. Debo ubicarlo.

—Desde hace cuatro meses es el dueño de la empresa de energía solar más importante del país —continúa Andrew—, pero hasta hace seis años no tenía un centavo. Llegó a Nueva York con una mano atrás y otra adelante. De la noche a la mañana se transformó en un magnate.

—Eso solo se logra realizando cosas ilegales —le digo. Pero ya estoy cansada de tanta historia y quiero verlo frente a frente—. Dame una dirección y hablaré con él.

—Tengo la dirección de su casa en Los Hamptons, en Long Island —me cuenta—, la de su oficina en Wall Street y una que tal vez te interese más.

—Deja el suspenso y habla —reclamo.

—La dirección de su madre —aclara—. Como te dije antes, está cerca de tu ubicación. Puedes investigar allí primero mientras yo sigo averiguando lo que se pueda.

—Perfecto, ahora hablaré con Freddie —le digo—. Tenemos que ver si podemos relacionar a Dust con las otras víctimas del Estrangulador. Además hablaré con Junior a ver si a través de su amiga, la diputada, tiene más información acerca de Stacy Thompson.

—Bien —me dice Andrew—, dile a Freddie que me mande todo lo que tenga a mí también.

—Gracias, Andrew —le digo cuando estoy por cortar, pero me interrumpe.

—Espera —me dice—, una cosa más. Kim y Alain están volando a Los Ángeles, deben llegar allí en una hora.

—Pero ¿por qué? —pregunto sorprendida.

—Cuando me llamaste, lo hablé con ellos —me explica—, supusimos que podías necesitar refuerzos.

—Gracias de nuevo.

Corto y me quedo pensando. Dust no tiene el perfil de asesino serial. De nuevo regreso a mi hipótesis inicial de espionaje industrial. Quizás por eso logró tener tanto dinero en tan poco tiempo. Dust es dueño de una empresa energética, Stacy era ejecutiva de una petrolera, básicamente, eran competencia. ¿Qué información estarían compartiendo?

Viernes, 15 de julio, 5:30 p. m.

—HOLA, Freddie —saludo a Tanaka por teléfono mientras manejo hacia la casa de la madre de Dust.

—Hola, amiga —me contesta. Sé que cuando no usa mi nombre es porque tiene agentes del FBI cerca—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Sabía de tu misión y vi las noticias —responde Freddie—. Dos más dos son cuatro.

—Precisamente de lo que viste en las noticias quería hablar contigo —le explico—. Quiero que me des toda la información que tengas sobre el Estrangulador. Tengo una pista de quién podría ser, creo que es el hombre con quien se encontró mi clienta. También dale esos datos a Andrew.

—Bien —contesta—. Les enviaré todo lo que hay a los dos, pero ya me adelanté porque supuse que me harías esta llamada.

Me gusta cuando funcionamos como equipo y se adelantan a mis movimientos, me da más seguridad. Me siento apoyada.

—Debo decirte que no hay mucho al respecto —continúa—. Es más, me atrevería a decir que es una investigación bastante descuidada, casi negligente.

—¿Crees que estén encubriendo a alguien? —pregunto.

—No tengo forma de asegurarlo —me explica—, pero me parece muy raro que no tengan ningún sospechoso o que no lo haya grabado nunca una cámara de seguridad. O es invisible o alguien quiere que no lo vean.

Esto me acerca un poco a Dust. Es un hombre poderoso, tiene los recursos para sobornar a quien sea necesario. Esto va de la mano con su súbito enriquecimiento. ¿Pero por qué un hombre así se convertiría en un asesino serial? Que realice algún tipo de estafa no lo convierte

en homicida. Además, ¿por qué comenzaría a matar justo después de convertirse en el dueño de semejante empresa?

—Si ya has visto los informes, ¿hay algún crimen que se le adjudique antes de los últimos tres meses? —le pregunto.

—No —me responde—. No hay ningún asesinato anterior que coordine el *modus operandi* con el de las víctimas. Son todas mujeres divorciadas, empresarias exitosas que se hallaban en un lugar al que no solían ir.

Estos psicópatas pueden estar inactivos mucho tiempo hasta que algo los hace reaccionar. Algún acontecimiento en los últimos cuatro meses hizo que liberara su impulso asesino, pero convertirse en dueño de una gran empresa difícilmente podrá ser ese disparador, debe haber algo más que coincida con esa fecha.

—Bueno, es todo entonces. —Estoy por cortar cuando se me ocurre consultarle algo más—. ¿Qué hace tu jefe Smith en California?

—¡Diablos! —exclama Freddie—. No sabía que había ido para allá. Esta mañana no vino a la oficina, pero no dijo a dónde se iba. Si tuviera algo que ver con el Estrangulador, aparecería en los registros. No sé cómo te encontró, pero sin duda fue por ti. Luego de lo que pasó con Nash, él sabe que algunos en la oficina te conocemos y apreciamos, no quiere correr el riesgo de alguna filtración que te ponga sobre aviso.

—Yo tampoco sé cómo me encontró —le digo—. ¿Puedes investigarlo?

—Haré lo posible —me contesta—. Pero ten cuidado, por algo le dicen el Sabueso.

SÉ TODO LO QUE NECESITABA SABER

En las afueras de Los Ángeles, California
Viernes, 15 de julio, 7:30 p. m.

LLEGO a un barrio elegante en los suburbios de Los Ángeles. No es Beverly Hills, pero se nota que vive mucha gente adinerada, incluso podría haber alguna que otra estrella de Hollywood por la zona. Busco la dirección que me pasó Andrew y encuentro el lugar. Es una casa hermosa, no tan grande como la de los vecinos, pero claramente debe valer una pequeña fortuna. Al menos, Evan Dust mantiene bien a su madre. Doy un rodeo y encuentro un centro comercial a pocas cuadras. Dejo la camioneta allí, si la dejara en la calle cerca de cualquier casa, en unos minutos tendría un patrullero investigando. El cachorro me lame, pidiéndome bajar.

—Quédate aquí —le digo—. Vuelvo enseguida.

Cuando lleguen Kim y Alain, hablaré del tema del perro. Mi idea era devolvérselo, pero ahora ya no sé qué hacer. Me estoy encariñando.

Luego de caminar unos minutos llego a la casa de la madre de Dust. Su nombre es Evangelina Shepard, no usa el apellido Dust, que debe de ser el de su esposo. Con sigilo me escabullo por un lateral de la casa para llegar al patio trasero. Ya es de noche, así que logro hacerlo sin ser vista. El perro del vecino advierte mi presencia y comienza a ladrar, por lo que no debo perder tiempo. Me meto por un ventanal abierto. Escucho ruidos en la escalera y me escondo detrás de una columna. Es una mujer la que baja, de seguro se trata de Evangelina. La veo pasar hacia la cocina desde donde estoy. Tiene entre sesenta y setenta años, es muy difícil saberlo con seguridad porque está muy bien arreglada, aun para encontrarse en casa. Tiene el aspecto de una empresaria o ejecutiva retirada que conserva su elegancia.

Voy a aprovechar el momento para subir por la escalera y revisar las habitaciones, pero suena el timbre y me oculto de nuevo. Evangelina vuelve a pasar junto a mí y contengo la respiración. Llega a la entrada, mira por la mirilla y suspira. No la veo, pero supongo por el silencio que se está demorando unos instantes en abrir, tal vez duda de hacerlo. Al fin se oye el rechinar suave de la puerta.

—Hola, madre.

Escucho la voz de un hombre saludarla, debe de ser Evan. Quisiera

asomarme para comprobarlo, pero sería muy arriesgado, estoy casi al descubierto y me vería de inmediato. La mujer no le responde, la oigo caminar y veo por el reflejo de la ventana que se aleja de la entrada para acercarse hacia mí. Escucho que la puerta se cierra, Dust ya está adentro.

—¿Qué haces aquí? —pregunta la mujer al detenerse sin mostrar nada de empatía en el trato.

—Vine a Los Ángeles por negocios —responde Dust— y pensé en pasar a saludarte.

—No quiero saber de tus negocios, y ya te dije que no vuelvas más por aquí —sentencia la madre con autoridad.

—Pero, madre, mira —dice el hombre—, te traje un obsequio.

—¡Imbécil! —responde la mujer y se escucha un movimiento brusco, luego el sonido de algo que cae al suelo y rueda casi hasta mis pies. Alcanzo a ver lo que han arrojado. Es un anillo. Lo observo bien y lo reconozco, es el anillo con el gran diamante que usaba Stacy. Ahora no tengo dudas, fue Dust.

—¿Crees que con una baratija puedes comprarme? —afirma la mujer entre ofendida e incrédula.

—No es una baratija, mamá —responde Dust como si fuera un niño —. Tiene un diamante.

—¿Sabes qué? —dice Evangelina—. Creo que eres más estúpido que el vago de tu padre.

—No digas eso, mamá —pide Dust casi lloriqueando—. Papá era un buen hombre.

—¡¿Un buen hombre?! —grita la mujer, enfurecida—. ¡Todavía siento sus sucias manos en mi cuello cuando le pedí el divorcio! Pero era tan inútil que ni matarme pudo. No hacía nada bien. Como tú, un apostador que se gastaba mi dinero.

—No soy un inútil, mamá —contesta Dust, que ahora parece estar enfadado—. Soy el dueño de la empresa de energía solar más grande de este país.

—Sí, claro —contesta ella, mofándose—. Eso ya me lo dijiste hace tres meses, cuando volviste a tocar ese timbre luego de seis años sin recibir noticias tuyas.

—¿Y por qué no te alegras por mí? —pregunta él.

—¿Alegrarme? —le increpa como si no pudiera creer la estupidez de su hijo—. ¿Por qué habría de hacerlo? Aún sigo siendo tu madre. Cuando huiste de Los Ángeles lleno de deudas de juego, porque me rehusé a seguir dándote dinero, me sentí culpable. Así que, al año de no saber nada de ti, hice que te buscaran. Fue una gran sorpresa ver que tenías una carrera meteórica, que ascendías como tocado por una varita mágica. No lo podía creer, te conozco bien, nunca has trabajado, quería saber qué inescrupuloso atajo tomaste. Así que

investigué más. Descubrí que todos tus jefes renunciaban o morían de forma prematura, allanando tu camino. Trabajé toda mi vida para llegar hasta donde llegué y sé que las cosas no suceden como te sucedieron a ti. No sé a qué demonio le vendiste tu alma, pero te puedo asegurar que tarde o temprano te la cobrará, y no es con anillos con lo que le podrás pagar. ¿Cómo podría alegrarme viéndote ir al infierno?

—¿Por qué no puedes aceptar que llegué más alto que tú? —dice Dust de manera petulante.

—Porque no lo has hecho —responde ella resignada, con una huella de lástima en sus palabras—. Aún no entiendes nada. Yo puedo caminar con la frente en alto, tú no. No sé en qué clase de hampón de guante blanco te has convertido, pero ya no me interesa. Como lo fue tu padre, eres un perdedor y siempre lo serás. Mi último buen deseo para ti es que no termines como él.

—Claro que no terminaré como él —murmura Dust y se va dando un portazo.

Permanezco inmóvil, esperando a ver lo que hace Evangelina. La escucho alejarse y me asomo. Logro ver que se sienta en un sillón de la sala y comienza a llorar. Está de espaldas a mí. Recojo el anillo del suelo y salgo de la casa. Sé todo lo que necesitaba saber.

¿CÓMO ATRAPAMOS A ESE BASTARDO?

Los Ángeles, California
Sábado, 16 de julio, 10:30 a. m.

ANOCHE, luego de salir de la casa de Evangelina Shepard, volví al motel y llamé a Freddie. Le conté todo lo que había visto, quería saber su opinión.

—Lo que me acabas de contar coincide con el perfil del asesino —me confirmó—. Como dice en el informe que te pasé, es un sociópata que se enfoca en mujeres exitosas de mediana edad y las mata por estrangulación. Estas mujeres son figuras de poder femenino a las que quiere someter. Investigué la historia de su familia y encontré algo que puede ser revelador. Su padre murió en un accidente durante una riña casera. Aparentemente, cuando la esposa le pidió el divorcio, el hombre enloqueció y quiso estrangularla. Ella logró zafarse, y al empujarlo, el hombre cayó golpeándose la cabeza, lo cual causó su muerte. La justicia declaró a la mujer inocente, se alegó defensa propia. Además, el padre de Dust ya tenía denuncias por violencia, por lo que no hubo dudas sobre lo ocurrido. Si Evan Dust era muy cercano a su padre, podría haber crecido en él un resentimiento hacia su madre que canaliza atacando a mujeres que la representan. Todo coincide con lo que viste en la casa, él quiere terminar la tarea de su padre, matando a su madre una y otra vez con cada víctima. El dato de que en ninguno de los casos hubo abuso apunta en el mismo sentido, no se trata de crímenes sexuales.

—Es lo mismo que pensé yo —le confirmé—. Quizás el ser rechazado por su madre luego de seis años fue lo que disparó esta locura. Ahora el tema es probarlo.

—Eso es más complicado —me dijo—. En el hotel no aparece su nombre y el pago de la tarjeta de crédito que encontró Andrew ya fue eliminado del sistema. También fue borrada la grabación de la cámara de seguridad del *parking* y la del bar donde Evan y Stacy se encontraron. Es decir, cualquier evidencia que podría haber sido registrada, ya ha desaparecido.

La conversación con Freddie me dejó una sensación de impotencia. Si tienes el suficiente dinero, puedes hacer lo que quieras y nadie lo impedirá. Sin embargo, siento que hay algo que se me escapa, algo que no alcanzo a ver, pero que está allí. Por más que Dust arregle las cosas con dinero, hay alguien que toma ese dinero y alguien que lo

entrega. No me imagino que él mismo sea capaz de cubrir tantos detalles. Hay alguien más protegiéndolo.

ESTA MAÑANA ME LEVANTÉ TEMPRANO, antes del amanecer. Sentí la necesidad de abandonar el motel y mantenerme en movimiento. Con el FBI pisándome los talones, no es conveniente permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. Manejé unos minutos, y antes de subir a la autopista para venir a Los Ángeles, me detuve a desayunar en la única cafetería que encontré abierta.

Mientras esperaba mi pedido, café y *hotcakes*, estuve mirando el anillo que recogí del suelo en la casa de Evangelina. Revisé las redes sociales de Stacy desde mi móvil. Encontré muchas fotos en las que se ve con claridad el diamante en su dedo anular. Sería muy fácil para la justicia identificarlo si se lo propusiera. Pensé que si la policía encontrara a Evan Dust con este anillo, podría relacionarlo con la víctima. Sin embargo, no creo que sea suficiente para incriminarlo. Sé que es el asesino, puedo sentirlo, pero no puedo probarlo. Con evidencia circunstancial como esta, no alcanza. Debería obtener una confesión de su parte o atraparlo con las manos en la masa, sería la única forma de mandarlo a prisión.

Luego de desayunar, tomé mi camioneta y entré a la autopista. En poco tiempo estaba aquí, en pleno Los Ángeles. Dejo el vehículo donde puedo y camino al hotel en el que se encuentran Kim y Alain. Veremos qué podemos hacer.

LA PUERTA del elevador se abre y sale Kim con una gran sonrisa. Me levanto del sillón en el vestíbulo para recibirla. Nos damos un fuerte abrazo.

—Es un sitio económico pero agradable —me dice Kim mirando a su alrededor—. Sobre todo, limpio.

—Eso es lo más importante —respondo sonriendo—. ¿Dónde está Alain?

—No lo sé —me contesta Kim—. Me dijo que tenía que investigar algo. Pero que vendría pronto. ¿Te gustó el cachorro?

—¿Tú estabas al tanto? —pregunto, sabiendo su respuesta de antemano.

—Sí —me dice con timidez, como pidiendo disculpas—. Le contamos sobre la muerte del viejo Bob y dijo que te regalaría un nuevo perro. Le dijimos que tal vez no era el momento, pero no nos escuchó. Precisamente, acerca del perro era lo que quería investigar.

—¿A qué te refieres? —la interrogo.

—No me lo explicó por completo —me dice—, pero parece ser que te llegó un día más tarde de lo debido. ¿El cachorro está bien? ¿Cómo se llama?

—Aún no le puse nombre —contesto, pensando en ello por primera vez—. Creo que una vez que lo haga, será mío y no habrá vuelta atrás. No estoy segura de aceptar esa responsabilidad. Pero está muy bien, míralo.

Le envío a su móvil la foto que tomé ayer, cuando estaba echado a mis pies en la cama.

—Es hermoso —dice Kim—. Se la reenviaré a Alain.

—Sí, es hermoso —confirmo—, pero no hemos venido a hablar del perro. ¿Verdad?

—Verdad —me contesta resignada—. Pero tener una charla banal cada tanto nos recuerda que estamos vivas y que no es tan malo.

Le tomo la mano. Sé lo que intenta hacer y se lo agradezco. En los últimos años ha sido la persona que siempre me hace sentir que no todo es muerte y delito, que si lo queremos, podemos disfrutar un poco también. Supongo que el regalo de Alain tiene que ver con lo mismo. Traer un poco más de vida a mi vida. Mis amigos se preocupan por mí.

—Me acaba de llegar un mensaje de Alain —me dice mientras revisa su móvil—, me avisa de que se demorará un poco más.

Me resulta extraño que Alain no esté aquí, pero es parte de su personalidad ocultar algunas cosas. Supongo que aparecerá más tarde con una nueva excusa.

—Muy bien —continúa Kim, enderezándose en la silla—. ¿Cómo atrapamos a ese bastardo?

SOMOS DEL FBI

Los Ángeles, California Sábado, 16 de julio, 11:40 a. m.

MIENTRAS TOMAMOS un café con Kim, viendo nuestras posibilidades, me llega una llamada de Andrew.

—Confronté las fechas de los crímenes contra las fechas en que Dust utilizó la vieja tarjeta de su madre —me dice Andrew—. En el último año, esta tarjeta se usó nada más cinco veces y las fechas coinciden con cinco de los nueve homicidios del estrangulador.

—Es como si su madre pagara por los crímenes —le digo como si pensara en voz alta.

—No lo sé —responde Andrew—. Me resulta difícil entender a la gente, y menos a mentes tan retorcidas como esta. Pero averigüé algo más.

—¿Qué? —pregunto, esperando una respuesta que nos dé una pista de cómo continuar.

—Cada vez que viaja a Los Ángeles —prosigue—, se hospeda en el mismo hotel de lujo. Como el pasaje de vuelta a Nueva York lo tiene para mañana a la tarde, es de esperar que esta noche la pase allí.

—¿Puedes verificar que se encuentre en ese hotel? —pregunto, sabiendo que es nuestra única posibilidad de atraparlo. Una vez que vuelva a Nueva York, será muy difícil hacerlo.

—Ya lo hice —me responde—. No te puedo asegurar que se encuentre allí, pero en los registros del hotel figura que está alojado ahí desde hace tres días y todavía no ha realizado el *check out*.

Después del diálogo con Andrew, Kim y yo nos miramos, sabiendo que es nuestra oportunidad de intervenir.

—Puedo ir al hotel y sacarlo a la fuerza para hacerlo hablar —propongo enseguida.

—Creo que eso no serviría para mandarlo a la cárcel —aclara Kim con mucho sentido.

Es solo que, en el fondo, pienso que tal vez no sea necesario esperar a la Policía. Yo misma podría hacer justicia. Creo que Kim me leyó la mente y por eso se opone a esta primera idea.

—Puedo abordarlo en plan de seducción y actuar como carnada para atraparlo cuando intente matarme —propongo como segunda opción. Pero de nuevo veo el gesto de Kim y advierto que tampoco le gusta esta idea.

—Suponiendo que saliera todo bien —me explica—, no podrías

declarar ante la policía porque terminarías también presa.

Otra vez Kim echa por tierra mi plan, lo que nos conduce a una sola posibilidad.

—Yo seré la carnada —dice Kim, cortando el silencio.

No me gusta la idea de ponerla en peligro, pero no tenemos más alternativa.

ALAIN COMENZÓ la mañana dando vueltas por Los Ángeles. Se había preocupado los días anteriores porque el perro había estado perdido todo un día desde que lo envió. Lo compró en línea en una tienda de Los Ángeles y de allí debía de ser mandado directo al hotel vía Fast Pack, una de las empresas de entregas más importantes del estado. El trabajo debía de ser realizado en el día, como se aseguraba en el momento de la transacción. Nada podía salir mal. Sin embargo, a pesar de haber recibido la notificación de entrega exitosa, el perro no aparecía. Esto lo preocupó, se trataba de un ser vivo y no sabía cuánto tiempo iba a permanecer Ainara en el hotel para recibirlo. Por eso comenzó a llamar. La tienda le decía que lo había entregado «en tiempo y forma», mientras que Fast Pack aseguraba que el animal ya estaba en destino. El perro se perdió. Si bien al otro día, cuando otra vez le llegó el aviso de entrega, se quedó tranquilo porque el animal estaba bien, algo le seguía haciendo ruido. En su experiencia como contrabandista, cualquier laguna en el traslado de la mercancía que sea, podía ser una señal de peligro y era necesario saber dónde estuvo cada producto en todo momento.

Por eso lo primero que hizo a las diez de la mañana fue acercarse hasta la oficina de distribución regional de Fast Pack. Allí le dijeron que el animal llegó por la noche y que fue entregado a la mañana a primera hora. Le mostraron el registro de entrada a las veintiún horas y le explicaron que cuando un producto era recibido después de determinado horario, en lugar de enviarse directo al cliente, era remitido al centro de distribución para entregarse al otro día.

De ahí se dirigió entonces a la tienda de mascotas en la que lo había comprado. Quería verificar que lo habían entregado con retraso. Pero no fue así, le explicaron que fue entregado a tiempo, dos horas después de que él realizara la transacción. Incluso le mostraron la constancia de entrega con la firma del empleado de Fast Pack que lo fue a buscar. ¿Por qué tardó ocho horas en llegar de la tienda al centro de distribución en lugar de ir directo al hotel? Alain había pensado que resolvería esta inconsistencia en un rato y luego se encontraría con Ainara. Por lo que, al no encontrar respuesta, dudó sobre lo que debía de hacer. Podía dejar las cosas así, como un

misterio intrascendente sin resolver y olvidarse del tema, o seguir adelante hasta encontrar la razón del tiempo perdido y quedarse tranquilo. Algo en su interior le dijo que debía buscar la causa de esta situación, así que decidió dedicarle un esfuerzo más al caso.

Fue entonces cuando le escribió a Kim para avisarle de que se demoraría un poco más y, mientras, recibió la foto del perro.

Pensó en revisar de nuevo los *e-mails* de entrega exitosa y recién allí se dio cuenta de que el número de *tracking* era distinto. Ambos estaban a su nombre, pero el número era diferente. Lo mismo sucedió con los dos documentos que le mostraron y a los cuales les había sacado fotos. Entonces, vio que el papel del centro de distribución decía que había sido recibido en una dirección distinta a la de la tienda. Hacia allí se dirigió.

Es una casa de empeño. Alain ingresa al local y lo atiende un hombre de lentes.

—Buenos días —dice Alain—. Quisiera hacerle una consulta que puede resultarle extraña. Ayer compré un perro en una tienda de mascotas y parece que por error fue entregado aquí.

—¿Un perro dice? —repite el hombre.

—Sí —responde Alain con una sonrisa.

El hombre aprieta un botón de lo que parece el intercomunicador.

—Aquí alguien pregunta por el perro —dice, poniéndose serio.

—Ya vamos.

Se escucha por el aparato.

Alain se da cuenta de repente que había cometido un error, que algo anda mal y está tentado a salir corriendo, pero no tiene oportunidad. Dos hombres de traje gris salen de la parte trasera del local, uno de ellos con una pistola, el otro mostrando una placa.

—Quédese quieto —dice el que sostiene la placa—, somos del FBI.

¿POR QUÉ NO?

Hotel de lujo en Los Ángeles, California Sábado, 16 de julio, 7:20 p. m.

HACE una hora que Kim se registró en el hotel en el que deberíamos de encontrar a Evan Dust. Desde entonces lo estamos esperando. Yo me he quedado en el vestíbulo y ella en el bar. Tenemos un intercomunicador y cada una puede escuchar a la otra.

Lo veo entrar al hotel y dirigirse al elevador.

—Atenta, Kim —digo por el intercomunicador—. Dust acaba de entrar, parece que se dirige a su habitación.

—¿Qué hacemos? —me pregunta.

—Será mejor que vengas al vestíbulo —le digo—. No sabemos si irá al bar.

La veo venir a Kim y, al llegar, se sienta en un sillón frente a mí. Yo sigo con mi libro abierto, mirándola solo de reojo. Ella saca su móvil y empieza a escribir algo. Suena el mío. Así que bajo el libro y lo reviso.

—Tengo una idea —me dice Kim por WhatsApp.

—Dime —le contesto.

—Espera que le estoy haciendo una consulta a Andrew.

SUENA el teléfono en la habitación y Dust atiende.

—Buenas noches, señor —dice la voz en el teléfono—. Podría acercarse, por favor, a la recepción porque tenemos un problema con su tarjeta de crédito.

—¿Qué tipo de problema? —pregunta Dust molesto.

—La entidad precisa una verificación de datos de parte suya por un tema de seguridad —responde la voz en el teléfono—, solo demorará un minuto.

Dust cuelga el teléfono y sale de la habitación.

UN MENSAJE LLEGA al WhatsApp de Kim, es de Andrew.

—Listo, ya hablé con Dust. Está en camino.

Kim se levanta, satisfecha de que la treta haya funcionado. Se

dirige a la recepción. Se para junto al mostrador y comienza a hojear unos panfletos con atracciones turísticas. Entonces, se abre la puerta del elevador y sale Dust. Kim lo ve y se aproxima al recepcionista.

—Hola, mi nombre es Kim Wong, del cuarto 322 —dice—. Me dijeron que había un problema con mi tarjeta de crédito.

En ese momento, llega Dust.

—Un minuto, por favor —dice el recepcionista mientras revisa un ordenador—. Lo siento, no me aparece que haya ningún problema con su crédito, señorita Wong, debe haber sido un error.

—Me parecía —dice Kim, mirándolo a Dust—. Es una tarjeta sin límite y nunca tuve un problema con las tarjetas de crédito en mi vida, no iba a empezar ahora.

Dust le sonríe y le pregunta lo mismo al recepcionista.

—Estoy en la habitación 305 y me dijeron que había un problema con mi tarjeta de crédito.

El recepcionista se sorprende y vuelve a revisar el ordenador.

—¿A usted también la llamaron por la tarjeta? —le pregunta Kim, buscando conversación.

—Sí, es extraño —contesta Dust—. Mi tarjeta tampoco tiene límite y nunca me ha pasado algo así.

—Disculpe, señor Dust —dice el hombre, manteniendo su compostura, pero notoriamente preocupado por lo que está pasando —. En el sistema me aparece todo bien, le pido disculpas en nombre del hotel por cualquier inconveniente que le hayamos podido ocasionar. —Luego la mira a Kim—. Lo mismo a usted, señorita Wong, perdón por la molestia.

—No hay problema, pero que no vuelva a suceder —dice Kim con autoridad y después se dirige a Dust—. Mañana tengo una reunión importante y pretendía acostarme temprano. Ahora que me hicieron bajar de la habitación, creo que tomaré un trago. Fue un gusto conocerte.

Luego de decir eso con su mejor sonrisa seductora, Kim da media vuelta y se dirige hacia el bar. Dust la mira de arriba abajo mientras se aleja.

—Disculpa —dice Dust, dando un paso rápido para alcanzarla, y ella lo mira por arriba del hombro—. Estoy en la misma situación que tú, mañana vuelo a Nueva York, pero no me vendría mal un trago. ¿Me permites que te invite?

—¿Por qué no?

Responde Kim y comienzan a caminar juntos. Por un instante, mira hacia los sillones del vestíbulo y ve a Ainara sonriendo.

A TODO PERRO HAY QUE PONERLE COLLAR

Los Ángeles, California
Sábado, 16 de julio, 8:00 p. m.

ESCUCHÉ la conversación entre Kim y Evan Dust sin verlos. Yo continuaba en el vestíbulo mientras ellos tomaban unas copas en el bar. Su sola voz me resulta desagradable. Apenas comenzaron a beber, él inició sus burdos intentos de seducción. No entiendo cómo alguna mujer puede entrar en ese juego. Hizo alarde de su dinero y de su virilidad, era bastante básico. Es incomprensible también como alguien con tan pocas luces haya llegado a tener tanto dinero.

En determinado momento se detuvo a observar el audífono que lleva Kim en el oído izquierdo y que utilizamos para comunicarnos. Ella le explicó que era hipoacúsica de ese oído, que sufrió un accidente de pequeña que la dejó en esa condición.

Ella desempeñó su papel con excelencia: podría ser actriz. Se presentó como ejecutiva de una empresa automotriz oriental que quería ingresar en el mercado norteamericano. Él le habló de su gran empresa y de sus contactos a todos los niveles, le dijo que incluso la podría ayudar. Ella dejó muy en claro que estaba en una posición de toma de decisiones y que no necesitaba ayuda de nadie. En más de una oportunidad se burló de él, buscando alguna reacción. La reacción llegó de inmediato cuando ella dudó de su riqueza. Fue entonces que él la invitó a conocer su yate nuevo para que lo compruebe. Ella se hizo la difícil al principio, esperando mi aprobación para acceder a su invitación. Pero cuando él le aseguró que no navegarían porque aún no tenía la licencia para conducir un yate de semejante envergadura, yo le dije que aceptara y ella simuló dejarse convencer. Estaba claro que Dust intentaría realizar el crimen en ese lugar, donde tenía el poder absoluto y nadie que se le interpusiera, por lo que era nuestra oportunidad de atraparlo.

Después de que él mandara unos mensajes para que, según lo que le dijo a Kim, prepararan la embarcación, salieron en el coche de alta gama de Dust. Yo los seguí en la camioneta a una distancia prudencial para no ser descubierta. El cachorro se puso contento al verme, hacía un par de horas que estaba solo en la camioneta mientras estuvimos en el hotel. Me pidió salir, pero no tuve tiempo para eso, tendría que limpiar la alfombra en cuanto termine todo esto.

Pronto llegamos al atracadero donde se encontraba el yate, que

esperaba con las luces encendidas. Quien lo haya dejado así también dejó un puente tendido y, por lo que alcanzo a ver, la puerta sin llave. Dust se aseguró de que estuviera todo listo y que no hubiera ningún testigo.

—¿Sabes manejar esto? —pregunta Kim mientras abordaban—. Me prometiste que no iríamos a ningún lado, que solo tomaríamos algo.

—Claro que lo sé manejar —dice Dust sonriendo—, pero no tengas miedo, ya te dije que no saldré a ningún lado.

Puedo escuchar en el tono de Dust que a cada minuto se va envalentonando más. A medida que se siente más en control de la situación, se advierte en sus palabras la violencia contenida que en cualquier momento va a estallar.

Le envío un mensaje a Alain que ya ha estado perdido demasiado tiempo y debería de estar aquí conmigo.

—Espero que tengas una buena excusa para no estar aquí —le escribo—, pero te necesitamos urgente.

Le mando nuestra ubicación a la espera de que reaccione y sigo escuchando el diálogo entre Kim y Dust. Pongo a grabar la conversación para utilizarla como evidencia, todo lo que podamos conseguir en este sentido será fundamental para ponerlo tras las rejas.

—¿Cómo es que los asiáticos dejaron a una mujer tan frágil llegar hasta tu posición? —pregunta Dust y advierto que la palabra frágil no es algo casual.

—No soy frágil —dice Kim con altanería para seguir con la provocación—, soy muy flexible, como una serpiente.

—Yo creo que eres demasiado segura de ti misma —dice Dust, poniéndose serio—, tal vez seas flexible, pero solo te servirá para retorcerte.

La situación está por ponerse difícil para Kim, será mejor que comience a acercarme para entrar en acción en el momento justo. Solo debo grabar el audio del comienzo del ataque.

El teléfono vibra. No es momento para atender, pero por las dudas, veo quién me ha escrito. Es Alain. Por fin aparece. Me manda un audio.

—Ainara, acabo de escapar del FBI, me tuvieron prisionero varias horas. Le pusieron un rastreador al cachorro. De seguro el dispositivo está en el collar del perro que aparece en la foto que me enviaron, yo no lo encargué. Voy hacia donde están ahora.

—¡Mierda! —digo en voz alta—. Ven aquí, cachorro.

El perro se me acerca y le saco el collar. Lo reviso y encuentro el maldito aparato. Lo golpeo contra el tablero una y otra vez hasta que el rastreador estalla, produciendo un chispazo. Se lo vuelvo a colocar en el cuello.

—Ya está, cariño —le digo al perro—, los hombres malos no nos

encontrarán más.

—Quiero ver cómo te retuerces, perra —me interrumpe la voz de Dust y se escucha el forcejeo.

—¡Ayuda! —grita Kim.

¡Diablos! Debo entrar ya. Salgo del vehículo, y cuando intento correr hacia el barco, se me interpone una camioneta negra, frenando de golpe. Trato de esquivarla y otro coche negro me cierra el paso.

—Deténgase, Pons —dice uno de los hombres que se bajó de la camioneta, apuntándome con un arma—. FBI.

Miro a mi alrededor y de pronto ya tengo a cuatro hombres apuntándome.

—En aquel yate está el Estrangulador a punto de cometer otro asesinato —les digo señalando la embarcación.

—Las manos en alto, Pons —continúa hablando el mismo hombre —. No intentes nada.

—¡A cuarenta metros están por matar a una mujer, estúpidos! —grito desesperada mientras escucho por mi audífono los chillidos de Kim—. ¡Hagan algo!

—Déjate de tonterías —ordena el hombre a la vez que oigo golpes y quejidos.

Entonces, veo movimientos en el yate. Kim se ha sacado de encima las garras de Dust y se asoma a cubierta pidiendo ayuda a los gritos. Los hombres del FBI giran para verla y yo me arrojo al suelo y ruedo bajo la camioneta.

—¡Alto ahí!

Escucho, pero salgo del otro lado del vehículo que se interpone en la línea de fuego. A pocos metros hay un puente que cruza el atracadero, separándolo del mar abierto. Subo mientras veo que Dust también ha salido a cubierta detrás de Kim, pero al ver los coches del FBI y que dos hombres armados caminan hacia ahí, da un paso atrás y se oculta. Sigo ascendiendo por la escalera sin dejar de mirar el yate. Kim está fuera de peligro. Dust ha rodeado la cubierta y bajado a un pequeño bote de motor. Ya estoy arriba del puente y veo que detrás de mí están subiendo dos agentes. Sigo avanzando, y cuando miro hacia adelante, me encuentro con el agente Smith apuntándome. Freno en seco.

—Al fin la tengo, señorita Pons —me dice sonriendo—. ¿Le gustó el regalo que le mandé?

Lo miro, haciéndome la tonta. Mientras evalúo mis posibilidades y escucho la pequeña lancha arrancando.

—Hablo del perro —dice Smith, satisfecho de sí mismo—. A todo perro hay que ponerle collar y correa.

Veo de reojo que Dust con su bote está por pasar justo debajo de mí y, en un movimiento rápido, salto la baranda del puente. Me arrojo

al vacío y caigo sobre el bote, golpeando a Dust, que no lo vio venir. Tomo el timón y miro hacia el puente. Lo veo a Smith salir corriendo.

BUENAS NOCHES, OFICIALES

Costa de Los Ángeles, California
Sábado, 16 de julio, desde la mañana hasta las 8:15 p.m.

CUANDO ALAIN ATRAVESÓ la puerta trasera de la tienda escoltado por los dos agentes del FBI, se encontró con una oficina de operaciones encubierta. Le ordenaron sentarse y esperar. Hizo caso sin decir nada. Consideró que lo mejor sería cooperar. No sabía de qué se trataba esto y quería averiguarlo, debía tener paciencia. Al menos su instinto no se había equivocado, hizo lo correcto al investigar esa inconsistencia en los horarios de entrega de la mascota. Aunque por el momento hubiera terminado detenido, tenía la posibilidad de descubrir algo más grande de lo que se imaginaba.

Un par de veces quiso preguntar por qué lo tenían retenido allí, si él no había cometido ningún delito. La única respuesta que recibió fue la de que hiciera silencio. Él volvió a obedecer y siguió esperando. En un momento, apareció un hombre que parecía ser quien daba las órdenes.

—Buenos días, Alain —dijo el agente del FBI con mucha tranquilidad—. Yo soy el agente López, el segundo a cargo de esta operación.

—No sé de qué me habla —respondió Alain, realmente no sabía a qué operación se estaba refiriendo—, pero en lo que a mí concierne, no tienen ninguna autoridad para retenerme en este centro clandestino contra mi voluntad. Así que me retiraré ahora mismo.

Cuando Alain se puso de pie, sintió una pesada mano en el hombro y una pistola en la sien. La mano lo volvió a sentar de un empujón.

—Tú no irás a ningún lado —dijo el agente López sin inmutarse. Alain no se atrevió a mirar al hombre que estaba detrás de él apuntándole—. Supongo que llegaste a nosotros investigando la ruta del perro —prosiguió el agente López—, fue muy astuto de tu parte. Sin embargo, ahora deberás esperar a que mi jefe, el agente Smith, atrape a tu amiga, la señorita Pons.

Recién entonces Alain comprendió de qué se trataba. Si bien suponía que estaba relacionado con Ainara, él también tenía su historia y había muchas razones por las que el FBI podría buscarlo. Pero esta vez no era por él, era por Ainara.

—Después de que la hayamos atrapado —añadió López—, se levantarán cargos formales en tu contra por encubrimiento y ser

cómplice de una peligrosa fugitiva.

—No conozco al agente Smith, ni a ninguna fugitiva peligrosa. Además, tengo derechos, ¿sabe? Esto es totalmente ilegal —reclama Alain, negando todo.

Está seguro de que no conseguirá nada con sus reclamos, pero, a pesar de todo, debe mantener una fachada. Como siempre dicen: todo lo que diga podrá ser usado en su contra.

—No tiene ninguna orden de arresto —continúa Alain, manteniendo su estrategia básica de negación—, así que déjeme llamar a un abogado o tendrá muchos problemas.

—Ya me cansé de oírte —dijo López y le hizo un gesto al agente que estaba detrás de Alain. De inmediato, sintió una cinta pegándose sobre su boca.

Alain quiso quejarse, pero fue imposible, ya no podía hablar. En ese instante, un dolor fuerte en una muñeca y luego en la otra lo inmovilizó. Le pusieron esposas que lo amarraron a la silla. Tironeó un poco, pero se dio cuenta de que era inútil, así que trató de relajarse. Debía pensar en cómo salir de esta y avisar a sus compañeros lo que le había pasado.

—Como te dije antes —continúa el agente López—, primero atraparemos a la exagente Pons, luego podrás llamar a todos los abogados que quieras.

El tiempo que permaneció sentado allí le sirvió para comprender con claridad lo que estaba sucediendo. Interceptaron al perro y le pusieron un rastreador, así de sencillo. Por eso es que lograban localizar a Ainara con tanta facilidad. Recordó la foto que le mandó Kim del cachorro y pensó que el dispositivo podría estar en el collar. También advirtió que tenían problemas con el aparato, ya que estaba funcionando mal, lo hacía de manera intermitente. Esta fue la principal razón por la que aún no la habían atrapado. Es por eso por lo que cada vez que se encendía la señal salían casi todos los agentes tras Ainara. Luego volvían cuando, por algún motivo, la captura era frustrada.

Alain cruzaba los dedos cada vez que salían, esperaba que no encontraran a su amiga. Sin embargo, lo que más ocupaba su atención era estudiar sus posibilidades de escape. Durante estas incursiones, solo quedaba un agente de guardia coordinando la operación y custodiando al improvisado detenido. Es que el lugar no estaba preparado para mantener prisioneros y esto podía jugar a su favor. Sabía que si iba a intentar escapar, debía hacerlo en alguno de esos momentos.

Al anochecer, comenzaron otro intento para atrapar a Ainara. En este caso, Alain simuló quedarse dormido. El agente que lo custodiaba, apenas salieron sus compañeros, aprovechó para ir al baño. Alain no

perdió tiempo y tiró con fuerza de las esposas, arrancando el apoyabrazos de la silla a la que estaba aferrado. Pudo ponerse de pie y salir del rincón en el que lo habían dejado. Buscó un objeto contundente y encontró una gruesa herramienta de hierro. Se ocultó detrás de la puerta del baño, y cuando salió el agente, lo golpeó en la cabeza con fuerza. El hombre cayó y Alain lo empujó con un pie para ver si reaccionaba. No se movió.

—Perdón —le dijo al cuerpo que había tirado inconsciente frente a él.

Alain se agachó sobre el hombre y hurgó en sus bolsillos, buscando las llaves de las esposas. No las encontró. Revisó los cajones que había en un par de escritorios y algunas cajas. Tampoco estaban ahí las malditas llaves.

—¡Diablos!

En uno de los cajones encontró su móvil, se lo habían quitado al entrar a esa habitación, pero supo dónde lo tenían guardado todo el tiempo. Lo primero que hizo entonces fue mandarle el audio a Ainara.

—Ainara, acabo de escapar del FBI, me tuvieron prisionero varias horas. Le pusieron un rastreador al cachorro. De seguro el dispositivo está en el collar del perro que aparece en la foto que me enviaron, yo no lo encargué. Voy hacia donde están ahora.

Fue todo lo que pudo decir, no tenía tiempo que perder y tampoco podía hacer mucho ruido. No sabía quién podría estar al otro lado de la puerta fuera de esa sala.

Lo siguiente fue quitarle el arma al hombre desmayado. Ahora tenía que salir. Sabía que afuera estaría, al menos, el dependiente de la tienda. Así que salió a punta de pistola y, al encontrarlo solo y de espaldas, le puso el arma en la nuca. El hombre levantó instintivamente las manos.

—Dame la llave de las esposas —ordenó Alain.

—No tengo ninguna llave —contestó el sujeto con las manos arriba.

Alain martilló el arma y ese sonido hizo recapacitar al dependiente.

—En este cajón —dijo el hombre, señalando uno que estaba bajo el mostrador con el índice de la mano derecha sin bajarla de donde se encontraba.

—Sácala muy despacio y con la mano izquierda —indicó Alain, presionando con el cañón en la nuca.

El hombre bajó la mano izquierda casi en cámara lenta. Abrió el cajón y extrajo la llave.

—La mano arriba —dijo Alain y el hombre volvió a levantarla. Recién entonces Alain le quitó la llave y pudo sacarse las esposas.

Alain, ya con libertad de movimiento, le puso una mano en el

hombro y lo guio hacia la sala de atrás. Con las esposas que aún traía consigo, Alain atrapó una muñeca del dependiente. Luego lo esposó al agente tendido en el suelo, pero pasando la cadena entre las patas de una mesa atornillada al suelo. De esta manera, quedaron los dos inmovilizados. Después se guardó el arma en la cintura y, cuando estaba por irse, se detuvo. Miró a su alrededor y encontró lo que buscaba. Agarró la cinta y les cerró la boca tanto al dependiente como al agente que seguía inconsciente.

Volvió a ir a la parte delantera de la tienda. Se asomó a la puerta y no vio a nadie, ya era de noche. Salió y caminó hasta que logró conseguir un taxi.

—¿A dónde vamos? —preguntó el chofer.

—Dame un segundo —contestó Alain.

Revisó el móvil para ver si tenía alguna respuesta de Ainara. Encontró la ubicación que le había pasado, así que decidió ir hacia allá para ayudar en lo que sea.

—Vamos al puerto —le dijo entonces al taxista—. Yo te guío.

Sábado 16 de julio, 8:45 p. m.

CASI AL MISMO tiempo que la policía, Alain llega al embarcadero en donde se encuentra el yate de Dust. Siguió las coordenadas que le pasó Ainara y se bajó del taxi una cuadra antes.

A medida que se acerca, estudia la escena para decidir lo que debe hacer. Puede ver una camioneta y un coche negro que arrancan y salen a toda velocidad del lugar. También ve que otra camioneta negra está aparcada en la mitad de la calle, cerrando el paso a cualquier vehículo. Allí se detuvieron las patrullas. Los policías bajan y corren al encuentro de dos hombres de traje gris que rodean a una mujer. Es Kim. Alain la ve y camina a paso firme en esa dirección.

Uno de los policías, luego de hablar con los hombres de gris, corre hacia la camioneta. Saca su arma y, acompañado por otro oficial, examinan el vehículo. Entonces, uno de ellos abre la puerta y sale el cachorro. Los policías se miran entre sí y uno de ellos lo toma por la correa. Alain se detiene, duda. Ve a pocos metros la camioneta negra con las puertas abiertas, al igual que los patrulleros. Todos los agentes se han dispersado, así que tiene el camino libre. Algunos fueron al yate, otros interrogan a Kim y los últimos registran los alrededores con linternas.

Alain aprovecha la confusión y retoma el paso hasta llegar a la camioneta negra, ve que en el asiento trasero hay una chaqueta azul

del FBI. Alain no duda, la agarra y se la pone. Entonces, camina hacia los policías que tienen al cachorro. Al llegar a ellos, estos lo miran.

—Buenas noches, oficiales —dice Alain—, yo me encargo del perro. Ustedes revisen la camioneta y establezcan un perímetro para que nadie se acerque.

Los policías obedecen. Alain da media vuelta con el cachorro y comienza a alejarse. La observa a Kim, quien logra verlo, pero muy rápido mira hacia otro lado. Alain sigue caminando con el *rottweiler* hasta alejarse de la escena del crimen. Por lo que vio, Kim no corre ningún riesgo. Debe averiguar qué sucedió con Ainara, encontrar un vehículo para huir de allí y poner al cachorro a salvo.

ME ACERQUÉ AL ANILLO

Costa de Los Ángeles, California
Sábado, 16 de julio, 8:15 p. m.

APENAS TOMÉ EL TIMÓN, Dust se levantó e intentó venirse encima de mí. Le di un codazo que lo obligó a retroceder. Intentó volver a atacarme, pero le pegué una patada en la rodilla que lo hizo caer de bruces. Bastó que le diera una patada en la quijada para que cayera dormido como un bebé. Este bastardo no tiene idea de con quién se metió. Ya era hora de que una mujer lo pusiera en su lugar, me alegra haber sido yo quien lo hiciera. En realidad, quería tener esta oportunidad para darle una paliza, no me molestaría verme obligada a darle de nuevo. Vaya a saber, además de las mujeres muertas, cuántas otras debieron de pasar por las manos de este asesino.

Cinco minutos después, estoy lo bastante lejos como para arrimarme a un muelle y detener el bote. Maniobro hasta allí y apago el motor.

Ato a Dust por las muñecas a la estructura de la lancha con la soga de amarre. El asqueroso sigue dormido como si nada, así que le doy un par de bofetadas hasta que reaccione.

—No te ves tan macho en este momento —le digo, alejándome de él una vez que despierta. Él termina de darse cuenta de su situación y trata de zafarse de las ataduras. No lo consigue.

—¿Quién eres? —me pregunta aún con arrogancia pese a sus situación.

—Soy la mujer que te llevará a la cárcel —le digo con una sonrisa mientras hurgo en el bolsillo trasero de mi *jean*. Extraigo lo que buscaba. Dust ve como le acerco el anillo de diamante a la cara y se lo muestro.

—¿Cómo obtuviste eso? —me pregunta sorprendido. La última vez que lo vio fue en casa de su madre, por lo que debe de estar retorciéndose por dentro. A este tipo de hombre le gusta tener el control, se siente poderoso con ello. Acaba de comprender que está muy lejos de eso, por lo que va entrando en zozobra.

—Eso no importa —le respondo. Cuanto menos información le dé, más descolocado y vulnerable estará—. Lo que sí importa, y le interesará a la policía, es dónde obtuviste tú este anillo. Me encargaré de que sepan que pertenecía a tu última víctima, Stacy Thompson.

Me acerco, le meto la mano en el bolsillo del pantalón y le saco la

billetera. Extraigo los mil doscientos dólares que traía.

—Esto es para cubrir mis gastos —le aclaro mientras reviso sus tarjetas de crédito. Él no sabe cómo reaccionar. Encuentro la que quería, la extensión de su madre que usó en los homicidios. Arrojo su billetera al suelo del bote y miro alrededor. Encuentro lo que parece una caja de herramientas y la abro. Hallo dentro una cinta adhesiva. Sonrío porque es justo lo que necesitaba. Le pego con cinta la tarjeta de crédito y el anillo en el pecho. Veo que en la caja también hay un marcador indeleble. Pensaba usar mi lápiz labial, pero esto es mucho mejor. Le escribo entonces en la frente: ESTRANGULADOR.

Doy un paso atrás y observo mi obra de arte. Le tomo una foto con el móvil. Creo que será suficiente. No nos podemos fiar de lo que haga la policía, así que ya veremos cómo hacerle llegar a los medios toda la información que tenemos. Doy la vuelta para irme sin decirle más nada.

—No me dejes aquí, Ainara. —Al escuchar mi nombre en la boca de este hombre, la sangre se me congela. ¿Cómo diablos me conoce? Me vuelvo y lo miro sorprendida. Veo que su actitud ha cambiado, como si, a pesar de la situación, volviera a tomar el control—. Disculpa que no te reconocí antes —continúa hablando con un gesto desagradable—. Pero tu color de cabello me despistó.

—¿Cómo es que sabes quién soy? —pregunto acercándome despacio. Ahora sí que no comprendo lo que está sucediendo y estoy a punto de darle un buen golpe.

—Todos en el Anillo te conocemos —dice Dust y al oírlo me recorre un escalofrío por la espalda. Fue como si una pesadilla se convirtiera en realidad. Yo llegué a pensar que estaba paranoica y que veía señales del Anillo por todos lados que en realidad no existían. Pero esto me demuestra que cualquier cosa es posible con esta gente. Están en todos lados ¿Cómo se relaciona este asesino con el Anillo?

—¿Qué sabes de mí y del Anillo? —lo increpo, tomándolo de la solapa del saco. Más le vale contestarme porque lo golpearé tan duro que no volverá a atreverse a decir mi nombre.

—Suéltame, Ainara —responde otra vez con arrogancia—, y te contaré todo lo que sé. Creo que te gustará oír lo que tengo que decir.

—No intentes jugar conmigo —le digo mientras le suelto la solapa y le pego un puñetazo para que no se olvide quién manda. Me vuelvo a alejar—. Habla y tal vez no te mate.

—Sé muchas cosas sobre el Anillo que te pueden interesar —prosigue Dust luego de escupir sangre. Se hace el importante y a mí me dan ganas de volver a noquearlo—. En realidad, Ainara, primero que nada, tengo que agradecerte. No imaginaba que tendría esta oportunidad.

—¿Agradecerme? —pregunto cada vez más confundida.

—Así es —me contesta y continúa con su explicación—. Cuando hace más de seis años mataste al antiguo líder del Anillo, facilitaste el ascenso al control de la organización, a gente que había estado relegada por mucho tiempo. Uno de estos jefes era alguien con quien estaba en deuda y para el que hacía algunos trabajos. Los encargos se multiplicaron gracias a este cambio de autoridades y comencé a obtener mejores beneficios por mis servicios. Gracias a tu acto de venganza es que yo llegué a donde estoy.

—Toda esa historia antigua no me interesa —le digo mirándolo con desprecio. Saber que mi accionar ayudó a una escoria humana como esta me repugna. No lo mato ahora mismo porque prefiero que se pudra en la cárcel—. En cualquier momento llegará la policía y no tendrás forma de escapar. Si es el Anillo el que te ha cubierto hasta ahora, creo que llegaste a un punto en que te soltará la mano.

—Yo también lo creo —me dice y lo siento sincero. Creo que ha comprendido que está perdido—. Por eso no me interesa guardar más sus secretos. Si me liberas, te diré quiénes son sus líderes y qué es lo que intentan hacer ahora. Si ellos avanzan, este país dejará de ser lo que es.

Este hombre me hace dudar. No estoy segura de lo que debo hacer, liberarlo luego de todo lo que hizo sería una locura. Sin embargo, comienzo a pensar en la posibilidad de darle un golpe mortal al Anillo y no quiero dejarla pasar. Tal vez sea mejor llevarlo conmigo antes de que llegue la policía. Si su información es lo que asegura, podría desbaratar la organización del Anillo para siempre. Luego me encargaría de él. Todo lo que hizo le costará caro y, de una u otra manera, se lo voy a cobrar.

—Te sacaré de aquí —le digo mientras tomo una decisión improvisada, no puedo seguir dudando, y siempre tendré la posibilidad de entregarlo cuando quiera—, pero si intentas engañarme… Dijiste que me conoces, así que sabes lo que te puedo hacer.

Dust asiente con la cabeza, por lo que me acerco para desatarlo. Sin embargo, advierto que de repente se acercan a toda velocidad dos embarcaciones de la prefectura. Iluminan en nuestra dirección con sus reflectores. También veo las luces de los patrulleros llegar por la calle a lo lejos. No podré escapar con Dust a cuestas. Tampoco puedo dejarlo libre y correr el riesgo de que se escape.

—Lo siento, pero estás por tu cuenta. Encontraré otra forma de acabar con el Anillo —le digo y me lanzo por la borda. Escucho antes de caer al agua que me grita algo, pero no lo entiendo.

El agua me llega hasta la cintura y camino con esfuerzo en la oscuridad para llegar al muelle. Me oculto allí abajo, y cuando puedo, salgo del agua. Logro escabullirme justo antes de que lleguen las

patrullas. Esto no salió como esperaba. Si bien logré sacarme de encima al FBI cuando encontré su rastreador y atrapé a ese cerdo luego de las idas y venidas, me queda un gusto amargo en la boca. Lo más importante de todo se me escapó, me acerqué al Anillo, pero no pude hacer nada.

SMITH APRIETA LA MANDÍBULA

Costa de Los Ángeles, California
Domingo, 17 de julio, 10:15 p. m.

KIM TUVO UNA NOCHE AGITADA. Luego de ser interrogada brevemente por los agentes del FBI que vio Alain, fue asistida por los paramédicos. Los agentes que la vieron en ese momento estaban allí por Ainara, y no tenían ni idea de lo que había sucedido con Kim o Dust. Fue por eso que sus preguntas fueron solo de compromiso. Se encontraron con un ilícito inesperado y tuvieron que actuar.

Después de los paramédicos, que solo debieron curarle unas laceraciones en el cuello, fue revisada por el equipo forense. La policía, ya enterada de lo que había pasado, hizo lo que dictaba el protocolo. Al haber un sospechoso de secuestro e intento de homicidio, llamó a los forenses. Ellos fotografiaron las marcas dejadas por las manos de Dust y tomaron muestras de tejidos bajo las uñas de Kim, ya que ella les contó que se defendió arañando a su agresor. También revisaron todos los lugares donde Kim les indicó que habían estado. Tomaron huellas, medidas de todo tipo y fotografiaron la escena en detalle.

Luego de tratar con los forenses, Kim tuvo que relatar todo lo acontecido por tercera vez al detective Mike Friendow. Se ajustó al relato que había planeado con Ainara de antemano. Habían contado con Junior para esto, ya que él debió conseguir el respaldo de la diputada. Es que iba a ser necesario explicar la presencia de Kim en ese barco y, para eso, la diputada amiga, Eva Longobardi, de Junior era una pieza fundamental. El relato ideado con Ainara decía que Kim era una investigadora privada de Nueva York contratada por la diputada para investigar la muerte de su amiga Stacy Thompson. Kim tenía la licencia de investigadora desde hacía cuatro años, por lo que todo concordaba. Por medios que no podía explicar debido al secreto profesional, averiguó que Stacy había visto a Dust en el hotel la noche de su muerte. Lo investigó, descubrió la pista de las tarjetas de crédito, decidió buscarlo y abordarlo para interrogarlo. Según este discurso, lo que sucedió después se le escapó de las manos, nunca pensó que ella misma podría convertirse en una víctima.

Pese a haber repetido la historia tantas veces, primero al FBI, luego a los forenses y en tercer lugar al detective Friendow, lo más complicado llega al final, cuando reitera el relato, por cuarta vez, ante

el agente Smith, a quien poco le interesa el asunto de Dust.

—En su declaración —dice el agente Smith, yendo directo a lo que le importa— aseguró que realizó este trabajo sola.

—Sí —asiente Kim con naturalidad, ya sabe en qué sentido vendrán las siguientes preguntas.

—Sin embargo —prosigue Smith, poniéndose firme—, mis hombres declaran que Ainara Pons le estaba sirviendo de soporte en tierra.

—No sé nada de Ainara —responde Kim, haciéndose la sorprendida, esto también lo había preparado con Ainara en caso de que le preguntaran—, hace varios años que no la veo.

—No es necesario que me mienta —continúa Smith mirándola fijo, como si con esa mirada la pudiera amedrentar—. Sabemos que Ainara estuvo en el mismo hotel de Stacy Thompson la noche de su muerte. Yo mismo la vi a unos pocos metros de aquí mientras usted estaba en el yate. No lo niegue más, estaban juntas en esto.

—Tal vez se equivocó de persona —dice Kim haciéndose la inocente, pero rondando la burla—. No sé quién estaba aquí afuera, yo estaba sola con Dust. Cuando salí a la borda, pidiendo ayuda y vi a los hombres de traje, no sabía que eran agentes del FBI. Recién cuando los vi con las armas y se acercaron a la embarcación, me di cuenta de que eran ustedes. Le agradezco mucho su presencia, si no hubieran estado aquí, no sé lo que me hubiera pasado.

—¿Entiende que se está metiendo en problemas al mentirme? —pregunta Smith bastante molesto, quiere terminar con esta farsa, pero no tiene herramientas para hacerlo. Lo único que le queda es presionar hasta que se quiebre.

—No le miento, agente —contesta Kim sin inmutarse, no debe abandonar nunca su guion. Mientras los agentes se acercaban al barco y Dust venía tras ella, tuvo tiempo de quitarse el auricular y el micrófono. Los arrojó al agua por la borda y corrió hacia los agentes para protegerse del asesino. En ese momento fue que Dust emprendió la fuga. Kim sabe que si no encuentran el intercomunicador, no hay forma de que la conecten con Ainara y, aun así, deberían encontrar también el intercomunicador de Ainara y verificar que estuvieran emparejados, lo cual es imposible—. No sé lo que sucedía fuera del barco, pero me alegro de que hayan estado allí. No fui consciente del peligro que corría hasta que Dust me atacó. No volveré a cometer ese error.

—No está cooperando, señorita Wong —dice Smith nuevamente amenazante y casi entrando en ira. Lo que haya sucedido con Dust y sus errores como detective privada no le interesan en lo más mínimo, así que irá por todo—. Me temo que la debo llevar detenida.

—¿Por qué? —pregunta Kim nerviosa, esto no estaba en los planes.

—Por ser cómplice de una peligrosa fugitiva —concluye Smith ya cansado de esa situación. La toma de la muñeca y comienza a llevarla hacia una de las camionetas.

En ese momento, se acercó el detective Mike Friendow con un civil de traje azul.

—¿Qué está sucediendo, agente? —pregunta el detective al ver ese movimiento inusual.

—Esta mujer está bajo arresto —dice Smith, que ni siquiera se detiene.

—Espere un momento —pide el detective Friendow, interponiéndose en su camino—. Este es el doctor Jones, el abogado de la señorita Wong.

Kim se sorprende al verlo, no lo conoce. Pero cuando elaboraron el plan para atrapar a Dust, tuvieron en cuenta que deberían tratar con la policía, por lo que tendrían que contar con un abogado, y Junior se encargaría de eso. No imaginaba, sin embargo, que apareciera tan rápido.

—Estoy aquí para acompañarla a su hotel, señorita Wong —afirma el abogado como si no viera la situación tensa que se estaba produciendo.

—A la señorita Wong me la llevaré arrestada —insiste Smith mirando fijo al detective e ignorando al abogado, que está viendo la escena.

—No comprendo —dice el abogado mirando al detective, como esperando una explicación—. ¿Mi clienta está acusada de algo?

—No —responde Mike Friendow balbuceando, está sorprendido por la actitud de Smith y, al ver que dos de sus agentes se aproximan y se paran detrás de él, empieza a creer que esto puede ser un problema—. No hay ningún cargo en su contra, puede retirarse —indica luego, recuperando la compostura, tiene claro que la mujer no cometió ningún delito, o al menos, nadie la ha acusado de nada—. Sin embargo, como testigo principal, por el momento, no puede dejar el estado.

—Nada de eso —interfiere Smith, tratando de imponer su autoridad y aún sosteniendo a Kim del brazo—. A partir de ahora me hago cargo de la investigación y ella queda bajo mi custodia.

—Muéstreme la orden de arresto —dice el abogado recurriendo a la ley. Está seguro de que el agente no tiene nada.

—No necesito ninguna orden —afirma Smith de manera prepotente y, cuando intenta retomar el paso, el detective Friendow se le vuelve a poner delante.

—Lo siento, agente Smith —dice Mike Friendow, queriendo ser educado, pero estableciendo su posición—. Yo estoy a cargo del caso, no usted. Hasta que no reciba una orden de arriba diciendo lo

contrario, usted no tiene autoridad para arrestar a nadie. Además, por lo que tenemos hasta ahora, la señorita Kim no ha cometido ningún delito y no hay ningún motivo para mantenerla retenida. Al contrario, es la víctima aquí y debe ser protegida. Por lo que le recomiendo que la suelte si no quiere que yo mismo levante cargos en su contra.

—No te atreverías —dice el agente Smith, pero advierte de repente que están siendo rodeados por uniformados.

El agente Smith aprieta la mandíbula. Se da cuenta de que sus amenazas no harán mella en el detective a menos que tenga a la ley de su lado. Sabe muy bien que no la tiene. No quiere iniciar un conflicto con la Policía que pueda complicar su investigación, así que le echa una última mirada a Kim. La suelta, da media vuelta y se marcha.

ES UNA PESADILLA

Comisaría de Santa Mónica, Los Ángeles, California
Viernes 22 de julio, 10:15 a. m.

JUNIOR LLEGA a la comisaría en la que se encuentra detenido Evan Dust mientras se realiza la investigación. Se presenta como Alexander Mundy, abogado de la empresa de Dust. Junior está acostumbrado a desempeñar este papel, estudió leyes, así que tiene las bases para simular ser un letrado de Dust. Sin embargo, Junior espera que no lo reciba nadie de más de cincuenta años, ya que la identidad que le fabricó Andrew en esta ocasión pertenece a un ladrón de una serie de televisión de los años sesenta. Él ni siquiera conocía esta serie, pero por las dudas, googleó el nombre y lo encontró. Sabía que por más que le hubiera pedido a Andrew que no hiciera más eso su amigo no dejaría de bromear de esta manera.

—¿Cuántos abogados tiene este hombre? —pregunta el oficial que lo recibe cuando Junior muestra sus credenciales. Es un hombre obeso mayor de cincuenta años. Esto lo pone nervioso a Junior, pero continúa en su rol.

—Somos muchos —responde sonriendo, está seguro de que los verdaderos abogados ya deben haber pasado por aquí, pero no le preocupa, no es extraño que haya más de un abogado en casos tan graves. Lo bueno es que este policía no ve series viejas de televisión—, probablemente vendrá alguno más.

Le toman los datos y no tiene inconvenientes. Pasa el registro de los policías. Le permiten ingresar y lo conducen hasta la sala de entrevistas.

—¿Tú quién eres? —pregunta Dust al verlo ingresar a la sala. Lo hace desde la silla a la que se encuentra esposado. Le dijeron que se encontraría con uno de sus abogados, pero al hallarse frente a frente no lo reconoce. Dust piensa que puede ser un hombre del Anillo que vino a amenazarlo.

—Soy Alexander Mundy —dice Junior mientras ve alejarse al agente que lo escoltó hasta el lugar y se sienta en otra silla, mesa de por medio. Luego lo mira a Dust y le explica—, me envió la doctora Pons.

Dust respira profundo y comprende lo que está pasando. Es justo lo opuesto a lo que esperaba. Desde que fue apresado estuvo aguardando que el Anillo se contacte con él. El no recibir noticias al respecto es

peor que recibirlas. Significa que el Anillo lo ha abandonado, y si es así, cuando sepa algo del Anillo, eso será lo último.

—¡Ah! ¿Qué tiene la doctora Pons para ofrecerme? —pregunta Dust, recobrando su soberbia característica a pesar de no estar en condiciones de mantener esa actitud—. ¿Cómo me sacará de aquí?

—Primero debe darme la información sobre el Anillo y luego veremos qué se puede hacer —responde Junior tratando de imponer las reglas de esta negociación. Sabe, en definitiva, que depende de la buena voluntad de Dust, ya que, aunque quisiera, no podría sacarlo de ningún modo.

—Mire, señor Mundy —dice Dust inclinándose hacia adelante en su silla—. Sé quiénes son los líderes de la organización, conozco las leyes que quieren sacar y para qué las quieren. Incluso estoy enterado de cargamentos de armas y sus destinos. Sé todo lo que necesitan para atacar al Anillo.

—Empecemos por las armas entonces —dice Junior, creyendo que valió la pena haber venido a esta entrevista, al fin tendrán algo con qué atacar al Anillo.

—Bueno, empecemos —prosigue Dust siguiéndole, en apariencia, el juego a Junior—. ¿Cómo me sacarán?

—Estamos trabajando en eso —miente Junior descaradamente, ni se le cruza sacarlo de allí, ni siquiera lo habló con el resto del equipo. Su misión era llegar a Dust y sacarle la información que pueda—, pero debes darnos algo comprobable primero.

—Si crees que he llegado a donde estoy siendo un estúpido, estás muy equivocado —dice Dust poniéndose firme, se acabaron los juegos. Quiere saber cómo lo sacarán y no dirá nada hasta que eso suceda—. Primero me sacan y luego hablo.

—¿Hasta dónde has llegado? —pregunta Junior.

—¿Qué? —pregunta Dust sin comprender.

—Me dijiste que no habías llegado hasta aquí siendo estúpido —prosigue Junior—. No creo que llegar hasta aquí haya sido algo muy inteligente —concluye Junior mirando alrededor y abriendo los brazos. Trata de que recapacite, haciéndole notar que toda su supuesta inteligencia solo lo llevó a la cárcel.

—Estás detenido y, gracias al buen trabajo que realizamos, terminarás en prisión de por vida. Nosotros somos tu única posibilidad de salir de aquí de una pieza. Así que comienza a hablar —le dice como ultimátum.

—Okey —responde Dust reclinándose en la silla—. Entonces, me llevaré lo que sé a la tumba. Lo cual creo que sucederá pronto. Gracias a su «buen trabajo», no habrá forma de que salga impune por mis «actividades recreativas». Mi vida no valdrá un centavo dentro de la cárcel, así que no tengo nada que perder. Me tienen que sacar y

hacerlo pronto, no me queda mucho tiempo.

—Lo siento entonces —dice Junior poniéndose de pie, se da cuenta de que el hombre no hablará y sabe que cada minuto que se encuentre allí corre el riesgo de ser descubierto. Es hora de marcharse—. Es tu decisión terminar así, no la nuestra.

Junior no tuvo más opción que levantarse e irse. Supo que Dust no diría nada y no sabía qué más hacer, así que no insistió. Le hizo señas al guardia que se encontraba al final del pasillo, le abrieron la puerta y, luego de recuperar algunas de sus pertenencias que dejó en la entrada antes de entrevistar a Dust, salió de la comisaría.

Lo primero que hace al entrar a su coche rentado es coger el teléfono y llamar a Ainara. Debe contarle lo que ha sucedido.

—Lo siento, Ainara —dice Junior con frustración apenas reconoce la voz de su amiga al otro lado—. No tuve ningún éxito. Dust no hablará a no ser que lo saquemos de allí.

—¡Maldito! —exclama Ainara y su voz suena furiosa en el teléfono. Junior lamenta no haber conseguido nada y piensa que debe probar con otra cosa.

—Yo volveré a Nueva York —continúa Junior al notar que Ainara no tiene nada para decir—. Andrew tiene vigilada la casa de Dust. Iré a entrevistar a su esposa, alguna información debe tener sobre las actividades ilícitas de su marido. Tal vez al enterarse de los crímenes del padre de sus hijos se le afloje la lengua.

—Gracias, Junior —responde Ainara tratando de calmarse, ella también debe probar otra cosa—. Sé que hiciste todo lo que pudiste. Que tengas un buen viaje.

DUST ES LA CLAVE PARA LLEGAR AL ANILLO

Algún lugar de Los Ángeles, California
Viernes, 22 de julio, 10:50 a. m.

CORTO la comunicación con Junior y me siento frustrada. Arrojo el teléfono sobre la cama como si el aparato tuviera la culpa de algo. Estoy en otro motel, en la otra punta de la ciudad. Ya sin el rastreador que había en el collar del perro, no hay ninguna posibilidad de que me encuentren. Al menos eso está solucionado.

Miro la pared de la habitación y veo una serie de imágenes, recortes y apuntes que fui pegando con cinta. Traté de encontrar un patrón, un esquema que me guíe hacia el Anillo. Pero solo tengo pistas inconexas que no me dicen nada. Stacy por un lado, Dust, la diputada, la empresa de energía solar y rumores, muchos rumores de conspiración. Ainara está segura de que los asesinatos cometidos por Dust fueron algo realizado por su cuenta. Sin embargo, la transacción que realizó con Stacy pudo haber tenido que ver con el Anillo. Aunque así sea, sin Dust no tienen nada. Lo único que podía poner un poco de lógica a este desorden era la información que este asesino tenía para darnos. Me acerco a la pared y miro la imagen de Evan Dust.

—¡Bastardo!

Le grito a la foto y la arranco de la pared. Miro el resto de las notas y estrujo la foto de Dust en la medida en que me lleno de ira. Sin la información de este cerdo, todo esto no sirve para nada. ¡Mierda! Tiro todo al suelo y pateo la pared. Me doy vuelta y camino por la habitación como un tigre enjaulado. Qué bien que me vendría un trago ahora. Tuve en mis manos la posibilidad de saber todo sobre esta organización que me ha arruinado la vida y que terminará destruyendo el país, pero se me escurrió como agua entre los dedos.

A veces creo que está todo planificado, que por algún motivo estoy destinada a enfrentarme al Anillo una y otra vez. Sin importar lo que haga, cuántas veces frustre sus planes o a cuántos de sus miembros elimine, ellos siguen ganando. Se reproducen y crecen más rápido de lo que acabo con ellos. Es desesperante. Es una pesadilla de la que nunca me despierto.

Era un trabajo sencillo cuidar a Stacy Thompson. Pero la mataron, entonces decidí atrapar al asesino y mandarlo a prisión. Lo hice, pero luego de lograrlo, lo único que quiero es que esté de nuevo afuera, parece una mala broma.

Suena mi móvil. Me acerco a la cama y lo recojo. Lo reviso. Son Kim y Alain, me avisan de que están en la puerta. Los estaba esperando. Camino hasta allí y les abro. Kim entra primero y me abraza. No la veía desde el incidente del puerto. Estuve preocupada por ella hasta que me escribió horas más tarde. Me avisó de que estaba en el hotel a salvo, también me contó de Smith y el detective que la salvó, quien parece alguien honesto. Quedamos en no vernos porque ella se encontraba con custodia policial como testigo en el caso de Dust y porque, además, el FBI la tenía vigilada para llegar a mí. Hoy tuvo que hacer toda una maniobra evasiva, ayudada por Alain, para que pueda salir del radar del agente Smith. Según me avisó Freddie, ya está de vuelta en Nueva York, aunque sus hombres nos continúan buscando.

Siento entonces unas uñas rascándome la pierna y ladridos agudos que requieren mi atención. Miro hacia abajo y veo al cachorro moviendo la cola, desesperado. Me agacho y le acerco la cara para recibir sus besos mientras lo acaricio. Alain suelta la correa y, luego de ingresar a la habitación, cierra la puerta detrás de sí.

—Perdón por no haberte ayudado en el yate —me disculpo con Kim apenas el perro deja de lamerme la cara y me permite hablar—. Me atraparon cuando me dirigía hacia allí.

—No te preocupes, Ainara —responde Kim queriendo tranquilizarme, esa es siempre su forma de actuar—. Sé todo lo que sucedió, no podías hacer nada. Lo bueno es que lograste escapar. Desde donde estaba, vi como saltaste del puente. La lancha podría haberte atropellado, o podrías haberte roto una pierna al caer.

—Estoy más grande —le digo sonriendo—, pero aún me mantengo en buen estado físico.

Luego lo miro a Alain.

—Gracias por rescatar al cachorro —le digo mientras sigo acariciando al animal. La verdad es que lo extrañaba, no tiene sentido que le reproche a Alain su regalo, así que no lo hago. De ahora en más será mi perro.

—Lamento no haber podido hacer más —se excusa Alain, bajando la cabeza—. Me demoré mucho. Para cuando llegué, la acción ya había terminado.

—Pero seguiste tu instinto —le digo, haciéndole notar lo que logró hacer—, te pusiste en peligro porque había algo que no te cerraba. Seguiste una pista que cualquier otro hubiera desechado, fuiste atrapado por el FBI, permaneciste allí lo suficiente como para descubrir qué estaba pasando y luego conseguiste escapar. Por si esto fuera poco, me avisaste justo a tiempo del rastreador. Cualquier otro no se hubiera tomado la molestia de investigar la demora en la entrega del perro y todo hubiera sido peor. Estoy orgullosa de ti.

—Lo importante es que estamos todos bien —dice Kim para cerrar el tema de las disculpas.

—Es una forma de decir —aclaro. Aunque no quiera echar su buen ánimo abajo, no tengo más alternativa que ver la realidad—. Mi situación es la misma de siempre, pero Alain es ahora también un fugitivo y tú estás siendo constantemente vigilada por el FBI. Las cosas han empeorado.

—Nada que no resuelva un buen abogado —dice Alain, restándole importancia a las circunstancias—. Los del FBI me retuvieron sin orden judicial, fue algo ilícito. Nunca me mostraron una placa ni me leyeron mis derechos. Incluso puedo presentarles una querella por privación ilegítima de la libertad. Eso justificaría mis acciones atacando al agente en defensa propia. Además, ahora tenemos un buen abogado. Según lo que me contó Kim, el abogado que nos mandó Junior lo hizo muy bien.

—Admiro tu optimismo —le digo con cierto grado de ironía—. Me gustaría ver la cara de Smith si recibiera una denuncia por parte de Alain.

—No te preocupes tanto por nosotros, sabemos arreglarnos, tú nos has enseñado —interviene Kim, queriendo hacer que me relaje un poco—. Lo bueno es que ese cerdo está hasta el cuello y no escapará de esta. Espero que en la cárcel reciba lo que merece.

—Es verdad —afirma Alain—, pero deberíamos asegurarnos de que no se encubra la situación, y para eso lo mejor es acudir a la prensa. Yo sé que puertas tocar.

—Esta vez creo que el caso cayó en manos honestas —interviene Kim—, el detective Mike Friendow me dio buena espina. No creo que arroje la basura bajo la alfombra.

—Eso es lo que me preocupa, Kim —le explico y ella se me queda mirando—. Dust es la clave para llegar al Anillo. Una vez en prisión, estará firmada su sentencia de muerte. Y por más que lo merezca, perderemos nuestra única oportunidad de desbaratar esa organización de una vez por todas.

Kim y Alain se quedan pensando y de repente se miran con una sonrisa.

—Entonces —me dice Alain como si fuera a proponer lo más común del mundo—. No debe llegar a prisión.

PENSÓ QUE LO HABÍAN DESCUBIERTO

Santa Mónica, California
Viernes, 22 de julio, 11:00 a. m.

VUELVO A LLAMAR POR TELÉFONO A JUNIOR. Creo que va de camino al aeropuerto en este momento. Kim y Alain escuchan la conversación mientras toman un café que fue a comprar Alain hace unos minutos. La propuesta de que Dust no llegue a prisión requiere, antes que nada, saber hasta cuándo permanecerá en la comisaría. Es aquí en que entra Junior.

—Necesitamos que vuelvas a la comisaría, Junior —le digo con un poco de vergüenza, no me gusta dar indicaciones contradictorias ni pedir esfuerzos innecesarios. Ir dos veces a la misma estación de Policía con una identidad falsa es demasiado—. Tenemos que averiguar cuánto tiempo permanecerá allí o si será trasladado a algún lado.

—Bueno —responde Junior con un tono de duda, lo toma de sorpresa este pedido—, pero sabes que no es seguro que vuelva allí.

—Lo sé —le contesto más avergonzada aún, entiendo que lo estoy poniendo en peligro—. Sé que es arriesgado que te vuelvas a exponer así, pero no te lo pediría si no fuera importante.

Entrar en una comisaría con una identidad falsa no es un juego. Menos aún hacerlo dos veces. Cualquier comunicación de los verdaderos abogados con la policía pondría en evidencia a Junior y quedaría arrestado de inmediato.

—¿Qué tienes en mente, Ainara? —me pregunta sabiendo que algo estamos tramando.

—Sacaremos a Dust antes de que vaya a prisión —le explico sin rodeos—. Por lo que hemos averiguado, las pruebas en su contra son demasiadas como para dejarlo libre. Pudieron contrastar su ADN con el encontrado en las demás víctimas y dio positivo. Por lo que no quedará en libertad condicional a la espera del juicio, sino que permanecerá detenido en prisión durante todo el proceso. Como no pueden tenerlo en la estación de Policía tanto tiempo, no tienen más alternativa que trasladarlo a prisión.

—¿Por qué lo quieres sacar? —pregunta Junior claramente sorprendido y, quizás, un poco molesto—. Si lo que queríamos era justo esto, que fuera a la cárcel. Salió todo perfecto. ¿Por qué arriesgarse así?

—No tenemos otra forma de acabar con el Anillo —contesto resignada. No sirve de nada meter a un asesino solo en prisión, teniendo la posibilidad de acabar con un ejército entero de ellos—. Sin Dust, no tenemos nada.

Comisaría de Santa Mónica, Los Ángeles, California
Viernes, 22 de julio, 11:49 a. m.

JUNIOR HIZO lo que Ainara le pidió. Le indicó al taxi que diera la vuelta y se dirigieron a la comisaría.

Al llegar, Junior vuelve a ponerse los lentes, que son parte de su caracterización como abogado, y entra al recinto policial. Cuando se aproxima al mostrador de recepción, se encuentra con el mismo oficial obeso que lo recibió hace un par de horas. El hombre se sorprende al verlo.

—Espéreme un minuto —le dice el oficial y sale de su sitio para atravesar una puerta justo detrás de él. Se demora un par de minutos en salir, durante los cuales Junior comienza a sentirse ansioso.

Cuando al fin vuelve a salir el oficial que lo atendió, lo hace con un gesto adusto. Ve que otros dos policías salen por la misma puerta y lo miran de reojo, pero siguen caminando hacia la entrada, donde se detienen. Uno de ellos dice algo por su intercomunicador y se quedan allí parados sin hacer nada. Junior siente deseos de salir corriendo. El ambiente está muy raro y piensa que lo pueden haber descubierto. Sin embargo, ya está allí y nada puede hacer. Tiene que seguir adelante.

—Dígame —prosigue el oficial—, ¿en qué lo puedo ayudar?

—Solo una cosa que olvidé averiguar —explica Junior, queriendo obtener la información lo antes posible y salir disparado de allí—. No sé hasta cuándo permanecerá mi defendido en esta sede y si es que ya está planeado su traslado.

—Aguarde un momento.

El oficial vuelve a hacerlo esperar y repite los movimientos realizados instantes antes. Va hacia atrás, como si cada interacción con Junior requiriera la aprobación de un superior.

Al poco tiempo, vuelve a salir y le alcanza un documento que Junior recibe y comienza a leer.

—Llene esto, por favor —le indica el oficial.

Junior sigue observando el papel y ve que es un formulario que le pide sus datos. Es para dejar por escrito su pedido. Lo mira al oficial.

—Es un certificado de requisitoria —prosigue el policía—. Para que quede asentado su pedido.

Junior llena el formulario y lo entrega. El oficial lo revisa y lo lleva, otra vez, hacia atrás. Junior está nervioso y vuelve a mirar hacia la salida. Policías y civiles entran y salen, pero los dos oficiales que vio al principio siguen apostados allí como vigilando algo. Al rato regresa el oficial.

—Evan Dust será trasladado el lunes por la mañana a la penitenciaría —explica el policía—. Si quiere, puede venir ese mismo día para presenciar las condiciones del traslado.

—¿A qué hora será? —pregunta Junior queriendo obtener todos los detalles posibles.

—Eso no está definido —responde el policía mirando su ordenador como si le esquivara la mirada.

—Muchas gracias, nos vemos el lunes entonces —miente Junior, sabiendo que nunca más se acercará a ese lugar.

Cuando va a cruzar la puerta, nota como los dos oficiales que permanecían apostados allí lo siguen con la mirada. Junior se apura a salir y muy rápido consigue un taxi. Esta vez irá hacia el aeropuerto y nada lo hará volver atrás. Espera alcanzar el vuelo que tenía reservado. Está muy sobre la hora, pero aún puede llegar. Por lo pronto, respira relajado. Pensó que lo habían descubierto en la estación de Policía, pero al parecer no fue así. Cree que fue solo su imaginación, realmente la pasó muy mal. Lo que Junior no sabe, ahora que bajó su nivel de estrés, es que un coche sin marcas de la policía lo sigue a corta distancia.

ES UNA TRAMPA

Santa Mónica, California
Lunes, 25 de julio, 9:30 a. m.

DESPUÉS DE QUE Junior nos pasara la información que obtuvo en la estación de Policía, debimos evaluar nuestras posibilidades. Decidimos que había que actuar cuanto antes.

—Atacaremos durante el traslado —dijo Alain mirándonos a las dos.

—Creo que es lo mejor —aprobó Kim—. La idea de sacarlo de la comisaría me parece demasiado peligrosa.

Con Alain y Kim acordamos entonces que sería más sencillo atacar durante el traslado.

No teníamos los detalles acerca del horario, la cantidad de guardias o la ruta que seguirían. Es por eso por lo que coordinamos una operación improvisada. La idea sería esperar fuera de la estación hasta que salieran los vehículos encargados del traslado, de ese modo resolveríamos el problema del horario. En cuanto a la cantidad de la escolta policíaca, el protocolo normal sería que Dust fuera llevado en una camioneta blindada acompañado por un patrullero, así que esperaremos que así suceda. Por último queda el problema de la ruta, el cual resolveremos sobre la marcha.

Estamos en tres coches separados. Kim espera fuera de la estación para seguirlos y avisarnos qué camino tomarán. Nosotros esperamos en las dos vías posibles. Cuando Kim nos diga la ruta, la idea es interceptarlos antes de que lleguen a la cárcel. Ya veremos cómo. Durante mis años como agente del FBI, coordiné decenas de operaciones similares, por lo que, a pesar de tener muchas variables, puedo llevar adelante esta misión con éxito.

—Ya salen —nos avisa Kim por el móvil apostada a metros de la comisaría—. Como especulamos, son una camioneta y una patrulla. Los sigo.

—Bien, Kim —respondo para confirmar que recibí el aviso—. Tenme al tanto. Alain —digo hablándole a mi amigo.

—¿Sí, Ainara? —me contesta él al instante.

—En cuanto los tengamos en la mira —empiezo a explicarle a Alain la forma en que procederemos—, yo daré la señal. Tú debes separar a la patrulla de la camioneta. Cuando la camioneta se detenga para esperar a la patrulla, yo entraré en acción. Kim…

—¿Sí, Ainara? —me confirma de inmediato.

—Tú mantente cerca —le indico—. Cuando salga con Dust, subiremos a tu coche.

—Entendido —confirma también Kim—. Ahora estamos doblando hacia la izquierda. Vamos en tu dirección, Ainara.

—Las alcanzaré en la avenida —nos avisa Alain—, diez cuadras adelante.

Cada uno sabe lo que tiene que hacer y busca su posición. Todo marcha según lo previsto. Veo acercarse la camioneta por el retrovisor, así que arranco y me coloco delante de ella. En un minuto aparecerá Alain y comenzará el show. Él dará el puntapié inicial, interponiéndose entre los dos vehículos. Luego será mi turno. Debo actuar rápido y ser certera, no quisiera hacerle daño a los policías. El teléfono suena, interrumpiendo mi concentración.

—¿Quién diablos llama ahora?

Veo el móvil y sale el nombre de Tanaka.

Oficinas del FBI, Nueva York

Lunes, 25 de julio, 9:30 a. m.

TANAKA, desde su escritorio, lo ve entrar apurado al jefe Smith. El hombre va a su despacho y toma unos papeles. Usa el cabello corto estilo militar. Freddie lo investigó cuando se hizo cargo de la oficina y averiguó que fue marine hasta que un accidente en la pierna lo obligó a dejar esa fuerza. Luego entró al FBI y se destacó de inmediato por su persistencia y astucia. Llegó en pocos años a convertirse en jefe, por eso es respetado e incluso temido por sus subalternos.

Sale de su despacho. Tanaka intuye que algo está sucediendo, se pone de pie y se le cruza sin intentar disimularlo.

—Buen día, jefe —le dice caminando hacia él—. ¿Se va tan temprano?

—Sí, debo tomar un avión en dos horas —contesta Smith, quien apenas se detiene—. El agente Edwards se queda a cargo.

—Ha viajado mucho en estos días —insiste Tanaka a riesgo de resultar sospechoso—. ¿A dónde va? En los informes no dice nada.

El jefe Smith se detiene de nuevo cuando iba a reanudar el paso y mira a Freddie con una sonrisa.

—Te preocupa tu amiga Ainara, ¿verdad? —dice Smith, tomando por sorpresa a Freddie con esa pregunta.

—No entiendo —responde Freddie, haciendo como que no comprende—. ¿A qué se refiere?

—No te hagas el tonto, Tanaka —continúa Smith viendo que Freddie oculta su verdadera preocupación en cuanto a Ainara—. Entiendo que fue tu compañera y mentora cuando eras un novato. Pero hace tiempo cruzó una línea que no debía de pasar. Ahora es una delincuente fugitiva a la que voy a atrapar. Su accionar es una vergüenza para el FBI y debemos remediarlo.

—Sé que por poco la atrapa hace unos días, jefe —dice Freddie tratando de sonar conciliador—. Pero por lo que escuché, ella ayudó a atrapar a un asesino serial. Eso debería de valer algo para usted.

—Mira, Tanaka —dice Smith ya cansado de esta charla—. No me importa lo que haga o pretenda hacer la exagente Pons. Solo me interesa lo que hizo cuando portaba nuestra placa.

El agente Smith le echa a Freddie una última mirada severa y comienza a irse. Freddie reacciona de manera inconsciente, tomándolo del brazo.

—Jefe —dice Freddie, poniéndose en una situación muy tensa—, estamos aquí para cuidar a la gente, no para vengarnos de nadie.

Smith mira la mano que sostiene su brazo sin decir nada y Freddie lo suelta.

—Debes revisar tus prioridades, Tanaka —dice Smith clavándole los ojos—. Decide de qué lado estás o terminarás como tu amiga. —Smith mira la hora en su móvil—. En este momento, mi equipo de Los Ángeles la debe estar atrapando. Hace tres días interceptamos a uno de sus secuaces, quien se hace pasar por abogado de Dust. De hecho, la Policía local lo quiso detener cuando apareció descaradamente en la comisaría. Pero justo estaba reunida allí mi gente y los convencieron de que lo dejaran ir. Pensamos que podía llevarnos a Ainara, pero fue hacia el aeropuerto. Así que intervenimos su teléfono. Estaban planeando rescatar a Evan Dust mientras es trasladado a la cárcel. Hice que lo trasladaran anoche. Si Ainara se atreve a atacar la camioneta, se llevará una linda sorpresa. Estoy yendo para allá, le mandaré tus saludos.

Smith termina de decir esas palabras y se marcha. Freddie se pone nervioso, pero no tarda. Va hacia el baño y llama a Ainara. El móvil suena hasta que ella atiende.

—Es una trampa —dice Freddie, desesperado—. ¡Aborten!

SACAREMOS A DUST

Santa Mónica, California
Lunes, 25 de julio, 9:40 a. m.

—¡ABORTEN! —por un instante permanezco como aturdida cuando escucho la voz de Freddie. Un momento después, reacciono.

—¿De qué hablas? —le pregunto, tratando de confirmar que entendí lo que me dijo. Debí poner a Kim y Alain en espera.

—Dust ya está en la cárcel desde anoche —me dice tratando de explicarme rápido—. La camioneta está llena de agentes del FBI.

Retomo la comunicación con Kim y Alain.

—¡Aborten! —grito ahora convencida—. Es una trampa.

—¿En serio? —pide confirmación Alain.

—Sí, no hagas nada —le digo mientras cruzo una bocacalle y veo a Alain a través del parabrisas de su coche, quien se detiene y me mira desconcertado—. Den un par de vueltas y diríjanse al motel.

LUEGO DEL FRACASO de la misión, les expliqué por teléfono lo que había sucedido. Estuvimos a punto de cometer un grave error y caer los tres presos. La alerta de Tanaka llegó justo a tiempo.

Antes de bajar del coche, llamé a Freddie para avisarle de que estábamos a salvo, pero él me dijo que aún no era así.

—Debes avisarle a Junior que desaparezca —me dijo Freddie con énfasis—. Ya saben quién es y tienen intervenido su móvil, por eso no lo llamé yo mismo.

Luego me explicó cómo descubrieron a Junior y nuestro plan. Entonces, le pregunté algunos datos más sobre Dust que él prometió investigar. Ahora que ya está en la cárcel, deberemos buscar otra salida.

—¿Qué hay de ti? —le pregunté al fin. Él y Andrew son los únicos que no están siendo buscados. Espero que puedan seguir de esa manera.

—Estaré bien —me contestó Freddie, restándole importancia a su situación—. Smith sabe que estoy de tu lado, pero no está al tanto de que lo hago activamente. Ahora que se frustró su trampa, puede llegar a pensar que tuve que ver con ello. Así que debo mantenerme al margen. De todos modos, él está viajando para allá ahora, por lo que

no me molestará a mí, sino a ustedes. Destruye ese teléfono.

Apenas le colgué a Freddie, le mandé un mensaje a Junior para avisarle.

—Rompe tu teléfono y desaparece. Cuando tengas un número nuevo, escríbele a Alain.

—Okey —me respondió y luego dejó de estar en línea. Espero tener noticias de él pronto para explicarle todo. Las cosas están complicadas para cada miembro del equipo.

ENTRAMOS A LA HABITACIÓN EN SILENCIO. Kim y yo nos recostamos en la cama. Alain se sienta en una silla al costado nuestro.

—¿Ahora qué? —pregunta Alain mientras acaricia al perro. Siento que él se ha encariñado con el cachorro tanto como yo.

—No creo que se pueda hacer nada —responde Kim bocarriba en la cama sin dejar de mirar el techo—. Ahora que también tienen en la mira a Junior, ni siquiera podemos acceder a Dust en la cárcel.

Kim tiene razón. A Junior lo descubrieron luego de salir de la estación de Policía la primera vez, si no lo atraparon cuando volvió, fue porque tuvimos suerte, sabíamos que era arriesgado. Solo lo dejaron seguir adelante con la farsa para llegar a mí. Será mejor que Junior se quede en Nueva York. Si vuelve a acercarse a Dust, lo meterán en prisión a él también. Se nos acaban los recursos.

—Tal vez —dice Alain buscando una alternativa—, si Dust hiciera un trato con el fiscal, podría entrar al programa de protección a testigos a cambio de delatar al Anillo.

—¿Por qué crees que el fiscal no trabaja también para el Anillo? —pregunta Kim corriéndose un poco en la cama para dejarle espacio al cachorro, que acaba de subir. El animal se hace un bollito en el medio de las dos—. No creo que Dust confíe en nadie, no debería de hacerlo. Por eso apeló a Ainara, porque sabe que ella nunca se inclinará ante el Anillo. Él es consciente de que su única oportunidad de sobrevivir es mantener la boca cerrada, pero es apenas una chance, no es nada seguro.

Creo que Dust comprende que, aunque se quede callado, es cuestión de tiempo para que acaben con él. Por eso estaba desesperado para que lo saquemos de la comisaría. Se ha dado cuenta de que ya no está bajo la protección del Anillo, y aquella no es una organización que permita a sus miembros jubilarse. Cualquier retiro, en la circunstancia que sea, será una condena a muerte.

Advierto que Alain y Kim me miran, aguardando que diga algo. Quizás esperan que les anuncie que hemos terminado, que pueden volver a casa. Que no tenemos más opciones y que debemos renunciar

a perseguir al Anillo. Así que diré algo.

—Las cosas se han complicado —afirmo y hago un instante de silencio para reflexionar. Entonces, cambio las palabras que estaba por decir, la ira puede más que la lógica—, pero me resisto a dejar que el Anillo vuelva a ganar sin presentar batalla. Sacaremos a Dust de la cárcel.

YA ERA HORA

Piso de Junior, Brooklyn
Lunes, 25 de julio, 10:20 a. m.

LUEGO DE ESCRIBIR «OKEY», Junior apaga el móvil. Lo mete en el bolsillo y suspira.

—¡Diablos! —exclama meneando la cabeza. Está llegando a su casa. Pensaba ir allí a estudiar la forma de llegar a la esposa de Dust, pero deberá cambiar de planes. Piensa que al menos puede pasar por su piso a buscar algunas cosas antes de, como dijo Ainara, desaparecer.

Da la vuelta a la esquina cuando ve un coche negro estacionado frente a su edificio. Gira y regresa unos pasos hasta quedar fuera del área de visión. No está seguro, pero ese vehículo podría ser del FBI. Tal vez no sea buena idea volver a su casa. Luego le pedirá a Andrew que pase por allí a recoger lo que necesitará.

Respira profundo otra vez. Quizás esté exagerando. Era solo un coche negro, nada más. Piensa que los años que lleva en este trabajo lo han hecho demasiado paranoico. Aun así, no regresará a su hogar por el momento. De todos modos se asoma para verificar que no fue nada. Entonces, ve dos hombres de traje gris que vienen directo hacia él. En cuanto lo ven, aceleran el paso. Junior se sobresalta y empieza a correr. Los hombres corren detrás de él. Junior se desespera y cruza la calle entre los coches que tocan bocina y frenan de golpe. Los agentes también se lanzan a la calle y más bocinazos e insultos se escuchan por todos lados. Junior no se había equivocado, eran del FBI y estaban allí por él. Nunca más subestimará su intuición. Sube a la acera al otro lado de la calle y entra a una construcción, un futuro rascacielos. Corre entre las vigas y pilas de materiales. Los agentes hacen lo mismo. Uno de ellos tropieza con una bolsa de cemento y cae al suelo. Se levanta lleno de polvo y sigue corriendo. Junior ve un vallado de casi dos metros de altura. Pisa una pila de baldosas y salta hasta colgarse del vallado a la altura de la cintura. La pila de baldosas cae y se desparrama por el suelo. Pasa una pierna, luego otra y salta al otro lado. El primer agente lo ve desaparecer detrás de la pared de madera. Corre hasta allí y mira hacia los costados, buscando por dónde salir. No hay salida, así que también trepa al vallado, pero sin la ayuda de las baldosas, le cuesta un poco más. Lo cruza, y cuando mira a su alrededor buscando a Junior, ya no lo encuentra. Se queda parado allí

con las manos en la cintura, mirando hacia todos lados. Recién entonces llega su compañero, que cae a su lado todo sucio.

—Vamos hacia Queens —le dice Junior al taxista. Mira atrás y ya no logra ver a los hombres que lo perseguían. Los ha perdido. Hay una sola cosa que puede hacer ahora. Le hará una visita a Andrew.

Oficinas del FBI, Nueva York
Lunes, 25 de julio, 10:50 a. m.

FREDDIE ESPERÓ AL TELÉFONO, aguardando que pudieran evitar la trampa que el FBI les había tendido. Cuando recibió la confirmación de que estaban a salvo, les explicó cómo descubrieron a Junior y que a través de él los habían localizado. Ainara le agradeció y le hizo un encargo.

—Dust habló de cargamentos de armas —dijo Ainara, recordando que su último enfrentamiento con el Anillo tuvo que ver con lo mismo—. ¿El FBI sabe algo al respecto?

—Solo rumores —contestó Tanaka mientras hacía memoria—. Hay una investigación abierta al respecto, pero no es una prioridad. Muchas veces se habla de tráfico de armas, pero nunca se encuentra nada.

—¿Crees que sea un patrón? —le preguntó Ainara al escuchar que lo de las armas es algo que se repite.

—Es probable —respondió Freddie—. Es extraño que nunca se encuentre nada.

—Quiero que pongas el ojo en ese tema —indicó Ainara, buscando otra salida para llegar al Anillo—. No sé qué pasará con Dust, pero independientemente de eso, podemos investigar un poco al respecto.

Freddie se puso en movimiento de inmediato. Si bien le dijo al final que tendría que mantenerse al margen, podía aprovechar la ausencia de Smith para hacer una última investigación. Accedió a los registros sobre el caso de las armas. No encontró nada relevante, lo cual lo puso en alerta. Ha aprendido con el tiempo que todo lo que involucre al Anillo es encubierto una y otra vez sin importar de qué se trate. Cuando una investigación presenta estas características, pocos datos, relegada y sin seguimiento, es muy probable que haya encubrimiento. Y solo hay encubrimiento cuando hay poderosos detrás.

En el informe se habla de la última denuncia anónima sobre un cargamento de armas. Quien realizó la denuncia informó también sobre el lugar donde se podría encontrar el cargamento, un depósito

de mercadería tecnológica en Arizona. Fue un dato muy específico como para ser inventado. Se revisó el sitio y no se encontró nada. Eso fue todo. Era claro que nadie quiso investigar a fondo, fue solo una formalidad para responder a la denuncia. Freddie piensa que es la única pista que tiene, así que verá qué puede encontrar.

Piso de Andrew, Queens
Lunes, 25 de julio, 11:50 a. m.

—¿No le contarás nada a Ainara? —pregunta Andrew luego de escuchar el relato de la persecución de Junior.

—No —contesta Junior, negando con la cabeza—. No quiero preocuparla aún más. Sabes cómo es. Si le cuento, me dirá que no intervenga, y todavía hay varias cosas que podemos hacer.

Luego de escapar de los agentes del FBI, Junior fue directo al piso de Andrew Collins, que era el único lugar donde podía esconderse. Después de que el anterior escondite de Andrew, en Brooklyn, fuera descubierto, el *hacker* debió cambiar su ubicación. Esa experiencia le hizo comprender que no podía vivir y tener su búnker en el mismo lugar. Por eso buscó una solución distinta. Encontró un edificio en el que alquiló dos pisos. Uno a su nombre, en el que vive y realiza su actividad legal como consultor en seguridad digital. Y otro piso a nombre de un inquilino ficticio, donde realiza sus operaciones para Ainara. Sabiendo esto es que Junior se dirigió hacia allí, podría quedarse en la propiedad encubierta hasta que se definiera mejor su situación.

—Necesito una nueva identidad —explica Junior, acomodándose en un sillón—. Tengo que hablar con la esposa de Dust. Con la excusa del inminente juicio a su marido, podremos sacarle información sobre sus contactos. Esperemos que eso nos lleve al Anillo.

—Bien —responde Andrew mirando uno de sus monitores—. Pero esta vez lo haré mejor, lamento no haberlo hecho bien la vez anterior, me confié demasiado. Te pido disculpas.

—No te preocupes —le dice Junior poniéndole una mano en el hombro a su amigo—, todos nos confiamos demasiado y abusamos de nuestra suerte.

—Por eso esta vez no dejaré nada al azar —explica Andrew y presiona una tecla. En la pantalla aparece la imagen de una persona bastante parecida a Junior—. Este es el abogado Robert Middleton, trabaja como empleado administrativo en el bufete que representa a Dust. Nunca sale de la oficina ni atiende ni trata con gente externa a

la empresa. Te convertirás en él. De ese modo, cualquiera que dude de tu identidad, podrá corroborarla con la nómina real de una compañía. Te prometo que se acabaron los nombres divertidos.

—Ya era hora.

ALGUIEN LO TIENE QUE HACER

Santa Mónica, California
Martes, 26 de julio, 2:40 p. m.

—TENGO la información que querías sobre la cárcel —dice Andrew por el altavoz del móvil de Alain, que es el único que ha conseguido un número nuevo y seguro. Teniéndolo a Andrew lejos, no resulta tan fácil adquirir este tipo de recursos. De todos modos, Alain ya nos prometió que esta tarde se encargaría y que, para esta noche, volveríamos a estar comunicadas.

Andrew ya nos ha contado que Junior se encuentra a salvo con él. También nos explicó sus planes de entrevistar a la esposa de Dust y me aseguró que podrían hacerlo sin que Junior corriera más riesgos innecesarios.

Alain, Kim y yo nos encontramos escuchando a Andrew otra vez en el motel, esperando a decidir el nuevo plan de acción. En realidad, Alain y Kim pasaron la noche aquí, tomaron otra habitación haciéndose pasar por una pareja para estar más cómodos. Pensaron que, si nadie había logrado encontrarlos hasta ahora, era mejor no hacer cambios y continuar de esta manera.

—Te escuchamos, Andrew —le respondo, deseando que lo que tenga que decir sean buenas noticias.

—Parece que hemos tenido suerte —prosigue Andrew y pareciera que esta vez mi deseo se cumplió—, no es una cárcel de máxima seguridad, ni mucho menos. Como aún no tiene una condena efectiva, ya que todavía no se ha realizado el juicio, no lo mandaron a su reclusión definitiva. Por la naturaleza de sus crímenes, sería un lugar para homicidas y delincuentes extremadamente peligrosos. Por el contrario, lo han enviado a una prisión que alberga presidiarios con delitos menores, no considerados como peligrosos. Es más, este presidio es el primero con un programa piloto en el que los reclusos se autogestionan.

—¿Qué demonios significa eso? —pregunto al no comprender a qué se refiere.

—Básicamente —explica Andrew simplificando su relato—, no tienen carceleros.

—¿Cómo? —pregunta Alain enderezándose en la silla. Desde que ha llegado a Los Ángeles, Alain no se ha vuelto a afeitar, y lo que hasta hace dos días era una sombra en su rostro, ahora ya es barba.

Esto hace que se vea mucho mayor de lo que es.

—Lo que escuchaste, Alain —continúa Andrew con su explicación—. El personal penitenciario se limita a vigilar el perímetro, pero la organización interna es realizada por los mismos presos.

—Es una locura —dice Alain, asombrado, mientras se rasca la barba—. En cualquier momento los delincuentes serán también los jueces.

Lo escucho sin decir nada, pero por lo que sé del Anillo, eso ya está pasando. Los delincuentes ocupan cada vez más lugares de poder.

—Al parecer —prosigue Andrew—, los reclusos hacen cursos para ocupar las distintas funciones y, de acuerdo con los resultados de su evaluación, logran acceder a los distintos cargos. La teoría dice que es una forma de promover el estudio y la autosuperación. Pero, en realidad, se ha transformado en un antro y centro de operaciones para pequeñas mafias, por lo que hay muchas quejas y presiones para terminar con ese programa y que se vuelva al sistema normal.

—Mientras se sigan manejando de esta manera, es una forma de facilitarnos el trabajo —opina Alain sonriendo—. Es un delirio, pero nos viene muy bien. Por más autogestión que tengan, no creo que les den armas.

—Exacto, Alain —continúa Andrew con su explicación—. Los reclusos que ofician de guardias solo llevan bastones.

—¿Cómo entramos, Andrew? —le pregunto al ver que esto puede ser más sencillo de lo esperado.

—Hay tres posibilidades —explica Andrew—. Se puede ingresar como visita para ver a algún detenido, como personal de mantenimiento si hay que arreglar algo que ellos mismos no puedan solucionar, o como proveedor. Una vez a la semana les llevan alimentos y artículos de limpieza.

—Dijiste que los presos ocupan las distintas funciones —intervengo al tener una idea de cómo proseguir—. Esto debe estar registrado en algún lado. Averigua si Dust ya tiene una actividad asignada.

—Perfecto —contesta Andrew, tomando nota de mi pedido.

—Entrar va a ser muy fácil —concluye Alain, que no deja de rascarse la incipiente barba.

—El problema en las cárceles no es entrar —dice Kim, quien había permanecido en silencio—, el problema es salir.

Oficinas del FBI, Nueva York

Martes, 26 de julio, 4:30 p. m.

En cuanto tuvo tiempo, Freddie comenzó a revisar el caso de tráfico de armas. Como todo en ese expediente es irregular, cualquier parte que se investigue del mismo podría ser una pista.

En primer lugar, se fijó en quien estuvo a cargo de la investigación. El propio jefe de la oficina de Arizona fue quien manejó el caso y lo dio por cerrado. Freddie asumió entonces que la oficina del FBI de Arizona, o al menos su jefe, estaba al servicio del Anillo, por lo que no se podía contar con ellos.

Lo segundo que revisó fue el depósito en el que teóricamente estaban las armas. Al no poder tratar con el FBI local, porque se hallaba corrompido, decidió ir por la Policía. A pesar de que la denuncia anónima había sido hecha ante aquella fuerza, la Policía fue separada del caso de inmediato. Lo que le hizo pensar que, al menos los policías, estaban limpios. Además, cuando a alguien le quitan un caso, siempre queda resentimiento. Fue así que Freddie decidió aprovechar esto y localizó al detective que había tomado el caso en primer lugar. El hombre se mantuvo reticente al principio, ya que no le caían bien los agentes del FBI, pero en cuanto Freddie sugirió que hubo algo irregular en el tratamiento del caso por parte del FBI de Arizona, el detective comenzó a soltar la lengua y a quejarse de todo. Así se enteró de aún más irregularidades de las que figuraban en el expediente y le informaron que el depósito era compartido por tres empresas, una de ellas era SunLife, la compañía de energía solar de Dust. Esto hizo que Freddie se pusiera en alerta. No esperaba encontrar una relación tan directa con lo que estaban haciendo Ainara y el resto del equipo.

—Dust no blofeaba —se dijo a sí mismo al descubrir esto.

De alguna manera, el asesino de Stacy Thompson y ocho mujeres más estaba, en efecto, relacionado con el tráfico de armas. Que esto suceda en Arizona tiene bastante sentido, ya que su extensa frontera con México es una ruta de ingreso para todo tipo de mercancía ilegal. Freddie piensa que tranquilamente podrían haber entrado las armas por allí para luego seguir camino, ¿por qué no?, al mismísimo Los Ángeles. Pero esto es apenas una especulación, debe seguir investigando hasta encontrar pruebas firmes.

Sin embargo, hay algo que le llamó a Tanaka la atención. ¿Por qué tiene Dust un depósito de mercadería en Arizona? SunLife no tiene ninguna filial en aquel estado, ni fábricas, ni oficinas de ningún tipo. ¿Qué hay en ese depósito? Alain y Kim ya están complicados apoyándola a Ainara. Junior, por su parte, no solo es buscado por el FBI, sino que aparte tiene planeado investigar los negocios y a la familia de Dust aquí en Nueva York. No queda nadie más en el equipo que pueda ir a Arizona a ver de qué se trata. Freddie sabe que su jefe aún continúa en Los Ángeles, por lo que tiene cierta libertad de

acción. Tal vez pueda hacer un viaje rápido, ir y volver en el día. Alguien lo tiene que hacer.

ESPERA MI LLAMADO

Afueras de Phoenix, Arizona
Miércoles, 27 de julio, 2:40 p. m.

ANOCHE FREDDIE se comunicó con Ainara para contarle sus intenciones. Ainara le escribió desde su número nuevo para avisarle de que Alain lo había resuelto y que ya podrían hablar sin problemas.

—Tengo una pista que seguir, Ainara —le dijo Freddie—. Hay una denuncia sobre un cargamento ilegal de armas en Arizona.

—¿Crees que vale la pena? —preguntó Ainara, dudando de que esto los pudiera conducir a algún lado.

—El tema es que, teóricamente —explicó Freddie, saboreando las palabras que estaba por decir, sabía que a su amiga le gustarían—, este cargamento estaba en un depósito de Dust.

—¿De Dust? —repitió Ainara—. ¿Qué hace Dust en Arizona?

—Eso es lo que pretendo averiguar —contestó Freddie—. Puede que allí encontremos una llave para abrir la caja de Pandora.

—Hazlo —sentenció Ainara, que por primera vez sintió que había algo concreto que investigar. Estuvo de acuerdo con la iniciativa de Freddie. Creía necesario seguir otra línea de investigación para corroborar lo que Dust les pudiera decir. Ella seguiría junto con Kim y Alain planeando la fuga de la cárcel, pero era imposible saber si tendrían éxito o no, por lo que las intenciones de Tanaka fueron muy bien recibidas.

Luego de la charla con Ainara, Freddie compró en línea el pasaje de avión para la mañana siguiente. Así que en, cuanto llegó al aeropuerto, mandó un mensaje a la oficina diciendo que se encontraba enfermo y que no iría a trabajar. Le dijeron que le enviarían un médico, a lo cual él respondió que no había problema, sabía que el médico nunca hacia la visita en el mismo día. Así que esto reforzaría su coartada.

En el vuelo de cinco horas, Freddie tuvo tiempo para dormir y pensar, sin estar muy seguro de cuándo empezaba una cosa y cuándo terminaba la otra. Es que su vida se había vuelto complicada en los últimos años. Desde el día en el que decidió ayudar a Ainara en lugar de hacerles caso a sus jefes, comenzó una doble vida. Por un lado, trabaja para el FBI, cumpliendo un horario, cobrando un sueldo y realizando el trabajo que le gusta y para el que se preparó desde que miraba series de televisión cuando era pequeño. Él soñaba con ser un

agente del FBI y lo consiguió.

Por otro lado, es parte del equipo de investigación de Ainara, con quienes trabaja sin horarios, con escasos ingresos, de incógnito y muchas veces en contra de los intereses del propio FBI.

Muchas veces se planteó si su accionar era correcto, si tanto engaño y riesgos eran en verdad necesarios. La respuesta a este cuestionamiento resultaba ser siempre la misma: justicia. Lo que le gustaba en su fantasía, cuando veía a esos agentes de trajes oscuros y lentes negros en la TV, era su capacidad de ejercer justicia. Atrapaban a criminales, desbarataban conspiraciones y tenían la autoridad para hacerse cargo y resolver las cosas. Cuando al fin creció y se convirtió en agente, se dio cuenta de que la cosa no era tan así, de que la oficina muchas veces respondía a intereses reñidos con el concepto de justicia y que, en ocasiones, estaban tan atados de manos como cualquier otra fuerza. Debido a esto, para llegar a esa justicia que aspiraba, debía tomar un camino alternativo. Ainara le facilitó ese camino. Porque más allá de lo problemático que le resulta esta doble vida, sabe que todo lo que hace para Ainara está siempre alineado con la justicia. Eso le da la fuerza para seguir adelante y, como ahora, viajar miles de kilómetros tras una pista que puede conducir a ningún lado.

Llegó a Phoenix y rentó un coche en el aeropuerto. Condujo treinta minutos siguiendo el GPS hasta un barrio industrial en las afueras de Phoenix.

El sitio se llama «Alldepot», tiene una gran explanada para entrada de camiones y tres pabellones. A Freddie le resulta extraño que, siendo un día y horario laborable, no haya ningún movimiento. No hay nadie trabajando. Especula que tal vez es un depósito en el que dejan mercadería por mucho tiempo y por eso no hay tanta actividad. Hay solo un guardia en la casilla de seguridad a la entrada del predio y nada más. El resto del perímetro está controlado por cámaras. No puede presentarse como agente para acceder al lugar porque no debe revelar su identidad. Así que Freddie decide esperar a que anochezca para poder entrar sin ser visto. Se tomará el resto de la tarde para estudiar el sitio y decidir la mejor forma de ingresar.

Nueva York

Miércoles, 27 de julio, 4:30 p. m.

ANTES DE PASAR A LA CLANDESTINIDAD, Junior había continuado con sus cosas como si nada. Bajó del avión en el aeropuerto John F.

Kennedy el viernes por la noche. Pasó el fin de semana investigando a Dust. Descubrió que el hombre no tenía redes sociales y que no se sabía nada de su vida. Sin embargo, logró confirmar lo que ya conocían, que su carrera comenzó hace apenas seis años y que los crímenes empezaron a los pocos días de que se convirtiera en dueño de SunLife. Seis meses antes había llegado al directorio de la empresa tras la misteriosa muerte de uno de los miembros que se oponía a su ingreso. Esto reafirmaba lo que Ainara había escuchado decir a la madre de Dust, sobre la manera irregular en la que su hijo logró escalar en su carrera. Junior encontró también que, luego de convertirse en miembro del directorio, Dust adquirió el cincuenta y uno por ciento de las acciones con un capital que nadie sabe de dónde salió. De esta manera, se convirtió en el dueño de la empresa, al menos de forma nominal, ya que Junior supone que es solo el testaferro de alguien más poderoso. Dust no tenía el dinero necesario para hacer esa movida, por lo que había gente detrás de él manejando los hilos.

Junior creía que por ese lado venía la conexión de Dust con el Anillo y esperaba que Ainara lo sacara de manos de la policía para tener esa información. Cuando el lunes se enteró de que el secuestro fue frustrado y debió huir porque descubrieron su falsa identidad como abogado, la cosa se complicó.

A partir de entonces, Junior buscó la forma de conseguir más información y se enfocó en la mujer de Dust. Con la nueva identidad que le procuró Andrew, podría presentarse ante la esposa como abogado de su marido. Era una jugada peligrosa, pero si lo hacían rápido, lograrían adelantarse a la Policía y averiguar cuánto sabía la mujer. Teniendo en cuenta que los planes de Ainara de sacar a Dust de la cárcel pondrían a la esposa en el ojo de la tormenta, era necesario apresurarse antes de que todo explotara.

Es por esto que Junior decide hacer esta incursión al día siguiente. Se presentará por la mañana y Andrew se encargaría de prepararle el camino. Hackeó la red interna del bufete de abogados y le envió un *e-mail* desde la cuenta oficial de la empresa a la mujer de Dust. Luego la llamó por teléfono, presentándose como secretario de uno de los socios del bufete. Arregló la entrevista para el jueves por la mañana y le avisó de que le llegaría una confirmación de la reunión por *e-mail*. Ella respondió el correo con su confirmación: ya todo estaba arreglado.

En ese tema estaba enfocado Junior cuando le viene una idea a la mente. Piensa que su amiga, la diputada Eva Longobardi, puede saber algo sobre Dust. Habló con ella hace unos días para recibir su apoyo. Fue la coartada para atrapar al asesino de su amiga Stacy Thompson. Solo que cuando acordaron la farsa de que ella había contratado a Kim

para resolver el caso, Junior nunca le dijo que el asesino era Evan Dust. Es por eso por lo que no sabía si la diputada podía tener alguna información al respecto o no. Debido a esto, decide llamarla.

—Hola, Eva. Soy Junior.

—Hola, Junior —responde la diputada—. Hace unas horas que estoy tratando de comunicarme contigo, pero tu teléfono no responde.

—¡Oh! Lo siento —contesta Junior, sorprendido—. Cambié mi número recientemente. No imaginé que me llamarías. ¿Sucede algo?

—Debemos vernos —contesta la diputada—. Estoy en Washington ahora, mañana estaré en Nueva York y coordinaremos.

—¿Por qué?, ¿qué pasó? —pregunta Junior, intrigado.

—No puedo hablar por aquí —explica la diputada—. Te vuelvo a agendar, espera mi llamado.

—Está bien —responde Junior—, pero yo también necesitaba que hablemos. Quería preguntarte si sabías algo de Evan Dust.

—Espera mi llamado —volvió a decir la diputada Eva Longobardi antes de cortarle. No podía decir más.

AVISEN A LA SEGURIDAD

Afueras de Phoenix, Arizona
Miércoles, 27 de julio, 8:00 p. m.

A LAS SIETE se realizó el cambio de guardia. Fue el único momento en el que hubo dos guardias juntos. El resto del tiempo hay un solo hombre de seguridad en la entrada. Realiza una ronda de vigilancia a cada hora. Su único apoyo es un teléfono. Freddie supone que ese móvil está constantemente conectado con una central de seguridad en algún otro lado, donde se monitorea la totalidad del sitio con las múltiples cámaras que se observan a simple vista.

Por una de las calles laterales que rodean las instalaciones hay un punto donde los árboles cubren la visión de las cámaras. Ese rincón es el que Freddie observa desde el coche a cincuenta metros. Espera a que pase el guardia en su ronda de las ocho y lo mira pasar con su linterna apuntando en todas direcciones. Apenas se aleja, se coloca un barbijo para cubrirse el rostro y se acerca a la reja detrás de los árboles. A partir de ese momento, tiene una hora para entrar y salir antes de que el guardia vuelva a pasar. Extrae de su ropa un gran alicate. Lo había comprado en una tienda cercana hacía varias horas cuando planeó la forma de ingresar. Corta el alambrado lo suficiente como para introducirse. Lo hace con cuidado para no rasgarse la chaqueta. Ya está oscuro. Debe andar al descubierto los diez metros que lo separan del primer pabellón. Espera que no sea notada su presencia, pero no tiene ninguna garantía de que así será. Solo confía en que la monotonía de vigilar todos los días un lugar donde nunca pasa nada sea suficiente para que el guardia esté distraído y no lo vea. No lo retarda más y camina rápido hasta la construcción. Se apoya contra la pared y mira hacia ambos lados. Comienza a caminar pegado al muro. Llega hasta la parte trasera, donde encuentra una pequeña puerta cerrada con candado. De nuevo utiliza el alicate y lo rompe. Ingresa al lugar, iluminado apenas por la luz del exterior que ingresa por unas ventanas a gran altura. La sorpresa de Freddie es grande al notar que el lugar está vacío. No necesita ni siquiera usar la linterna de su móvil, es un espacio abierto en el que es obvio que no hay nada. Tanaka encuentra una oficina pequeña a un costado, se dirige a ella y, cuando está dentro, revisa rápidamente archivos. Todo parece correcto, excepto que la mercancía solo está unas horas y se la llevan del pabellón uno, Tanaka está casi seguro que ese es el almacén donde

almacenan las armas. No espera que en los otros pabellones halla armas, pero sí va a por más pistas. Antes de irse revisa unas cajas instaladas en detrás de esa pequeña oficina como en una oficina más pequeña, al revisar las cajas todas tenían armas, seguro era para el uso del personal del Anillo, las demás se venderían.

Sale por la misma puerta por la que entró y camina otra vez contra la pared hasta llegar al espacio que separa a este del otro edificio. Sabe que es el momento más peligroso: no hay nada que lo mantenga oculto y debe hacer otros diez metros a la intemperie. No espera más y se lanza hasta el siguiente edificio, que es idéntico al anterior. De nuevo corta el candado y entra. Ahora sí, el lugar está lleno de cajas perfectamente apiladas. Se acerca a ellas, enciende la linterna y ve el logo de SunLife, la empresa que dirige Dust.

—¡Bingo!

Otra vez utiliza el alicate para romper las bisagras de la caja de madera. Lo consigue y retira la tapa. Alumbra dentro de la caja y ve estructuras metálicas. No sabe de qué se trata, así que busca fuera de la caja y encuentra el rótulo: «Soporte metálico A22». Ese nombre no le dice nada. Se aparta y observa alrededor. La mitad del lugar está cubierto de contenedores iguales al que acaba de abrir. La otra mitad tiene otros dos tipos de empaques. Va hasta el primero y lo abre. Aquí hay un enorme rollo de cable. Luego va hasta el tercer tipo de empaque. También lo fuerza y encuentra materiales eléctricos, enchufes, llaves térmicas y algo que parecen ser transformadores.

Los tres tipos de contenedores tienen el logo de SunLife, la empresa de Dust. Freddie mira el resto del lugar y no ve nada extraño. No termina de comprender qué es todo esto. Piensa que tal vez, por alguna cuestión impositiva, Dust guarda en Arizona el material que distribuirá luego por todo el país. Incluso puede importarlo desde México o pretende exportarlo a ese país desde aquí. No se le ocurre otro motivo por el cual almacenar tanta mercancía en un lugar tan remoto. Piensa que ya vio todo lo que tenía para ver y decide que es hora de irse. Sin embargo, al salir, piensa que tal vez deba revisar el tercer pabellón, por lo que repite los mismos pasos de antes. Corre el riesgo por última vez y atraviesa el espacio abierto. Una vez que termine de revisar el último pabellón, ya no le importará si las cámaras lo ven o no, solo correrá a la salida y no habrá tiempo para que lo atrapen.

Cuando entra, ve una escena similar a la del otro edificio, está lleno de cajas de madera. Estas son todas iguales, cientos de ellas. Se acerca para ver el logo, supone que es de alguna de las otras dos empresas que figuraban como contratantes del espacio. Para su sorpresa, vuelve a ver el logo de SunLife. Rápidamente, abre la primera caja de la hilera y encuentra lo que había esperado ver desde

el principio, paneles solares. El rótulo de la caja así lo indica. Revisa algunas cajas más por fuera y todas dicen lo mismo, paneles solares. Está claro que no hay nada de las otras dos empresas que rentan el espacio, todo le pertenece a Dust. Freddie piensa que tendrá que recurrir a Andrew para rastrear el origen y el destino de esta mercancía.

Un ruido lo sobresalta.

—¿Quién anda ahí?

Phoenix, Arizona

Miércoles, 27 de julio, 8:10 p. m.

LOS MONITORES muestran imágenes de distintos lugares. Algunos tienen la pantalla dividida con tomas de múltiples cámaras. En todas se ven oficinas, *parkings* y distintos edificios. Es una oficina pequeña. Hay cinco personas observando las pantallas. Usan el uniforme de una empresa de seguridad.

—¿Viste el partido de anoche? —pregunta un hombre calvo sin dejar de mirar las pantallas.

—No pude —contesta otro que vuelve con dos cafés y le alcanza uno a su compañero—. Llegué muy cansado a casa y me acosté a dormir, ni siquiera comí.

—No te perdiste de nada —dice el primero—. Jugaron los dos muy…

—Espera —interrumpe quien había traído el café, acomodándose los lentes. Estaba a punto de volverse a sentar cuando algo le llamó la atención en el monitor de su compañero.

—¿Qué pasa? —pregunta el hombre calvo, levantando la vista del café al que le estaba poniendo azúcar.

—¿Viste eso? —pregunta el de lentes, acercándose a la pantalla y señalando una de las cámaras.

—A ver —responde el calvo y amplía la imagen a pantalla completa—... No veo nada.

—Me pareció ver un movimiento —insiste el de lentes, convencido de lo que vio—. Algo que se movía del pabellón uno justo allí.

—Son las instalaciones de Alldepot —dice el hombre calvo, explicándole a su compañero—. Es el corredor entre los pabellones uno y dos.

Los dos miran unos segundos el monitor para ver si aparece algo.

—Revisaré otra cámara —continúa el hombre calvo. Minimiza la imagen y amplía la de la otra cámara, consiguiendo un plano general

de la parte trasera. En esa imagen, a los pabellones se los enfoca desde más lejos y está muy oscuro—. No hay nada.

—Te juro que vi algo —insiste el compañero, que no se resigna a dejarlo pasar.

—Revisemos la grabación entonces.

El hombre vuelve a la cámara anterior, activa un símbolo bajo la imagen y se abre un recuadro superpuesto con la grabación de las últimas dos horas. Arrastra el cursor en la línea de tiempo para ver los últimos cinco minutos. Ambos miran atentos. Los otros tres hombres que vigilan distintas pantallas miran de reojo. Uno de ellos no aguanta más la curiosidad, se pone de pie y se acerca para ver mejor.

—¡Ahí! —grita el hombre de lentes, satisfecho, como si hubiera ganado un premio.

—Sí, lo vi —confirma el hombre calvo, quien de inmediato levanta el teléfono. Marca un número de tres dígitos y espera. Alguien le responde y él explica—. Detecté un intruso en las instalaciones de Alldepot. En este momento no se le ve, pero creo que puede estar dentro del pabellón dos… —Escucha algo que le dicen—. Sí —contesta, afirmando a la vez con la cabeza—. Avisen a la seguridad y manden una unidad móvil.

MAÑANA IREMOS POR DUST

Afueras de Phoenix, Arizona
Miércoles, 27 de julio, 8:20 p. m.

—¡DEMONIOS! —exclama Freddie en voz baja y apoya la espalda contra la caja que acaba de abrir. Lo han descubierto. Respira profundo para recuperar el aire.

—Salga con las manos en alto —ordena la voz al otro lado del pabellón.

De alguna manera lo han visto, y deben saber que es una sola persona. En un instante Freddie echa un vistazo a su alrededor para evaluar sus posibilidades. Luego se asoma y ve, a contraluz, la silueta de dos hombres parados en la puerta principal del edificio. Uno de ellos con una linterna y el otro con un arma larga, apuntando hacia arriba. Vuelve a esconderse. Mira la puerta trasera por la que ingresó. No puede demorarse, debe salir ya. No piensa más y corre hacia la puerta que está a pocos metros.

—¡Deténgase! —le gritan a la vez que con un ruido metálico comienzan a encenderse las luces del depósito una tras otra, quedando al descubierto. Freddie llega a la puerta y la abre sin mirar atrás. Es entonces que se encuentra con dos hombres armados que están tan sorprendidos como él. Sin embargo, reacciona más rápido que ellos. Al que tiene más cerca lo noquea de un puñetazo en el rostro y al otro le da una patada en la mano en la que llevaba el arma. Esta vuela por los aires y el hombre se le abalanza encima. Tanaka aprovecha la fuerza de su adversario y, tomándolo del cuello, gira y lo arroja contra la pared. El sujeto rebota como si fuera de goma y se tambalea. Freddie lo vuelve a empujar, esta vez contra la puerta. Con la cabeza, el guardia rompe el vidrio superior, que estalla hacia adentro. El hombre cae al suelo, bloqueando la salida. Ve en ese momento a través del vidrio roto que los hombres dentro del pabellón corren hacia allí, por lo que él también sale corriendo hacia la reja por la que entró a las instalaciones. Espera que no haya nadie esperándolo. Cruza el segundo pabellón y escucha un escopetazo.

—¡Mierda! —exclama Freddie, que se echa contra la pared, pero no se detiene. Pasa por detrás del primer pabellón y continúa hacia la reja. No hay nadie delante, todos vienen detrás de él.

Otro disparo da contra la reja cerca de él mientras la está atravesando. La chaqueta se le engancha y él tira con fuerza. Termina

rasgándola. Recién allí mira hacia atrás y ve a los tres hombres acercándose a toda velocidad. Retoma la corrida y llega a su coche cuando los hombres de seguridad cruzan el enrejado perimetral. Da marcha atrás para alejarse cuanto antes.

Un golpe violento hace que el coche gire como un trompo y Freddie pierda el control. El vehículo se detiene y por un instante se siente aturdido. El sacudón y un golpe en la cabeza lo atontaron. No comprende qué sucede. Recién entonces ve que un coche lo ha embestido. Es un vehículo de la empresa de seguridad. Ve bajar a un hombre armado. Mira hacia el otro lado y observa que viene el resto de los guardias. Trata de arrancar el coche, pero no responde. Los hombres se acercan. Lo intenta de nuevo y esta vez sí lo logra. Se enciende el motor y el vehículo sale a toda velocidad. Sin embargo, dos de los hombres abordan el otro coche y comienzan a seguirlo. Un tiro da contra el vidrio trasero del que conduce y Freddie se agacha, pero continúa. Debe evadirlos. No quiere dispararles porque no son delincuentes, son guardias haciendo su trabajo. Pero tiene que huir porque no puede ser atrapado.

Cuando llega a la esquina, gira y se mete en sentido contrario. Esquiva un par de coches, tiene la ventaja de que la ruta no es muy transitada, sin embargo, no dejan de perseguirlo. Hace un par de cuadras y se introduce a una avenida también a contramano. Aquí hay muchos más vehículos y Freddie debe conducir en zigzag, esquivando a los que vienen de frente. Ve por el retrovisor que empieza a dejar atrás a sus perseguidores, y cuando los pierde de vista, sale de la avenida por una bocacalle. Esta vez, en el sentido correcto, puede acelerar. Vuelve a girar y ya no hay señales de quienes lo seguían.

No tiene tiempo para cambiar de vehículo. Debe llegar al aeropuerto, abandonar el coche que alquiló con una identidad falsa y tomar el primer avión que lo saque del estado. Luego podrá volver a Nueva York.

Santa Mónica, California
Miércoles, 27 de julio, 9:20 p. m.

—YA ESTÁ DECIDIDO —le digo a Kim, que levanta la vista de su móvil. Estaba viendo el mapa de la zona que rodea a la prisión—. Mañana iremos por Dust.

Kim asiente con la cabeza. Andrew ha averiguado que los jueves es el día en el que reponen insumos para la cocina. Debemos interceptar al vehículo antes de que llegue a la cárcel. Luego hay que llevar a los

empleados de la empresa de alimentos a un sitio seguro y los dejamos ahí, Alain está buscando ese lugar en este momento. Después iremos a la prisión. Alain y yo ingresaremos mientras Kim espera con un coche de refuerzo afuera. Entraremos por la cocina, Andrew también consiguió un plano de las instalaciones, buscaremos a Dust y lo sacaremos por la cocina también. Los guardias dentro del presidio no son más que delincuentes, no será difícil sobornarlos para que hagan la vista gorda.

Recibo una llamada telefónica de Alain.

—Hola, Ainara —me dice agitado—. Encontré un buen lugar.

—Cuéntame —le pido—. ¿Estás bien?

—Sí, si —responde mientras se normaliza su respiración—. Es solo que debí saltar un enrejado para revisarlo. No quise forzar la puerta externa para no levantar sospechas. Es un depósito en alquiler —continúa explicando—. Pero por lo visto, hace tiempo que no viene nadie, no tiene seguridad ni cámaras. Luego forcé el candado de la puerta del edificio y entré, es perfecto. Ahora estoy yendo a conseguir un candado para cerrarlo y preparar el lugar para mañana, así que esto está listo.

—Gracias, Alain —me despido y cuelgo. Estoy contenta de haber incorporado a Alain al equipo, ha resultado ser de suma utilidad. Es la persona más versátil que tengo y puede hacer los trabajos que nadie más es capaz de hacer. Cada tanto me descoloca con sus locuras, pero eso es lo que lo hace especial, nunca se sabe con qué puede salir. Justamente, es lo que muchas veces necesitamos.

TEN CUIDADO CON SMITH

Algún lugar de Los Ángeles
Jueves, 28 de julio, 2:20 p. m.

VEMOS SALIR el camión de la sede de la empresa de alimentos.

—Ahí está, Kim —digo por el móvil.

—Ya lo vi —contesta Kim por el altavoz.

Comenzamos a seguirlos. No teníamos clara la ruta que seguirían, así que no había forma de preparar ningún tipo de emboscada. Lo único que podemos hacer es esperar una oportunidad, así que debemos estar atentos.

Vamos con Alain, siguiéndoles de cerca, mientras que Kim viene en otro vehículo detrás de nosotros.

—Debemos interceptarlos en cuanto salgan de esta avenida —dice Alain mientras conduce. No le quitamos la vista de encima al camión. Sabemos que hay que hacerlo antes de que suban a la autopista. En alguna de las próximas calles girarán a la derecha y tomarán una bocacalle. Hay entre diez y quince cuadras que nos separan de esta vía. Es necesario atacar allí.

—Ahí va —indica Alain cuando el camión pone la luz direccional. Se aferra fuerte al volante y, mientras doblan en la esquina, yo saco mi arma. Nosotros también giramos. Veo por el espejo retrovisor que Kim nos sigue de cerca. La calle es angosta. Apenas pasan dos vehículos a la vez. Veo a un camión salir de un garaje más adelante, lo hace despacio porque tiene poco radio de giro.

—Es ahora —le digo a Alain—. Ponte a la par y, en cuanto puedas, los cruzas para que no arranquen.

El camión se detiene para dejar salir al otro, que sigue maniobrando. Yo bajo del vehículo cuando Alain disminuye la velocidad lo suficiente y luego continúa hasta ponerse a la par. Debe subir las dos ruedas izquierdas a la acera para hacerlo.

Cuando el otro camión por fin termina de salir, Alain se apresura a ponerse delante de nuestro objetivo. El conductor, que estaba arrancando, frena de golpe. Baja la ventanilla e insulta a Alain.

—¿Qué haces, imbécil? —grita el hombre, haciendo ademanes con el brazo izquierdo y asomando la cabeza fuera del vehículo. Aprovecho la distracción del chofer para acercarme con rapidez.

—Quieto ahí —le digo, apoyándole el cañón de mi Smith & Wesson en el cuello. El hombre levanta las manos y se echa hacia

atrás instintivamente. Alain baja del coche y se acerca por el otro lado. Abre la puerta del camión, también con una pistola en la mano. El acompañante lo mira a Alain asustado. Él lo toma de la camisa y lo tironea hacia afuera.

—Tú también —le ordeno al conductor, quien hace lo mismo. Alain los revisa, les quita los móviles y les ata las manos con un precinto por la espalda. Luego los mira, les saca las gorras con el logo de la compañía y se coloca una de ellas. La otra me la da a mí.

—Mételos atrás —le digo mientras me pongo la gorra y lo sigo. Kim está con su coche, bloqueando el paso. Hay un par de vehículos detrás de ella que comienzan a tocar bocina.

Una vez que Alain los encierra, vuelvo al coche y arranco, desbloqueando el camino. Alain se sube al camión y conduce detrás de mí. Kim nos sigue y la calle vuelve a su ritmo habitual.

En cuanto tenemos espacio, dejo pasar a Alain, es él quien conoce el camino. Manejamos hasta el escondite. Alain baja del camión y quita el candado que había cambiado el día anterior. Luego entra con el camión al *parking* del lugar. Yo dejo el coche afuera y me acerco a Kim.

—A ti no te han visto —le digo después de que baja la ventanilla —. Mantengámoslo así.

Ella asiente con la cabeza y vuelve a subir la ventanilla. Luego entro, abro la puerta trasera del camión con mi arma desenfundada y veo a los dos hombres. Uno es de estatura mediana y el otro es más delgado y pequeño.

—¿Cuánto de esto va a la prisión? —les pregunto señalando la mercadería. Hay bastantes cajas y bolsas de distintos tamaños.

—Todo —me responden los dos al mismo tiempo.

—Vamos, bajen —les digo luego de obtener la información que necesitaba. Alain, que ya se encuentra a mi lado, los ayuda a bajar. No hay duda de que están asustados, son trabajadores comunes que se hallaron en el momento y lugar equivocados.

—¿Qué pasa? —pregunta el que conducía—. ¿Qué nos van a hacer?

—No les haremos nada —le responde Alain a la vez que los hace entrar al depósito que tenía la puerta sin seguro. Alain se encargó por la noche de que estuviera así—. Solo necesitamos el camión y su ropa. No tenemos nada en contra de ustedes.

—Estarán aquí un par de horas —les digo, señalando las sillas que se encuentran junto a una columna. Veo que Alain no dejó nada al azar. En el suelo, debajo de las sillas, hay un par de cadenas y candados—. Cuando hayamos terminado, les avisaremos a su empresa dónde encontrarlos.

—¿Cómo sabemos que harán lo que dicen? —protesta el hombre

más bajo y delgado, dudando de lo que les decíamos.

—No lo saben —le respondo con seriedad—. Pero tampoco hay nada que puedan hacer al respecto. Quítense la ropa.

Los dos hombres no saben si hacer caso o no, así que blandeo mi arma. Enseguida, después de que Alain les corta el precinto, se quedan en ropa interior. Alain les vuelve a poner un precinto y los obliga a sentarse en las sillas. Los encadena a una viga de hierro, mientras, yo me cambio la vestimenta. Cuando termina de asegurar a los hombres, se cambia él también y salimos a la calle. Nos acercamos a Kim.

—Todo va según lo planeado —les digo mientras miro alrededor que no haya ningún curioso—. Ahora viene la parte difícil…

Suena mi móvil. Me pregunto quién podrá ser ahora. Lo saco de mi bolsillo. Es Freddie.

—No de nuevo.

Oficinas del FBI, Nueva York
Jueves, 28 de julio, 2:45 p. m.

ANOCHE TANAKA DEJÓ EL COCHE, chocado y con disparos, fuera del aeropuerto. Como al rentarlo utilizó una identidad y tarjeta falsas, no tuvo que devolverlo ni dar explicaciones de su estado. Entró caminando al *hall* del aeropuerto y fue directo al mostrador ocho. Freddie vio que anunciaban por las pantallas que estaba a punto de salir un vuelo a Tennessee. Por eso no dudó hacia dónde ir y se dirigió al mostrador indicado para intentar comprar un pasaje de último momento.

La empleada de la aerolínea revisó su ordenador y vio que quedaban tres lugares disponibles.

—¿Tiene equipaje? —preguntó la mujer.

Freddie le dijo que no y la mujer llamó por su intercomunicador a alguien en la puerta de abordaje. Preguntó si todavía estaban a tiempo.

—¡Ven ya!

Fue la respuesta que Freddie pudo escuchar que le dieron.

La empleada se apuró entonces a venderle el pasaje y lo acompañó personalmente para que pudiera abordar el avión. De hecho, lo llevó por pasillos internos para llegar más rápido.

Llegó a Nashville en cuatro horas. Allí, ya sin la urgencia de salir del estado, debió esperar dos horas más hasta el siguiente vuelo a Nueva York. Mientras aguardaba el anuncio para abordar, pensó en que había usado su tarjeta de crédito para pagar los vuelos, lo cual

dejaba un rastro fácil de seguir. Sin embargo, eso sería solo una complicación si alguien comenzara a investigarlo, mientras no sucediera eso, nadie sabría que estuvo en Arizona.

A las ocho de la mañana estaba saliendo del aeropuerto de Nueva York hacia la oficina.

Si bien había dormido algo en los aviones, se le veía cansado y desaliñado. Los compañeros le preguntaron por su salud. Su aspecto confirmaba la excusa que había dado el día anterior para faltar. Había dicho que estaba enfermo y, a simple vista, parecía que lo seguía estando.

Habló con Andrew y se puso al tanto de lo que estaba haciendo Ainara. Tanaka no estuvo de acuerdo con esta incursión a la cárcel, era demasiado peligroso. Pero no había nada que pudiera hacer para disuadirla, así que lo único que le quedaba era apoyarla.

—Vuelve a tu casa —le dice el agente Edwards, poniéndole una mano en el hombro—. Ya has demostrado tus ganas de trabajar, pero tu estado es deplorable y no quiero que me contagies.

—Estoy bien —le responde Freddie al agente que había dejado Smith a cargo—, no sé si deba irme.

—Vete tranquilo que el jefe no está —insiste su compañero, sonriendo. Sabía que Freddie acusó tener una gripe y no había ninguna urgencia que requiriera su presencia—. Yo te cubro.

—¿En qué anda Smith? —aprovecha Freddie para averiguar algo sobre las actividades del jefe. No sabe si permanece en Los Ángeles o qué está haciendo. Edwards seguro tiene algún dato al respecto.

—Sigue en Los Ángeles —le confirma el compañero, haciendo alarde de su acceso a la información—. Esta tarde irá a la penitenciaría a entrevistar a un asesino serial.

—¿En serio? —pregunta Freddie, queriendo saber más, tal vez haya algo que pueda complicar a sus compañeros—. ¿Por qué no se encarga de eso un agente local?

—Ya sabes cómo es el Sabueso —contesta el agente en un tono cómplice—. Ese delincuente está relacionado con esta exagente… ¿Cuál era su nombre? —pregunta Edwards tratando de hacer memoria —. Pons, ya recuerdo, Ainara Pons. Smith cree que ese asesino puede ayudar a encontrarla. Está obsesionado. ¿Tú la conociste?

—¿Perdón? —dice Tanaka por reflejo, se había quedado pensando en que debía avisarle a Ainara y no prestó atención a lo último que le dijo Edwards.

—A Ainara Pons —contesta el agente—. ¿La conociste?

—Sí —responde Freddie, queriendo terminar la conversación—. Al poco tiempo que entré a la fuerza, ella la dejó. Pero lo poco que compartí con ella, me dejó una buena impresión.

El compañero lo mira esperando que le cuente algo más, pero

Tanaka no quiere tocar ese tema.

—Saldré a tomar aire —dice Freddie y termina la charla, levantándose de su silla—, veré si me despejo un poco o si me voy a casa.

Camina hacia el elevador y luego desciende a la planta baja. Sale a la calle y saca su teléfono. Llama al nuevo número de Ainara, el que le había pasado Andrew por mensaje.

—Hola, Ainara —dice Freddie—. Ten cuidado con Smith.

CAMBIO DE PLANES

Algún lugar de Los Ángeles
Jueves, 28 de julio, 2:50 p. m.

—Ten cuidado con Smith —me dice Tanaka por teléfono y miro a mis compañeros, que no saben lo que está sucediendo.

—¿De qué hablas, Freddie? —pregunto con frustración. Cada vez que estamos por acceder a Dust, me llama Freddie con malas noticias. ¿Qué estará sucediendo ahora?

—Smith irá esta tarde a ver a Dust —me responde Freddie, hablando rápido y nervioso—. No tengo los datos exactos, pero si ustedes se dirigen a la cárcel, puede ser que se lo crucen. Deben tener cuidado.

—¡Diablos! —exclamo apartando el rostro del teléfono y mirando otra vez a mis compañeros. Kim, que permanecía en su coche mirándome por la ventanilla, decide bajarse para situarse junto a mí mientras estoy al teléfono. Pienso un instante y vuelvo a hablarle a Freddie—. Averigua todo lo que puedas. ¿Dónde se encuentra Smith ahora? ¿A qué hora irá a la penitenciaría? Lo que sea.

—Sí, Ainara —contesta Freddie—. Haré todo lo que pueda.

—Freddie, te agradezco el esfuerzo que haces. Las noticias que me traes no son agradables, pero nos han salvado a los tres de pasarla muy mal. Gracias.

Luego de cortar la comunicación vuelvo a mirar a Kim y Alain. Ambos escucharon la conversación, así que entienden la situación en la que nos encontramos. Debemos decidir si seguimos adelante o no.

—¿Qué hacemos? —le pregunto a mis amigos—. Si Smith aparece en la cárcel cuando nos encontremos allí, estaremos en problemas.

—Hay que seguir —me sorprende Alain al hablar con mucha decisión—. No sabemos a ciencia cierta si lo cruzaremos o no. Si no perdemos tiempo, podemos entrar y salir antes de que llegue.

—También Andrew nos puede ayudar —interviene Kim, buscando argumentos a favor de avanzar con la misión—. Si averigua dónde se encuentra Smith ahora, podrá monitorear sus movimientos y mantenernos al tanto.

—¿Para qué le pediríamos eso a Andrew? —pregunta Alain, deteniéndose un minuto a pensar—. ¿De qué sirve saber dónde está si no podemos detenerlo?

—Lo detendremos —sentencio, poniendo fin al debate—. Cambio

de planes.

Mis amigos me miran sin comprender, esperan mi explicación.

—Debemos dividirnos —explico a medida que se me va ocurriendo qué hacer—. Alain es el único que no se ha cruzado en persona con Smith, y aunque haya visto alguna foto suya, la barba que tiene ahora Alain cambia sus facciones por completo. —Alain vuelve a rascarse la barba en un gesto que ya es reiterativo—. Kim y yo iremos a la cárcel mientras que tú irás a interceptar a Smith para frenarlo de alguna manera.

—Okey —contesta Alain más por obedecer que por estar convencido—. Las seguiré a la cárcel hasta que Freddie o Andrew me digan dónde encontrar a Smith. Kim —dice ahora Alain mirándola a ella—, es hora de cambiarse de ropa.

Kim se acerca a Alain. Lo toma de la camisa y lo mira de arriba abajo. Se da cuenta de que ese uniforme le quedará grande.

—Cuando esto termine —dice Kim—, olvídense de que me vieron vestida con esto.

Casa de Andrew Collins, Nueva York
Jueves, 28 de julio, 3:10 p. m.

ANDREW RECIBIÓ el llamado de Alain y habló con Freddie para obtener toda la información posible. No hubo mucho que Tanaka le pudiera decir. En los registros no figuraba la ubicación de su alojamiento ni ningún otro dato útil. Sin embargo, esto le sirvió a Andrew para deducir que el FBI no se estaba haciendo cargo de los gastos del agente. De ser así, el mismo Smith estaría pagando la estadía con sus tarjetas de crédito. Esta era la especialidad de Andrew. Así que hizo lo que hace siempre, hackear la información de la tarjeta de crédito. Encontró que Smith pagó la cena de anoche en el restaurante de un hotel en la zona de West Los Ángeles, no muy lejos de la penitenciaría. Llama entonces al hotel.

—Buenas tardes —dice Andrew en un tono muy serio—. Necesito hablar con el agente Smith del FBI, no sé en qué habitación se encuentra.

—Espere un momento, por favor —responde la recepcionista y Andrew aguarda al teléfono—. Ya lo comunico.

Andrew vuelve a esperar, mientras suena la llamada, hasta que atienden.

—Hola.

Andrew corta la comunicación en cuanto escucha la voz de Smith y

sonríe.

—Bingo.

De inmediato, le escribe a Alain. Le pasa los datos de en dónde se hospeda Smith, haciendo hincapié en que aún se encuentra allí. Luego vuelve a lo que estaba haciendo antes. Se concentra en la penitenciaría en la que va a incursionar Ainara, intenta acceder a la red interna del sitio para interceptar todas las comunicaciones que puedan dar noticias de Dust o del ataque de Ainara.

Logra ingresar y hace que todas las comunicaciones escritas por correos internos sean reenviadas hacia un correo que acaba de crear. También entra al sistema de asignación de puestos de trabajo. Encuentra que Dust fue asignado a la lavandería.

—Esto servirá —dice Andrew mientras le envía la información a Ainara.

TENDRÉ QUE SER RÁPIDA

Algún lugar de Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 3:15 p. m.

ESTOY EN EL CAMIÓN, sola. Conduje hasta la entrada a la autopista y me detuve. Kim vino con el otro coche también hasta ahí. No queríamos que su vehículo quedara en la puerta del edificio donde dejamos a los dos hombres encadenados. Yo me detuve antes de subir a la autopista porque ella iba a abandonar su coche allí y venir conmigo, pero a último momento propuso algo distinto.

—Creo que es mejor que vaya con mi coche hasta que estemos cerca de la penitenciaría —me dijo por el móvil mientras estábamos detenidas—. Creo que sería bueno tener este coche en las cercanías como alternativa de escape.

—Bien —le contesté, satisfecha por esta nueva idea—, estoy de acuerdo.

Luego volví a arrancar y subimos en fila los tres vehículos a la autopista. A los pocos minutos, escucho la voz de Alain.

—Las dejo —nos avisa—. Ya sé dónde se encuentra Smith y voy a intentar detenerlo —continúa diciendo Alain por el altavoz del teléfono.

—¿Sabes lo que vas a hacer? —pregunta Kim.

—No tengo ni idea —responde Alain y se puede oír una carcajada —. Cuídense.

Veo por el retrovisor cómo el vehículo de Alain aminora la velocidad y se desvía a la derecha para bajar de la vía. Nosotras seguimos durante diez minutos más.

—La próxima es nuestra bajada —le aviso a Kim.

Salimos de la autopista y pronto llegamos cerca de nuestro destino. Detenemos la marcha. Kim se baja del coche y camina hasta el camión. Se sube y me mira sonriente, como si se tratara de un juego. La miro vestida con la ropa de la empresa de alimentos. Le queda grande por todos lados. Me doy cuenta entonces de su fragilidad. Tal vez sea un error meterla en esto. Hace unos días, la sacó barata en su enfrentamiento con Dust. Si no se hubiera liberado de las manos de aquel cerdo y llegado hasta la cubierta del yate, yo no hubiera podido hacer nada. Hoy la meteré en un lugar lleno de hombres peligrosos, creo que no aprendo nunca. No es la primera vez que tengo este tipo de pensamientos. Sé que siempre la pongo en peligro. Pero en

realidad, ella es adulta y puede decidir lo que quiere y lo que no quiere hacer. Nadie la obliga a nada. De hecho, cada vez que la intenté disuadir, no conseguí hacerlo. Pero debo intentarlo una vez más.

—¿Estás segura de lo que vamos a hacer? —le pregunto antes de volver a arrancar—. Tal vez deba de dejarte aquí. Tú vendrías en tu coche y me esperarías afuera. Yo puedo hacerlo sola.

Kim sonríe y menea la cabeza...

—Siempre tenemos la misma conversación —me dice muy tranquila— y siempre te doy la misma respuesta. Así que no me obligues a repetírtelo y continúa manejando.

Arranco y no tardamos en llegar. Nos detenemos frente a la casilla de seguridad junto al portón de ingreso.

—Buenos días —me dice el guardia, quien sale de su cubículo con una planilla—. ¿Qué pasó con Howard y Tim?

—Se contagiaron de algo y están los dos en cama —respondo alzándome de hombros. El hombre mueve la cabeza.

—Denme sus documentos y acreditación de la empresa, por favor —me dice y le entrego la identificación falsa que me fabricó Andrew antes de venir a Los Ángeles, es la misma que utilicé al vigilar a Stacy Thompson. Kim, por su parte, también tenía un documento falso que Andrew le hizo por las dudas, es la primera vez que lo necesita. En cuanto a las acreditaciones, no se precisa algo de demasiada calidad, así que Andrew nos mandó los archivos digitales y los hicimos imprimir y plastificar cerca del motel—. Bien, señorita Boockman. Abra atrás.

Kim baja y camina hasta la parte trasera. Abre la puerta. El guardia se sube al camión y mira entre los bultos. Luego baja y vuelve a acercarse a mi ventanilla mientras Kim cierra la puerta de atrás.

—Todo en orden. Siga este camino hacia la derecha. Rodee el edificio y encontrará la parte trasera de la cocina.

—Gracias —respondo tocándome la gorra mientras Kim vuelve a entrar al vehículo. Arranco y avanzo. Llevo el cabello recogido para resultar menos llamativa, pero somos dos mujeres dentro de una cárcel de hombres. No hay forma de pasar desapercibidas.

—Ya estamos adentro —dice Kim viendo como nos acercamos a donde nos indicaron.

—Casi —le contesto mientras estudio el lugar.

Miro para arriba y, tanto sobre el edificio como en las esquinas del alambrado perimetral, hay torres con guardias armados. Hay una casilla con dos guardias en la entrada para visitas y, de seguro, habrá guardias del lado de adentro de la entrada para reclusos, pero desde aquí no se ven. Además, hay cámaras de seguridad por todos lados. Nuestra única oportunidad es entrar y salir por la cocina y meter a

Dust dentro del camión para volver a atravesar este patio al aire libre. No creo que vuelvan a revisar el camión al salir.

Llegamos a donde nos indicó el hombre del ingreso. Es un portón metálico, levantado para que entre el camión. Maniobro para darle vuelta y meterlo en retroceso. Estaciono. Estoy por bajar cuando entra un mensaje a mi móvil. Es Andrew.

—Logré entrar a la asignación de trabajos de la cárcel —escribió—. El objetivo debería estar en la lavandería ahora.

En ese momento, otro oficial de seguridad se acerca al camión.

—¿Y Howard? —pregunta. Parece ser que Howard es muy popular. Dejo mi móvil.

—Los dos están enfermos —contesto sin dar más explicaciones y bajamos del camión. Kim se acomoda la camisa dentro del pantalón y se la remanga un poco más. Recién entonces baja.

—Ya saben cómo son las reglas, supongo —dice el guardia y yo me le quedo mirando porque no sé de lo que habla—. Descargan todo y lo pasan por esa máquina de rayos equis. Nadie sale de ahí dentro a ayudarlas y nadie entra. Mi compañero allí revisa el contenido de los paquetes en la pantalla —explica señalando la oficina que hay a un costado—, así que los bultos pasarán despacio, les llevará un rato. Ahora llamaré por teléfono al encargado de cocina para que reciba los productos del otro lado. Esperen a que les avise para empezar a pasarlos.

Miro al guardia que está frente al monitor dentro de una oficina con la puerta abierta. Observo alrededor y hay una sola cámara, enfocando al sector de la máquina de rayos, nada más. No es necesaria otra cámara porque no hay más entradas. Salvo por la máquina, el edificio está sellado. Son apenas dos guardias, no es tan complicado. Tendré que ser rápida.

LA VIDA DE DUST PENDE DE UN HILO

Casa de Evan Dust, Nueva York
Jueves, 28 de julio, 3:40 p. m.

JUNIOR LLEGA A LA MANSIÓN. La entrevista estaba programada para la mañana, pero la señora Dust escribió un *e-mail* por la noche, pidiendo cambiar la hora. Como el correo había sido interceptado por Andrew, fue él quien le respondió, diciendo que no había problema. La reunión entonces sería a las cuatro de la tarde. Sin embargo, como Junior sabía que Ainara estaba intentando rescatar a Dust, decidió adelantar el encuentro para hablar con la mujer antes de que supiera lo que estaba sucediendo con su marido. No quería que en medio de la charla le llegara la noticia de que su esposo había escapado, esto echaría por tierra cualquier posibilidad de obtener información de su parte.

Es entonces que, a pesar de llegar veinte minutos antes de lo planeado, es recibido sin inconvenientes. Una sirvienta le abre la puerta y lo hace pasar a la sala. De inmediato, llega la señora Dust. Es una mujer de escasos treinta años, rubia, muy bella y arreglada.

—¿En qué lo puedo ayudar, señor Middleton? —pregunta la señora Dust mientras le hace una seña, invitándolo a ocupar uno de los sillones. Los dos se sientan con una mesa ratona de por medio.

—Estamos trabajando en la defensa de su esposo —explica Junior, haciendo notar que pertenece al equipo de abogados de la firma— y tenemos dos líneas de trabajo. La primera y principal trata de anular las pruebas que hay en su contra. Básicamente, nos enfocamos en tecnicismos que sirvan para descartar las evidencias. También buscamos coartadas que ubiquen a su marido en un lugar distinto al de los crímenes en esos momentos. Sin embargo, señora Dust, debe comprender que las pruebas son abundantes y su esposo está muy comprometido.

La mujer baja la cabeza y luego mira hacia un costado, mordiéndose el labio inferior. Junior ve que sus ojos se ponen vidriosos. Está conteniendo las lágrimas.

—Me cuesta creer lo que está sucediendo —dice la mujer con la voz quebrada—. Mi esposo tiene defectos, como cualquiera, pero no es un asesino.

—Estoy seguro de que es como usted dice —continúa Junior, tratando de resultar empático—. Pero lo que importa en un juicio no

es la verdad, sino la evidencia. Es por eso mismo que tenemos una segunda línea de trabajo para la defensa. Estamos trabajando sobre la posibilidad de que haya sido incriminado. Si las pruebas son irrefutables, debemos comprobar entonces que fueron plantadas.

La mujer mira a Junior y una luz de esperanza se enciende en sus ojos. Es lo que ella quería escuchar, que su marido no es un asesino, que alguien lo inculpó, que es inocente.

—Es por eso —prosigue Junior— que necesito que me cuente todo lo que sepa sobre las actividades del señor Dust. ¿Quién querría sacarlo del negocio? ¿Quién querría vengarse? Lo que sea.

—Evan es un empresario exitoso —responde la mujer mientras reflexiona sobre los posibles sospechosos—, eso genera mucha envidia y resentimiento. Debe haber mucha gente molesta con él.

—¿Sabe de algo específico? —insiste Junior, sintiendo que la mujer está dispuesta a cooperar—. Quizás haya algo en lo que estuviera trabajando en este momento que podría generarle más enemigos de lo normal.

—Él no me cuenta de sus negocios —le afirma pensativa—, pero hace un par de meses me dijo que, cuando saliera una determinada ley, se convertiría en el hombre más rico del país.

Este dato le parece a Junior una revelación. ¿Qué tiene que ver Dust con la política? Si una ley puede ayudarlo con sus negocios, hay políticos que tienen sus intereses puestos en ellos. Quiere saber más al respecto.

—¿A qué ley se refería? —pregunta, esperando que la mujer sea más clara.

—No lo sé —contesta ella alzándose de hombros y meneando la cabeza—. Le pregunté, pero me dijo que cuánto menos supiera, estaría más segura.

—¿Por qué «más segura»? —inquiere Junior al pensar que tal vez la mujer sepa más cosas de lo que ella misma cree—. ¿Hay algo que lo haya puesto en riesgo?

—Bueno —dice ella, dudando, pareciera no estar segura de lo que está a punto de decir—. Evan me dejó un sobre con información por si a él le pasaba algo, pero yo no puedo dárselo sin su autorización.

—Entiendo —dice Junior mientras piensa que esa información podría ser fundamental—, hablé con su esposo mientras estuvo en la comisaría. Volveré a hablar con él en unos días cuando vaya a verlo a la prisión y le hablaré del sobre. ¿Usted ha visto su contenido?

La mujer niega con la cabeza.

—Okey —dice Junior mientras busca otra alternativa. La idea de un sobre con evidencias es muy tentadora, piensa que luego lo hablará con el equipo para intentar hacerse con él—. Volvamos a sus negocios entonces. ¿Hay alguien a quien el señor Dust le deba favores?

La mujer mira hacia un costado y se pone nerviosa. Luego vuelve a bajar la cabeza. Está claro de que sabe algunas cosas de las que no se atreve a hablar.

—Vamos, señora Dust —insiste Junior al percibir que la mujer está ocultando algo—. Debe darme algo con qué trabajar. Su marido tuvo una carrera impresionante, se volvió rico casi de la noche a la mañana. Alguien debió de haberlo apadrinado.

—Mamá…

Se oye la voz de una niña gritando en la habitación contigua.

—Disculpe, por favor —se excusa la mujer y se levanta del sillón. Sale de la sala para ver qué sucede con su hija.

Apenas puede, Junior mira en la dirección en la que miró la mujer cuando le preguntó si alguien lo apadrinaba. Encuentra sobre un estante una serie de cuadros con fotos. Se levanta del sillón y se acerca a verlas. Algunas son de sus hijas, otras de viajes y algunas del casamiento. Hay una sola foto que muestra a alguien más aparte de su esposa e hijas. Es una imagen de la boda donde Dust aparece con un hombre mayor que lo abraza de manera paternal. Lo extraño de esa imagen es que al hombre no se le ve la cara porque se está cubriendo con la mano. Conociendo su historia, Junior sabe que ese hombre no es su padre. Podría ser su suegro, pero por las dudas, saca su teléfono y le toma una foto al cuadro. Luego vuelve a sentarse.

Cuando regresa la señora Dust. Junior observa que la mujer viene con un gesto más serio.

—Lo siento, señor Middleton —dice ella sin sentarse, permanece parada a su lado como esperándolo—. Creo que no puedo ayudarlo.

—Soy yo quien está tratando de ayudarla a usted y a su marido —la contradice Junior mientras se pone de pie—. Pero no puedo hacer demasiado sin su colaboración.

La mujer se acerca a Junior y, mirándolo fijo, le habla en voz baja.

—Si pudieron inculparlo de no sé cuántos crímenes —dice con la voz temblorosa—, ¿qué cree que puede pasarme a mí o a mis hijas si digo algo que no debo?

Junior la observa sin decir nada. Comprende por lo que está pasando y puede ver el temor en su mirada. Por más que Junior intuya que para estar casada con alguien como Dust la mujer es hasta cierto punto cómplice de su marido, no puede evitar sentir algo de pena por ella. En definitiva, es una madre temiendo por la vida de sus hijas. Piensa en decirle algo más, pero se calla. Sabe que no obtendrá más información.

—Gracias, señora Dust —dice Junior y comienza a caminar hacia la salida. La mujer lo acompaña. Cuando ella le abre la puerta, Junior la mira.

—Sé por lo que está pasando —le dice y le da una de las tarjetas

que le imprimió Andrew—, pero si tiene algo para decir, hágamelo saber. La vida del señor Dust pende de un hilo.

Apenas sale de la casa, Junior recibe un mensaje por teléfono. Es de la diputada Eva Longobardi.

—Hola, Junior, debemos vernos ya mismo. Ven al Central Park. Escríbeme cuando llegues.

ESTOY DISPUESTA A TODO

Penitenciaría, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 3:40 p. m.

DEBO SER RÁPIDA. Ya está decidido lo que tengo que hacer. Así que, sin dudarlo, me mando detrás del guardia. Camino rápido pero en silencio. Miro atrás para ver a Kim, que se asoma por la ventanilla. Así compruebo que está al tanto de lo que estoy haciendo, pero de inmediato me vuelvo para no perder mi concentración. El guardia llega a la puerta de la pequeña oficina. El que estaba dentro me ve justo detrás de su compañero y me mira extrañado, sin comprender qué hago allí. El otro advierte la mirada de su compañero y gira para ver qué está pasando. Apenas se da vuelta y me encuentra, le doy un puñetazo en el rostro que lo tira de espaldas dentro de la oficina, dándose contra un escritorio. El otro guardia se levanta del asiento, sacando su arma, y le doy una patada en el pecho. El guardia anterior intenta recomponerse, pero con un codazo en la nariz cae inconsciente. El otro se endereza, levantando su pistola. Se la atajo con mi mano izquierda y con la derecha lo golpeo en la cara una, dos y tres veces, hasta que siento que la tensión de su cuerpo se afloja, deslizándose lentamente hacia el suelo.

Me paro en el medio de la oficina y los miro. Los dos están inmóviles y con el rostro ensangrentado. Me da un poco de pena, solo realizan su trabajo, que, por otro lado, es indispensable. Sin embargo, hoy se interponen en mi camino y no puedo actuar de otra manera, lo siento.

Utilizo las esposas que ambos tienen para inmovilizarlos contra una columna. Luego les quito los cinturones y los amordazo. Siguen inconscientes, cuanto más tiempo sigan así, mejor. No me gusta darles una paliza a estos hombres, pero no pude entrar a la prisión armada por temor a que me descubrieran en la entrada, así que la única forma de dominarlos era cuerpo a cuerpo. Tomo sus armas, las reviso y las guardo en mi cintura.

Observo la pantalla donde se ve el escáner. Antes de mi ataque, el guardia de la oficina llegó a activar la cinta del aparato. Es manejada por una palanca tipo *joystick*. Me acerco y la manipulo. Miro cómo la cinta transportadora se acelera o se enlentece. Encuentro la posición más lenta posible y la fijo ahí. Necesito tiempo. En otra pantalla se ve el escáner desde afuera, es la cámara que vi al llegar. En la imagen

solo se ve la pared con la entrada del escáner y la parte trasera del camión. No hay ninguna otra cámara aquí dentro, así que nadie me vio. Estoy segura de que esa cámara no solo es monitoreada desde esta oficina, sino también desde algún otro lugar, quizás un centro de vigilancia que concentra todas las cámaras del presidio. Así que debo ser cuidadosa con lo que permito que se vea. Es hora de entrar, pero tengo que evitar ser vista.

Salgo de la oficina y observo que Kim ya ha bajado del camión para esperarme allí. Le hago señas para que se acerque a mí, de esa manera queda fuera del ojo de la cámara.

—¿Estás bien? —me pregunta Kim luego de ver mi enfrentamiento.

—Sin un rasguño —le respondo y comienzo a darle las instrucciones—. Yo entro y tú me esperas aquí. Irás pasando los insumos por el escáner lo más despacio posible, así me das tiempo a entrar y salir. Ten esto.

Le extiendo una de las pistolas y Kim la agarra. La estudia y la mete en su cintura por dentro de la camisa para que quede oculta. En los últimos años, se ha preparado en el uso de armas. Si bien nunca ha tenido oportunidad de usarlas en la vida real, sabe cómo hacerlo. Yo vuelvo a revisar la pistola con la que me quedo y veo que tiene solo dos balas. No le digo nada a Kim, en realidad, espero no tener que usarla. Así que con dos balas será suficiente en el caso extremo de que la necesite. Prefiero que Kim esté mejor equipada que yo. Le señalo la cámara que apunta al escáner y ella la mira.

—¿Cómo pasarás por ahí sin que te vea la cámara? —me pregunta Kim al comprender la situación.

—Tengo una idea —le digo sin explicarle nada—. Me contaste que te has estado ejercitando, ¿verdad?

—Claro que sí —me contesta, sonriendo, mientras flexiona el brazo mostrándome su musculatura—. ¿Cómo crees que me pude zafar de Dust en el yate?

—Bien, vamos —le digo y nos dirigimos a la parte de atrás del camión, volviendo a ingresar en el área de la cámara.

Abrimos la puerta trasera y me subo para revisar los insumos que debemos pasar por el escáner. Es mucha mercadería, así que Kim tardará bastante, eso está bien. Agarro un paquete de botellas plásticas de leche y se lo paso. Ella lo recibe y lo pone dentro del escáner. Le acerco otro paquete de leche y miro una bolsa de 40 kilos de papas.

—¿Puedes con la bolsa de papas? —le pregunto mientras Kim agarra el segundo paquete de botellas de leche. Ella la mira y asiente con la cabeza.

Acerco un tercer paquete de leche al límite del camión y agarro la bolsa de papas. La abro y la vacío. Kim vuelve a buscar el siguiente paquete y me mira sin comprender. Lo levanta y vuelve hacia el

escáner. Mientras tanto, yo me meto en la bolsa. No logro entrar por completo, pero me flexiono lo más posible y con otro plástico cubro mi torso y cabeza. Me dejo caer cerca del borde para que Kim me pueda agarrar. Ya no la veo, pero espero no ser muy pesada para ella y que me pueda cargar.

Enseguida, siento sus brazos aferrándome. Me manipula hasta hacerme girar. Por último, me arrastra hasta el borde y siento que voy a caer al suelo desde el camión, pero no es así, logra sostenerme. Percibo el vaivén de sus pasos. Es apenas un metro el que separa al camión del escáner, aunque parece una caminata eterna. Me deja caer sobre la cinta transportadora. Me empuja de la cabeza para que entre sin golpear contra el costado de la máquina. En cuanto todo se pone oscuro, comprendo que estoy fuera del alcance de la cámara y me quito el plástico que me cubría la cara. Libero los dos brazos y saco el arma que le quite al guardia. Veo la luz al otro lado del aparato tras una cortina de cintas que se van abriendo a medida que mis piernas empiezan a salir. Apunto con el arma hacia adelante para enfrentarme a lo que encuentre del otro lado. Estoy dispuesta a todo.

Algún lugar de Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 3:45 p. m.

ALAIN LLEGA al hotel en el que Andrew le dijo que se encontraría el agente Smith. Aún no sabe cómo lo detendrá, pero espera tener tiempo para idear algo. Estaciona su coche. Consigue un lugar a una cuadra. Va caminando luego hacia el hotel. Piensa entrar y hacer de cuenta que quiere una habitación para ver cómo es el sitio. Supone que, una vez allí, sabrá qué hacer, siempre fue bueno improvisando.

Cuando llega a la entrada, se detiene de repente. Ve al agente Smith de pie en la recepción, hablando con alguien del hotel. Alain se hace a un costado de la entrada para no quedar parado en el medio sin ir a ningún lado, no quiere llamar la atención, pero debe vigilar los movimientos de Smith. Lo observa de reojo a través de los cristales del vestíbulo. Ve que comienza a caminar y va hacia una puerta lateral. Un cartel sobre la puerta que atraviesa Smith dice que se trata del *parking*.

—Se está yendo —dice en voz baja Alain y mira el suelo. Luego vuelve a mirar hacia ambos lados, buscando algo que no sabe qué pueda ser. Encuentra la salida del *parking* y camina hasta allí. Se asoma. Ve a Smith entrando a su coche. Alain está muy lejos de su vehículo, si lo va a buscar, probablemente pierda a su objetivo. Había

jugado con la idea de atropellarlo, pero ya no tiene tiempo. Smith arranca y se acerca a la salida.

El coche asoma la trompa, el agente del FBI ve que no viene ningún vehículo por la calle, así que vuelve a arrancar y sale por fin de la cochera. Es entonces cuando se escucha un golpe y Smith frena. Alguien que salió corriendo de quién sabe dónde se le atravesó y se lo llevó por delante.

—¡Por Dios! —exclama el agente Smith, sorprendido. Por un instante se queda aferrado al volante, mirando qué pasa con el hombre que acaba de atropellar. Desde dentro del vehículo, no lo llega a ver, debía de estar tirado adelante. No se levanta. Es por eso por lo que Smith intenta bajar del coche, pero el cinturón de seguridad no lo deja. Forcejea un poco hasta quitárselo. Entonces baja y corre hasta el frente del vehículo. Puede ver allí, inconsciente en el suelo, a un hombre joven con una barba corta. Es Alain, pero Smith no lo sabe.

No hay sangre, aunque Alain no se mueve. Un par de personas se acercan. Una mujer se arrodilla junto al hombre tendido en la calle y le toca la cara. Alain no responde, se queda quieto. Intentará mantenerse así todo el tiempo posible.

—No lo toquen —dice otro hombre que se acerca corriendo—. Puede tener una contusión. Hay que llamar a los paramédicos.

—Yo llamo —dice un empleado del hotel que había salido para ver qué estaba sucediendo.

Cada vez más gente se acerca, rodeando a Alain y al coche. Smith mira atónito todo lo que sucede a su alrededor.

—¿Qué pasó? —le pregunta una señora mayor que trae una bolsa de supermercado.

—No sé de dónde salió —explica Smith entre ofuscado y confundido—, apareció corriendo de la nada, como si se hubiera arrojado frente al coche.

—Sí, claro —responde la señora mayor, levantando la bolsa del supermercado de manera amenazante—. La gente se anda tirando por ahí frente a los vehículos.

QUÉDATE DETRÁS DE MÍ, PEQUEÑA

Penitenciaría, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 3:50 p. m.

CUANDO LA CORTINA de tiras se termina de abrir y puedo ver a dónde estoy llegando, me encuentro con una habitación vacía. La cinta transportadora sigue andando y me quito la bolsa de las piernas antes de llegar al límite. Entonces, salto de la mesa al suelo esquivando los dos paquetes de leche que ya cayeron allí. Hay un par de botellas reventadas, por lo que el suelo ya es un desastre. Esto irá empeorando en la medida que Kim siga mandando cosas. Solo espero que la mercadería no se acumule hasta trabar la cinta, porque eso terminaría siendo visto por la cámara de afuera, haciendo que Kim quedara expuesta.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que es una habitación cerrada. No hay estanterías dónde poner la mercadería, ni insumos de ningún tipo. Me acerco a la única puerta que encuentro, tironeo y compruebo que está trabada electrónicamente. Es parte del sistema de seguridad. Al estar el escáner siempre abierto al exterior, es esta puerta la que realmente cierra la salida. Veo a un lado un botón con una luz roja. No puedo más que arriesgarme. Aprieto el botón. La luz roja parpadea y giro el picaporte. La puerta no se abre.

—Por supuesto —digo en voz alta al darme cuenta de que es como pensaba.

Me llevo las manos a la cintura y doy una vuelta. Este es un sitio intermedio entre la cocina y el exterior, que se abre desde algún otro lado. Puedo intentar forzarla, para lo cual necesitaría herramientas que no tengo. Sin embargo, probaré algo antes. Si tenemos suerte, será sencillo. Saco mi móvil y llamo a Kim.

—Escucha, Kim —le digo cuando atiende el teléfono—. Tengo un problema aquí. Ve a la oficina y busca algún dispositivo, supongo que tiene que haber un botón o palanca. Necesito que lo actives para abrir una puerta.

—Voy —responde Kim y escucho sus movimientos. La cámara ve lo que hace, pero no me preocupa, solo entra y sale de cuadro, aunque nadie sabe lo que hace afuera—. Hay un gran botón rojo. Lo voy a apretar…

—¡Espera, espera! —le grito al escucharla—. Esa puede ser la alarma. Busca si hay algo más.

—Okey —dice Kim mientras continúa revisando—. Los guardias siguen dormidos, tal vez deba despertar a alguno para que me diga dónde está ese dispositivo. Un momento, creo que lo encontré.

—¿Cómo es? —le pregunto, tratando de imaginar cómo se debería de ver.

—Es una caja metálica empotrada a la pared junto al escritorio. Tiene un botón con una luz roja encendida —describe Kim y creo que esta vez dio en el clavo, es igual a lo que veo aquí—. ¿Qué hago? ¿Lo presiono?

—No tenemos chance, Kim —le digo cruzando los dedos—. Hazlo.

La luz roja comienza a parpadear. Giro el picaporte, pero no se abre. ¡Qué diablos!

—Yo sigo apretando —me dice Kim por el móvil al no escuchar ninguna respuesta de mi parte.

Entonces, comprendo cómo se hace y aprieto yo también el botón de mi lado. La luz se pone verde y el picaporte cede. La puerta se abre.

—Listo, Kim —le aviso enseguida—, sigue con lo tuyo.

Nuevamente levanto mi arma y empujo la puerta. Ahora sí, a medida que esta se abre, veo la cocina, con sus instrumentos e insumos en estantes. Un hombre enorme vestido de blanco aparece de espaldas ante mí. Tiene un gorro blanco. Seguro es el cocinero. Me acerco despacio. Me detengo a un metro.

—Date vuelta lentamente —le digo. El hombre, que estaba inclinado hacia adelante sobre una mesa, se endereza y es aún más grande de lo que me había parecido. Tarda un segundo en reaccionar. Luego gira y me mira sorprendido. Tiene las gigantes manos llenas de harina. Las sacude y se las limpia en el delantal que trae puesto. Entonces sonríe, mostrándome sus grandes dientes irregulares.

—¿Qué hace una niña como tú jugando con armas? —pregunta el hombre y da un paso adelante. Lo apunto con la pistola directo a la cabeza y amartillo.

—Juego muy bien con armas —le contesto, haciéndole saber que estoy segura de mí misma—. ¿Quieres probar?

—Mira, niña —dice el hombre, que continúa sonriendo—. Tal vez podrías volarme los sesos, pero ¿qué crees que pasaría después? Esos juguetes hacen mucho ruido.

—¿Sabes qué? —le digo, cambiando de estrategia. No puedo perder tiempo y este simio gigante se está haciendo el difícil. Así que meto el arma en mi cinturón y saco trescientos dólares del bolsillo—. ¿Qué tal esto? Pareces un tipo inteligente. Haces como que no me viste, sigues amasando tus panes y te quedas con unos dólares en el bolsillo.

—Ahora sí nos entendemos —dice el grandote y larga una carcajada.

—Es más —le digo, improvisando sobre la marcha—, si me das la información que necesito y mantienes esta puerta abierta, puedes venir conmigo. Si todo sale bien, muchos billetes te estarán esperando afuera.

El hombre mira la puerta y los ojos le brillan. Entonces, me apresuro a aclarar algo porque veo sus intenciones.

—Pero cualquier cabeza que se asome al otro lado de aquella máquina que no sea la mía recibirá un tiro sin preguntarle nada.

—¡Oh! —El hombre vuelve a sonreír—. Tienes todo pensado, chiquilla, me gustas. ¿Cómo te ayudo?

—Necesito llegar hasta donde se halla un nuevo recluso —le explico—, Evan Dust. ¿Cómo lo encuentro? Debería de estar en la lavandería.

—Sí, sí, el asesino de mujeres —contesta el cocinero, pensativo—. Está en la lavandería justo ahora, te puedo decir cómo llegar. Pero con esa facha no irás muy lejos. Ponte esto.

El hombre camina un par de metros, agarra una chaqueta con capucha que se encontraba en un perchero y me la alcanza. La agarro y me la pongo, incluso la capucha.

—La usa el carnicero cuando entra a la cámara frigorífica —me dice mientras me mira de arriba abajo—. No es suficiente, niña. Será mejor que te acompañe el primer tramo. Pero deberás darme muchos billetes luego.

—Hecho.

En realidad, no tengo intención de darle más dinero, ni siquiera pienso en sacarlo, pero por el momento seguiré la farsa.

El cocinero va hasta la puerta por la que entré y la entorna, trabándola con un trapo. Luego empieza a caminar sin prisa hacia la salida.

—Quédate detrás de mí, pequeña.

SÁCAME DE AQUÍ

Penitenciaría, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 3:55 p. m.

EL COCINERO empuja la puerta vaivén y yo la atravieso detrás de él. Es un pasillo de aproximadamente ocho metros con una pared a la derecha y un mostrador a la izquierda que da al comedor. En este momento, el pasillo, que es donde los encargados de la cocina sirven la comida al resto de los presos, está vacío. En el comedor, sin embargo, hay dos hombres trapeando. Los miro de reojo. Ellos me observan y se hacen gestos entre sí. Está claro que les llama la atención mi presencia. No saben quién soy ni qué estoy haciendo allí. No sé si alcanzan a darse cuenta de que soy mujer, espero que no.

—¿Qué miran? —pregunta el cocinero de manera intimidatoria y los dos hombres bajan la cabeza para continuar con los suyo

Atravesamos una puerta y llegamos a una pequeña habitación con fregaderos y vajilla, que es donde se lava todo lo utilizado para servir la comida, tampoco hay nadie allí. Nos detenemos frente a una puerta y el gigante se da vuelta.

—Bien, pequeña —dice el hombre mientras veo que busca algo en su bolsillo. Yo, por las dudas, aferro el arma que llevo dentro de la chaqueta con fuerza, no sé qué es lo que este hombre está tramando. Entonces, saca un manojo de llaves y me relajo—. Esta puerta da al patio. Solo yo tengo las llaves, ahora la abro, sales y la vuelvo a cerrar. Cuando regreses, grita fuerte mi nombre, yo estaré atento y te volveré a abrir.

—Una vez en el patio, ¿hacia dónde debo ir? —le digo pidiéndole más instrucciones.

—Camina pegada a la pared de la derecha —me explica señalando con la mano como si yo no supiera diferenciar la derecha de la izquierda—. Llegarás a una puerta con un solo guardia. Ponle un par de billetes en la mano y abre la puerta sin decir nada. Te dejará pasar sin hacer preguntas. Todos lo hacen cuando quieren tener un poco de intimidad, tú me entiendes.

Asiento con la cabeza, pero no quiero pensar en lo que hacen los reclusos tras esa puerta, espero no encontrar ninguna escena amorosa allí. Como nos explicó Andrew sobre este lugar, los reclusos tienen el control y hacen lo que quieren. Hasta ahora, dicha característica está jugando a mi favor.

—Allí hay un pasillo que te llevará directo a la lavandería, no deberías de perderte —prosigue explicando el cocinero, que parece experto en los recovecos de la penitenciaría—. Esa entrada no se utiliza nunca, así que tu aparición en aquel lugar será inesperada.

—Una cosa más —le digo cuando el hombre se da vuelta para abrir la puerta—. Me dijiste que te llame por tu nombre. ¿Cómo te llamas?

El hombre me mira de costado y me sonríe.

—Me conocen como «Bestia» —me dice mientras introduce la llave en la cerradura. Su apodo me hace acordar a mi querida bestia negra. No soy creyente ni supersticiosa, pero que este hombre me haya dado una mano me hace pensar que mi Bob, mi bestia negra, desde algún lado, me está ayudando.

La puerta se abre y salgo con las manos en los bolsillos de la chaqueta y la cabeza cubierta por la capucha. No miro a nadie. Hay muchos hombres en ese patio separados en grupos. Algunos hablan y ríen, otros se ejercitan, pero la mayoría se encuentra fumando sin hacer nada más. No sé si me ven o si paso desapercibida. Estoy concentrada en el guardia que veo al otro lado del patio, junto a la puerta que me mencionó Bestia. Esquivo a un grupo de tres reclusos que están apoyados contra la pared. Advierto que me observan intrigados.

—¡Hey, tú! —me dice uno de ellos, pero sigo de largo como si no hubiera escuchado nada. Quiero llegar rápido, aunque no puedo acelerar el paso porque llamaría demasiado la atención, así que mantengo el mismo ritmo.

Cuando al fin me acerco al guardia, que solo se diferencia del resto de los presos por una cinta roja que rodea su brazo derecho y una porra en la cintura, mantengo la cabeza gacha y saco un billete de cien dólares. Se lo muestro y se lo pongo en la mano, como se me indicó. El hombre no me dice nada, ni siquiera me mira, continúa observando el patio como si yo no estuviera allí. Extiendo mi mano y giro el picaporte. La puerta se abre y salgo de ese sitio a la vista de todos para meterme en un pasillo oscuro, sucio, con todo tipo de olores. Afortunadamente, no me encuentro con nadie. Al parecer, ningún recluso quiso tener intimidad el día de hoy, mejor así.

Continúo caminando por ese lugar y ahora sí apuro el paso. Alcanzo a ver la puerta al final del pasillo. Esa debería dar a la lavandería. Corro hasta ella, ya he perdido mucho tiempo y Kim debe seguir bajando cajas del camión. No tengo idea cuánto tiempo tardará en terminar de bajar todo, pero en algún momento sucederá y deberá marcharse. Si lo hace, quedaré atrapada aquí adentro. Tampoco puede quedarse allí, esperando sin hacer nada, porque llamaría la atención de algún guardia, y no solo la detendrían, sino que además sabrán de mí, por lo que toda la operación sería un fracaso. También están los

guardias que derribé en la oficina. Aunque estaban bien atados, ya debían de estar despiertos y alguno se podría soltar. Demasiadas cosas pueden salir mal, debo concentrarme y continuar con lo mío. No tiene ningún sentido que me preocupe por cosas que no puedo manejar.

Ya en la puerta, apoyo mi mano en el picaporte y suspiro, es hora. Giro la manija, pero la puerta no se abre. Empujo. No pasa nada.

—¡Diablos!

Esta es una de las cosas que podían salir mal. Me aferro al picaporte con las dos manos y empujo con el hombro. La puerta de metal rechina y pareciera que comienza a ceder. Vuelvo a empujar con todas mis fuerzas y, con un horrible ruido metálico, la puerta se abre de golpe por completo.

Lo que veo allí me sorprende. Hay solo una persona, es Dust. Está fregando calzones completamente desnudo. Suelta lo que sostiene y se cubre los genitales con las manos al verme. Su rostro primero muestra sorpresa, luego vergüenza y, por último, alegría. Me acerco rápido hacia él. Tomo unas prendas de un pilón de ropa sucia y se las arrojo.

—Por favor, Ainara —me dice suplicando—. Sácame de aquí.

DEBEN LLEVARNOS CON USTEDES

Penitenciaría, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 4:00 p. m.

—SÁCAME DE AQUÍ —me dice desnudo, tiene el cuerpo lleno de moretones. Las marcas de su último encuentro conmigo ya deberían haber desaparecido, así que lo que estoy viendo es el resultado de su relación con el resto de los reclusos. No es casual que esté desnudo. Ya sea por ser nuevo o por sus crímenes hacia las mujeres, le están dando una lección. Tal vez ya se haya convertido en «la perra» de alguien. No puedo ocultar un sentimiento de satisfacción al verlo en este estado, se merece todo lo malo que le pueda pasar. Sin embargo, no he venido aquí para regocijarme del castigo que está recibiendo, sino para llevármelo.

—Ya estoy aquí —le digo para que entienda de lo que soy capaz y de que no estoy jugando—. Ahora dime algo que me convenza de sacarte o me voy en este momento.

—Tengo un depósito en Arizona —dice Dust mientras se pone unos pantalones que le di—, allí guardé un cargamento de armas para el Anillo. Luego podrás corroborarlo con el FBI, hubo una denuncia al respecto.

Lo que me dice concuerda con lo que averiguó Freddie, por lo que ahora estoy segura de que no está fanfarroneando.

—«Alldepot». Eso ya lo sabía —le digo mientras Dust se pone una camisa sucia y me mira sorprendido—, pero es suficiente por ahora. Vámonos ya.

Dust asiente con la cabeza, nervioso, y se termina de vestir. Cuando me doy vuelta para volver hacia el pasillo con destino a la cocina, veo que por la puerta entran tres hombres. Son los que me crucé en el camino por el patio.

—Te dije que era una mujer —le dice uno de ellos, entusiasmado, a uno de sus compañeros—. Podemos tener una fiesta aquí.

—La tendremos —dice el que está parado delante de los tres, es el más pequeño, pero parece ser el líder—. Ve a buscar a los muchachos.

—Pero… —protesta el que habló primero, quien no quiere perderse «la fiesta». Entonces, el líder lo mira fijo y ya no se queja más. Baja la cabeza y se marcha por donde vino.

No tengo ganas de perder tiempo con esto, así que camino directo hacia los dos hombres sin dar vueltas. Prefiero no usar mi arma,

todavía puedo evitar llamar la atención. En cuanto estoy a un paso, el líder sonríe, mostrando dos dientes de oro. Es suficiente un puñetazo para borrarle la sonrisa. El que estaba parado a la izquierda viene hacia mí, pero lo detengo con una patada en los testículos. El de los dientes de oro se repone e intenta sujetarme de la ropa. Lo tomo de la muñeca con la mano derecha y se la retuerzo a la vez que con el antebrazo izquierdo le golpeo con toda mi fuerza en el codo. Se escucha un crujido y el hombre grita. El otro quiere atacarme y le vuelvo a pegar otra patada en los testículos. Esta vez cae y no se vuelve a mover. Lo miro a Dust.

—Vamos —le digo mientras vigilo que ninguno de los dos hombres se levante del suelo—. Debemos llegar a la cocina.

Es entonces que escucho murmullos y ruidos que vienen desde el pasillo. Vuelvo a mirarlo a Dust, no sé si abrirme paso a los golpes por el pasillo o tomar otro camino. Dust parece entenderme.

—Aunque atravesáramos el pasillo —advierte—, en el patio ya deben saber que algo está pasando. No podrás con todos. Tengo otro camino.

—Te sigo —le digo, confiando en él. Lo que más quiere es salir de aquí, así que no tiene motivo para mentir, sabe que soy su única alternativa.

—Debemos cruzar por las celdas —me avisa mientras corremos hacia la puerta principal de la lavandería—. De allí, saldremos a un pasillo que nos conduce al comedor. Una vez allá, solo debemos saltar el mostrador. No te quites la capucha.

Salimos a un corredor donde nos cruzamos con un par de personas que nos ven correr, se miran entre ellos y comienzan a perseguirnos. Veo a un hombre venir hacia mí con un palo en alto. Tiene un brazalete rojo como el del guardia que soborné para llegar a la lavandería, por lo tanto, entiendo que también es un guardia. No tengo ningún deseo de saltarle encima y darle un puñetazo en la sien que lo noquee instantáneamente. Debo tener siempre en mente que todos estos hombres son delincuentes haciendo de guardias, por lo que no tengo por qué cuidar de no lastimarlos demasiado. Se escucha la porra del guardia caer al suelo y la levanto.

El guardia estaba cuidando la puerta de ingreso a las celdas. Lo veo a Dust quitarle un juego de llaves al hombre tendido en el suelo. Trata de abrir la puerta con ellas. Los dos hombres que venían corriendo detrás de nosotros se acercan y alzo el bastón de manera amenazante. Los dos se detienen y levantan las manos, creo que comprendieron que conmigo no se juega.

—Listo —anuncia Dust cuando logra abrir la puerta.

La atravesamos juntos y encuentro otro guardia, un hombre muy alto que se sorprende al vernos.

—¡Que mier…!

No termina de decir la palabra porque le doy un porrazo en los dientes, luego uno de punta en el estómago, y cuando el hombre se agacha por el golpe, le pego en la nuca haciendo que caiga desmayado.

Veo entonces que detrás de nosotros, por el pasillo, viene corriendo una veintena de hombres, deben de ser los que escuchamos venir desde el patio. Dust se apresura a cerrar la puerta y echarle llave. Los dos que venían detrás lograron traspasar la puerta y nos miran expectantes. No saben de qué se trata todo esto, pero deben de pensar que algo conseguirán si nos siguen. El guardia era tan rudo como parecía, porque comienza a levantarse del suelo. Alzo la porra para volver a darle, pero no es necesario, uno de los dos presos que nos seguía le patea la cabeza y el guardia cae definitivamente. El preso me sonríe. Yo no le respondo y retomamos la carrera.

Estamos en el pabellón de celdas, el lugar tiene dos pisos. Puedo ver el balcón superior con presos que se asoman para ver qué pasa aquí abajo. Los reos que están dentro de las celdas comienzan a salir al escuchar los ruidos, las rejas están abiertas. Siento que estoy entrando a la boca del lobo. Los que venían por el pasillo ya llegaron a la puerta y empiezan a golpearla, no sé cuánto resistirá.

—Vamos —dice Dust, que empieza a correr hacia el otro extremo de la sala. Ahí también hay otro guardia custodiando la puerta que da al siguiente pabellón. El hombre blandea su porra al vernos.

En ese momento, suena una alarma y las rejas de las celdas se cierran automáticamente. Muchos presos lograron salir, pero la mayoría quedan atrapados dentro. Todos gritan pidiendo que los saquen. Los presos que nos rodean me miran esperando que actúe, no los veo con intención de agredirme. Creo que ven una oportunidad de escapar.

El guardia que custodiaba la puerta hacia el otro pabellón depuso su actitud hacia nosotros y empieza a golpear la puerta, trabada de forma automática. Varios hombres caminan hacia él. No llego a ver lo que le hacen. Solo lo escucho gritar.

—Dust —dice un reo que se aproxima con otros dos, habían salido de la primera celda, en el extremo del pabellón junto a la salida a la que nos dirigíamos—. ¿Qué haces?

—Me voy de aquí —responde—, tenemos que llegar a la cocina.

—Las puertas se han cerrado por la alarma —explica el hombre, quien tiene una cicatriz que le atraviesa el rostro—, pero hay otro camino.

Lo miro a Dust pidiéndole explicaciones, no sé quiénes son estos ni por dónde quieren ir.

—Son mis compañeros de celda —me explica Dust, señalando la

celda vacía de la que los vi salir.

—Si quieren escapar —dice el hombre de la cicatriz en voz baja, acercándose a mí—, deben llevarnos con ustedes.

SUPONGO QUE TU NOMBRE ES AINARA

Algún lugar de Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 4:05 p. m.

La ambulancia llega a la puerta del hotel. Bajan los paramédicos y se abren paso hasta Alain, que sigue inmóvil. Le toman los signos vitales y todo está en orden. Mientras tanto, Smith habla con un oficial de la Policía de Los Ángeles. Ya se presentó como agente del FBI y está dando una declaración de cómo sucedió el accidente. Es entonces cuando suena el teléfono y Smith atiende.

—Hola, jefe —dice la voz al otro lado de la línea, es el agente López—. Ya estoy en la cárcel, esperándolo, acaba de suceder algo, se está llevando a cabo un motín. ¿Usted está llegando?

—¿Cómo? —pregunta Smith sorprendido y casi gritando—. No pude salir del hotel, tuve un accidente con el coche. ¿Un motín dices? ¿Qué es lo que sabes?

—No sé demasiado, jefe —responde López—. Esto acaba de pasar. Aquí me dijeron que la cámara del pabellón de Dust detectó el problema. Uno de los guardias fue atacado por alguien no identificado y varios reos intentaron tirar abajo una puerta. Los guardias activaron la alarma y las puertas internas se cerraron automáticamente. Esto es todo lo que sé.

—¿Y Dust? —pregunta Smith desesperado—. ¿Dónde está Dust?

—Pregunté, pero no me dijeron, jefe —explica López excusándose—. Esto es un caos. El tema es que no tenemos autoridad sobre el presidio, dependemos del personal penitenciario.

—¡El personal penitenciario una mierda! —contesta Smith furioso—. Que entren ahí ya mismo y busquen a Dust. Yo voy en camino.

Smith corta y mira al oficial que le está tomando la declaración.

—Tú vienes conmigo —le dice de manera imperativa—, necesito tu patrulla.

—¿Perdón? —pregunta el policía, quien no está acostumbrado a que un desconocido le hable así—. Yo no soy su chofer.

Smith se le acerca entonces y le dice en voz baja.

—Escucha, estúpido. Depende de lo que decidas en este momento, puedes ser recomendado para un ascenso o degradado a un simple «chofer». ¿Qué harás?

El policía lo mira un instante, sabe que aquel hombre es jefe de operaciones del FBI y evalúa cómo responder. Decide que es mejor

tenerlo de amigo.

—¿A dónde lo llevo, señor?

Penitenciaría, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 4:05 p. m.

«Deben llevarnos con ustedes».

Pienso un instante en esas palabras y sopeso las posibilidades. No tengo más alternativa que aceptar la propuesta del compañero de Dust. Esto iba a ser una entrada y salida rápida, pero se ha complicado. La alarma terminó con el sigilo, no creo que los guardias reales que vigilan el presidio por el perímetro se queden de brazos cruzados. Si ellos ingresan al sector interior, no sé cómo saldré de aquí. Si bien entré en silencio, imagino que saldré haciendo mucho ruido. Espero que Kim tome la decisión correcta y se vaya, si me espera, la atraparán también. Busco mi teléfono para llamarla y decirle que se marche, pero no lo encuentro. Debo haberlo perdido en alguna de las peleas. Así que estoy incomunicada.

Asiento con la cabeza y el hombre de la cicatriz sonríe.

—Muchachos —le grita a todos los que lograron salir de sus celdas —. Debemos tirar abajo aquella puerta, por allí hay una salida.

El hombre señala la puerta de atrás, la que está siendo golpeada desde el otro lado por los hombres que nos perseguían. De inmediato, los más de treinta reos que estaban alrededor de nosotros corren hacia aquella puerta y empiezan a empujar, golpear y tironear. No sé qué pasará cuando logren tirarla abajo con los que están del otro lado. Pero esto ya es un motín.

—Vengan —nos dice el hombre de la cicatriz y comienza a caminar con sus dos compañeros en el sentido contrario.

Los seguimos, mientras, veo que varios presos comienzan a descolgarse de los balcones para sumarse a la fuga. Todos van hacia atrás, hacia el tumulto, nosotros lo hacemos hacia adelante. Llegamos hasta la entrada y el de la cicatriz se inclina sobre el guardia derribado para quitarle las llaves. No sé para qué las quiere si la puerta está trabada. Entonces, veo que, en vez de ir hacia la puerta principal, gira hacia un lateral donde hay una puerta con un grueso candado. Prueba un par de llaves hasta que el candado se abre. Abre la puerta y se mete enseguida. Los demás lo seguimos, hay una escalera que da hacia abajo. Apenas entramos, el hombre le vuelve a echar candado a la puerta, pero desde el lado de adentro, luego le da las llaves a uno de sus compañeros. Escucho que alguien golpea desde

afuera, algún otro preso ya se debe haber dado cuenta de que nos metimos aquí.

—Ahora nadie nos molestará —afirma mientras más gritos y golpes se escuchan al otro lado de la entrada. Vuelve a tomar la delantera y comienza a bajar hacia un lugar cada vez más oscuro. Nos explica entonces—. Hasta hace cinco años, teníamos un piso más de celdas en el sótano, pero se inundó y murieron dos personas. Desde entonces, todo el sector se clausuró.

—¿Hacia dónde salimos desde aquí? —pregunto volviendo a creer que tenemos una oportunidad.

—De estas celdas, podemos pasar a un patio cerrado —me dice señalando las apenas visibles rejas oxidadas. Las está alumbrando con la luz de un móvil que acaba de sacar no sé de dónde. Me sorprende que tenga un teléfono dentro de la cárcel, pero ya descubrí que en esta prisión las reglas las ponen los reclusos, así que todo puede pasar.

—Los reos de aquí abajo también necesitaban comer —continúa explicando con ironía—, hay un acceso hacia arriba al comedor. Está sellado, pero lo abriremos sin problemas.

Parece un buen plan. Rodeando por aquí abajo nadie se entrometerá en nuestro camino. Comenzamos a caminar a oscuras entre las celdas. Noto al pisar que esto continúa inundado. En algunos lugares el agua me llega hasta los tobillos. Atravesamos todo el sector de celdas y al cruzar la siguiente puerta doblamos a la izquierda. No tengo idea de dónde estamos, seguimos totalmente a oscuras. La luz del móvil solo alumbra un metro delante de nosotros, sin embargo, me doy cuenta de que uno de los presos que bajó con el grupo ya no está, es el que se quedó con las llaves.

—Falta uno —digo.

—¿Un qué? —pregunta el de la cicatriz sin detenerse ni darse vuelta para mirarme.

—Uno de tus compañeros —le contesto mientras sigo caminando con cuidado de no resbalar.

—Ya aparecerá —contesta restándole importancia al tema.

Volvemos a cruzar otra puerta. Espero que lleguemos pronto al acceso al comedor. El hombre que nos guía parece estar muy seguro de hacia dónde va, es probable que él mismo hubiera estado recluido en este sector tiempo atrás. Creo escuchar ruidos detrás, así que el preso perdido nos debe estar alcanzando. De repente, veo que el hombre de la cicatriz se detiene.

—Esperen un minuto aquí —nos dice y con Dust detenemos el paso. Lo veo alejarse y caminar hacia la oscuridad. Su figura desaparece y solo veo la luz del móvil alejarse. Parece que estuviera buscando algo.

De pronto, escucho un ruido metálico y unas luces en el techo

chispean de manera intermitente. En el juego de luz y sombras que van y vienen veo que nos encontramos en un baño. Las paredes están pintadas con grafitis, hay mingitorios e inodoros rotos, puertas de madera podrida.

—Llegamos —dice el hombre que nos guía y me mira mientras se acerca—. Supongo que tu nombre es Ainara.

ES UN HOMBRE MUERTO

Central Park, Nueva York
Jueves, 28 de julio, 4:45 p. m.

JUNIOR ENTRÓ al Central Park y, tal como se le había pedido, avisó a la diputada Longobardi de su llegada. Ella le respondió indicando por dónde debía ir. Junior obedeció.

Luego de caminar unos minutos, mientras avanza por un sendero, ve a la diputada sentada en un banco leyendo un libro. Se acerca lentamente, mirando a los alrededores, y logra ver, a unos quince metros, al guardaespaldas que la acompaña siempre. Junior se sienta sin decir nada y mira al frente.

—Hola, Junior —dice la mujer sin levantar la mirada de su libro.

—Hola, Eva —saluda Junior aún sin mirarla—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué tanto sigilo?

—He cometido un grave error —dice la diputada—. Nunca debí de pedirte ayuda para Stacy.

—¿A qué te refieres? —pregunta Junior sin comprender.

—En ese momento, no sabía lo que estaba sucediendo —prosigue ella como si no lo hubiera escuchado—. Esto es mucho más grande de lo que imaginaba. Debí haberle pedido a Stacy que se olvidara del tema, pero no sabía, no sabía.

—Por favor, Eva —insiste Junior—. No te entiendo. ¿Qué cosa no sabías?

—El Anillo, Junior. —Por primera vez la diputada le dirige la mirada—. El Anillo está detrás de todo.

Esta aseveración de la diputada no le sorprende. Él ya sabe que Dust está relacionado con el Anillo, y a eso se debe lo que está haciendo Ainara. Es por eso por lo que no entiende el dramatismo de su amiga Longobardi.

—Lo sé, Eva —explica Junior—. Por eso, en este preciso momento mi equipo está sacando a Dust de la cárcel. Creemos que a través de él podremos llegar al Anillo.

—¿Que están haciendo qué? —pregunta Eva sorprendida.

—No debería contarte esto, no quiero implicarte en algo así —responde Junior, dudando—. Así que mejor no preguntes.

—No deberían de hacer nada de eso, Junior —dice la diputada negando con la cabeza—. Esto va más allá de lo que te imaginas. Cuando Stacy me pidió ayuda, me dijo que alguien le pasaría

información confidencial sobre un soborno que la había dejado fuera de un importante negocio. Sin embargo, no sabía en ese momento las implicancias de lo que me decía.

Junior la escucha atentamente. Aún no comprende hacia dónde se dirige su amiga con todo esto, así que sigue escuchándola sin decir nada.

—Stacy representaba a una compañía petrolera internacional y estaba intentando ganar una licitación del Gobierno para abastecer de combustible a distintos sectores —explica la diputada—. Su empresa fue descalificada y la licitación se suspendió. Ella creía que otra petrolera había sobornado a políticos para que esto sucediera y, cuando se reanudara la licitación, esta otra empresa la ganaría. Pero no fue así, era una movida mucho más grande.

—¿Qué puede ser más grande que eso? —pregunta Junior, que todavía no entiende hacia dónde quiere llegar su amiga.

—Es que no se trata de una competencia entre petroleras —le explica—. Quieren cambiar todo el sistema energético del país. La licitación se suspendió para darle tiempo a una nueva ley que se acaba de presentar en el Congreso. Es una ley del parque energético que pretende acelerar los tiempos de la transformación hacia energía sustentable. Todos sabíamos que esto sucedería en algún momento, pero requiere de muchos años para crear la infraestructura necesaria. Al acelerar los tiempos, aparece una sola empresa capaz de abastecer al estado.

—La empresa de Dust —deduce Junior y recuerda entonces lo que le dijo la mujer de Dust hace rato acerca de la ley que lo convertiría en la persona más rica del país.

—Exacto. La empresa de Dust lograría un monopolio de energía, ya que se quiere reemplazar a los combustibles fósiles por energía eléctrica, y no cualquier energía, sino, específicamente por energía solar. De hecho, quieren reformular el sistema eléctrico, argumentan que el mantenimiento de las centrales hidroeléctricas es muy costoso y que, por el contrario, el sistema de energía solar es mucho más económico y de implementación casi inmediata. Incluso me llegaron rumores de que el estado de Arizona ya tiene acordado con la empresa de Dust un contrato multimillonario. Solo esperan que se sancione esta ley para llevarlo adelante.

—Mi equipo encontró un enorme depósito en Arizona con la maquinaria de Dust —le cuenta Junior mientras comienza a tener una visión más clara del panorama—. Ya tienen todo preparado.

—Sí, Junior —confirma la diputada—. Creo que los estados con grandes desiertos son quienes encabezarán esta transformación. En teoría, tienen la capacidad para abastecer a todo el país con energía solar gracias a sus características climáticas.

—Todo el sistema energético de Estados Unidos estaría manejado por una sola persona —dice Junior pensativo—, y la riqueza del país cambiaría de manos.

—Estás cerca de comprenderlo, Junior —lo interrumpe la diputada—, pero aún no lo terminas de entender. No es una persona, Dust es apenas un títere, es el Anillo quien controla todo. Y no pienses que el dinero cambiará de manos con tanta facilidad. ¿Crees que los petroleros de Texas o Luisiana se quedarán de manos cruzadas?

—¿Qué quieres decir? —pregunta Junior.

—Mira, Junior —intenta explicar la diputada—. Cómo te dije antes, todos sabíamos que esto pasaría en algún momento, pero se calculaba para al menos dentro de veinte años. Ese sería tiempo suficiente para que los magnates desinviertan y liquiden sus estructuras para invertir en energías alternativas. Al plantearse este cambio para el año que viene, se le estaría dando un golpe a la estructura económica del país. A nadie le gusta que lo traicionen y le metan las manos en el bolsillo. Esto generará una reacción, probablemente armada, por parte de quienes manejan el dinero en la actualidad.

—¿Armada?

—Sí, Junior —afirma ella—. Ya hemos visto lo que es capaz de hacer el Anillo. La última vez incitaron la revuelta supremacista, ahora van por este lado. El objetivo del Anillo es generar el caos, justificar la suspensión de los derechos individuales y transformar al país en un estado autoritario expansionista. No les importa quién se pelea con quién, solo les interesa que haya pelea.

—Pero entonces, el tráfico de armas… —dice Junior, reflexionando—. Si el Anillo pasa a dominar la situación, ¿para qué quiere las armas? A no ser que…

—Sí, Junior —repite la diputada al darse cuenta de que su amigo al fin comprende el juego—. Son ellos mismos los que les venden las armas a sus supuestos enemigos, solo les importa el caos.

—Pero Dust es importante para ellos —dice Junior—. ¿Qué pasará con él ahora?

—Al Anillo solo le importa el Anillo y sus líderes ocultos —lo corrige la diputada—. Los demás son todas figuritas intercambiables que se pueden desechar en cualquier momento. Dust ya cumplió con su parte y cometió varios errores que no se pueden reparar, es un hombre muerto.

NADIE TRAICIONA AL ANILLO

Algún lugar de Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 4:10 p. m.

LOS PARAMÉDICOS asisten a Alain en el suelo. Para ver lo que estaba sucediendo, Alain necesitó fingir que recuperaba la consciencia. Sin embargo, para continuar con la actuación, no para de quejarse de dolores en todo el cuerpo. Mientras uno de los paramédicos le sostiene la cabeza, el otro le coloca un cuello ortopédico para inmovilizar la zona superior de su columna vertebral. Una vez que el cuello está colocado, acercan una camilla con las ruedas plegadas al lado derecho de Alain. Entre los dos paramédicos lo levantan y lo suben a la camilla. Luego la elevan, desplegando sus patas y la empujan hasta la ambulancia. La camilla se introduce en el vehículo y Alain mira a su alrededor.

Recién entonces comprueba que el agente Smith no se encuentra allí. Lo había estado buscando de reojo mientras se quejaba de los supuestos dolores, pero no había alcanzado a verlo. Ahora, desde arriba de la ambulancia, ya no tiene dudas, Smith no está. Tampoco puede ver al oficial de policía ni al patrullero. Hasta entonces, había mantenido su actuación porque estaba recostado delante del vehículo de Smith, lo que suponía que el agente aún seguía allí. Sin embargo, en el momento que comprende que el agente ha desaparecido, ya no tiene sentido continuar actuando.

Alain se endereza, sentándose en la camilla.

—No se mueva, por favor —le pide el paramédico, pero Alain no le presta atención. Sigue mirando alrededor y piensa en lo que debe hacer.

—Gracias —le responde mientras se levanta de la camilla y salta de la ambulancia.

El paramédico levanta la mano como queriendo detenerlo, pero no llega a decir nada, está sorprendido. Los curiosos que estaban pululando por allí y habían visto todo, abren paso para dejarlo pasar. Alain, con el cuello ortopédico puesto, se escapa corriendo.

Penitenciaría, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 4:20 p. m.

Dos guardias llegan a la entrada de insumos para la cocina. Kim sigue metiendo cajas al escáner como si nada. No tiene ni idea de lo que debe hacer. Hace varios minutos que escucha sonar la alarma y teme lo peor, pero seguiría esperando. Confía en la capacidad de Ainara para resolver cualquier situación. Lo único que la puede sacar de su puesto es que la policía la atrape.

—¡Alto ahí! —Escucha una voz que interrumpe sus pensamientos—. Dese vuelta con las manos en alto.

Kim deja caer la bolsa con paquetes de harina al suelo y, al estallar varias de ellas, una nube blanca comienza a levantarse. Ella se da vuelta despacio y ve a dos guardias. Uno de ellos la apunta con una pistola.

—Camine hacia aquí —dice el guardia del arma y ella se aleja del escáner, esparciendo aún más harina por el suelo. Camina hacia la parte delantera del camión.

Los dos guardias se acercan a la parte trasera del vehículo y con sus movimientos levantan aún más polvo blanco. Uno se mete dentro del camión e inspecciona lo que hay allí, mientras el otro le sigue apuntando.

—Aquí no hay nada —afirma quien está en el camión y luego salta al suelo, cayendo sobre otro paquete de harina que también estalla. Se para junto a su compañero.

—¿Dónde están los guardias que deberían estar aquí? —pregunta el de la pistola y luego tose un poco por la harina que hay en el aire. Kim se da cuenta de que todavía no han advertido que sus compañeros están esposados y amordazados en el suelo de la oficina.

—Ellos salieron corriendo cuando sonó la alarma —miente Kim tratando de ganar tiempo, tal vez Ainara la sorprenda saliendo de un momento a otro—. Me dijeron que siga haciendo lo mío y se fueron.

—¿Y tú compañero? —pregunta el guardia que mira la cabina del camión y no ve a nadie—. Siempre son dos.

—Fue al baño —explica Kim al no saber qué otra cosa contestar. Los guardias se miran sin saber muy bien qué pensar. Es entonces que Kim ve emerger de entre la nube blanca un bulto enorme que cada vez se hace más grande. Dos manos gigantes sujetan a los guardias con rapidez de sus cabezas y las estrellan una contra otra. Estos caen al suelo pesadamente y otra vez se revuelve la nube blanca. Es entonces que un hombre grande da un paso adelante, saliendo del polvo, y Kim lo ve con claridad. Es el cocinero, que la mira sonriendo.

—Tu amiga me dijo que me pegarías un tiro en la frente —dice el hombre mostrando sus dientes torcidos—, pero creo que te salvé el pellejo.

—¿Qué sabes de Ainara? —pregunta Kim al descubrir que este hombre la ha reconocido. En eso ve que otros dos reos salen de entre la nube de harina, que comienza a descender. Revisan a los guardias y les quitan las armas.

—Solo sé que está armando un gran alboroto allí adentro —dice el gigante mientras camina hacia la puerta del camión y la abre—. Prometió que me sacaría, pero no sé si ella podrá salir, así que ya me voy. Puedes venir con nosotros si quieres.

Kim niega con la cabeza y mantiene su posición.

—¿Podrían esperar unos minutos más? —pregunta, sabiendo cuál será la respuesta.

—Lo siento, niña —dice el cocinero ya dentro del vehículo. Otro de los presos está al volante y el tercero se quedó en la parte trasera—. No sé lo que harás, pero en cualquier momento llegarán más guardias, suerte.

El camión arranca y se dirige hacia la salida. Kim se queda mirando como el vehículo se marcha y se pregunta en voz baja:

—¿Y ahora qué?

AL ESCUCHAR las palabras del hombre de la cicatriz, no entiendo nada. ¿Es posible que acaso Dust le haya hablado de mí? Lo miro a Dust, veo en él la misma cara de sorpresa que debo tener yo. Vuelvo a mirar al hombre de la cicatriz, desconcertada.

—Por tu gesto, creo que he acertado —me dice el tipo con soberbia —. «El Anillo» te estaba esperando.

—¿De qué estás hablando? —le pregunto y aferro el arma dentro de la chaqueta. Escucho de pronto el chapoteo de muchos pasos acercándose. Veo hacia atrás y apenas alcanzo a ver en las sombras entrecortadas de la luz parpadeante a un grupo de al menos diez personas con el reo que había desaparecido minutos antes. No se había perdido, fue a buscar refuerzos.

—Me dijeron que podías venir —explica el de la cicatriz, que continúa sonriendo—. En realidad, no sé quién será esta gente del Anillo. Pero apareció alguien de traje dentro de mi propia celda con un documento firmado por un juez que me otorgaba la libertad condicional. ¿Sabes lo que significa, luego de veinte años encerrado, que te ofrezcan salir?

—No hagas esto —le digo mientras saco mi arma y le apunto a la cabeza—, puedes salir conmigo, ahora mismo.

—¿Salir contigo? —pregunta de forma irónica y lanza una carcajada—. ¿Para que me persiga la Policía y el Anillo?

Siento un movimiento detrás de mí y cuando giro con mi arma,

dispuesta a disparar, veo que dos hombres han atrapado a Dust. Uno de ellos tiene una navaja improvisada hecha con un hierro afilado envuelto en una tela como mango.

—Suéltalo antes de que abra un hoyo en tu cabeza —le digo al que sostiene esa púa.

—Como te dije antes —continúa hablando el de la cicatriz a mi espalda, así que mientras apunto a un lado miro para el otro, lo veo que comienza a caminar a mi alrededor—, no sé qué es este Anillo, pero si pueden sacarme de la cárcel tan fácilmente, deben de tener más poder de lo que pueda imaginar. A cambio de salir, solo debo hacer dos cosas. La primera era esperar una semana para ver si te atrevías a venir. Pensé que era una tontería, que ninguna persona en su sano juicio, y menos una mujer, se atrevería a entrar a una cárcel para rescatar a un asesino de mujeres.

—Tal vez tengas razón —le digo mientras vuelvo a apuntarle—, puede que no esté en mi sano juicio. Eso es justamente lo que me hace tan peligrosa. Así que suelta a Dust y los dejaré vivir a todos.

—Creo que las cosas no pasarán de ese modo —me dice a la vez que sigue caminando hasta llegar a Dust—. ¿En serio cambiarás tu vida por la de este cerdo?

El hombre agarra la navaja que tenía su cómplice y la apoya en el cuello de Dust. El resto de los reos se distribuyen a mi alrededor. Veo que tienen objetos contundentes en sus manos. Yo sigo apuntando el arma al líder y evaluando la situación. Veo que uno de los presos renguea de la pierna izquierda, otro tiene vendada una muñeca, uno que se me acerca más frunce los ojos como si le costara verme.

—Como te explicaba —continúa el de la cicatriz—, mi primera tarea era esperarte, atraparte y mantenerte con vida hasta que alguien del Anillo venga por ti. Así que, si arrojas tu arma, podría sacarle el cuchillo del cuello a tu amigo y vivirás hasta tener otra oportunidad.

Podría dispararle en la cabeza y luego enfrentarme al resto. Son muchos, pero con una bala extra y un poco de suerte, creo que podría con todos. Sin embargo, podrían matar a Dust y todo esto hubiera sido en vano. Lo importante ahora es ganar tiempo y mantenernos con vida, en cuanto se descuiden, haré mi jugada. Así que prefiero hacer caso. Le quito el cargador al arma, le saco las dos balas que le quedan y las arrojo lejos. Luego lanzo la pistola a la sombra en dirección opuesta. La escucho caer al agua.

—¡Oh! Ainara —dice apenado el de la cicatriz—. Esa arma me hubiera sido muy útil. Pero bueno, lo prometido es deuda y no te mataremos.

El hombre aparta el improvisado puñal del cuello de Dust y mi cuerpo se tensa, en cuanto lo tenga a alcance, le salto encima.

—Ah, me olvidaba —prosigue el hombre y advierto un cambio en

su actitud que me pone aún más alerta—. Te había dicho que el Anillo me dio dos tareas. La primera ya la cumplí, te atrapé, así que tengo que realizar la segunda.

—¿Y cuál es esa segunda tarea? —pregunto, esperando que lo que estoy pensando no se cumpla.

—La segunda tarea era esta —dice el maldito mientras le ensarta el puñal en el cuello a Dust, una y dos veces, como si lo estuviera disfrutando. Luego le dice al ensangrentado, que lo observa sorprendido con sus últimas fuerzas—, me dijeron que te diera este mensaje, ya que no lo habías entendido, nadie traiciona al Anillo.

SÁQUENLA DE INMEDIATO

Penitenciaría, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 4:25 p. m.

CIERRO LOS OJOS y el tiempo parece detenerse. Por un instante pensé que Dust me había traicionado, que me había entregado al Anillo. Pero cuando noté que el hombre de la cicatriz cambiaba su actitud, intuí que solo le quedaban unos segundos de vida. El ver su sangre me confirmó que él no estaba en esto, que fue utilizado para atraparme. Ahora me encuentro dentro de una cárcel, rodeada por delincuentes que no tienen nada que perder y que son capaces de cualquier cosa para salir de prisión. Siento los pies mojados en este sótano abandonado y sucio. Ha sido todo inútil.

Abro los ojos y, con la luz parpadeando, miro a mi alrededor. Los veo acercarse y permanezco quieta. Es extraño, pero estoy calmada, relajada. Como si nada me importara. Me quito la capucha. Observo que, a mi derecha, el hombre que rengueaba se viene sobre mí con un palo en alto. Simplemente, levanto mi pie y lo bajo con fuerza en una patada lateral hacia su rodilla. Veo como suelta el palo y grita. El hombre con la venda en la muñeca se acerca a mi hombro izquierdo. La tomo con mi mano derecha y, haciendo palanca con mi mano izquierda en su codo, lo retuerzo hasta hacerlo girar sobre sí mismo. Lo arrojo contra otro de los que viene hacia mí. Veo al que le pateé la rodilla queriendo levantarse y le quito el palo que traía para darle un palazo en la cara a un cuarto reo que se acercaba. En el mismo movimiento, le doy con el palo a otro más, quien logra bloquearlo con el brazo derecho. Entonces, le doy un puñetazo en la sien que lo envía al suelo. Alguien me toma de atrás y me dejo caer, escurriéndome de entre sus brazos. Se me suelta el cabello, que hasta un momento mantenía recogido. Con una rodilla en el suelo, tomo la pierna derecha del reo y lo levanto en el aire, haciéndolo caer hacia atrás. Me paro de un salto y le doy un palazo a uno que viene de frente. Luego giro y le pego otro palazo a uno que se estaba levantando detrás de mí. Ya no sé quién es quién, solo golpeo a diestra y siniestra a medida que van llegando. Es entonces cuando reconozco al de la cicatriz, que se me acerca desde atrás con el burdo puñal en la mano derecha. Cuando me lanza un puntazo, me muevo hacia el costado, dejándolo pasar de largo. Giro y le doy un codazo en la nuca. El hombre se inclina hacia adelante y con la mano izquierda lo aferro de la muñeca.

Se la fuerzo y la levanto, haciendo que su arma gire hacia él. Lo arrastro para enfrentar a otro que se me venía encima y queda ensartado en el puñal de su compañero. Le doy un rodillazo en el brazo y escucho que su codo se quiebra. El grito del hombre de la cicatriz silencia el grito de aquel al que le clavo el cuchillo. Recién entonces advierto los sonidos que me rodean. Le quito el puñal del estómago y el cuerpo cae al suelo, salpicando agua. Los sonidos de chapoteo a mi alrededor aumentan y ahora, con el puñal, doy golpes en todas las direcciones. Escucho los cuerpos caer. Estoy mojada, el agua fría del suelo se mezcla con el fluido caliente de la sangre que comienza a cubrirme. Le doy con el fierro afilado en el rostro al que tengo más cerca y lo veo caer con lentitud. Entonces, recorro con la vista mi entorno y ya nadie se mueve, solo uno se levanta del suelo, agarrándose el brazo. Es el de la cicatriz. Camino hacia él con el puñal en la mano. Lo tomo del cabello, tiro de su cabeza hacia atrás y alzo el puñal.

—Arruinaste todo, idiota —le digo dispuesta a acabar con él—. Podríamos haber salido todos, pero tomaste una mala decisión y ahora lo pagarás.

Voy a clavarle el puñal, pero veo la luz de una linterna apuntándome. Siento un dolor punzante en la espalda y comienzo a temblar. Todo se oscurece.

—¡DEBEMOS entrar ya! —le exige el agente López al jefe del servicio penitenciario.

Dos minutos antes, López había protestado por la inacción de los guardias, que se mantenían fuera de los pabellones viendo por los monitores lo que sucedía dentro.

—Esto no es casual —le explicaba López al director del presidio—, tiene que ver con Dust.

El jefe del servicio subestimaba la teoría del agente del FBI, pero cuando vieron en el monitor que Dust era llevado por otros reos a una zona clausurada del presidio, comprendió que el agente podía estar en lo cierto. Fue entonces que organizó rápidamente la incursión.

El director dio la orden. Un equipo de diez guardias armados ingresó al interior de la cárcel. El agente López también quería entrar, pero no se lo permitieron. Debió quedarse afuera y ver la acción por las pantallas.

El escuadrón ingresó con escudos, empujando a los reos que se les iban encima. Mantenían sus armas en las fundas y repartían palazos a todo el que se atreviera a acercarse demasiado. Atravesaron el primer pabellón y pidieron por el intercomunicador que abrieran la puerta

que daba al siguiente. Llegaron entonces al pabellón de Dust, que fue donde se inició el motín. Apenas entraron, volvieron a cerrar la puerta que divide los dos pabellones y tiraron abajo la puerta que daba al sótano. Tres guardias se quedaron custodiando esa puerta y el resto bajó. Con sus linternas alumbrando el camino, descendieron y avanzaron por los pasillos inundados. El que va adelante es el que más tiempo lleva trabajando en el lugar y conoce muy bien ese sótano.

Los guardias ven al fin movimientos y se detienen. El capitán del escuadrón se sorprende al ver a una mujer de cabello rubio parada en medio de una docena de hombres tendidos en el suelo. Es Ainara, pero ellos no la conocen. La ven alzar un puñal mientras sostiene a un reo del cabello. El capitán da una señal y uno de sus subordinados se adelanta, apuntando con una táser. Dispara y el impacto da de pleno en la espalda de la mujer. Ella tiembla y cae al suelo, inconsciente.

El capitán camina hasta donde se encuentra Ainara y mira alrededor.

—¿Qué demonios pasó aquí? —pregunta el hombre mientras le hace señas a dos de sus subordinados para que carguen a Ainara—. Revisen a esos hombres, quiero saber si siguen con vida.

Siguen sus órdenes y verifican el estado de los reos uno por uno. Tres hombres, incluido Dust, están muertos. El resto siguen vivos, malheridos pero vivos.

—¡Maldición! —exclama el capitán y toma entonces su intercomunicador. Llama al director del servicio penitenciario—. Tenemos una situación aquí, hay muchos heridos y muertos. Dust murió. Necesitamos refuerzos y médicos. Capturamos a un intruso, quien era el único que se mantenía en pie. Es una mujer.

—¿Una mujer? —repregunta el director, incrédulo—. Sáquenla de inmediato.

AINARA PERMANECE CON LOS OJOS CERRADOS

Penitenciaría, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 4:25 p. m.

KIM VIO MARCHARSE al camión y pensó que allí iba su única oportunidad de escapar. Sabe que la cámara registró lo sucedido, por lo que más guardias llegarán enseguida. Si se queda allí, no tendrá ninguna oportunidad. Debe pensar rápido.

Entonces, se acerca a uno de los guardias inconscientes, al que tenía contextura más pequeña. Lo arrastra fuera del alcance de la cámara. Le quita la ropa y se la pone. Se sacude un poco la harina y saca su teléfono. Llama a Andrew.

—Andrew —dice Kim—, voy a entrar en busca de Ainara. Si no salió hasta ahora, es porque debe de estar en problemas.

—¿Estás segura? —pregunta Andrew preocupado—. ¿Cómo puedo ayudar?

—No sé con lo que me encontraré adentro —dice Kim mientras mira a su alrededor—, pero cuanta más confusión haya, más posibilidades tendremos.

—Haré lo que pueda —responde Andrew y terminan la comunicación.

Kim va a ir hacia el escáner, pero se detiene. Vuelve atrás y arrastra al otro guardia que estaba en el suelo. También le saca la ropa. La dobla, haciendo un bulto, y la lleva consigo. La cuelga de su cinturón. Recién entonces se introduce dentro de la máquina, que sigue funcionando como si no hubiera pasado nada. Al llegar a la salida de la cinta transportadora, se topa con las cajas y bolsas de alimentos desparramadas en el suelo. Ve la puerta abierta, trabada con un cajón de frutas, y la atraviesa. Entra a la cocina y no hay nadie. La cruza y sale al comedor. Allí se encuentra con dos reos que rompen una mesa para utilizar sus patas como armas. Ella se detiene y los presos la ven.

Kim no duda y camina hacia ellos. Los hombres, luego del primer vistazo, en el que solo reconocen a un guardia, advierten que es una mujer y no comprenden qué hace allí.

—¿Qué miran, estúpidos? —dice Kim con firmeza y sin detenerse —. Allá atrás tienen una máquina por la que pueden salir al exterior. Apúrense antes de que lleguen los verdaderos guardias.

Los reos se la quedan mirando y luego se miran entre ellos.

—¡No pierdan tiempo! —insiste Kim—. Corran.

Los reos reaccionan y se van con toda la velocidad que pueden imprimirle a sus piernas hacia la cocina. Kim alcanza a ver la puerta que da al patio. Está abierta y observa que pasa gente corriendo y gritando, arengando para hacer crecer la revuelta.

—Bueno —se dice Kim a sí misma y mira en su móvil el plano de la prisión—. Espero que Andrew pueda hacer algo.

Búnker de Andrew, Nueva York
Jueves, 28 de julio, 4:30 p. m.

—POR FIN ESTOY ADENTRO —dice Andrew mientras mira en la pantalla un *collage* de imágenes. Son todas las cámaras de la penitenciaría. Logró acceder al ordenador central del presidio y puede entrar a todos los sistemas. Ahora tiene en primer plano las cámaras. Desde ayer está intentando ingresar, era la idea original. De esa manera, iba a poder apoyar a sus compañeros, podría cubrirlos y ayudarlos a encontrar a Dust. Sin embargo, el sistema estaba mejor protegido de lo que esperaba y recién hoy pudo hackearlo. Ahora intenta comprender todo lo que ve.

—Bien —dice mientras se organiza—, ya tengo el sistema de cámaras, ahora verán lo que yo quiera.

Entra a los archivos y revisa dónde aparece Ainara. Luego genera un bucle, una repetición de lo sucedido frente a todas las cámaras en las que no se vea a su amiga. Ahora, en el centro de control de la penitenciaría, la policía ve, por ejemplo, a Kim cargando mercancía en el escáner, mientras que, en realidad, Andrew la vio ingresar por el aparato hace apenas dos minutos.

—Así está bien.

Está satisfecho con las cámaras, ahora las autoridades no sabrán lo que sucede adentro. El siguiente paso es la confusión que le pidió Kim. Ve en la cámara de los pabellones que las celdas están cerradas. Supone que deben cerrarse automáticamente por alguna aplicación, así que comienza a buscarla.

—Debo controlar las celdas.

Penitenciaría, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 4:30 p. m.

El capitán del escuadrón que ingresó al sótano sube hasta el final de la escalera en la planta baja. Se escuchan gritos y golpes. Los tres hombres que dejó allí apostados están con sus escudos y palos para repeler los ataques de los reclusos.

Luego de revisar todos los cuerpos desparramados por Ainara y encontrar a Dust sin vida, que era a quien habían venido a buscar, decidió que no tenía sentido cargar con el cuerpo hasta arriba en este momento, más cuando ya debían llevar a la mujer inconsciente.

—Cuando lleguen los refuerzos, se encargarán de Dust y de los otros —le dijo a uno de sus hombres cuando le preguntó qué hacer.

Por el momento, dejó a dos de sus hombres en el sótano, asistiendo a los heridos, por lo que son cinco quienes ahora van a salir al pabellón para sacar a Ainara del lugar.

El capitán y sus subordinados salen de nuevo a la luz y se encuentran con un panorama bastante tranquilo. Los gritos que escuchaban son los de los reos que quedaron dentro de sus celdas, que por fortuna fueron la mayoría. La puerta del fondo que separa el pabellón del pasillo ha sido tirada abajo. Son más los reos que se fueron hacia el patio que los que quedaron allí.

—Al principio, vinieron a atacarnos —le explica a su capitán uno de los guardias que esperó frente a la puerta—. Pero ahora solo viene alguno perdido de vez en cuando, y es sencillo de manejar. El problema está en otro lado.

El capitán asiente y respira relajado, tienen el paso despejado para llegar a la salida. Luego, cuando estén afuera, verá qué está sucediendo en ese «otro lado».

Es así que el capitán camina por delante, los dos hombres que cargan a Ainara, detrás de él, y los otros dos van cerrando el paso. Cuando va a abrir la puerta para pasar al primer pabellón, se escucha un ruido metálico y las celdas se abren. Los reclusos comienzan a salir gritando. El capitán mira por la ventana de la puerta que da al pabellón al que se dirigían y ve lo mismo. Se da cuenta de que no podrá salir cargando a Ainara. Son demasiados los reos que se han liberado y no sabe si podrá con ellos. Ve la celda más cercana.

—Métanla ahí, rápido —le indica a sus hombres y estos llevan el cuerpo inconsciente de Ainara dentro de la celda. Deben apurarse porque ya sus compañeros empiezan a frenar los embates de los reos —. Pónganla en la cama y cúbranla, no quiero que estos salvajes vean que hay una mujer aquí.

Después de que se cumplen sus órdenes, él se apura a cerrar la celda manualmente con la palanca a un costado de la puerta. La calma se terminó, muchos reclusos van hacia ellos y comienzan a repartir

palazos para abrirse paso. Los refuerzos no llegan aún, así que deben salir de allí cuanto antes. Ainara permanece cubierta en el catre dentro de la celda, sus ojos siguen cerrados.

SU OBJETIVO ES AINARA

Cárcel, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 4:35 p. m.

ANDREW PUEDE VER en las cámaras como encierran a Ainara. Piensa que haber abierto las celdas fue una buena medida para crear la confusión que le pidió Kim. Gracias a eso los guardias dejaron sola a Ainara, es quizás su última oportunidad de escapar. Al encerrarla manualmente, se activó la cerradura electrónica, por lo que desde el pabellón no se puede acceder a ella, pero Andrew sigue manteniendo el control a distancia y podrá liberarla cuando quiera. De inmediato, llama a Kim.

—Ainara está inconsciente en una celda, Kim —dice Andrew mientras mira sus pantallas y verifica el plano—. Está, casualmente, en la celda de Dust, pero de él no hay señales. Revisé los videos y lo vi bajar al sótano con Ainara y otros reos, pero él nunca volvió a salir. La encontrarás en la primera celda de la línea, al lado de la puerta que da al primer pabellón.

—Comprendido —responde Kim, quien manda a cada preso que se le interpone hacia la cocina con la promesa de escape—. Necesito más distracción, algo en la entrada de la prisión de ser posible.

Kim corta y Andrew mueve la cabeza.

—Sí, claro —se dice Andrew a sí mismo—, como si pudiera organizar una manifestación en la puerta.

Entonces, se detiene y se queda pensando.

—Tal vez —dice y comienza a buscar algo en su móvil. Encuentra el contacto que necesita. Es el de una periodista de policiales que trabaja en la cadena de TV más importante de Los Ángeles. Había conseguido ese número porque parte del plan era, una vez que sacaran a Dust, dar la información al público a través de los medios. Freddie y Andrew habían buscado un periodista que no estuviera comprado por el Anillo. Así llegaron a esta mujer que parecía estar limpia.

—Señorita Ross —dice Andrew—, usted no me conoce, pero tengo información importante. Hay un motín en la cárcel y está relacionado con Evan Dust, el estrangulador de mujeres que atraparon hace unos días.

—Un momento —dice la periodista—. ¿Quién habla?

—Eso no importa, señorita Ross —le responde Andrew mientras mira en las cámaras del presidio lo que sucede en el perímetro—. Esto

está sucediendo ahora y puede ser la primera en reportarlo. Un camión derribó la puerta de ingreso a la prisión y varios presos escaparon, puede haber gente muerta.

Andrew termina la comunicación y mira sorprendido lo que está pasando en la entrada del recinto.

EL PATRULLERO LLEGÓ a la entrada de la prisión. Se detuvo frente a la puerta y el agente Smith bajó del coche. El oficial de policía que lo condujo hasta allí suspiró aliviado. Ya se había sacado de encima a ese hombre del FBI y ahora podría volver a su trabajo. Solo restaría recibir el reproche de sus superiores por haber accedido a las órdenes del FBI sin pedir permiso. Durante el viaje hasta la penitenciaría, que tardó apenas unos minutos, dio aviso a la seccional de lo que estaba haciendo. Pero ya a punto de apoyar la mano en su radio para avisar de que ya estaba libre de nuevo, un movimiento tras las rejas le llama la atención.

El camión que trajo los suministros de cocina comenzó a acercarse. Primero lo hizo a una velocidad normal, pero cuando el guardia de seguridad salió de su casilla para recibirlo, el camión aceleró. Es entonces cuando el guardia intentó sacar su arma, pero no tuvo tiempo, debió arrojarse a un costado para que el camión no lo atropelle. El camión embistió la puerta. El alambrado y los fierros que lo sostenían estallaron y la puerta voló. El agente Smith se tiró al suelo a un costado de la salida para no ser atropellado.

El oficial en la patrulla vio venir al camión y empezó a dar marcha atrás, pero no fue lo bastante rápido. El camión lo chocó de frente, haciéndolo volar hacia atrás. El camión apenas se sacudió y continuó su fuga sin detenerse. Se oyen disparos. De las torres disparan con rifles al camión. Los tiros lo impactan, pero no son suficientes para detenerlo.

El oficial en el patrullero tarda unos segundos en reaccionar, pero no recibió ningún golpe grave, así que al final logra recomponerse. Se toma el cuello y mueve la cabeza para comprobar que todo está en orden. Coge luego la radio para llamar al Departamento de Policía.

—Estoy en la entrada de la penitenciaría —explica el oficial—. Necesito apoyo, fui embestido por un camión que se dio a la fuga. Escapó de la prisión, aparentemente, hay un motín.

—Repita, móvil cinco —piden desde la seccional al escuchar el informe del oficial. Lo que acaban de escuchar es demasiado grave y necesitan confirmación.

El oficial repite y desde la seccional le indican que se quede en el lugar esperando instrucciones.

Mientras tanto, Smith se pone de pie.

—¡Diablos! —exclama y agarra su móvil. Busca el número del agente López y lo llama.

—¿Qué diablos está sucediendo, López? —pregunta Smith furioso —. No me digas que en el camión que acaba de salir estaba Dust.

—No, jefe —responde López con seriedad—. Dust ha muerto.

—¿Cómo? —pregunta Smith sorprendido.

—Sí, jefe —confirma López en el mismo tono de antes—. Por las cámaras se vio que otros reos lo llevaban a un sótano abandonado. Cuando una partida de guardias entró a buscarlo, se encontró con una matanza. Dust y otros dos hombres, muertos, y varios heridos.

—¿Qué fue lo que pasó? —insiste Smith, que no puede creer lo que está sucediendo. Si no hubiera tenido ese accidente, hubiera llegado más temprano y Dust seguiría con vida.

—Atraparon a un intruso que no pertenece al presidio —explica López—, creen que esta persona fue la responsable.

—¿Saben quién es ese intruso? —pregunta Smith mientras vuelve a escuchar disparos y levanta la mirada para ver qué está sucediendo. Ve que un grupo de alrededor de veinte presos viene corriendo hacia la entrada. Desde las torres disparan y algunos presos comienzan a caer.

—No saben quién es, jefe —continúa explicando López—. Pero es una mujer y ha quedado recluida en una celda.

Smith deja de interesarse en los disparos y la fuga.

—Ainara Pons —dice en voz baja y comienza a caminar de nuevo hacia la puerta. Saca su placa y se la muestra a uno de los guardias, quien, al verlo, le había apuntado con su arma. Cuando ve la placa, baja su arma y vuelve a ocuparse de los reos que vienen hacia él. Empieza a disparar, pero ya los tiene encima. Le da a uno, pero otros dos se le abalanzan y le quitan la pistola.

Smith saca su arma y atraviesa la puerta, pero ni se fija en los fugitivos. Uno intenta atacarlo, no obstante, Smith le da un golpe con la pistola en la cara y sigue caminando como si nada. Ahora tiene una sola cosa en mente. Su objetivo es Ainara.

¡LEVÁNTATE, AINARA!

Penitenciaría, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 4:40 p. m.

EL AGENTE SMITH llegó a la puerta interna del presidio y debió esperar a que le abran. Cuando lo hicieron, tuvo que apartarse para dejar pasar a un pelotón de guardias que se dirigía a la puerta externa por la que estaban escapando los presos. Luego se encontró con López, esperándolo al otro lado, y entró. Mientras caminaban hasta la oficina del director del servicio penitenciario, el agente López lo puso al tanto de la situación. No había cambiado mucho desde la última vez que hablaron hace unos minutos, salvo que los guardias que entraron para buscar a Dust, debieron salir porque no podían controlar a los reos. En unos instantes volverán a entrar en mayor número y armados con pistolas Taser para terminar con el motín.

Cuando llegan a la oficina, Smith observa la situación sin decir nada. El hombre a cargo ni siquiera lo mira.

—Esto está mal —dice el jefe del sitio, viendo los monitores—. Alguien nos hackeó, estas imágenes se repiten. Hay que entrar.

—Mire, jefe —dice otro guardia, señalando el monitor de la entrada—. Llegó la prensa.

—¿Cómo diablos llegaron tan rápido? —dice el hombre, fastidiado —. Que no disparen más de las torres, envíen más gente a la puerta para evitar que escapen. ¡Y que de Sistemas vean lo que pasa con las cámaras!

—¿Entramos, jefe? —pregunta el segundo al mando, que ya había agarrado un rifle.

—Ahora no podemos —responde el director analizando la situación—. Hay que detener a los que están en el perímetro. Pero hay que hacerlo de tal forma que la prensa no nos crucifique. Hay que mandar a todos para allá. ¿Por dónde demonios están saliendo?

—Por la cocina, jefe —le contesta.

—¿Por qué no cerraron eso aún? —pregunta el hombre cada vez más enfadado.

—Mandamos ya dos brigadas, pero no nos responden —le explica el segundo al mando.

—Iré yo mismo —dice el director y comienza a caminar hacia la salida. Smith recién entonces irrumpe en la escena y se le interpone en el camino.

—Soy el agente Smith, jefe de operaciones del FBI —se presenta—. Tengo que entrar para interrogar a la mujer que atraparon.

—Ahora no tengo tiempo para eso —dice el director y lo esquiva.

—Supongo que quiere saber lo que pasó —dice Smith levantando el tono de voz—, va a tener que decirle algo a la prensa. Yo le puedo conseguir esa información.

—No tengo suficiente gente ahora —responde el hombre sin mirarlo, pero deteniéndose antes de salir, como dudando de lo que debe de hacer.

—Solo necesito un guardia para que me guíe —insiste Smith—, nada más.

—Que alguien lo acompañe —le dice el director a su segundo y luego mira a Smith—. Pero entra bajo su responsabilidad.

Cárcel, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 4:40 p. m.

ABRO los ojos y me sobresalto. Con las manos, quito algo que me está cubriendo la cara. Es una tela. Respiro mejor y comienzo a mirar a mi alrededor. Creo que estoy en una celda. Me siento en el catre y estudio mejor mi entorno. Sí, estoy en una celda.

—¿Qué me pasó? —pregunto en voz alta como si alguien me pudiera responder, pero en realidad estoy tratando de recordar lo sucedido. Me acuerdo de haber derribado a todos esos malditos en el sótano, y que estuve a punto de acabar con el que mató a Dust, pero hasta allí llega mi memoria. De repente, me llega el recuerdo de un dolor en la espalda y me invade una horrible sensación.

—Una táser.

Debe haber sido eso. Dudo que los reos tuvieran una de esas armas, así que me deben de haber atrapado los guardias del exterior. No comprendo por qué me dejaron aquí, no tiene sentido. Me levanto y me acerco a la puerta de la celda. Intento abrirla, pero es imposible, está cerrada. Llevo las manos a la cintura y bajo la cabeza. No sé qué hacer. Todo salió mal. No pude sacar a Dust y lo mataron, por lo que cualquier posibilidad de llegar al Anillo desapareció con él. Por si esto fuera poco, me han capturado y dudo que pueda salir. Espero que al menos Kim haya podido huir, pero no sé qué pensar, como viene saliendo todo, lo más probable es que ella también haya sido atrapada.

No veo a nadie, ni dentro ni fuera de la celda. Así que me acerco a la reja y apoyo el rostro contra los barrotes. Alcanzo a ver de reojo

que alguien se acerca. No logro verlo bien, pero me doy cuenta de que es un guardia del servicio penitenciario. Doy un paso atrás. Vuelvo a mirar a mi alrededor. Si este guardia viene por mí, mi única chance de escapar es tomarlo por sorpresa. Así que evalúo la situación, y solo puedo volver al catre y hacerme la dormida. Lo sorprenderé cuando entre.

Cárcel, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 4:45 p. m.

SMITH SIGUE al guardia hasta la entrada del primer pabellón. Los dos hombres que custodian la entrada abren la puerta y Smith entra con su acompañante. Para su sorpresa, ya no hay nadie allí. Entran caminando sin ningún problema. Smith sigue a su guía de cerca mientras observa las celdas vacías. Él se había enterado del sistema de autogestión de los reclusos cuando planeó visitar a Dust. Pensó entonces que era una locura y que eso terminaría mal. Ahora comprueba su suposición, todo ha terminado mal. Atraviesan el lugar y llegan a la entrada que los separa del siguiente pabellón. La puerta está abierta de par en par. Al cruzarla, van directo a la primera celda. Smith ve que una de las camas está ocupada. Llegó el momento. A Smith nunca le importó Dust, su único interés radicaba en que podría acercarlo a Ainara. Ahora por fin la han atrapado, así que lo que pase con el motín le tiene sin cuidado.

—Allí estás —dice Smith al ver el cuerpo de Ainara cubierto por una manta, como le había adelantado López. Luego le indica al guardia—. Abre la celda.

El guardia asiente con la cabeza y abre la puerta con una llave capaz de abrir la cerradura eléctrica de todas las celdas. Smith apunta su arma hacia la cama. Se aproxima con cuidado. Conoce los antecedentes de Ainara, y el único encuentro que tuvo con ella le demostró que la mujer era capaz de cualquier cosa.

—¡Levántate, Ainara! —dice Smith acercándose—. Esta vez no tienes a dónde ir. Es el momento de que abandones tu soberbia. Nadie está por encima de la ley, así que no te resistas. No me trago ese cuento de la justiciera, eres una peligrosa delincuente y recibirás el trato que mereces. Levántate despacio.

Smith ve que Ainara no responde y piensa que aún sigue inconsciente. Entonces, se acerca un poco más. Mientras que con la mano derecha sostiene su arma, con la izquierda toma la manta que la cubre. La quita de un tirón.

—¡Mierda! —grita Smith al ver a un desconocido en el lugar de Ainara. Es un hombre.

NO PREGUNTES

Cárcel, Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 4:45 p. m.

KIM ENCARÓ HACIA EL PATIO. Se encontró con corridas y gritos. De inmediato fue advertida por los reos, quienes al ver su uniforme, se pusieron a la defensiva. Ella tuvo que tomar una decisión urgente. ¿Intentaría pasar desapercibida o comenzaría a hacer mucho ruido? No había término medio. Se dio cuenta de que no tenía chance de pasar desapercibida, así que optó por lo segundo. Se llevó los dedos a la boca y chifló lo más fuerte que pudo.

—Oigan todos —dijo en voz alta y con autoridad—. El que quiera salir de esta pocilga, debe ir hacia la cocina. Hay un hueco por el que ya varios de sus compañeros salieron. No hay mucho tiempo, salen ahora o se quedan acá a pagar las consecuencias de este motín.

Kim hizo silencio y comenzó a caminar. Los presos reaccionaron sin perder tiempo y corrieron hacia la cocina. Ella atravesó el patio, viendo como su improvisado plan estaba funcionando. En primer lugar, logró abrirse camino, ese era su principal objetivo. En segundo lugar, la fuga generalizada podría ayudarla a salir de ahí con Ainara. Pero eso aún estaba lejos, primero debía encontrar a su amiga y ver en qué condiciones se hallaba.

Llegó hasta el pabellón y varios reos la cruzaron, los que apenas la miraron como si fuera algo curioso. Se corrió la voz de que había una forma de salir y ningún preso veía otra cosa que la oportunidad de escapar. Kim buscó la celda que le indicó Andrew. Estaba marcada en el plano que tenía en el móvil. Se dirigió hacia allí y vio que la puerta estaba cerrada. Se detuvo frente a la celda y observó que alguien estaba en un catre, cubierto por una manta.

—Ainara, ¿eres tú? —dijo Kim.

Al instante, hubo un movimiento brusco y Ainara se enderezó, quitándose el cobertor. Saltó del catre y corrió hacia la reja. Al llegar, se aferró a los barrotes. Kim se acercó y le tomó las manos.

—Estás aquí —dijo Ainara, y esas palabras, que podrían resultar una obviedad, encerraban un cúmulo de emociones. Por un lado, estaba la alegría de ver un rostro amigo, por el otro, la preocupación por Kim, que podría terminar muy mal por haberse arriesgado tanto. A su vez, se sentía agradecida, pero culpable. Es decir, las emociones la habían embargado. Sin embargo, no era el momento para ponerse

sensiblera, era momento de actuar, y eso era lo mejor que sabía hacer.

—¿Cómo abrimos esto? —preguntó Ainara mirando los barrotes, tratando de encontrar una forma de abrir la cerradura eléctrica.

Kim levantó un dedo, como pidiendo un minuto, y escribió un mensaje en el móvil. Luego levantó la mirada hacia Ainara y sonrió. Se escuchó un sonido eléctrico y la reja se destrabó, abriéndose por completo.

—Gracias, Andrew —dijo Kim acercando el móvil a su boca.

Ainara salió y se abrazaron como si hiciera años que no se veían. Enseguida, Kim la alejó de su cuerpo.

—No tenemos tiempo, amiga —explicó Kim mientras sacaba el bulto de ropa que había amarrado a su cinturón—. Ponte esto.

Mientras Ainara sacudía la ropa que Kim le acababa de dar porque estaba llena de harina, Kim inspeccionó los alrededores.

—¿Qué pasó con Dust? —preguntó intrigada.

—Está muerto —respondió Ainara—, no tenemos nada.

—¡Maldición! —exclamó Kim—. Esta era su celda.

Ainara escuchó lo que dijo su amiga cuando acababa de cambiarse y se detuvo un momento para pensar. Se volvió hacia la celda y comenzó a revisarla.

—Date prisa, Ainara —la apuró Kim mientras vigilaba. Vio que en el suelo, a un lado de la celda, había un hombre inconsciente, era uno de los reos que oficiaba de guardia y al que sus compañeros le dieron una paliza. Kim se le acercó y se agachó sobre él. Comenzó a arrastrarlo dentro de la celda.

Ainara, que seguía ocupada revolviendo el lugar, halló un sobre con papeles debajo de uno de los colchones. Eran escritos de Dust, los reconoció porque había dos cartas a su esposa.

—Ayúdame, Ainara —le pidió Kim cuando trataba de subir el cuerpo del hombre al catre.

Ainara guardó el sobre dentro de su camisa y la ayudó a Kim. Una vez que el hombre estuvo en el catre, Ainara lo cubrió con la manta y salieron de la celda.

—Espera —dijo Ainara y manipuló una palanca, cerrando nuevamente la puerta—. Vamos.

Las dos comenzaron a correr y abandonaron el pabellón, yendo hacia la cocina. A Ainara le llamó la atención no ver a ningún reo.

—¿Dónde están todos? —preguntó Ainara, extrañada.

—Ya los verás —respondió Kim.

CUANDO SALIMOS por el hueco del escáner, veo dos hombres desnudos en el suelo cubiertos de harina y comprendo dónde obtuvo

Kim la ropa que llevo puesta. Esperaba encontrar el camión listo para salir, pero ya no está.

—¿Y el camión? —le pregunto a Kim sin comprender de qué manera saldremos de aquí.

—Cambio de planes —me responde ella dirigiéndose a la salida—, habrá que irse a pie.

Recién entonces empiezo a escuchar los gritos. Me asomo fuera de la entrada para los camiones y veo el tumulto en la reja perimetral. Hay un enfrentamiento entre los reos y los guardias. La miro a Kim y me miro a mí misma, estamos vestidas como guardias. Ella entiende lo que estoy pensando y asiente con la cabeza. Salimos corriendo hacia la riña. Mientras nos alejamos de allí, observo que un grupo de guardias llega para cerrar el escáner, lo cruzamos justo a tiempo. Tras el alambrado que nos separa de la calle, hay cámaras y periodistas, así como patrulleros que vienen llegando para atrapar a los hombres que logran salir. Es todo un espectáculo.

—Quédate detrás de mí —le digo a Kim cuando llegamos.

Comienzo a empujar a los presos para hacernos camino hacia la salida. Uno intenta golpearme con un palo, pero lo esquivo y, tomando el palo con una mano, lo pateo en los testículos. Luego le quito el palo y le doy con este en la cabeza. Otro reo se va sobre Kim y de nuevo revoleo el palo, dándole en las costillas. Es Kim quien ahora lo patea en la zona baja y el hombre se retuerce.

Continuamos empujando y golpeando hasta ponernos a la par del resto de los guardias que se interponen entre los reos y la calle. Noto que uno de ellos me mira sin comprender qué hago allí, como si alguien no le hubiera avisado de que ahora había guardias mujeres. Sin embargo, está más preocupado por los presos que por nosotras y sigue en lo suyo sin causarnos problemas.

En ese momento, veo una oportunidad y la tomo. La codeo a Kim y ella me sigue. Observo a dos reos atravesar el vallado humano que intenta contenerlos y nos lanzamos tras ellos. Alcanzo a uno y lo tomo del cuello. El tipo intenta zafarse y le pego un puñetazo en los riñones, luego le retuerzo el brazo y logro dominarlo. Kim lo agarra del brazo que tenía suelto y empezamos a llevarlo, no de vuelta hacia adentro de la prisión, sino hacia un camión de transporte de detenidos que se encuentra fuera del perímetro externo de policías que rodea la penitenciaría. Es allí donde meten a los fugitivos que la policía logra atrapar. Dos agentes con casco y escudo salen a nuestro encuentro y les entrego al detenido.

—Encárguense de él —les digo y continuamos caminando. Los policías se llevan al reo y nadie se vuelve a interponer en nuestro camino.

—¿Tienes idea de a dónde ir? —le pregunto a Kim mientras

avanzamos en línea recta con la única intención de alejarnos del presidio.

—Tengo mi coche estacionado cerca —me responde ella, caminando a mi lado—. Debemos ir hacia allí.

Un coche se nos aproxima y frena frente a nosotras. La puerta se abre y veo un rostro conocido.

—Suban ya —dice Alain. Recojo algo que hay sobre el asiento del acompañante y me siento allí. Kim se sienta atrás.

—¿Qué es esto? —pregunto viendo en mis manos un cuello ortopédico.

—No preguntes —responde Alain—. No preguntes.

ES HORA DEL SHOW

Algún lugar de Los Ángeles, California
Jueves, 28 de julio, 6:00 p. m.

KIM ME CURA LAS HERIDAS, no son muchas, apenas raspones. La saqué barata, considerando lo que sucedió en ese sótano. Sin embargo, el dolor más fuerte que siento es por una herida que no está a la vista y que la compartimos entre todos: fracasamos.

Cuando volvíamos al motel, nos pusimos al tanto de lo que cada uno había hecho en el lugar que nos tocó estar. Les conté del enfrentamiento en la parte abandonada del presidio y cómo mataron a Dust.

—Te culparán de todo a ti —me dijo Alain con gesto de preocupación a la vez que seguía manejando—. No tenemos forma de probar que fue el Anillo, que no fuiste tú quien eliminó a Dust.

Teniendo en mente lo que dijo Alain, lo primero que hice al entrar al motel fue revisar los papeles que encontré en la celda. Había mucho material, cosas interesantes, pero nada contundente. Eran escritos de Dust que divagaban entre sus sentimientos, sus miedos y su culpabilidad. Parecía que estuviera comenzando una autobiografía en la que se ponía como víctima de las circunstancias. Nombraba al Anillo como responsable de todo. Admitía que había hecho cosas indebidas, pero que no había tenido alternativa, porque el «Camaleón» lo obligaba. Varias veces nombraba a este «Camaleón», de quien yo no sabía nada, pero en ningún momento decía quién era. Además, advertía que su vida estaba en peligro y que temía no salir con vida de la cárcel. La verdad es que, por más dramáticas que sean, las notas de Dust no eran evidencia de nada, por lo que no tendría ningún sentido llevarlas a la justicia. En definitiva, nada bueno se consiguió, todo fue en vano.

Mientras nosotras estamos sentadas en la cama, Alain se halla en una silla al costado, jugando con el perro. Tironean del cuello ortopédico, que ya está hecho añicos. Al perro se le ve feliz, alguien le presta atención luego de haber estado encerrado y solo varias horas.

El móvil de Alain se encuentra sobre la mesa. En la mitad de la pantalla, aparece Andrew en su búnker junto con Junior. En la otra mitad está Freddie.

El primero que habló fue Andrew, quien nos tranquilizó un poco con respecto a nuestra seguridad. Nos dijo que había borrado todas las

grabaciones de las cámaras de la penitenciaría en las que aparecíamos Kim y yo. Alain preguntó sobre las huellas que podía haber dejado en la celda en la que estuve encerrada. Fue entonces Freddie quien opinó al respecto, diciendo que, aunque hubieran encontrado huellas mías, en ningún informe, ni en el del servicio penitenciario ni en el del FBI que escribiría el agente Smith, se atreverían a admitir que no una, sino dos mujeres entraron a la penitenciaría, que mataron a varios presos, iniciaron un motín y luego salieron como si nada. Lo más probable es que se diga que algunos presos aprovecharon la confusión por un intento de fuga para ajusticiar a un asesino de mujeres.

Las palabras de Freddie, si bien apuntan a que seguiremos en el anonimato y que no se sumará otra causa a mi larga lista de delitos, también nos confirma que todo esto quedará en la nada. Dust será recordado como un asesino que murió como se merecía y el Anillo continuará trabajando con impunidad.

Luego de Freddie, fue el turno de Junior, quien nos acaba de relatar su encuentro con la diputada Eva Longobardi. Todos permanecemos callados luego de escuchar sus novedades. Supongo que ninguno quiere decir lo que estamos sintiendo en este instante, así que es momento de que hable, y no puedo más que repetir lo que no dejo de pensar una y otra vez.

—Fracasamos.

Mi palabra flota en el aire sin encontrar réplica. Asumo que es porque nadie tiene argumentos para contradecirme. Nuestra incursión en la penitenciaría no sirvió para nada y el Anillo sigue con sus planes. Lo único que puede reconfortarnos es que Dust no matará a ninguna mujer más, pero eso tiene gusto a poco.

—Prendan la televisión —dice Andrew de repente, sacándome de mis pensamientos.

Alain se estira sin levantarse de la silla y sin dejar de jugar con el perro, enciende el televisor. Es el noticiero.

—Vamos de vuelta al motín en la penitenciaría —anuncia el presentador—. Allí se encuentra Katy Ross con toda la información al respecto. Ella fue la primera reportera en llegar al lugar y darnos la primicia. Hola, Katy, ¿cómo está todo por allí ahora?

—Hola, Frank —responde ella con el micrófono en mano cuando la cámara la enfoca en la puerta del presidio—. Como bien dijiste, fuimos el primer medio en llegar gracias a un aviso anónimo que disponía de información privilegiada. Es así que pudimos ver todo lo que sucedió casi desde el primer momento, cuando los reos salían por una abertura en la parte trasera de la cocina y corrían hasta la puerta, justo detrás de mí, intentando escapar. Fue un camión de insumos el que tiró abajo la reja que da a la calle, abriendo la brecha por la que el resto de los delincuentes trataron de huir. El servicio penitenciario

debió luchar cuerpo a cuerpo con los presos hasta que lograron contenerlos. Afortunadamente, gracias a que la policía de Los Ángeles llegó de manera prematura, ninguno alcanzó a escapar, ya que los oficiales atraparon a cada uno de los que logró atravesar la puerta de salida. Esto lo pudimos registrar en imágenes, ya que estuvimos aquí casi al mismo tiempo que la policía. Incluso el camión que inició la fuga fue detenido a las pocas cuadras, por lo que se trajo de nuevo a los delincuentes que habían logrado salir.

—¿Y qué se sabe, Katy, de cómo se originó todo esto? —interviene el conductor del programa cuando la periodista le da un espacio.

—Esa es la parte, Frank, que sigue siendo un misterio —contesta la reportera—. Las autoridades han eludido esa cuestión, diciendo que se está investigando. Tampoco nos dicen si hubo víctimas fatales. Claramente hemos visto allí, detrás de nosotras, que el enfrentamiento ha provocado heridos, pero cuando se les preguntó si hubo muertes, nos dijeron que aún no estaban en condiciones de responder esa pregunta. Lo cual es bastante raro, ya que no es difícil determinar si alguien ha muerto o no.

—Muy bien, Katy. —Vuelve a hablar el conductor del noticiero—. Excelente trabajo el que has realizado, y estaremos esperando cualquier novedad que tengas.

—Gracias, Frank —continúa la periodista—. Permaneceremos aquí, atentos a lo que pueda suceder y a la espera de que el servicio penitenciario nos dé más detalles o, en su defecto, que el informante que nos dio la primicia se vuelva a comunicar y nos cuente lo que nadie nos ha podido o querido decir: ¿qué es lo que realmente ha pasado aquí?

Todos nos miramos al escuchar las últimas palabras de la periodista.

—¿Qué fue eso? —pregunta Kim, mirándome.

—Fue una invitación —respondo y luego miro a los muchachos en el móvil—. Quiere comunicarse con nosotros.

—Creo que sí, pero ¿qué sentido tendría? —pregunta Freddie desde la pantalla del móvil.

Recuerdo entonces lo que me dijo hace rato Alain, acerca de que me culparían a mí de la muerte de Dust. Si bien Freddie descartó esa posibilidad, tal vez, no estaría mal que se supiera de mi intervención. Miro sobre la mesa los papeles que traje de la penitenciaría. Es entonces cuando se me ocurre algo.

—Quizás los papeles de Dust no prueben nada —digo mientras reflexiono—, pero cuentan una historia.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta Junior.

—Me estoy dando cuenta de que —explico a medida que la idea va tomando forma en mi mente—, aparte del Anillo, somos los únicos

que conocemos la totalidad de esta trama.

—Es verdad —dice Alain—, pero no sirve de nada si no lo podemos probar.

—Tal vez no sea necesario probarlo —continúo con mi explicación —. Si podemos armar una buena historia con todos los datos que tenemos, solo deberíamos darla a conocer y ver qué pasa. Tenemos la vida de Dust reseñada en sus notas y su ascenso acelerado al poder. Tenemos su depósito, el lugar donde se denunció el tráfico de armas, están también los rumores de su proyecto para el parque eléctrico de Arizona y la ley que están queriendo sacar en el Congreso. Él mismo advierte en sus notas que lo matarán para que no hable. Por si esto fuera poco, estoy yo.

Todos me miran sin entender de qué estoy hablando.

—Puedo describir con exactitud lo que pasó dentro de la penitenciaría, explicando cómo sucedió realmente la muerte de Dust —les digo—. Si hacemos pública una versión distinta a la que dan las autoridades, la justicia se vería obligada a investigar.

—¿Crees que obtendremos algún resultado positivo? —pregunta Kim, seguro preocupada porque nuevamente me estaría exponiendo.

—La historia cierra por todos lados —le respondo—. Si tuviéramos idea de quién es el «Camaleón» del que escribió Dust, podríamos meterles mucha presión.

—Creo que te entiendo, Ainara —dice Andrew—. Estás pensando en esa reportera, se la vio dispuesta a escucharnos.

—Ainara, yo soy el abogado del equipo —dice Junior, sonriendo—. Envíame una copia de las notas y en unas horas tendrás tu historia perfectamente armada. Con los planos de la cárcel, haré gráficos mostrando tu recorrido, Andrew me dará imágenes tuyas ahí dentro en las que no se vea tu rostro, pero que comprueben que estuviste ahí. Con esto desmentiríamos la versión de las autoridades y sembraríamos la duda en el público sobre la existencia del Anillo. A esto le sumaré todas las conjeturas sobre el funcionamiento del Anillo que un juez no aceptaría, pero que la opinión pública compraría sin dudarlo. Creo que es una buena… —Junior se detiene como si se hubiera dado cuenta de algo.

—¿Qué sucede, Junior? —le pregunto cuando veo que su imagen en la pantalla del móvil desaparece.

—Un momento. —Escucho su voz, pero su parte de la pantalla está en negro—. Les estoy enviando la foto que tomé en la casa de Dust.

La foto llega a mi móvil. Kim y Alain se me arriman para verla juntos. Aparece un hombre abrazando a Dust, cubriéndose la cara con la mano. Junior y Andrew vuelven a aparecer en la pantalla.

—Miren la mano que está sobre el hombro de Dust —dice Junior —, Andrew se encargó de darle más resolución a la imagen, así que

podrán ver bastante bien el anillo en el dedo anular.

—¿Qué es lo que tiene el anillo? —pregunta Alain, acercándose a la pantalla de mi móvil para verlo mejor mientras yo amplío la imagen al máximo—. ¿Es un lagarto?

—No —lo corrijo—. Es un camaleón.

Nos miramos entre nosotros. No sabemos quién es ese hombre, pero sin duda es quien está detrás de todo. Es el líder del Anillo.

—Muy bien —digo viendo una pequeña luz de esperanza—. Es hora del *show*.

EPÍLOGO

Washington D. C.
Miércoles, 4 de agosto, 5:00 p. m.

El congresista Johnson desciende por las escaleras del Capitolio, rodeado por sus asistentes y custodia. De inmediato, la prensa advierte su presencia y se abalanzan sobre él.

—Congresista Johnson —le dice un periodista—. ¿Qué harán ahora que se ha suspendido el tratamiento de la Ley del Parque Energético?

—Seguiremos trabajando —responde el congresista, que se detiene para contestar—. Esto es solo un retraso temporal. El cambio climático nos exige medidas drásticas y el consumo de combustibles fósiles debe detenerse de inmediato.

—¿Qué piensa congresista de las acusaciones de corrupción que llevaron a la suspensión del tratamiento de la ley? —pregunta otro reportero.

—Son todas noticias falsas —responde el congresista y comienza a caminar nuevamente.

—Muchos políticos están siendo acusados de recibir sobornos para aprobar esta ley —insiste el mismo reportero—. ¿Qué nos puede decir de eso?

El congresista Johnson vuelve a detenerse y lo mira.

—¿Quién acusa a quién? —pregunta el congresista, molesto—. No hay ninguna acusación formal ante la justicia. Son todos delirios conspirativos de una periodista amarillista, nada más.

—Pero la muerte de Evan Dust, congresista —le dice otro reportero —, sucedió en condiciones muy sospechosas. En sus notas advirtió que querían asesinarlo.

—¿De qué notas habla? —repregunta Johnson—. Yo no he visto ninguna nota original, son solo copias de algo que ni siquiera sabemos si existe.

—El peritaje a las notas aseguró de que se trata de la letra de Dust —continúa el reportero.

—Ese peritaje lo realizó el mismo medio que presentó la noticia falsa —dice Johnson—, no tiene ninguna validez legal. Está todo armado para frenar la transformación.

El congresista mira hacia adelante y retoma el paso sin responder más preguntas. La custodia aparta a reporteros y camarógrafos para

que el congresista pueda seguir su camino.

Cuando llega al coche, le abren la puerta, pero el hombre se detiene. Acaba de ver que veinte metros más adelante está estacionado un coche negro muy lujoso, con un hombre de lentes negros parado a un costado de la puerta trasera. El congresista reconoce a ese hombre.

—Espérenme aquí —les dice a sus dos custodios y camina solo hacia el otro coche.

Al llegar, el hombre de lentes oscuros, que claramente es una persona de seguridad, le abre la puerta. El congresista sube al vehículo.

—Lo siento, señor —es lo primero que dice al ver a la persona sentada junto a él—. Hicimos todo lo posible, pero la presión de los medios es muy fuerte.

—La ley ya tendría que haber salido, Johnson —dice el hombre a su lado mientras arranca el vehículo—. Invertimos demasiado.

—Comprendo, señor —dice Johnson—, pero yo no puedo hacer nada. No es mi culpa que Dust estuviera loco, no era la persona para ocupar un lugar así.

—¿Estás diciendo que es mi culpa? —le pregunta el hombre—. Sabes que fui yo quien lo puso en ese lugar.

—Disculpe, no quise decir eso, señor —se excusa Johnson, nervioso—. Lo que no entiendo es cómo llegó esta historia a la prensa con tantos detalles, ni siquiera yo sabía muchas de las cosas que se revelaron.

—Es que tú no debías de saber ningún detalle —lo regaña el hombre—. Tú solo debías hacer que esta ley se promulgue. Nos fallaste, Johnson.

En ese momento, el coche se detiene. El congresista mira a su alrededor y recién se da cuenta de que se encuentran en un lugar cerrado, es un *parking*. La puerta de su lado se abre desde afuera.

—Le prometo que arreglaré esto, señor —dice Johnson desesperado—. Presionaré para que se vuelva a tratar la ley, es solo una cuestión de tiempo.

—Ya vete —sentencia el hombre.

Johnson comprende que no hay nada que pueda hacer. Baja del coche con la cabeza gacha. La puerta se cierra detrás de él y desde dentro del vehículo se escucha el estruendo de un disparo en el exterior. A través de la ventanilla se puede ver cómo cae el cuerpo sin vida de Johnson.

El hombre dentro del coche suspira. Saca su móvil y observa un video. Es un reportero en la puerta de la cárcel el día del incidente. El hombre pausa la imagen y la amplía. Detrás del reportero se ven dos guardias del servicio penitenciario llevando a un reo fuera del

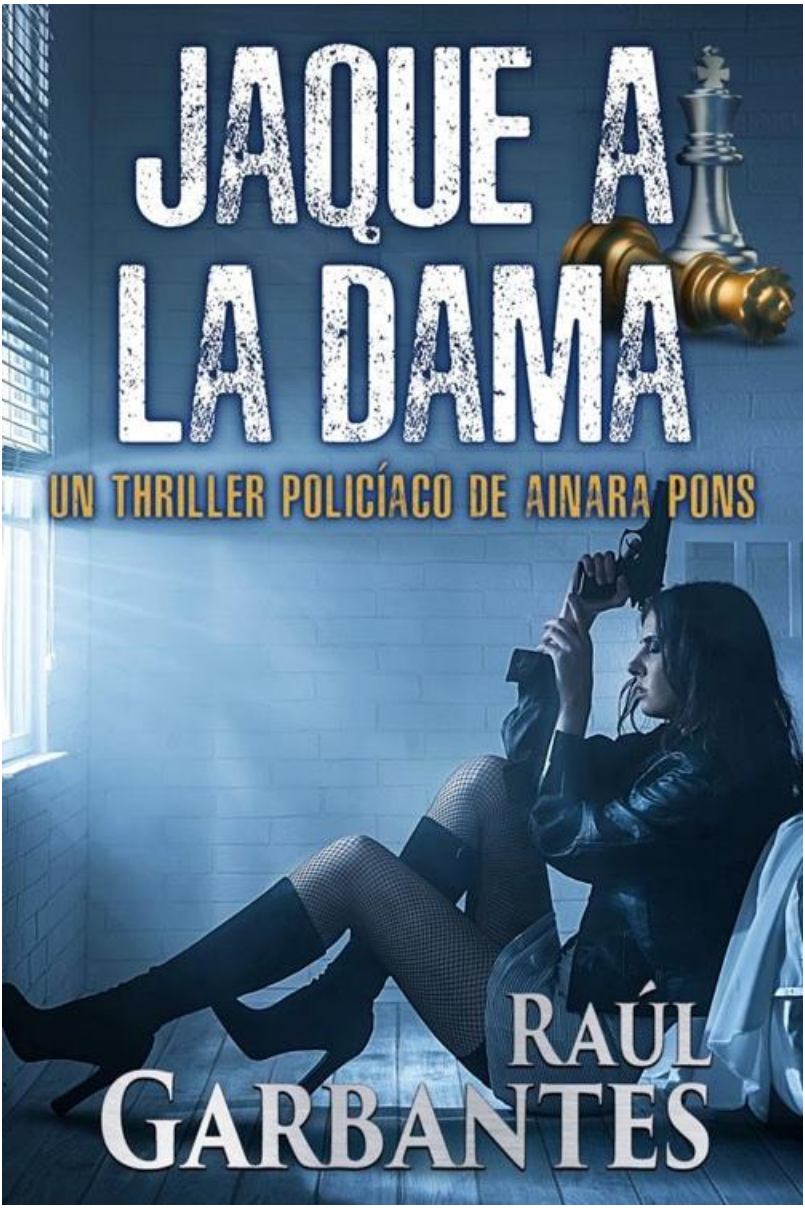
presidio. Agranda aún más la imagen y puede ver que no son guardias comunes. Si bien están borrosas, claramente se ve que son dos mujeres las que aparecen allí.

—Todo por culpa de esa mujer —se dice a sí mismo en voz baja mientras observa la imagen—. Acabaré contigo, Ainara Pons.

El hombre mueve hacia atrás y hacia adelante la imagen con el dedo anular de la mano derecha en el que lleva un anillo. El anillo dorado tiene la figura de un camaleón.

FIN

Ainara regresa en la octava novela de la serie*: Jaque a la dama*.
Obtenla aquí:
https://geni.us/JaquealaDama



Puedes encontrar todas las novelas de la serie de Ainara Pons aquí:
https://geni.us/SerieAinaraPons

NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela.

Si te gustó mi obra, por favor déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma □

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:
Amazon.com - haz clic AQUÍ
Amazon.es - haz clic AQUÍ
Amazon.com.mx - haz clic AQUÍ

¿Sabías que ahora también puedes disfrutar de mis historias en audiolibros? Te invito a gozar de esta experiencia con mi relato *Los desaparecidos*. Escúchalo **gratis** aquí:
https://soundcloud.com/raulgarbantes/losdesaparecidos

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes

ÍNDICE

Créditos

Prólogo
1. Me encargan una secilla misión
2. Nunca es tan simple
3. Están aquí por mí
4. Por algo le dicen el Sabueso
5. Sé todo lo que necesitaba saber
6. ¿Cómo atrapamos a ese bastardo?
7. Somos del FBI
8. ¿Por qué no?
9. A todo perro hay que ponerle collar
10. Buenas noches, oficiales
11. Me acerqué al Anillo
12. Smith aprieta la mandíbula
13. Es una pesadilla
14. Dust es la clave para llegar al Anillo
15. Pensó que lo habían descubierto
16. Es una trampa
17. Sacaremos a Dust
18. Ya era hora
19. Alguien lo tiene que hacer
20. Espera mi llamado
21. Avisen a la seguridad
22. Mañana iremos por Dust
23. Ten cuidado con Smith
24. Cambio de planes
25. Tendré que ser rápida
26. La vida de Dust pende de un hilo
27. Estoy dispuesta a todo
28. Quédate detrás de mí, pequeña
29. Sácame de aquí
30. Deben llevarnos con ustedes
31. Supongo que tu nombre es Ainara
32. Es un hombre muerto
33. Nadie traiciona al Anillo
34. Sáquenla de inmediato
35. Ainara permanece con los ojos cerrados
36. Su objetivo es Ainara
37. ¡Levántate, Ainara!
38. No preguntes
39. Es hora del show
Epílogo

JAQUE A LA DAMA

UN THRILLER POLICÍACO DE AINARA PONS

RAÚL GARBANTES

JAQUE A LA DAMA

AGENTE ESPECIAL AINARA PONS Nº 8

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2024 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Página web del autor:
www.raulgarbantes.com

Obtén una copia digital GRATIS de *Miedo en los ojos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:
https://raulgarbantes.com/miedogratis

PRÓLOGO

AINARA CONDUCE la nueva camioneta azul en dirección al puente de Brooklyn. Su *rottweiler* viaja junto a ella en el asiento del acompañante. Desde que se lo regalaron, estuvo un par de meses sin ponerle nombre. Es que cada vez que pensaba en uno lo meditaba y llegaba a la conclusión de que no le quedaba. Lo otro que le sucedía es que cada tanto le decía Bob, como a su anterior bestia negra. Se sentía mal por llamarlo de ese modo, pensaba que estaba traicionando a su viejo amigo canino. Pero un día sucedió algo que cambió su forma de ver las cosas: estaba mirando la tele en su habitación cuando se encontró con una película llamada *La razón de estar contigo*. Era sobre un perro que reencarnaba y buscaba a su dueño anterior. En ese momento miró al *rottweiler,* que se encontraba a su lado en la cama, y él le devolvió la mirada.

—¿Bob? —le preguntó.

El perro ladró y movió el rabo con todas sus ganas. Luego se le fue encima y le lamió la cara sin parar. Ainara no supo qué pensar, no creía en esas cosas. Pero desde ese momento, por las dudas, comenzó a llamarlo Bob. Desde entonces, Bob está mucho más unido a ella que antes.

Es un bonito día. El cielo estaba despejado y la temperatura era agradable. Acababa de adquirir el vehículo en el concesionario en el que un amigo de Junior le consigue los coches, por eso tuvo que ir a Brooklyn a buscarlo. Ahora volvía a Manhattan para encontrarse con su equipo, tiene algo importante que hablar con ellos.

Periódicamente, cambiaba de vehículo para que no la pudieran rastrear con facilidad. Sobre la cabeza de Ainara pesaba una orden de captura federal, por lo que siempre debía estar alerta. Gracias a Freddy Tanaka, su infiltrado en el FBI, ella sabía que la presión de la oficina para perseguirla había disminuido. Luego de lo sucedido la última vez que intentaron capturarla sin éxito, el FBI quedó en ridículo y el agente Smith fue reprendido por sus superiores. Fue un gran escándalo que involucró un motín y la fuga de una prisión, la muerte de un recluso importante y la caída de una ley de hidrocarburos que arruinó los negocios de gente muy poderosa. Por eso el agente Smith debió olvidarse de la exagente Pons y dejarla en paz. Ahora, para el FBI, era una fugitiva más, pero no una prioridad. Aun así, ella debía seguir siendo precavida. Se había vuelto a cambiar el color del cabello, ahora lo llevaba rojo. Era otra de las cosas que

renovaba cada tanto para despistar a cualquiera que se la cruzara. Su rostro figuraba en todas las listas de criminales peligrosos, así que no estaba de más cambiar de aspecto cada tanto.

Con el viento que entra por la ventanilla apenas abierta, sus mechones rojos se alborotan, pero a ella no le molesta, disfruta de la sensación de libertad. Estar encerrada en aquella prisión, aunque solo fuera por unos minutos, la hizo replantearse muchas cosas. La situación más relajada en la que se encontraba ahora, sin la persecución constante del Gobierno sobre sus espaldas y con casos simples sin trascendencia política, le ha permitido ver la vida de otra manera. Había tenido muchas idas y venidas a lo largo de su historia. Ya había intentado alejarse de todo y llevar una existencia tranquila, lejos del peligro y la adrenalina constante, pero no lo consiguió, los problemas la persiguieron y debió volver a la acción. Tal vez sea el momento de mirar esa posibilidad de nuevo. Lo venía pensando desde hace unos días y era algo que plantearía esa tarde, cuando se reúna con sus compañeros del equipo. La última vez desapareció sin contarle a nadie. En esta oportunidad lo hará distinto, lo conversará con sus amigos y tomará una decisión teniendo en cuenta sus opiniones. Ya era tiempo de retirarse, así que para eso convocó la reunión de esa tarde. Quizás hoy comenzaría una nueva vida.

Bob ladra y Ainara le abre la ventanilla para que el perro saque la cabeza. Con la lengua afuera y las orejas volando, la baba del perro sale arrojada hacia atrás. Ainara espera que no dé en el parabrisas de nadie, no quiere ocasionar un accidente. Cuando entra al puente, una camioneta negra se coloca a su izquierda. Tal vez por intuición, o quizás por estar acostumbrada a revisar constantemente su entorno, mira de reojo al vehículo a su lado. Entonces ve que la ventanilla polarizada del acompañante comienza a descender. Le presta más atención y descubre que se asoma el cañón de un arma.

—¡Diablos!

Por reflejo, gira el volante para alejarse, pero no se aparta demasiado porque toca a un coche que venía por la derecha. El perro trastabilla y rueda hacia ella. Suena un disparo que hace estallar el cristal de su ventanilla. Ainara se agacha, tratando de cubrirse de las balas y los fragmentos de vidrio. Bob ladra como loco hacia el atacante, que intenta hacer blanco en Ainara. Ella acelera. Vuelve a enderezarse para ver por dónde conduce. Los perseguidores han quedado algo retrasados. Otro disparo perfora la ventanilla trasera. Ainara agarra su Magnum 45 y trata de apuntar, pero no puede. Sostiene el volante con la mano izquierda, y con la derecha, cruzando el brazo frente a ella, saca el arma por la ventanilla rota y dispara hacia atrás.

—¡Demonios! —dice enfadada—. Así no puedo.

Recibe un embiste que la hace saltar en el asiento. Vuelve a escuchar un disparo y responde el fuego sin mirar. Escrudiña a su alrededor buscando una salida, pero recién está a mitad del puente. Otro disparo termina de destruir la ventanilla trasera. Bob se pasa al asiento de atrás y ladra desesperado por el hueco que ha quedado abierto.

—Ya es suficiente —dice Ainara, resuelta—. Tranquilo, Bob, lo tengo controlado.

Clava el freno y la camioneta se sacude. El perro golpea contra el asiento de Ainara. Los neumáticos humean mientras rechinan contra el asfalto.

—Perdón, cariño —le dice al perro, que se revuelca en el asiento trasero.

El vehículo no llega a detenerse del todo y los perseguidores la pasan de largo. Ainara vuelve a acelerar. Ahora es ella quien comienza a perseguirlos. Se pone detrás de la otra camioneta, que intenta eludirla manejando en zigzag. Ella realiza los mismos movimientos, siguiendo detrás de su objetivo. Cambia el arma a la mano izquierda y la saca por la ventanilla. Apunta y dispara. Impacta en la luneta trasera. Vuelve a disparar una, dos, tres veces, hasta que la luneta estalla. Recién logra ver que en el otro vehículo solo viajan el conductor y el acompañante, que es quien le dispara. No tiene oportunidad de verle el rostro a ninguno de los dos. El hombre ahora vuelve a abrir fuego a través del hueco que dejó la luneta. El parabrisas de Ainara recibe el impacto, se quiebra alrededor del orificio de la bala. Ella se mantiene firme y sigue apuntando con la mano izquierda. Vuelve a disparar y le acierta al conductor, que cae hacia adelante sobre el volante, y la camioneta gira bruscamente hacia la derecha. Un coche frena de golpe para esquivarla, pero la toca en la rueda derecha trasera. La camioneta entonces salta como si le hubieran hecho una zancadilla y rueda sobre sí misma, volcando. Ainara la esquiva y sigue conduciendo. Ya está a la salida del puente, así que se marcha observando lo que sucede por el espejo retrovisor. Detrás de ella hay un caos, el tránsito interrumpido, en el que se escuchan choques en cadena.

Ainara deja el arma en la guantera y saca su móvil. Bob vuelve a ponerse a su lado. Busca en Telegram el grupo del equipo. Lo encuentra y deja un mensaje de voz.

—Estoy en camino —dice con calma como si nada hubiera pasado —. Surgió algo. Necesitaré otro vehículo. Junior, habla otra vez con tu amigo, la camioneta nueva ya no sirve.

BAJO ATAQUE

Búnker de Andrew, Manhattan
Martes, 5 de mayo, 11:40 a. m.

DEJO el coche en un aparcamiento y le pongo a Bob una correa para llevarlo conmigo. Debo caminar una calle por el barrio de Soho hasta el nuevo búnker de Andrew. Aún no lo conozco. Debió mudarse hace una semana de su anterior lugar porque detectó una intromisión en su seguridad. No logró identificar cómo ni quién lo había hackeado. Sin embargo, que alguien haya podido hacerlo con uno de los mejores *hackers* del país fue una señal de alerta que no se podía dejar pasar. No cualquiera tiene esa capacidad, y Andrew no cree que haya sido un *nerd* con suerte, sino alguien con muchos recursos detrás. Afortunadamente, Andrew siempre tiene un plan B y ya había previsto un sitio alternativo para instalar el centro de operaciones.

Al llegar, veo una angosta puerta de metal negra entre dos tiendas, una de ropa y otra de calzado. Me paro frente a ella y toco el timbre, un pequeño artefacto de aspecto anticuado con bocina y cámara. No parece acorde a la tecnología que maneja Andrew, me preguntó si me encuentro en la dirección apropiada. Veo a Bob oler inquieto la puerta, moviendo el rabo. Tal vez sí estoy en el lugar correcto.

Se oye un sonido eléctrico y empujo la puerta. Se abre y el sonido se detiene. Observó un largo y estrecho pasillo frente a mí, ingreso y cierro la puerta. Bob comienza a tironear de la correa hacia adelante.

—Espera, mi amor —le digo, tratando de que no me arranque el brazo; es muy fuerte.

Camino por el corredor, que es de un color verde musgo y está escasamente iluminado. De pronto se abre la puerta al fondo y veo a Andrew, sonriente.

—Bienvenida a mi nuevo nidito de amor —me dice mientras suelto a Bob, al que ya no puedo sostener. Corre hacia Andrew y le salta. Casi lo tira al suelo.

—¿Nidito de amor? —pregunto con ironía—. Deberías salir un poco más. Algo de vida social te vendría bien.

—Tengo muchísima vida social —me responde cuando el perro deja de lamerlo y desaparece detrás de él—. En las redes, por supuesto.

—¿En serio? —pregunto mientras entro al sitio. Aquí sí reconozco el estilo de Andrew, varios monitores, cajas con cables y dispositivos

electrónicos que no sé para qué sirven.

—Tengo veinte perfiles distintos —me explica mientras cierra la puerta detrás de mí—. Incluso tengo dos novias y un novio.

Lo miro sorprendida.

—Es un recepcionista cincuentón en una oficina de la CIA —me aclara—. Piensa que soy una muchacha de veinte años de Virginia. Estoy esperando que en algún momento use un ordenador en el trabajo y ¡zaz! Me adueño de la central de inteligencia.

Veo en una esquina de la gran habitación dos sillones en ele con una mesa baja en el medio. Allí ya se encuentra Bob, saltando de un lado a otro con el resto del equipo.

—Hola, amiga —me saluda Kim a la vez que me toma la mano y hace que me siente junto a ella en el sillón más pequeño. Lleva un lindo vestido floreado. Hace tiempo que yo no uso vestido—. ¿Qué te ha pasado en el rostro? —me pregunta preocupada y luego mira a Andrew—. Andrew, trae el botiquín, por favor.

No sé de qué me habla, me llevo la mano a la cara y ella me detiene.

—No te toques —me indica—. Espera que te desinfecte.

Andrew llega con un botiquín. Kim toma el desinfectante y gasa. Lo aplica sobre mi mejilla. Debo tener algún corte producido por los cristales del coche. No me había dado cuenta.

—Fui atacada —explico mientras Kim continúa curando la herida —. Me emboscaron cuando entraba al puente de Brooklyn.

—¿Cómo? —pregunta Junior, inclinándose hacia adelante en el sillón, mientras se afloja la corbata. Está sentado entre Alain y Freddy. Andrew trae una silla y se sienta frente a mí.

—Lo que escuchaste —confirmo—. Una camioneta con dos hombres me atacó. Me dispararon y yo respondí el fuego. Se estrellaron casi a la salida del puente.

—¿Sabes quiénes eran? —pregunta Alain, que ya tiene a Bob encima. Tiene una conexión especial con el perro. Él fue quien me lo regaló.

—No tengo idea —contesto—. No pude verles el rostro y no me detuve a preguntarles.

—Yo averiguaré quiénes fueron —dice Freddy, que se pone de pie y saca su teléfono. Se aparta unos metros para hacer una llamada.

—¿Qué piensas, Ainara? —pregunta Alain.

—No lo sé —respondo mientras busco una respuesta posible—. Solo puedo pensar en algún tipo de venganza.

—Revisaré los últimos casos que hemos tenido —dice Kim, que ya ha terminado con la herida—. Buscaré si quedó algún cabo suelto. Alguien a quien hayamos complicado, pero que aún tenga suficiente poder como para generar esto.

—Hablé con la oficina —dice Freddy cuando regresa—. Les dije que vi un accidente en el puente de Brooklyn y quería saber de qué se trataba. En unos instantes me llamarán.

—Entraré en el sistema de monitoreo de transporte —dice Alain, que se levanta de la silla para ir a su escritorio—. Alguna cámara tiene que haber captado algo.

—¿Cómo quedó tu camioneta? —pregunta Junior. Me saco el jersey rojo antes de responderle y escucho que pequeños pedazos de vidrio caen al suelo.

—Salvo el parabrisas y los dos cristales de mi lado, que no están más —explico mirando las astillas que cayeron al suelo—, el resto creo que no sufrió ningún daño. Pero no la revisé a fondo, puede haber algún otro impacto que no haya visto.

—Si es solo eso —me dice Junior—, me encargaré de que los repongan esta misma tarde, así que a la noche podrás usarla nuevamente. Por ahora puedes llevarte mi coche si lo necesitas.

—Hasta no saber si fue algo aislado y cómo te ubicaron —dice Alain reflexionando—, tal vez no deberías volver a usar el mismo vehículo. No queremos que te identifiquen con facilidad.

Asiento con la cabeza. Las palabras de Alain tienen mucho sentido. Quien fuera que me haya atacado, me conocía y sabía dónde encontrarme. Fueron directamente a matarme, no tenían otra intención. De hecho, me salvé de milagro, el hombre sabía disparar.

—Me están enviando la información —dice Freddy—. La camioneta que ocasionó el accidente fue abandonada de inmediato. No se encontró nada dentro que indique la titularidad de sus dueños, así que no se sabe quién la conducía.

—Tal vez si tú revisas la camioneta… —le insisto a Freddy. Algo tiene que encontrar.

—Andrew —dice Freddy a la vez que manipula su móvil—. Te estoy pasando por WhatsApp la matrícula del vehículo. Tal vez averigües algo. Sí, Ainara —dice luego mirándome a mí—. Ahora mismo voy para allá.

Junior se recuesta en el sillón y veo que me observa.

—¿Qué sucede? —le pregunto.

—Hace dos días convocaste a esta reunión —responde Junior—. No había pasado nada de esto. ¿De qué querías hablarnos?

—Eso no importa ahora —respondo, sabiendo que la charla que tenía planeada ya no tiene sentido plantearla. En este momento, retirarme no es una opción. Primero debemos resolver este tema, descubrir quiénes eran esos hombres y asegurarme de que no vayan tras el resto del equipo también. Porque podría desaparecer, como ya lo he hecho en el pasado, pero si no era solo yo el objetivo y mis compañeros están corriendo el mismo peligro, de nada serviría huir—.

Nuestro objetivo en este momento es descubrir al culpable y asegurarnos de que no vaya también por ustedes. Así que todos tengan mucho cuidado y manténgase alertas.

Andrew se da vuelta en la silla giratoria frente a su escritorio.

—¿Crees que el hackeo que sufrí hace unos días esté relacionado con esto? —pregunta.

—En principio, no podemos descartar nada —digo—. Debemos considerar que estamos todos bajo ataque.

PEÓN 8

Puente de Brooklyn, Nueva York
Martes, 5 de mayo, 1:15 p. m.

TANAKA ESTÁ LLEGANDO al puente de Brooklyn. Salió de la reunión de manera apresurada para poder revisar la camioneta que abandonaron los delincuentes. Ainara le contó de la gravedad del accidente y que le había pegado un disparo al conductor. Freddy no entiende cómo pudieron dejar el vehículo y desaparecer con tanta facilidad, algún testigo debía haber.

Mientras conduce por la avenida, ve que en la mano opuesta una grúa acarrea una camioneta chocada con las mismas características que la que atacó a Ainara.

—¡Demonios! —dice Tanaka, que mira a su alrededor y no sabe qué hacer— Mierda.

Realiza una peligrosa maniobra. Cruza al lado contrario y gira tras la camioneta. Un concierto de bocinas e insultos lo acompañan, pero a él no le importa. Debe alcanzar ese vehículo. No contaba con la eficiencia del Servicio de Tránsito de Manhattan, que había liberado el tráfico en el puente y ya había retirado la camioneta. Como siempre, la calle está abarrotada y Freddy debe hacer movimientos bastante osados para acercarse al remolque.

Cuando está por darle alcance, el vehículo gira y abandona la avenida. Tanaka no entiende por qué hace esto, ya que el depósito de vehículos que captura la Policía se encuentra derecho por la avenida. Deberían llevarlo hacia allí, no solo porque los conductores desaparecieron, sino por lo que le dijo Andrew antes de salir. Él investigó la placa y descubrió que era falsa, que pertenecía a un sedán de California que nada tenía que ver con esta camioneta. Por lo tanto, no se trataba de un accidente que podía implicar una investigación policial, sino que la placa falsa implicaba un delito federal, no había ninguna posibilidad de que se llevaran la camioneta hacia otro lado. Lo único que imagina es que aún la policía no haya descubierto lo de la placa falsa.

Por un momento duda. ¿Y si no era esta la camioneta que persiguió a Ainara? Él asumió que lo era por sus similares características, pero podría estar siguiendo al vehículo equivocado. Golpea el volante, frustrado, odia trabajar a ciegas.

—Ya es tarde para volver atrás —se dice Tanaka a sí mismo. Debe

alcanzar al remolque y verificar que sea la camioneta correcta. Si no lo es, verá qué hace.

Pareciera que la grúa se dirige hacia el túnel Holland para salir de Manhattan; debe apresurarse. Se coloca justo detrás y logra ver la placa. La compara con el número que tiene en el móvil y, sí, coinciden. Suspira aliviado. Su instinto lo había llevado en la dirección correcta. Si no hubiera visto a la camioneta de casualidad, la habría perdido, y con ella, cualquier pista que lo conduzca a los atacantes. Ahora debe detenerla y revisarla, así que en cuanto puede, se pone a la par de la grúa y le toca la bocina. El conductor lo observa desde arriba, pero vuelve a mirar hacia adelante y lo ignora. Entonces, Freddy cruza el coche y la grúa se ve forzada a detenerse de forma abrupta.

—¿Qué haces, estúpido? —grita el conductor, que se asoma por la ventanilla enfurecido—. ¡Quítate del medio!

Tanaka sale de su coche con la credencial del FBI en la mano. La extiende para enseñársela al chofer del remolque. El hombre lo ve y hace un gesto de hartazgo.

—¿Qué sucede? —pregunta el hombre sin salir de la cabina cuando Tanaka se le acerca.

—Este vehículo está implicado en una investigación federal —explica Tanaka con autoridad—. ¿A dónde lo lleva?

—Lo llevo a un taller en Nueva Jersey —responde el hombre, que le extiende a Tanaka un documento.

Freddy lee el papel. Es una orden de traslado firmada por la empresa Peón 8, con las indicaciones de dónde recoger la camioneta y dónde dejarla. Cuando por algún motivo la Policía no puede utilizar sus propios remolques, utiliza a algún contratista para que lo haga. Esta orden debería estar firmada por una autoridad policial, a no ser que el remolque también sea tercerizado, por lo que la Policía contrataría a Peón 8 y estos, a su vez, utilizarían un servicio externo. Tanaka le toma una foto con su móvil al documento y lo devuelve.

—Baja de la camioneta, por favor —dice Freddy.

—¿Por qué? —protesta el chofer—. No tengo todo el día, debo entregar esto y seguir trabajando.

—Porque te lo ordena un agente del FBI —responde Tanaka poniéndose firme—. Yo tampoco tengo todo el día, baja de esa camioneta de una vez.

El hombre bufa, molesto, y aprieta un botón. Se sueltan las prensas que atrapaban las ruedas delanteras del vehículo. Luego activa una palanca y la cadena que sostiene a la camioneta comienza a correr. El vehículo se desliza lentamente hasta apoyar las cuatro ruedas en el pavimento. Freddy, con el móvil en la mano, comienza a grabar todo lo que ve. Primero la placa, para comprobar que es la camioneta del

accidente. Luego abre la puerta de la camioneta y sube. Graba las manchas de sangre en el asiento del conductor. El equipo forense debería haber tomado muestras, es imposible que los oficiales que estuvieron en la escena del accidente no las hayan visto. Pero nada de eso aparece en el informe policial que le enviaron mientras manejaba. Revisa la gaveta frente al asiento del acompañante y está vacía. Mete la mano bajo las butacas y tampoco hay nada. Mira hacia los asientos de atrás y lo único que encuentra son los restos del cristal de la luneta trasera. Observa que las llaves están puestas y que el llavero tiene forma de caballo de ajedrez. No hay mucho más para ver. No halló nada que le dé una pista de a quién pertenece el vehículo. Tampoco hay una denuncia de robo sobre el mismo, por lo cual, esta camioneta entra en una especie de nube gris en donde no hay mucho que se pueda hacer. Si no hay ningún delito denunciado, no hay nada que investigar y el caso se archiva.

Tanaka baja y va hacia atrás. Ve que en la cajuela hay un claro orificio de bala. Piensa en Ainara disparando y sonríe, no le gustaría estar nunca del lado opuesto de esa Magnum. El informe tampoco hablaba de disparos. Abre la cajuela y la encuentra vacía, no esperaba otra cosa. Entonces, hace lo único que le queda por hacer, revisar el motor. Vuelve a la cabina y activa la palanca que abre el capó. Luego camina hacia adelante. Trata de abrir el cofre, pero no puede, el frente, al igual que el techo, están abollados por el choque. Mira a un costado y ve que el chofer de la grúa ha salido del vehículo y está parado, observando todo.

—Ayúdame —le ordena.

—No me pagan para esto —responde el hombre y se cruza de brazos. Tanaka lo mira y piensa un instante.

—Tal vez deba decomisar tu remolque porque aquí hay muchas cosas irregulares —dice Freddy y se le queda mirando.

El hombre vuelve a bufar, sabe que si Tanaka se lo propone, puede complicarle mucho la vida, así que camina hasta el remolque. Agarra una barreta de hierro de la parte trasera y vuelve. La introduce en un resquicio bajo el capó y hace palanca. El cofre se abre de golpe. Freddy se arrima y mira dentro. Encuentra lo que está buscando, el número de serie del motor no ha sido borrado. También lo graba.

—Eso es todo —dice Freddy mientras saca su billetera y se acerca al hombre. Toma un billete de cien y se lo coloca en el bolsillo—. Ya puedes irte. Si no le dices nada a nadie de nuestro encuentro, no tendrás ningún problema.

LO SEGUIRÁN INTENTANDO

Búnker de Andrew, Manhattan
Martes, 5 de mayo, 2:05 p. m.

ANDREW RECIBIÓ las imágenes que le envió Freddy y de inmediato supo lo que debía hacer. Tomó nota del número del motor y comenzó a investigar. Primero entró al sistema federal de registro automotor y, una vez allí, puso a correr una aplicación desarrollada por él mismo para buscar coincidencias con el número. La habilidad de Andrew para vulnerar cualquier sistema hace que ninguno de sus compañeros se sorprenda ante sus hazañas digitales. Pareciera que entrar en cualquier sistema fuese algo de lo más normal.

No demoró mucho en encontrar los datos que buscaba. El vehículo fue vendido cero kilómetros por un concesionario muy importante en Queens, hace seis meses, a una empresa de seguridad llamada T&T con sede en el distrito financiero de Manhattan. Luego fue vendida, hace apenas diez días, a un particular llamado Albert Jones. Cuando Andrew intenta encontrar a esta persona, las cosas se empiezan a complicar. Al ser un nombre muy común, debe buscarlo por su número de documento o licencia de conducir. El problema es que Andrew descubre lo mismo que descubrió con la camioneta: la licencia es falsa. Ese número pertenece a un tal Roger Martínez de Miami, que tampoco nada tiene que ver con el incidente.

—Hola, Ainara —saluda Andrew por teléfono. La ha llamado para contarle las novedades—. Ya tenemos los datos de la camioneta.

—¿Qué averiguaste? —pregunta Ainara. Ella se encuentra en su piso. Decidió volver allí a cambiarse y darse una ducha, porque aún tenía astillas de vidrio entre la ropa.

—Freddy consiguió el número del motor —explica Andrew— y resulta que la camioneta fue vendida hace diez días a alguien que no existe. Así que no hay mucho que podamos hacer.

—¿Quién la vendió? —pregunta Ainara, que no acepta la última frase de Andrew acerca de que no hay mucho por hacer.

—Una empresa de seguridad llamada T&T —responde Andrew.

—Y esta empresa, ¿cuándo adquirió la camioneta? —insiste Ainara con sus preguntas. Sabe que es la única pista que tienen y necesita encontrar algo.

—T&T la compró hace seis meses —contesta Andrew sin ni siquiera revisar sus apuntes, es tan poco lo que encontró que recuerda

todos los datos.

—Solo seis meses —reflexiona Ainara y hace un silencio—. Es muy poco tiempo para que una empresa de seguridad renueve sus vehículos y, además, que lo hayan vendido tan poco tiempo antes del ataque me suena a querer lavarse las manos por si algo salía mal.

—Afortunadamente, salió mal —agrega Andrew sonriendo y luego cambia de tema—. Freddy está siguiendo a la grúa para ver a dónde llevan a la camioneta, porque parece que hay algo raro allí.

—Bueno —concluye Ainara—, investiga lo que puedas sobre esa empresa, podrían ser quienes están detrás de esto. Tal vez tengan relación con alguno de los casos del pasado. Que Kim lo investigue. Mantenme al tanto de todo lo que encuentres.

KIM SE HALLA en su piso. Abre la caja de seguridad y saca de allí un portátil. Se sienta en su escritorio, lo enciende y comienza a revisar los archivos de los casos pasados. Ella es quien se encarga de llevar un registro de todas las actividades del grupo. Allí guarda los nombres e informes de cada uno de los implicados en las actividades que han investigado. Es por eso que le pidió a Andrew un sistema de seguridad informática que sea inaccesible. Andrew le dio un portátil con una aplicación que la protege con tres contraseñas distintas. Este dispositivo tiene además inhabilitados todos los sistemas de conexión, es imposible conectarlo a la red o a cualquier sistema inalámbrico. Solo puede sacarse información a través de *pendrives* con clave, previamente habilitados.

Comienza por el último caso. Una infidelidad que, gracias a la intervención del equipo, terminó en un divorcio con un acuerdo de dinero millonario.

—A este hombre le hicimos perder mucho dinero —se dice a sí misma—. Pero no sería capaz de matar ni a una mosca.

Se fija si tiene alguna relación con la empresa T&T, Andrew ya le pasó esa información, como se lo pidió Ainara. No hay ninguna relación.

—Descartado.

Luego revisa el caso anterior, una estafa entre empresas que terminó con varias personas en la cárcel.

—Si bien son todos empresarios sin relación con crímenes violentos, alguno de ellos podría ser peligroso —sigue hablando sola—. Debo averiguar si alguno tiene contactos con el bajo mundo o ha participado en algo de este estilo. Esto llevará tiempo.

Tampoco halla ninguna conexión con T&T. Deberá investigar también a esa empresa y ver quiénes son sus dueños, tal vez alguno de

ellos aparezca en sus registros, ese podría ser el nexo.

Pasa por arriba un par de trabajos más que le resultan intrascendentes y llega a uno que en un sorteo se llevaría todos los números. Es el relacionado con el Anillo, la fuga de la cárcel y la corrupción en el Congreso.

—En este sí que estamos tratando con gente muy peligrosa —murmura Kim sin sacar la vista de la pantalla—, son capaces de intentar matar a Ainara y a todos, si así lo decidieran.

Kim respira profundo. Cuando se enteró de lo que le pasó a Ainara, lo primero en que pensó fue en el Anillo. Ella cree que sus compañeros deben haber pensado en lo mismo, pero ninguno se atrevió a decirlo. Tal vez porque todos desean que no se trate de eso, que sea solo el impulso de algún loco vengativo. Saben que, de tratarse del Anillo, los problemas apenas estarían comenzando. No son gente que haga las cosas de manera improvisada, siempre tienen un plan. Tampoco son personas que se rindan con facilidad o dejen las cosas a medias, si decidieron acabar con Ainara, lo seguirán intentando.

MAL HERIDO

Nueva Jersey, Nueva York
Martes, 5 de mayo, 2:10 p. m.

TANAKA CONDUCE su coche detrás del remolque. Lo dejó alejarse lo suficiente para no ser visto, pero marcha detrás de él para ver a dónde lo conduce. Hace unos minutos llamó a la oficina para denunciar que la camioneta del accidente en el puente de Brooklyn tenía placas falsas y, como delito federal que era, pedía autorización para revisarla. Para esto era necesario saber su paradero. Su intención era forzar al FBI a que descubra las irregularidades en el traslado del vehículo y saber de esta manera quién estaba detrás de este encubrimiento. Porque, a estas alturas, sobre eso no tenía dudas: querían hacer desaparecer esa camioneta. Por eso pidió también el informe completo de la Policía, para saber si en algún lado decían algo sobre las manchas de sangre y por qué no se investigaron. Ya le había mandado la grabación de la camioneta a Andrew, para que verifique el número del motor y descubra quién era el dueño. Así como también le envió la foto del documento, autorizando el traslado, para ver qué clase de empresa era la que se hizo cargo. La respuesta de Andrew sobre la empresa T&T no le sirvió de mucho, no sabe nada de ella. Ahora solo quiere ver a dónde llevan la camioneta, tal vez por allí encuentre alguna respuesta.

Tanaka observa que la grúa se detiene frente a un portón. Él sigue conduciendo hasta la esquina. Gira y estaciona. Baja del coche y camina hasta ubicarse detrás de un árbol, desde donde puede ver el lugar. El portón se abre y el vehículo ingresa. Tanaka sale de su escondite y camina, acercándose para tratar de ver mejor. El portón sigue abierto, así que, a medida que se aproxima, alcanza a ver que la grúa está bajando la camioneta. Pasa caminando por la puerta y, como al descuido, echa un vistazo a lo que hay dentro. Es un taller. Camina unos pasos más y se ubica en un lugar que le permite ver lo que pasa dentro. Hay tres hombres vestidos como mecánicos que comienzan a revisar la camioneta. Uno de ellos le firma unos papeles al chofer de la grúa. Este vuelve a subirse al vehículo y sale del lugar. Recién entonces el portón empieza a cerrarse. Freddy refuerza su idea del encubrimiento. En el exterior del taller no hay ningún cartel que indique lo que hacen ahí dentro. Tiene toda la apariencia de un taller clandestino. Está seguro de que desguazarán la camioneta. El desarme

de vehículos para venta de autopartes es un delito común que se realiza en talleres ilegales como este. Sin embargo, Freddy no cree que ese sea el caso. Aquí no les interesa vender las partes, sino que las quieren desaparecer. Si desea obtener una prueba, debe hacer algo rápido. No tiene la autoridad suficiente para intervenir y no puede arriesgarse a hacerlo de manera ilegal. Hace entonces lo único que se le ocurre, llama a su jefe.

—Hola, jefe —dice Freddy por teléfono—. Estoy en una situación extraña. Hoy presencié un accidente en el puente de Brooklyn y, cuando quise averiguar qué sucedió, me encontré con cosas bastante irregulares.

—¿De qué se trata, Tanaka? —pregunta el agente Smith.

—En principio, encontré que la camioneta que ocasionó el accidente tenía placas falsas —explica Freddy buscando las palabras correctas para que su relato sea creíble y, además, convencerlo de la necesidad de intervenir.

—Debió ser una camioneta robada, Tanaka —responde el jefe Smith sin interés en el tema—. Eso no tiene nada que ver con nosotros.

—Las placas falsas son un delito federal, jefe —insiste Tanaka—, pero ese es solo el comienzo. El informe policial dice que no se encontraron ocupantes en el vehículo, así que decidí ir a revisarlo por mí mismo, pero al llegar ya lo estaban remolcando.

—Ve al grano, Tanaka —le pide Smith—. No tengo todo el día y hasta ahora no entiendo por qué me molestas con esto.

—La cuestión es que quise revisar la camioneta en el depósito de la Policía —continúa explicando—. Seguí a la grúa y a simple vista pude ver que la camioneta tenía impactos de bala. Tal vez el accidente fue por un tiroteo, no entiendo cómo eso no apareció en el informe policial preliminar.

—Continúa —dice Smith, que comienza a interesarse. A él no le gustan los policías corruptos, a eso se debió su obsesión por perseguir a Ainara.

—Esto se complica aún más —prosigue Freddy, viendo que Smith mordió el anzuelo—, porque, mientras seguía al remolque, vi que se desviaba. No solo la camioneta nunca llegó al depósito policial, sino que terminó en un taller clandestino en Nueva Jersey. Estoy fuera del lugar y creo que la desarmarán para que no queden rastros de ella.

—¿Estás en Nueva Jersey? —pregunta Smith, sorprendido.

—Sí, jefe —responde Tanaka—. Me temo que si no hacemos algo rápido, esto quedará en la nada, y todo me huele a corrupción. Mi instinto me dice que hay algo grande detrás de esto.

Freddy se queda esperando una respuesta que tarda en llegar. Smith está dudando. No sabe si hacer algo o no. No tiene ninguna

evidencia sólida, pero le ha picado la curiosidad.

—Okey, Tanaka —dice Smith molesto—, tú ganas. Te enviaré una patrulla policial como soporte para que entres y averigües qué está pasando. Sin embargo, todo es tu responsabilidad, si resulta ser una pérdida de tiempo y quedamos en ridículo, serás tú quien asuma las consecuencias.

—La asumo, jefe —contesta Freddy. Entiende que Smith no quiere exponerse más—. No se va a arrepentir.

Tarda diez minutos en aparecer un patrullero, que se detiene frente al lugar, y Freddy va a su encuentro. Nadie ha salido ni entrado en el sitio y el portón permanece cerrado. Se presenta a los oficiales y les cuenta sus intenciones, revisar la camioneta antes de que la hagan desaparecer, no debería surgir ningún inconveniente. Van juntos hasta el portón. Tanaka golpea la persiana metálica y espera con las manos en la cintura. Nadie responde.

—Es el FBI —dice Freddy mientras vuelve a golpear el portón—. Abran.

Siguen sin responder. Freddy aproxima el oído y no escucha nada. Mira a los oficiales que lo acompañan. Uno de ellos se alza de hombros, el otro se acerca y también golpea el portón a unos metros de Tanaka.

—Es la policía —dice el oficial—, respondan, por favor, o deberemos forzar la entrada.

En ese momento, se escucha una ráfaga de tiros que estallan contra la persiana metálica en estruendos consecutivos. El oficial que acababa de golpear se sacude y la sangre comienza a brotar de su cuerpo. Freddy y el otro policía, instintivamente, se agachan y sacan sus armas. Tanaka abre fuego a ciegas contra el portón mientras el policía se acerca a su compañero, herido en el suelo. Otra ráfaga de disparos silba sobre sus cabezas a la vez que los orificios en el portón aumentan cada vez más. Freddy vuelve a disparar, adivinando a dónde, y el policía arrastra al oficial caído fuera de la línea de fuego. Freddy mira al hombre herido, que parece haber recibido un solo impacto. Entonces se escucha el ruido de un motor, un vehículo potente acaba de arrancar. Freddy mira el portón y luego a los policías. Guarda rápido el arma en la cintura y va a ayudar a los oficiales. Entre los dos arrastran al oficial caído, y cuando casi lo apartan de la persiana metálica hacia un costado, en una explosión vuela el portón, que golpea tanto a Freddy como a los policías, haciéndolos volar en el aire. Una camioneta cuatro por cuatro es la que ha tirado abajo el portón en una embestida salvaje. Sale a toda velocidad del lugar. Tanaka se recupera, se pone de pie y, alzando su arma, carga a los tiros contra la camioneta que se aleja. Pronto deja de disparar porque ya no tiene sentido hacerlo, está fuera de su alcance.

Mira dentro del edificio y ve la camioneta del accidente a medio desarmar. Ya le habían quitado las ruedas y el capó. Escucha al policía pidiendo ayuda por el radio. Vuelve a guardar su arma y se acerca a los oficiales. El policía parece mal herido, espera que los paramédicos lleguen a tiempo para salvarlo. Ahora le toca hacer su parte, debe contarle lo sucedido a Smith. Sin embargo, ya recuperó la camioneta y ahora podrán investigar en serio. Ataque armado a policías y a un agente del FBI son delitos que merecen ser investigados.

ESTO RECIÉN EMPIEZA

Queens, Nueva York
Martes, 5 de mayo, 11:30 p. m.

EN LA OSCURIDAD de la habitación, doy vueltas en mi cama tratando de conciliar el sueño. Ya hace seis meses que estoy viviendo en Queens y comienzo a acostumbrarme al piso. Hoy fue un día extraño. Estoy habituada a lidiar con el peligro, y en mi vida esto ha sido siempre una constante. Sin embargo, lo de hoy me tomó por sorpresa. Normalmente, cuando estoy trabajando en alguno de los casos, siempre ocurren enfrentamientos en los que cualquier cosa puede suceder. Un golpe mal recibido o un disparo que no pueda eludir, y mi vida terminaría en un instante, es algo para lo que estoy preparada, son las reglas del juego. Pero el atentado de esta mañana salió de la nada, fue algo inesperado. Si bien no es la primera vez que me sucede algo así, esta vez siento que es diferente. No llego a identificar por qué tengo esa sensación, pero luego de lo que sucedió con Freddy por la tarde, estoy cada vez más segura de que hay algo grande detrás. Por lo que me contó, Freddy se salvó de milagro, solo quedó con algunas magulladuras. Espero resolver esto antes de que alguien salga herido en serio.

No cualquiera puede hacer desaparecer un vehículo en custodia de la Policía. Y eso es precisamente lo que hubiera pasado sin la intervención de Freddy. Su instinto dejó en evidencia que hay un poder oculto detrás de los atacantes, con muchos recursos e influencias. No puedo evitar que mi mente señale a un solo culpable con la capacidad de hacer algo así: el Anillo. Quise eludir esa conclusión, no sé si por hartazgo o por simple negación. Es que el Anillo viene complicando mi vida desde hace años. Otra vez pienso en la posibilidad de renunciar, de abandonar esta pelea desigual contra una organización con recursos ilimitados. De hecho, eso era lo que iba a plantearle al equipo, ya que la idea de retirarme estaba relacionada con esto, con la imposibilidad de sostener un enfrentamiento contra este cáncer que resulta imposible de extirpar. Hemos ganado muchas batallas, eso es cierto, pero aun así el Anillo siempre vuelve con nuevas fuerzas a entrometerse en mi vida. A veces siento la tentación de tomar un trago y olvidarme de todo, pero no puedo caer en eso. Me costó años, esfuerzo y mucho dolor salir de la trampa del alcohol. Siento que estoy en un punto en el que, si no realizo un cambio

importante, volveré a ceder, y no creo tener las fuerzas suficientes para superar a la bebida de nuevo.

—Ya déjenme en paz.

Bob me mira desde los pies de la cama al escuchar mi voz, que fue más en tono de súplica que de protesta. Espero que Andrew y Freddy puedan seguir el rastro de la camioneta hasta su origen. Incluso si analizan la sangre del vehículo, tal vez puedan identificar al conductor.

Bob de repente alza la cabeza y mira hacia la puerta. Veo como sus orejas se mueven, tratando de oír algo imperceptible para mí. Se pone de pie sobre la cama con todo su cuerpo en tensión y emite un ladrido grave. Luego gruñe, mostrando los dientes a la puerta, que permanece cerrada. Algo está pasando al otro lado. De inmediato, busco mi arma, que mantengo siempre sobre la mesa de noche cuando me acuesto a dormir. Bob se acerca más al borde de la cama. La baba, como espuma, cae de su boca mientras asoman sus dientes de manera intimidatoria. Sus colmillos se ven en la oscuridad con un brillo especial.

—Tranquilo, chico —le digo mientras salgo de la cama y camino hasta colocarme detrás de la puerta. Intento escuchar lo que oye Bob, pero no lo logro. Sin embargo, sé que si él escucha algo, es porque algo está sucediendo allí en la sala.

La puerta se abre de golpe de manera estruendosa y Bob salta sobre quien estaba intentando ingresar, que cae hacia atrás. Suenan disparos. Veo fogonazos que impactan en la cama. Yo comienzo a disparar sin pausa, atravesando la puerta, que me oculta del atacante. Escucho los ladridos de Bob y escucho un cuerpo caer. Alguien empuja la puerta contra mí y siento que una mano me aferra la muñeca y me lleva el brazo con el arma hacia arriba. Sigo disparando de todos modos y los tiros van a dar al techo. El hombre ya entró en la habitación y se abalanza sobre mí. Alcanzo a distinguir que lleva un arma en la mano que tiene libre, pero no llega a apuntarme a la cabeza porque la freno con mi mano izquierda. Un disparo resuena cerca de mi oído y el ruido me ensordece. Le doy un rodillazo, que le hace aflojar la mano que me aferra, y logro darle un culatazo con mi arma en la cabeza. El hombre se echa hacia atrás y le disparo a quemarropa en la frente. A esta distancia, sus sesos vuelan desparramados hacia atrás. Otra persona entra y le asesto un tiro en el pecho que lo hace recular. Debe tener un chaleco antibalas porque no termina de caer. Entonces le apunto a la cabeza y esta vez cae ante mis balas como si le hubiera dado un martillazo en la cara. Todo se pone negro y un dolor terrible en el rostro me voltea. Alguien me ha dado una patada en la quijada. Pierdo el arma y me doy cuenta de que estoy en el suelo. Advierto el resplandor de un metal que se mueve

frente a mí. Es una daga que me apunta y que veo venir sin que me dé posibilidad de reacción. Entonces, la daga se desvía y escucho gruñidos. Veo un bulto negro que tironea del brazo del atacante. Sigo algo mareada, pero en mi torpeza tanteo algo duro a mi lado. Es una silla. La agarro como puedo y me pongo de pie. La giro por el aire hasta darle en la cabeza al hombre, que sigue peleando con mi perro. El maleante se tambalea y Bob, que no suelta su muñeca, lo arrastra hacia sí inclinándolo para abajo. Entonces le pateo la cabeza, devolviéndole la gentileza. Veo que ya no opone resistencia. La daga, que continuaba en su mano, comienza a deslizarse por sus dedos. Mis reflejos han vuelto y llego a tomar la daga antes de que toque el suelo. En un solo movimiento, el filo del metal atraviesa el cuello del hombre, que cae de rodillas. Luego, a instancias de Bob, que sigue tirando de él, cae al suelo por completo. Miro entonces hacia la sala para ver si viene alguien más. Solo veo a un hombre en el suelo, inmóvil. En la penumbra no entiendo bien qué le ha pasado, pero pareciera tener el cuello desgarrado. Vuelvo a mirar a Bob, que no suelta el brazo del hombre, inerte frente a mí.

—Ya está, chico —le digo, pero sigue tironeando hasta que desgarra esa muñeca y le arranca la mano. Sacude la cabeza con su trofeo entre los dientes y me acerco—. Está bien, Bob, ya es suficiente.

El perro recién entonces parece salir de su mundo y me mira sin soltar la mano muerta. Le acaricio la cabeza y me enderezo. Veo a mi alrededor y no hay más movimientos. Dos hombres que derribé a disparos aquí en la habitación, otro en la sala, del que se encargó Bob, y este último, a quien acabamos entre los dos. Me acerco y les miro la cara, pero no reconozco a ninguno. Reviso sus bolsillos, pero no tienen nada. Voy a agarrar sus armas para llevármelas conmigo, pero decido dejarlas para que la policía vea que fue en defensa propia. A estas alturas no creo que importe, porque siempre me culpan a mí de todo, pero no está de más tener pruebas sobre las que argumentar.

Esta vez fueron cuatro los que vinieron a matarme. Evidentemente, no puedo acostumbrarme a ningún lugar, debo abandonar el piso de inmediato. Esto recién empieza.

EL CACHORRO CRECIÓ BASTANTE

Oficina del FBI, Manhattan
Miércoles, 6 de mayo,9:30 a. m.

FREDDY SE ENCUENTRA en la oficina del agente Smith. Sentados, escritorio de por medio, el agente Smith revisa su ordenador.

—Bueno, Tanaka —dice al fin Smith, volviendo a mirar a Freddy—. Parece que esta vez te topaste con algo grande.

Freddy lo escucha, pero no dice nada, no sabe con qué le saldrá su jefe.

—No sé de qué se trata esto —continúa Smith—, pero es muy raro. En principio, parecería estar todo en regla. La empresa Peón 8 es un laboratorio externo que tiene un contrato con la Policía para hacer peritajes que no son prioritarios. En este caso, se haría cargo de investigar la camioneta secuestrada en el accidente. Hasta aquí, todo bien. Sin embargo, ellos dicen que la camioneta fue llevada al lugar equivocado por orden de la Policía, mientras que esta dice que en ningún momento intervino y que es la empresa la que decide dónde llevar la evidencia. Es decir, ambos se han lavado las manos. Esto originó una investigación interna en la Policía para averiguar quién dio la orden. Yo creo que esa investigación no llegará a nada, pero no intervendremos y organizaremos nuestra propia investigación. Para mí, hay una corrupción muy grande detrás de esto. El ataque que sufriste no fue algo ordinario. La policía ya ha especulado con un ataque de pandilleros, pero tampoco me lo creo. Son demasiadas irregularidades. Pedí las grabaciones del accidente en el puente de Brooklyn y, casualmente, el sistema se había caído en ese momento, por lo cual no hay registro de lo sucedido… Di algo, Tanaka.

—No hay nada que decir, jefe —responde Freddy—. Estoy totalmente de acuerdo con usted. La camioneta abandonada tenía sangre en el tapizado y en el informe oficial no aparece nada al respecto. Parece un gran encubrimiento, pero la pregunta es encubriendo qué.

—Eso es lo que tenemos que descubrir —prosigue Smith—, solo que debemos hacerlo sigilosamente. Nos estaremos metiendo con otra fuerza y no podemos actuar sin tener evidencia firme.

Freddy va a decir algo, pero suena el teléfono. El agente Smith atiende y, a medida que escucha lo que le dicen, sus ojos se van abriendo cada vez más y lo mira a Freddy. Smith cuelga el teléfono y

se pone de pie.

—Vamos, Tanaka —dice Smith mientras camina hacia la puerta—. Hubo un tiroteo en un piso en Queens que dejó cuatro muertos.

—¿Tiene que ver con la camioneta, jefe? —pregunta Freddy mientras también se levanta y lo sigue.

—No —contesta Smith mientras se pone la chaqueta—, es otra cosa. Encontraron el piso lleno de huellas de tu vieja amiga, la señorita Pons.

Piso de Ainara, Queens
Miércoles, 6 de mayo, 10:25 a. m.

EN EL TRAYECTO hasta el piso de Ainara, Freddy le escribió por WhatsApp para preguntarle si estaba bien. Pero no recibió respuesta. Preguntó entonces en el grupo del equipo y nadie sabía nada. Andrew y Kim dijeron que la buscarían. Debió hacer estas consultas de manera disimulada, ya que viajó en el coche de Smith y, por supuesto, tenía que hacer como si no supiera nada. Lo cual, en cierto sentido, era verdad. No sabía nada de lo que le había pasado a Ainara y aprovecharía esta oportunidad para averiguarlo. Lo único que había advertido era que la mirada de su jefe había cambiado. Tenía el mismo brillo que tiempo atrás, cuando estaba dedicado a perseguir a su amiga. Freddy espera que no vuelva a lo mismo.

Al llegar, suben a la segunda planta, donde se encuentra el piso, muestran sus placas y atraviesan el vallado policial. Apenas cruzan la puerta, pueden ver un cuerpo en la sala cubierto con una tela blanca. Atento a lo sucedido con la camioneta, el agente Smith no confiaba en la policía, así que llamó para avisar que dejaran todo como estaba porque iba en camino. No es que creyera que una cosa tuviera que ver con la otra, pero, por las dudas, era mejor tomar precauciones.

Los policías les abren el paso y el detective a cargo se presenta, quiere saber por qué les interesa el caso.

—Me sorprendió que vinieran —dice el detective—. No sabemos qué pasó aquí. ¿Podrían darnos algún dato al respecto? Supongo que si vinieron a ver es porque algo saben.

El agente Smith lo mira y está tentado a decirle que se meta en sus asuntos, pero se contiene. Tal vez pueda obtener alguna colaboración por parte de la policía y prefiere mantener una relación cordial mientras los investiga en el otro caso.

—Encontraron en este piso huellas de Ainara Pons —explica el agente Smith—. Una delincuente muy peligrosa que viene

eludiéndonos desde hace mucho tiempo.

Freddy escucha las palabras de Smith y no puede evitar menear la cabeza al escuchar que llaman delincuente a su amiga. Se agacha junto al cadáver y corre la tela. Ve el cuerpo con el cuello desgarrado y la ropa destrozada. De inmediato, piensa en Bob.

—¿Qué demonios es eso? —pregunta Smith al ver la herida mortal en el cuerpo inerte.

El detective está a punto de responder, pero Freddy se le adelanta.

—Un perro —responde como si estuviera utilizando habilidades de deducción—. Un perro grande.

El hombre está vestido de negro. Hay una pistola con silenciador a su lado. Freddy piensa que debe tratarse de sicarios, un delincuente común no utiliza ese tipo de arma. Debe haber algún contrato sobre Ainara. Dos intentos de asesinato en el mismo día no dejan lugar a dudas. Alguien quiere asegurarse de que esté muerta y está dispuesto a gastar el dinero que sea necesario. Ayer por la mañana fueron dos hombres quienes intentaron matarla, ahora hay cuatro muertos. Freddy se yergue y camina hasta los siguientes cadáveres, que se encuentran casi apilados en la entrada de la habitación. Smith y el detective lo siguen. Freddy especula con que Ainara se debe haber atrincherado en su cuarto y defendido desde allí. Se acerca a los siguientes cadáveres, busca alguna señal de que Ainara esté bien. Su no respuesta a los mensajes puede significar cualquier cosa, desde que esté herida a que la hayan secuestrado. Los otros tres cuerpos, que también deben destapar para verlos, son claramente el resultado de las acciones de Ainara. Dos fueron eliminados a disparos y un tercero fue acuchillado. Las armas están desparramadas por el suelo y no hay señales de Ainara. De habérsela llevado, hubieran matado al perro y dejado su cuerpo aquí. Si Bob no está muerto, es porque él y Ainara lograron escapar.

—Hay que esperar a balística —dice Smith—, pero apostaría a que este desastre lo hizo una Magnum 45.

—Parecen sicarios —agrega Freddy, señalando el arma con silenciador mientras el detective escucha la conversación—. Creo que intentaron matar a Ainara y no les salió bien.

—Donde va esta mujer, sucede una catástrofe —dice Smith a la vez que se acerca a uno de los cuerpos—. Hay mucha gente que no la quiere, casi siento pena por ella.

Freddy mira a su jefe, sorprendido. Es la primera vez que ve en él algún gesto cercano a la simpatía hacia Ainara.

—Creo que Ainara Pons tiene enemigos más peligrosos que nosotros —dice Freddy.

El agente Smith ve la mano arrancada y mordisqueada en el suelo.

—Creo que el cachorro de la señorita Pons creció bastante —dice

—, se ha vuelto tan salvaje como ella.

YO SOLA NO PUEDO

Queens, Nueva York
Miércoles, 6 de mayo, 10:30 a. m.

ANOCHE, luego del ataque, cuando revisé los cuerpos, esperaba encontrar alguna pista que señalara a quien había dado la orden de matarme. No encontré nada, eso me dijo que se trataba de profesionales. Los asesinos a sueldo nunca llevan nada que los pueda identificar cuando realizan sus trabajos. Me queda claro que alguien está muy decidido a acabar conmigo y está invirtiendo bastante dinero en ello. Hasta ahora he corrido con suerte, pero si esto sigue, tarde o temprano, la suerte se me acabará. Debo contraatacar.

Lo único que había en el bolsillo de uno de ellos eran las llaves de un vehículo, cuyo llavero tenía la forma de un caballo de metal. En ese momento, pensé que un vehículo distinto me podía servir. No tenía idea de cómo me habían encontrado, así que cambiar otra vez de coche podría ser una buena idea. Necesito estar un paso delante de ellos si quiero seguir con vida.

Junté mi ropa en un bolso grande. La realidad es que ese bolso está siempre medio listo. Salir rápido es una posibilidad que se puede concretar en cualquier momento, así que estoy siempre preparada. Con el bolso al hombro y la correa de Bob en una mano, abandoné el piso y salí a la calle. Activé el control de apertura del vehículo y una camioneta negra encendió sus luces. Fui hasta ella, era igual a la que me había perseguido por la mañana. La abrí y subí con el perro. Una vez dentro, la encendí y permanecí con las manos al volante sin moverme. ¿A dónde ir? Podía dirigirme a la casa de cualquiera de los miembros del equipo, pero dadas las circunstancias, estaría llevando un séquito de asesinos hacia ellos. Debía hacer algo distinto. Busqué en el móvil el motel más cercano. Encontré uno cerca del aeropuerto y hacia allí me dirigí. Tomé una habitación a nombre de Rebeca Williams, la última identidad falsa que me había creado Andrew. Y una vez en el cuarto, apagué el móvil. Dormí profundamente.

Al despertar esta mañana, cuando Bob comenzó a lamerme la cara para que lo sacara a hacer sus necesidades, reflexioné sobre cuáles serían mis siguientes pasos. Decidí que seguiría sin comunicarme con mis compañeros. Por el momento, consideré que era mejor que nadie sepa nada de mí. No sé cómo me encontraron, ni si han intervenido los teléfonos de mis amigos.

Lo primero que hago luego de sacar al perro es subir con él a la camioneta para buscar un lugar donde comer. Tenemos los dos hambre. Reviso el vehículo, pues con el apuro de la huida de anoche no lo había hecho. Encuentro en la guantera una credencial.

—Bingo.

Es de un tal Jonathan Graham. Reconozco el rostro de la foto, es el hombre que entró primero en mi habitación. Se trata de una tarjeta magnética de ingreso a un banco.

—Banco Las Dos Torres. No lo conozco.

Bob me mira un momento y luego vuelve a mirar hacia adelante. Está acostumbrado a escucharme hablar sola.

Busco en internet para ver dónde queda este banco. Está en el distrito financiero de Manhattan, pero no es un banco común que atiende al público. Es una entidad financiera que trabaja solo con empresas, otorga créditos y maneja inversiones en el exterior.

—¿Qué hacía un asesino trabajando para un banco?

Lo primero que debo hacer es echarle un vistazo al lugar, así que arranco el coche.

—Bob, vamos de paseo.

El tráfico en Manhattan es terrible, como siempre, así que cuando me acerco a varias cuadras del sitio, me meto en el primer *parking* que encuentro. Bajo del coche con la hamburguesa en la mano, ya está fría, pero la como igual. La compré de camino mientras venía. La de Bob le duró apenas unos segundos. Él me mira salir y se para sobre el asiento para venir conmigo.

—Esta vez no, Bob —le digo—. Quédate echado y en silencio hasta que vuelva. ¡Echado!

Me hace caso y cierro la puerta. Es un buen perro.

Camino por Wall Street. Me mezclo entre la gente, así que no tengo miedo de que alguien me reconozca. Como nadie me espera, podré acercarme lo suficiente y ver de qué se trata sin ser detectada. Veré si puedo ingresar al banco.

Tengo el lugar a la vista. Es un edificio de oficinas con una entrada vidriada. El cartel anuncia Banco Las Dos Torres. Hago una primera pasada por la puerta, hay gente entrando y saliendo. Veo en el vestíbulo los molinetes que permiten el ingreso a los ascensores y la escalera. A un costado está el escritorio de recepción con un hombre y una mujer atendiendo. Hay un guardia en un escritorio más pequeño, en un rincón, y no alcanzo a ver mucho más.

Me alejo hasta la esquina y espero unos instantes antes de volver. Doy vuelta y regreso. Podría entrar fácilmente. La credencial me permitiría el ingreso por los molinetes y, una vez dentro, no creo que sea muy difícil moverme por el edificio. Así que entraré. Arrojo los restos de hamburguesa en un cesto en la calle y camino decidida. Saco

la credencial que llevo en el bolsillo y la sostengo, lista para pasarla por el lector con rapidez. Llego hasta el edificio. A través del vidrio vuelvo a echar una última revisión antes de entrar. Veo como una mujer pasa su credencial por el lector, debo hacer el mismo movimiento. Entonces, miro al guardia del escritorio. Desde este ángulo, puedo ver algo que en mi pasada anterior no había visto. El guardia tiene un monitor en frente de él que logro ver con claridad. En la pantalla aparece la foto de una mujer con sus datos. Es la misma que está atravesando el molinete. El guardia verifica la identidad de las personas que van entrando. Mi credencial es de un hombre, en cuanto la pase, notarán que soy una impostora. Debo abortar. Vuelvo a guardar la tarjeta en el bolsillo y paso la puerta de largo.

—Cambio de planes —susurro mientras me alejo.

Tal vez uno de los muchachos pueda hacerlo sin ser descubierto. Junior es bastante parecido al asesino. Con un cambio de peinado y unos lentes oscuros, lo logrará. Es momento de que contacte a mi gente. Yo sola no puedo.

ESTO NO ES CASUAL

Búnker de Andrew, Manhattan
Miércoles, 6 de mayo, 11:10 a. m.

—HOLA, Andrew.

La voz de Ainara al otro lado del teléfono toma por sorpresa al *hacker*. Hace más de una hora que todo el equipo la está buscando. Desde que Freddy avisó del tiroteo en su piso, se movilizaron para encontrarla. No solo la llamaron y escribieron a todas las direcciones posibles, sino que Alain y Junior fueron a ver en persona dos sitios que tienen como punto de encuentro para emergencias.

—Hola, Ainara —la saluda Andrew preocupado, pero contento de escucharla—. ¿Cómo estás? ¿Dónde te encuentras? Supimos del tiroteo y te estábamos buscando. ¿Qué te pasó?

—Estoy bien, pero… ¿Cómo se enteraron de eso? —pregunta Ainara, que no esperaba que estuvieran al tanto de lo que había pasado. Jamás se le ocurrió que pudieran enterarse. Cuando se fue al hotel, pensó que no ganaba nada con contarles del ataque a esa hora. De haberlo sabido, les hubiera avisado antes que se encontraba bien para evitarles una preocupación innecesaria. Además, no volvió a encender el teléfono, temía que la estuvieran rastreando por ese medio. Fue por eso que compró un móvil barato, para comunicarse sin riesgos con el único teléfono que recuerda de memoria, el de Andrew.

—El agente Smith —responde Andrew a modo de título para su explicación—. Cuando la policía halló tus huellas en el piso, lanzó una alerta que llegó de inmediato al FBI. Imagina lo que hizo el agente Smith, salió disparado hacia tu casa. Freddy lo acompañó, así que estuvo allí y vio los cadáveres que dejaste. Me dijo que fue una carnicería. Al no encontrar tampoco a Bob, descartamos que te hubieran secuestrado y supusimos que habías escapado con él. Pero al no recibir ninguna comunicación tuya, creímos que podrías estar herida.

—Solo recibí un golpe feo en la cara, pero nada más. —Lo intenta tranquilizar Ainara—. Así que estoy con dolor de cabeza. Con Bob nos encargamos de la situación. Si vuelve a pasar algo así, les avisaré de inmediato.

—¿Ahora dónde te encuentras? —vuelve a preguntar Andrew, que necesita datos para confirmar que se halla bien—. ¿Tienes idea de lo que está pasando?

—Pasé la noche en un motel —explica Ainara sin dar más detalles—. Aún no sé por qué me persiguen. Por eso apagué el teléfono y estoy usando otro vehículo.

—¿Sabes quiénes eran? —insiste Andrew con sus preguntas.

—No pude identificar a mis agresores —le responde Ainara—, pero por la forma en que me atacaron, queda claro que eran sicarios. Además, tenían una credencial del Banco Las Dos Torres. Luego te enviaré la credencial, que está a nombre de Jonathan Graham, para que averigües lo que puedas de él.

—Perfecto —responde Andrew mientras toma nota del nombre en una libreta que tiene sobre el escritorio.

—Hoy fui hasta ese banco y estuve a punto de ingresar —prosigue Ainara—, pero me di cuenta de que me descubrirían en cuanto lo hiciera. Necesitaré que Junior lo haga por mí. Sería bueno ver qué sucede allí dentro y cuál es su relación con los ataques. ¿Ustedes descubrieron algo?

—Nada nuevo por el momento —dice Andrew, avergonzado por no haber encontrado ningún otro dato—, las cámaras del puente de Brooklyn tuvieron un error de sistema cuando te atacaron, así que no hay nada grabado.

—Qué oportuno —acota Ainara con ironía. Piensa que hubo una mano negra y que estaba todo preparado. No podían saber en qué momento pasaría por el puente, así que debían tener a alguien infiltrado en el sistema de monitoreo, esperando una señal para bajar la palanca en el instante preciso.

—Supongo —prosigue Andrew, pensando en lo mismo que Ainara— que tiene que haberlo hecho alguien con acceso a muchos lugares estratégicos. Pero lo positivo es que, al menos, tú tampoco quedaste registrada. Por lo que eso también nos ayudó, creo. —Ainara no agrega nada, así que Andrew continúa—. Veré si encuentro quién o desde dónde intervinieron esas cámaras. Luego de eso, lo único que me queda por hacer es investigar este banco. Tal vez, si Junior logra entrar, me pueda ayudar desde adentro.

—Yo lo llamaré a Junior —prosigue Ainara, adelantándose a su amigo para no cargarlo con más tareas. Además, ella no tiene otra cosa que hacer por el momento— y me encontraré con él para darle la credencial de ingreso. Estoy cansada de huir de un asesino invisible, de aquí en más seremos nosotros los cazadores de fantasmas y serán ellos los que deban huir.

—Ya les has demostrado lo que puedes hacer —dice Junior sonriendo, cuatro cadáveres es una buena demostración—. No se imaginan de lo que eres capaz si te enojas.

—Me estoy enojando, Andrew —confirma Ainara, cuyo temperamento la empuja más a atacar que a huir—. Así que dale a

Junior lo que necesites rápido para que podamos avanzar. Quiero saber quiénes son.

—Perfecto —contesta Andrew, que se levanta de la silla frente a su escritorio en la que estuvo sentado todo el tiempo y camina hasta una estantería llena de dispositivos electrónicos—, ya me pongo con eso.

—¿Sabes si Kim descubrió algo? —pregunta Ainara, que busca alguna nueva perspectiva.

—Hablé con ella hace unos minutos —responde Andrew mientras sigue revisando sus aparatos—. No encontró nada, pero sigue buscando.

ANDREW Y AINARA se despiden y el *hacker* pone de inmediato manos a la obra. Investiga sobre el Banco Las Dos Torres. Básicamente, encuentra lo mismo que Ainara, es un banco para empresas y no para personas particulares. Pero avanza un poco más y encuentra que quien tiene las acciones mayoritarias es un fondo de inversiones llamado «Alfil Negro». Al leer este nombre, recuerda algo que vio mientras investigaba la empresa de seguridad que había comprado la camioneta del primer ataque, T&T. Vuelve a revisar los datos sobre T&T y ve que también pertenece al mismo fondo de inversión: Alfil Negro.

—Esto es importante —se dice Andrew a sí mismo, encontró un nexo entre las dos empresas y cree que puede encontrar algo por ahí. Así que sigue buscando y ve que este Alfil Negro tiene parte de muchísimas empresas en muchos rubros, pero no aparece ningún nombre propio, solo empresas dueñas de empresas. Deduce de inmediato que se trata de lavado de dinero. Es la estrategia típica, sociedades que le pasan activos a otras sociedades, pero nunca aparece nadie responsable.

Se le ocurre entonces que si Junior realiza una incursión en el banco, habría que aprovecharlo para investigar esta conexión. Andrew preparará un dispositivo que tomó del estante para hackear el banco desde adentro.

Sin embargo, siente que hay algo que se le escapa.

—Son tres empresas relacionadas —dice para sí mismo mientras apoya el dispositivo en el escritorio y vuelve a mirar el ordenador—. ¿Solo tres?

Vuelve a repasar todo lo sucedido en apenas veinticuatro horas.

—¿Son en realidad tres empresas? —se pregunta mientras entra de nuevo en internet— ¿O tal vez sean cuatro?

Da *enter* en el teclado y en la pantalla aparece una lista de sociedades en la que Alfil Negro tiene sus inversiones. Justo a mitad de la lista aparece la cuarta empresa: «Peón 8». El laboratorio

contratista de la Policía que quería hacer desaparecer la camioneta.

—Esto no es casual.

FALSAS ESPERANZAS

Oficinas del FBI, Manhattan
Miércoles, 6 de mayo, 11:30 a. m.

LAS OFICINAS del FBI tienen muchos cubículos, en uno de los cuales tiene su escritorio Freddy. Los despachos son para los jefes.

—¡Tanaka!

El grito del agente Smith resuena en la oficina y Freddy se endereza en el asiento de su escritorio. Mira hacia atrás y ve al jefe de pie en el umbral de la puerta de su despacho. Este le hace una seña para que vaya y se queda esperándolo. Freddy se pone de pie y camina hasta Smith, pasa junto a él, entra al despacho y Smith cierra la puerta detrás de ellos. Claramente, el humor del jefe no es bueno y Freddy no sabe qué habrá pasado ahora.

—Dime a qué estás jugando, Tanaka —dice el agente Smith, que se aproxima a Freddy, y se detiene justo delante de él para enfrentarlo.

—No entiendo, jefe —dice Freddy desconcertado. Lo ataca sin explicarle el porqué, así que no sabe cómo responderle.

—Me acaba de llegar el informe de balística —dice Smith sacudiendo su móvil frente a la cara de Freddy. Demasiado cerca del rostro para su gusto—. Como dijiste, la camioneta del accidente había sido tiroteada. Adivina de qué arma salieron las dos balas que encontraron en la carrocería.

Freddy comprende a qué se refiere su jefe. El enojo se debe a qué se ha dado cuenta de que le está ocultando información. Tiene que dar una explicación satisfactoria para no ponerse en evidencia, necesita justificar sus acciones, pero no puede hacerse el tonto porque su jefe lo notará. Así que se la juega:

—Las balas salieron de la misma Magnum 45 que mató a los cuatro hombres en el piso de Ainara Pons —dice Freddy, bajando la cabeza como si lo hubieran pillado en falta. Debe admitir que Ainara está involucrada e inventar una historia que justifique cómo lo sabía y por qué no dijo nada.

—¿Cómo demonios lo supiste? —lo increpa Smith clavándole el dedo en el pecho. Si lo hubiera hecho cualquier otro, Freddy le hubiera quebrado el dedo, pero en este caso debe soportar y seguir pensando en su respuesta—. ¿Cuál es tu relación con Ainara? ¡Habla ahora!

Freddy piensa que este es el momento para hacerse el tonto y pone

cara de no entender. Debe convencerlo de que está equivocado, a pesar de estar en lo cierto, y encontrar una explicación coherente que lo demuestre.

—¿Perdón? —pregunta como si no hubiera escuchado bien, gana tiempo mientras hila los detalles de su respuesta—. ¿De qué relación habla?

—No te hagas el estúpido, Tanaka —le dice Smith, que se está enfureciendo, y se acerca más a él—. ¿Ella te pidió que investigues? Ningún agente del FBI se pone a investigar un accidente callejero porque sí. Ya sabías que había sido ella. ¿Qué pretendías, borrar sus huellas? ¿Desde cuándo trabajas para ella, traidor?

—Wow, wow, wow —dice Freddy levantando las manos y dando un paso atrás, como si recién ahora hubiera comprendido de qué se lo acusaba. Es momento de contraatacar y refutar su acusación—. ¿Qué le pasa, jefe? ¿Se ha vuelto loco? Para ser honesto, creo que cualquier cosa relacionada con Ainara Pons lo saca de sus casillas. Voy a asumir que está paranoico y que no escuché nada de lo que dijo. Si deja de pensar tonterías y me escucha, le explico.

—Habla —dice Smith con furia en los ojos. Aún sigue pensando que Tanaka lo engaña, pero la fuerza con que se plantó Freddy lo hace dudar y quiere escuchar lo que tiene que decir. Freddy, mientras tanto, ya armó una excusa que sea creíble. Desde el momento en que su jefe le pidió que adivinara de quién eran las balas, sabía que su actividad como doble agente podía quedar expuesta. Es por eso que de su contestación dependía su futuro en el FBI.

—Esta mañana estaba yendo a investigar el caso Redfield —comienza a explicar Freddy, que ha encontrado una buena coartada—. ¿Lo recuerda?

—Sí, claro —responde Smith tratando de entender qué tiene que ver ese caso con Ainara—. El camión con armas encontrado en Brooklyn la semana pasada.

—Exacto —confirma Freddy. Por fortuna, en su agenda tiene varios casos simultáneos por todo Nueva York, solo debió recurrir a uno que implicara a Brooklyn—. Iba a verificar una pista en Brooklyn y, cuando estaba por entrar al puente, escuché un choque. Vi frente a mí, a unos cien metros, una camioneta rodar por los aires. Clavé los frenos, como todos los que venían a mi alrededor, y quedé atascado en el embotellamiento que provocó el accidente. Salí del coche para ver de qué se trataba y vi una camioneta azul que venía por la mano opuesta. Me llamó la atención porque tenía el parabrisas fragmentado. Supuse que había estado involucrada en el choque y se había salvado de milagro. Así que la miré con detenimiento. Imagínese mi sorpresa cuando vi a una mujer al volante que se parecía mucho a Ainara Pons. Volví al coche e hice lo que pude para salir del atasco y cruzar al otro

lado. Recibí muchos insultos en el proceso, pero cuando lo logré, ya no tenía a la vista a la camioneta, por lo que comencé a acelerar para alcanzarla. Supuse que un vehículo como ese, con el cristal roto, sería fácil de encontrar, pero no tuve suerte. Estuve media hora dando vueltas por la zona, tenía esperanzas de localizarla, pero no pude hacerlo. Si bien la mujer podía ser Ainara, no estaba seguro y no quería lanzar una alerta que terminara en fiasco. Fue entonces que llamé a Marcus, de la sección de enlace con la policía, para que averiguara lo que pudiera del accidente. Volví para el puente y nuevamente me enfrenté al embotellamiento. Dejé el coche y fui caminando. En ese momento, vi que retiraban la camioneta volcada y volví corriendo al coche. Esta vez no lo dejaría escapar. Era más fácil seguir a la grúa, por supuesto, así que pronto lo alcancé. Cuando me di cuenta de que iba para Nueva Jersey, comencé a oler algo raro. Lo demás ya lo sabe.

Smith se le queda mirando y Freddy no sabe si le creyó o no. Espera que le diga algo.

—¿Por qué no dijiste nada de Pons? —pregunta Smith sin hacer ningún gesto descifrable. El relato de Freddy le parece razonable, pero aún hay detalles que no le cierran.

—¿Usted qué cree, jefe? —responde Freddy como si se tratara de algo obvio. Es el momento de confundirlo y pasarle la responsabilidad a Smith. Si logra hacerlo sentir culpable, lo tendrá en el bolsillo—. Mire cómo se pone cuando se habla de esa mujer. ¿Cómo le iba a decir que vi a alguien que se parecía a ella pasar por la calle y que no pude alcanzarla? No queremos pasar más papelones, y perseguir un fantasma nos puede hacer volver a quedar muy mal.

Freddy hace una pausa para que su jefe reciba el golpe y luego continúa.

—Preferí callarme e investigar por mi cuenta —prosigue Freddy ya más tranquilo, comprende que ha pasado lo peor—. Si hubiera tenido algo más firme que una mujer que vi apenas un segundo tras un volante, le hubiera dado toda la información para poder trabajar sobre seguro.

—¿Y cuándo me lo ibas a decir? —pregunta Smith y Freddy lo nota más calmado, está seguro de que se tragó el cuento.

—Nunca —contesta Freddy, descolocando a su jefe otra vez—, quería evitar pasar por esto. O, en todo caso, cuando pasara algo que confirmara mi suposición de que era Ainara. El informe de balística es «ese algo» que estaba esperando, ahora podemos avanzar.

—Si esto es como dices —habla Smith apartando la mirada de su subalterno y caminando hasta sentarse en su escritorio—, Ainara Pons está detrás de todo. Ella persiguió a la otra camioneta, mató a sus ocupantes y luego quiso hacer desaparecer la evidencia en aquel taller

clandestino de Nueva Jersey.

—Es una posibilidad —contesta Freddy, que no quiere llevarle la contra. Acaba de salir de una situación complicada y no quiere volver a pasar por lo mismo. Pero la obsesión de Smith con Ainara hace que entienda todo al revés—. Sin embargo, me parece raro que si quisiera matar a alguien, lo hiciera en uno de los lugares más concurridos de Nueva York, y que encima falle. Ya vimos lo que hizo anoche con esos cuatro hombres. El encargado del edificio nos confirmó que una mujer con las características de Ainara se había mudado a ese piso hacía seis meses, por lo que la teoría original de que esos hombres fueron a matarla y fallaron se confirma. Nadie invita a cuatro asesinos a su casa para matarlos ahí. Lo más probable es que ayer en la mañana haya sucedido lo mismo, intentaron matarla y ella les ganó por la mano. Además, ¿cómo podría ella hacer que envíen a la grúa a otro lado? Todo sucedió muy rápido, hay gente poderosa detrás de esto tratando de matarla. ¿Alguna vez la vio disparándole a sangre fría a algún agente del FBI?

—Hasta ahora, no —responde Smith, reflexionando en lo que le dice Tanaka.

—Yo tampoco, jefe —dice Freddy, satisfecho con la respuesta—. Los que intentaron matarme ayer con una ametralladora no creo que tuvieran que ver con ella. Supongo que los que quisieron cubrir el incidente son los que la quisieron matar y no ella.

Smith apoya los codos en el escritorio y se lleva las manos a la cara. Luego suspira.

—Lo siento, Tanaka —dice Smith, que hace un terrible esfuerzo para pronunciar esas palabras—. Pero no vuelvas a ocultarme nada, actuaste demasiado sospechoso.

—Lo siento, jefe —responde Freddy, dándole un poco de crédito a su jefe—. No quise darle falsas esperanzas.

NO SÉ CUÁNTO TIEMPO TENGO

Wall Street, Manhattan
Miércoles, 6 de mayo, 1:20 p. m.

JUNIOR LLEGA a la puerta del Banco Las Dos Torres y entra, como si lo hiciera todos los días. Hasta hace dos minutos, estuvo reunido con Ainara y ella le explicó lo que debía hacer. Le dio la credencial y unos lentes negros que acababa de comprar para él. Hoy sería Jonathan Graham y entraría a su trabajo en el banco como lo haría cualquier persona.

—Entra con la cabeza gacha y no mires al hombre de seguridad que se encuentra en el escritorio pequeño —le explicó Ainara—. Si no dejas que te vea bien el rostro, no habrá ningún problema. Camina directo a la escalera para evitar esperar el elevador o cruzarte con alguien.

Junior hace exactamente lo que se le dijo. Entra al edificio cabizbajo, camina hasta el molinete y apoya la credencial en el lector. La luz verde le anuncia que puede pasar. Atraviesa el molinete y avanza hacia la escalera. Al guardia de seguridad lo mira solo de reojo. Ve que el hombre estira el cuello para verlo mejor, pero luego se vuelve a acomodar en su puesto y sigue con otra cosa. Sucedió tal cual le había anticipado Ainara.

—Bien —murmura Junior en voz muy baja—, ya pasé.

Les está hablando a Ainara y a Andrew, que lo escuchan por un micrófono. Él lleva un auricular. La idea es estar conectados todo el tiempo, tanto para que Junior reciba instrucciones como para avisar sobre cualquier cosa que descubra.

—En el primer piso, sal de la escalera y mira alrededor —le indica Andrew por el auricular—. Busca algún ordenador al que puedas acceder.

Junior obedece. Sale de la escalera, abre la puerta y aparece en una gran sala donde hay mostradores, escritorios y asientos con gente hablando.

—Hay demasiada gente aquí —dice Junior, dándose cuenta de que no será tan fácil cumplir con su objetivo, al menos en esta parte del banco—. Iré al siguiente piso.

En lugar de volver a la escalera, va hacia el elevador. No quiere hacer nada sospechoso. Salir de la escalera, mirar y volver hacia atrás, puede llamar la atención. Así que se detiene frente al elevador, aprieta

el botón para llamarlo y espera al que viene subiendo. La puerta se abre y Junior entra. Hay un par de personas dentro. Apenas ingresa, advierte que una de ellas es un guardia de seguridad. No lo mira a la cara, pero observa su vestimenta, ve que tiene un logo en la chaqueta, dice T&T. Otra vez esa empresa. No tiene dudas de que T&T está involucrada en los ataques a Ainara hasta el cuello.

Sale del elevador en el segundo piso y lo primero que hace es avisar.

—La seguridad del lugar es de T&T.

Luego camina por un pasillo con muchas puertas. Todas tienen un vidrio esmerilado que deja ver algo de lo que sucede al otro lado. No hay nadie a la vista en el corredor. Va hasta la primera puerta y ve que hay movimiento dentro. Pasa de largo y va a la siguiente, por el vidrio no se ve a nadie, así que la abre. De inmediato, ve a dos personas en un escritorio a un costado que giran para mirarlo.

—Disculpen —dice Junior y cierra rápido, tratando de ocultar su rostro. Se dirige después a la próxima puerta. Espera encontrar una oficina sin gente en dónde poder hacer lo que vino a hacer.

Repite la misma acción porque no ve movimiento. Esta vez encuentra a un hombre sentado frente a un ordenador.

—Perdón —se disculpa otra vez y sigue con su recorrido. Tiene que haber alguna oficina vacía.

La siguiente puerta se abre antes de que él llegue y sale de ahí una mujer muy atractiva con ropa de ejecutiva. Junior le sonríe como si la conociera y sigue caminando. La mujer le responde de la misma manera, es una empresa grande, no es extraño que se olvide de algún rostro, así que no percibe nada raro en Junior. Cierra la puerta con llave y se marcha. Junior advierte al final del corredor un cartel de baños y allá se dirige. Mira hacia atrás y ve que la mujer espera el elevador, así que sigue caminando. Cuando está por entrar al baño, ve que el elevador se abre y la mujer ingresa en él. Junior vuelve rápido a la oficina de la que salió la mujer. Como la vio cerrarla con llave, está seguro de que no ha quedado nadie adentro. Saca unas ganzúas y las inserta en la cerradura. No es su especialidad abrir puertas, pero con el tiempo se ha visto forzado a aprender. El cerrojo cede con rapidez y logra entrar. Como esperaba, no hay nadie con quién volver a disculparse. Cierra la puerta tras de sí.

—¿Cómo vas? —Escucha en el auricular que lleva en el oído izquierdo la voz de Ainara.

—Todo bien —responde Junior, satisfecho, mientras estudia el lugar—. En busca de un ordenador. Ahí está.

Lo encuentra sobre uno de los dos escritorios vacíos. Va hacia allí, es un portátil con la pantalla oscura, toca el *trackpad* y no pasa nada. Está apagada. Andrew le había dicho lo que debía hacer en esta

situación. Saca de su bolsillo un dispositivo parecido a un *pendrive*, pero bastante más grande, y lo conecta. El dispositivo tiene una tecla, la presiona y se enciende una luz blanca. Todo marcha según lo planeado.

—Ya veo el dispositivo —le avisa Andrew desde su búnker. El dispositivo se ha conectado y Andrew ya tiene el control de él. Si todo sale bien en instantes también controlará el ordenador.

Recién entonces Junior aprieta el botón de encendido del ordenador. La máquina arranca y en el falso *pendrive* se enciende una luz roja junto a la blanca. Cuando llega el momento de ingresar la contraseña, la luz roja del dispositivo comienza a parpadear y en el espacio para poner la contraseña aparece un punto. La luz sigue parpadeando y aparece un segundo punto, faltan dos más para completar la clave. La luz roja continúa con su parpadeo, pero no aparecen más puntos.

—Vamos —dice Junior como si de esa manera pudiera apresurar el proceso—, apúrate.

—Calma —le dice Andrew al escucharlo. Está convencido de la eficiencia de su tecnología—, el aparato hará su trabajo.

El tercer punto aparece, ya queda poco. La luz roja se apaga y se enciende una verde. Aparece el cuarto punto y en el ordenador se muestra al fin el escritorio.

—Ya entramos —dice Andrew, que recibe la señal del falso *pendrive* a la distancia. Ahora que el aparato ya desbloqueó el ordenador, le toca a Andrew hacer su magia.

—Hazlo rápido, amigo —dice Junior, que ve pasar una sombra al otro lado de la puerta. Espera que la mujer que vio salir se haya ido a su casa, así tendrá el resto del día para obtener la información que necesitan.

—Como imaginaba —dice Andrew—, estos ordenadores no tienen acceso a internet, para evitar hackeos. Están conectados por cable a una red cerrada. Debes esperar con mi dispositivo activado para que pueda sacar la información.

—No sé cuánto tiempo tengo —dice Junior, que comienza a pensar que la mujer tal vez solo salió a almorzar—, hazlo rápido.

—Ya va, ya va —contesta Andrew.

Junior escucha la voz de una persona en el pasillo. Es la mujer, está justo afuera y pone la mano en el picaporte. Abre apenas la puerta y se queda allí parada, hablando. La voz del hombre con el que dialoga se escucha casi como un rumor lejano.

—Sí, claro, Marcus —dice ella mirando a alguien en el corredor. Junior ve su sombra tras el vidrio y piensa que ni siquiera a almorzar se fue. Debe haber salido a fumar—. ¿Realmente te crees gracioso, verdad?

La mujer sacude la cabeza y entra. Se queda inmóvil mirando hacia su escritorio.

NUNCA ME ABANDONARÍAS

Wall Street, Manhattan
Miércoles, 6 de mayo, 1:30 p. m.

La mujer comienza a caminar hacia su escritorio. Se acerca y agarra el cable de Ethernet, que está colgando. Ha desaparecido su portátil. Alguien se lo llevó.

—¿Qué demonios?

Busca en la cartera sus gafas, las agarra y se las pone. Mira a su alrededor como si esperara ver el portátil caído en el suelo. Pero no ve nada. Es definitivo, alguien se la llevó.

—La puerta —dice, acercando su mano a la boca cuando empieza a recordar cómo dejó las cosas—, yo la cerré con llave.

Comienza a pensar que le robaron. Es increíble, dentro del banco, quién se arriesgaría por un portátil ordinario. Va a agarrar el teléfono para llamar a seguridad, pero se detiene, algo le viene a la cabeza.

—Marcus —dice con el ceño fruncido y mira la pared que da a la oficina de al lado—, sus bromas pesadas ya me tienen harta.

Camina decidida hacia la puerta y sale dejándola abierta. No se preocupa en cerrarla porque ya no tiene sentido. Ni cerrando con llave está a salvo de las bromas de su compañero. Pero esto ha sido demasiado, elevará una queja al jefe del sector.

De abajo del otro escritorio, que se encontraba frente al de la mujer y totalmente limpio, como si nadie trabajará allí, sale Junior con el portátil bajo el brazo.

—¿Qué pasa, Junior? —le pregunta Andrew por segunda vez a través del auricular. La vez anterior no había recibido respuesta—. Estoy dentro del ordenador, pero perdí la conexión a la intranet. Dime qué pasa.

—Ahora no puedo —responde Junior en voz baja mientras va hacia la puerta y se asoma—, espera.

Ve que la mujer entra empujando la puerta de la oficina de al lado, una a la que él no había intentado entrar todavía. Es ahora o nunca.

—Devuélveme el portátil, Marcus —dice la mujer notoriamente molesta.

—¿De qué me hablas? —Se escucha la voz del tal Marcus.

Junior sale corriendo sin mirar atrás y va hacia las escaleras. Tiene toda la intención de huir, pero se detiene. Si lo hace, su incursión en el banco no habría tenido ningún sentido. Debe encontrar otra

terminal. Mira escaleras abajo y recuerda que allí no hay nada, solo mucha gente, debe ir hacia arriba. Es necesario correr el riesgo si quiere que todo esto valga la pena. Sube un piso y halla un corredor con oficinas, muy similar al de abajo. Nuevamente empieza a mirar por los cristales, adivinando si hay alguien dentro de cada oficina. Ve una que tiene la luz apagada. No le quedan muchas opciones, así que va hacia allá. De nuevo utiliza sus ganzúas para abrirla. Entra rápido sin tomar ningún recaudo y ve, en la penumbra, tres escritorios. Saca el móvil para utilizar la linterna. Al alumbrarlos, descubre que ninguno tiene ordenadores, pero uno de ellos tiene el cable de red para conectarla. Se acerca a ese escritorio y revisa los cajones. Hay uno de tamaño normal y uno más grande. Ambos están vacíos. Se da cuenta entonces que hay algo raro en el cielorraso. Lo alumbra con la linterna del móvil y ve que está roto: el lugar está en reparaciones.

—Perfecto —dice.

—¿Perfecto qué? —pregunta Andrew por el auricular.

Junior no le responde, tiene que prestar atención a lo que está haciendo. Ve que el cable que sale por un orificio en el escritorio entra en él por debajo y pasa por detrás de los cajones. Se agacha, tira del cable que pasa por detrás del cajón grande y lo extrae por ahí para que la terminal quede dentro del cajón. Introduce allí, de costado, el portátil con el dispositivo de Andrew, el que con las justas entra. Lo conecta al cable.

—¿Qué tal ahora? —pregunta Junior, esperando la respuesta de su compañero.

—Ahora sí —dice Andrew de inmediato—. Vuelvo a estar dentro.

—Me alegro —responde Junior mientras cierra el cajón y se endereza—. Despídete de tu dispositivo porque él se queda y yo me voy. Me han descubierto, tengo que salir de aquí.

—¿Estás bien? —pregunta Ainara, que hasta ahora solo venía escuchando sin intervenir.

—Sí —contesta Junior mientras camina hacia la puerta, su vista se ha acostumbrado a la penumbra y lo hace sin problema—, pero me deben estar buscando, veré cómo hago para salir.

Junior abre un poco la puerta para ver lo que sucede en el pasillo. Afortunadamente, no hay nadie. Sale, cierra la puerta de la oficina y vuelve a utilizar las ganzúas para que quede como estaba antes, como si nadie hubiera pasado por allí. Va hacia las escaleras, también están vacías. Comienza a bajar. Cuando pasa por el segundo piso, escucha una conversación.

—¿No sé le ocurre quién pudo llevarse el portátil? —se escucha a un hombre preguntar, probablemente alguien de seguridad.

—No tengo idea —responde la mujer, que se oye perpleja—. Al principio, pensé que era una broma de un compañero, pero cuando

comprobé que no, los llamé a ustedes.

—¿Vio a alguien desconocido? —sigue indagando el hombre de seguridad.

—Sí vi a alguien, cuando salía y cerraba la puerta con llave, me crucé a un hombre que no conocía. Vestía traje gris y usaba lentes negros, me sonrió y fue hacia el baño.

Junior no escucha más porque no es necesario, esa era la señal de que debía huir cuanto antes. Prosigue con el descenso. Cuando pasa por el primer piso y continúa hacia la planta baja, escucha que la puerta que acaba de pasar se abre.

—Revisen las escaleras. —Se oye la voz con estática de un *handy* —. Busquen a un hombre con lentes negros y traje gris.

Junior mira hacia arriba y ve que dos guardias se encuentran escuchando las instrucciones del intercomunicador. Los dos guardias también lo ven y se lanzan tras él.

—¡Deténgase! —le gritan, pero Junior apura el paso y sigue bajando como si no los hubiera escuchado.

—Ainara —dice por su micrófono al llegar a la planta baja mientras no deja de correr—, creo que no lo lograré.

En la planta baja, empuja la puerta que da al vestíbulo y sale. Mira alrededor y ve que el guardia del escritorio y otro más lo descubren, vienen ya hacia él. Mira el molinete de la salida y no sabe si lo alcanzará antes de que lo atrapen. De todos modos, corre como loco hacia allí. Los guardias llegan primero y se le interponen. Junior mira hacia atrás y ve que los otros dos salen por la puerta y también corren a su posición.

—Estoy perdido —dice frustrado mientras empieza a pensar en la historia que inventará. Es momento de rendirse.

—No lo estás —escucha decir a Ainara por el auricular—. ¡No dejes de correr!

Junior no entiende qué sentido tiene, pero hace caso y corre directo hacia los guardias que tiene enfrente. Si no pasa un milagro, caerá en sus manos. Entonces, se escucha un estruendo, dos. Los cristales del vestíbulo estallan y las astillas vuelan en todas direcciones. Los guardias se lanzan al suelo para evitar la lluvia de vidrios al escuchar un tercer y un cuarto disparo. Junior pasa por encima de ellos, cubriéndose el rostro con el brazo para resguardarse de los cristales y salta el molinete. Otro disparo más y Junior la ve a Ainara afuera, sosteniendo su Magnum. Cruza a través del ventanal ya sin vidrios. Al llegar a Ainara, ella le sonríe y los dos corren hacia la esquina.

—¿No creías que te iba a dejar ahí dentro, verdad? —le pregunta Ainara mientras corre junto a él.

—Sé que nunca me abandonarías —responde Junior y, al llegar a

la esquina, ambos doblan. Empiezan entonces a caminar. A pocos metros está la entrada al metro, así que, sin ni siquiera mirarse, entran como si se hubieran puesto de acuerdo y se pierden allí.

Más tarde, Ainara enviaría a alguien a buscar el coche, que permanece en la cochera con Bob dentro. Eso es lo primero que debe arreglar.

¿AHORA QUÉ HAGO?

East River Plaza, Manhattan
Miércoles, 6 de mayo, 2:20 p. m.

MI SEGUNDA COMIDA del día vuelve a ser una hamburguesa. Ya tenía hambre, y es lo que más me gusta. Las como casi a diario, variando solo con *pizza* y algún *hot dog* de vez en cuando. Estoy sentada cómodamente tomando un refresco, como cualquier persona normal que sale a pasear.

Cuando subimos al metro a la salida del banco, le di a Junior las llaves del vehículo para que fueran por Bob. Ni él ni yo podíamos quedarnos por la zona. Ambos quedamos expuestos y de seguro hubo cámaras que nos captaron durante nuestro pequeño espectáculo. Es por eso que alguno de mis compañeros se está encargando de buscar a Bob y traerlo. Además, es peligroso continuar con esa camioneta, se la quité a los sicarios de anoche, así que deben estarla buscando. No quiero que la encuentren con mi perro dentro. Ya le pasé los datos de ese vehículo a Andrew, tal vez encuentre algún nuevo dato al investigarlo, pero no me sorprendería que pertenezca a la misma empresa de seguridad.

Junior bajó del metro en la estación de Soho, iba hacia el búnker de Andrew, que quedaba a pocas calles. Yo, por mi parte, seguí hasta alejarme lo más posible de Wall Street. Bajé recién al llegar al otro extremo de Manhattan, Spanish Harlem. Una vez en la calle, busqué en mi móvil un lugar para comer y esperar a que trajeran a Bob. Encontré un centro comercial bastante cerca, el East River Plaza. Por eso me encuentro aquí disfrutando de mi hamburguesa, tal vez vaya luego a mirar un rato el río Harlem, no lo sé, el día está lindo y tener un tiempo sin correr me puede hacer bien. Estoy por terminar mi refresco cuando veo a Alain que viene caminando hacia mí. Imaginaba que sería él quien vendría con Bob.

—Hola, Ainara —dice Alain mientras se sienta a mi lado y coge una de las papas fritas que vinieron con mi hamburguesa—. Mmm, ya están frías.

—¿Quieres que pida otra hamburguesa? —le pregunto invitándolo a comer.

—No, gracias —me contesta—. Tengo que volver y no podemos perder tiempo. Traje a nuestro amigo y está ansioso por verte. Ya le di de comer e hizo sus necesidades.

—Gracias —respondo sonriendo. Imagino que Bob se debe haber puesto contento de ver a Alain. En realidad, los dos deben haberse puesto contentos—. ¿Tienes alguna novedad?

—Andrew está trabajando con el banco —contesta Alain mientras come otra papa fría—. Junior hizo un buen trabajo y el ordenador sigue conectado, así que Andrew se está divirtiendo. Probablemente, pensaron que Junior se llevó el ordenador y ni se enteraron de que sigue conectado allí mismo.

—¿Tú has averiguado algo? —le pregunto. Sé que por sus contactos entre criminales tiene acceso a información a la que nadie más del equipo puede acceder.

—Estuve preguntando a varios contactos si hay algún contrato para asesinarte, pero nadie sabe nada —me contesta Alain, frunciendo los labios en un gesto de impotencia—. Me dicen que si hay un contrato, no es uno abierto, en el que alguien ofrece dinero a quien sea que haga el trabajo.

—¿Tú qué piensas? —le pregunto. Alain es el miembro del grupo más reciente, en el pasado se dedicaba a cosas bastante turbias, por lo que tiene experiencia en estos manejos. Por eso creo que si alguien puede encontrar algo en esa área, es él.

—Debe tratarse entonces de un contrato privado —me explica—, un cliente, un asesino. Como en este caso ha habido varios asesinos involucrados, debemos pensar que es una organización de sicarios. Así que ahora me estoy enfocando en organizaciones criminales, hay varias mafias que estarían en condiciones de hacer algo así, tengo que encontrar la adecuada.

—Hoy les hemos dado un susto —reflexiono, recordando lo sucedido en el banco—. No sé si ya comprendieron que se trataba de nosotros.

—Los tomamos de sorpresa —dice Alain—, pero teniendo en cuenta su nivel de organización, ya deben saber que fuiste tú.

—Tal vez cometan algún error y se expongan —reflexiono casi como en un deseo—. Sería bueno que conozcamos su verdadero rostro.

—Todo ha sucedido muy rápido —dice Alain poniendo las cosas en contexto—, el primer incidente fue ayer en la mañana, confío en que durante el día tengamos las cosas más claras.

Admiro el optimismo de Alain, pero yo no lo veo tan fácil. Si bien esto comenzó hace muy poco, estamos a ciegas. No sabemos quiénes son, por qué lo hacen o cómo me han encontrado. Solo tenemos la credencial de un banco y el nombre de una empresa de seguridad. No es suficiente. Espero que Andrew descubra algo.

—Aquí tienes —dice Alain mientras me extiende unas llaves—. Son de un compacto gris que te espera con Bob dentro en el aparcamiento.

Es lo único que pudimos conseguir. Descartas los coches demasiado rápido.

—Gracias —respondo sonriendo. Ya perdí la cuenta de cuántos vehículos utilicé en las últimas veinticuatro horas—. ¿Vienes conmigo?

—No —me contesta a la vez que saca su teléfono—, voy a aprovechar que estamos en Harlem para visitar a un viejo amigo. Tal vez consiga alguna información. Te estoy enviando el dato de dónde te dejé el coche, el aparcamiento es muy grande.

Nos despedimos al levantarnos y cada uno sale para su lado. Confío en su habilidad, algo encontrará.

Busco el ingreso al *parking* y voy hacia allí. Miro el mensaje que me envió Alain para ver dónde está el coche. Bajo por una escalera mecánica hasta el segundo subsuelo. Busco la cochera 235. Allí está. Es un pequeño sedán gris. Ya lo veo a Bob arañando la ventanilla, desesperado por venir hacia mí. Lo haré bajar para que dé una vuelta y luego volveremos al coche para irnos.

—Ya llego, muchacho —le digo mientras me acerco y él salta de un lado a otro hasta el punto de sacudir el vehículo.

Desactivo la alarma, y cuando voy a poner la mano en el picaporte, veo un reflejo en la ventanilla, un movimiento rápido a mis espaldas. Giro y veo que un hombre levanta un arma a menos de un metro detrás de mí. Reacciono rápido, frenando su brazo. El arma se dispara y el tiro da en el capó del coche. El hombre me mira sorprendido, no esperaba mi veloz movimiento. Sosteniendo su brazo con mi mano izquierda, giro hacia atrás y con el codo derecho le pego en la nuca. Vuelvo a girar en el sentido contrario y levanto su brazo para pegarle un puñetazo en las costillas. Suelta otro disparo, que va a cualquier lado. El hombre me lanza un golpe con la mano izquierda porque nunca le suelto la derecha. Lo bloqueo y le doy un rodillazo en el estómago. El hombre se inclina hacia adelante. Levanto entonces mi brazo derecho bien alto y lo bajo con toda mi fuerza para volverle a dar un codazo en la nuca. Esta vez el hombre cede y cae sin resistencia. Lo único que lo sostiene es mi mano izquierda, que aún no suelta el brazo con el arma. Le quito la pistola y lo dejo caer por completo.

—Principiante.

Es un hombre joven. Me extraña que, luego de mandarme cuatro profesionales anoche, hoy me envíen un novato. Miro alrededor mientras me guardo el arma en la cintura. No hay nadie a la vista.

—Bien.

Recién entonces me doy cuenta de que Bob está ladrando como loco dentro del coche.

—Ya voy, cariño —le digo con dulzura, suavizando la rigidez de

mi rostro—. Resuelvo esto y estoy contigo. Pero no podremos salir a pasear ahora. Deberás aguantar un poco más.

Me agacho sobre el hombre y lo reviso. Como imaginaba, no tiene nada que lo identifique. Debo irme rápido de aquí, pero no sé si volveré a tener una oportunidad como esta de tener a uno de ellos a mi disposición. Y yo que pensé ir a ver el río más tarde; esas cosas no son para mí.

—¿Ahora qué hago?

UN CADÁVER MÁS

East River Plaza, Manhattan
Miércoles, 6 de mayo, 2:40 p. m.

EL HOMBRE ESTÁ INCONSCIENTE en el suelo, le di bastante fuerte. Si lo interrogo, obtendré por fin una respuesta. Pero este no es el lugar apropiado, debo sacarlo de aquí. Vuelvo a mirar alrededor, sigue sin haber nadie, eso es raro para ser el aparcamiento de un centro comercial, pero me termina beneficiando. Voy hasta la parte de atrás del coche y abro el maletero, es muy pequeño.

—Tendrá que entrar —me digo a mí misma, tratando de convencerme.

Vuelvo hasta el sicario que está en el suelo. Lo agarro de la chaqueta y trato de arrastrarlo, pero es pesado. Tomo entonces su arma, que la había apoyado en el techo del coche, y me agacho junto a él. Comienzo a cachetearlo. Al tercer golpe, el hombre reacciona y le apunto a la cara con su propia arma.

—Ponte de pie —le digo y el tipo me mira como perdido. Puede que en realidad lo esté. Le pateo las piernas para que, si está perdido, vuelva a encontrarse rápido—. Que te levantes, te digo.

Se levanta con bastante esfuerzo y me vuelve a mirar, pero esta vez lo hace midiéndome. Si pretende enfrentarme, se llevará una sorpresa. No le doy tiempo a que piense estupideces. Le pego un tiro en el brazo derecho. Es bueno tener un silenciador. Si le hubiera disparado con mi arma aquí adentro, el ruido hubiera despertado hasta a los muertos. El hombre se agarra el brazo herido. Ahora entiende que hablo en serio.

—Ve al maletero —le digo señalando la dirección con el arma. El hombre me mira con odio, pero obedece. No tiene alternativa.

—Entra allí —le digo. El hombre duda y le apunto al otro brazo. Él menea la cabeza y se mete. Lo hace con dificultad, pero lo logra.

Intento cerrar el baúl y no puedo de primera, así que bajo la puerta de un golpe. Escucho chillar al hombre, pero el maletero ya está cerrado. Rodeo el coche y entro. Bob se me viene encima y comienza a lamerme. Estoy un par de minutos devolviéndole el cariño, se lo merece por su paciencia. Cuando se calma arranco y salgo del centro comercial. Ya tengo en mente hacia dónde ir. Estoy cerca del Bronx y conozco una fábrica abandonada que me servirá. Hace un mes estuve allí por otro caso y, si nada cambió, es el lugar perfecto.

Cruzo el río Harlem y en pocos minutos llego al sitio. Freno

delante de la fábrica, que parece estar como la recordaba. Bajo para abrir la reja. Voy a bajar a Bob, pero veo a dos muchachos que se me acercan de manera amenazante.

—Las cosas deberían ser más sencillas —murmuro y cierro la puerta rápido para que mi bestia negra se quede adentro. No tengo tiempo para esto.

Saco mi Magnum y le apunto a uno de ellos. También la pistola con silenciador y le apunto al otro. Ambos se detienen en seco y me miran sorprendidos.

—Ya, lárguense —les digo y disparo con el arma del silenciador al suelo cerca de sus pies. Entonces, los muchachos se van corriendo. Tendrán pesadillas conmigo.

Vuelvo a guardar las armas y saco la cadena que amarra el portón. Bien, sigue sin candado. Lo abro y vuelvo al coche. Arranco y cruzo el portón. Avanzo hasta quedar fuera de la vista de cualquier curioso que ande por la calle. Estaciono y vuelvo a bajar. No me molesto en cerrar el portón, espero que este hombre hable rápido y me pueda marchar de aquí con algo concreto. Vuelvo a sacar el arma del delincuente y camino hasta el maletero. Lo abro y le apunto.

—¡Qué diablos!

El tipo tiene espuma en la boca y convulsiona frente a mí. Sin dejar de apuntarle, me acerco y lo sacudo con mi mano libre. El hombre no reacciona. Creo que no está simulando, así que guardo el arma. Lo reviso, pero no sé qué sucede.

—¿Qué te pasa? —le pregunto sin saber cómo proseguir—. Dime algo.

El sujeto parece tener un instante de lucidez y habla, balbuceando.

—El Anillo Negro no perdona.

Luego de decir eso, deja de moverse. Le apoyo la mano en el cuello, no tiene pulso.

—¡Mierda!

Una vez que tenía la posibilidad de averiguar algo, el asesino se me muere. Le debe haber dado un ataque. Todo sale mal. ¿Ahora qué? Estoy cansada. Mejor pido ayuda. Le escribo a Alain.

Harlem, Upper Manhattan

Miércoles, 6 de mayo, 3:10 p. m.

ALAIN SUBE por la escalera de un edificio en ruinas. Las paredes están llenas de grafitis y hay basura por todos lados. Ve un hombre tirado en el suelo. Alain lo pasa por encima. Sube hasta el segundo piso y allí

se encuentra con dos hombres enormes armados que lo ven y se le paran delante.

—Vengo a ver a TC —dice Alain. Uno de los hombres se le acerca y lo revisa. No encuentran ningún arma, así que da un paso al costado.

—Pasa —dice el hombre y Alain avanza.

Entra a lo que en algún momento debió ser un piso. Ve gente desparramada consumiendo droga y rápidamente identifica un cuarto con otro guardaespaldas en la puerta. Se dirige hacia allí. Entra a la habitación bajo el escrutinio del que custodia la entrada y ve a quien vino a buscar. Un viejo conocido: TC.

—Hola, amigo —dice TC, que lleva chamarra gris y *jeans* holgados. Se pone de pie para saludarlo y se acerca. Se abrazan—. Qué bueno ver que estás vivo después de tanto tiempo. Dime qué quieres, yo invito. ¿Hierba, «blanca», golosinas o lo que quieras?

—Gracias, amigo —responde Alain, haciendo un gesto de negación con las manos—, pero no quiero nada por el momento. ¿Qué te ha pasado? Antes atendías tu negocio en un lujoso piso al otro lado del barrio.

—Números, amigo —explica TC—. Hice números y esto es mucho más rentable. No tengo que pagar ningún impuesto, no tengo que pagar sobornos a la administración del edificio ni a la policía, y muchas cosas más. Aparte, los adictos se asustaban de aquel lugar, aquí se sienten en su casa. No imaginas lo caro que es mantener un negocio decente. Esta mugre me deja mucho más dinero.

—Me alegro entonces de que te vaya mejor —dice Alain y va al tema que lo llevó hasta ahí—. Solo estoy de paso, quiero hablar con Jason, pero no sé dónde ubicarlo.

—Ahhh —responde TC con una sonrisa de oreja a oreja—, quieres volver al juego, ¿verdad? ¿Te cansaste de las vacaciones?

—Algo así —responde Alain, que no está interesado en dar explicaciones y sabe que esta gente se siente más confiada cuando cree que no hay nadie honesto cerca—. ¿Sabes dónde ubicarlo?

—Ve esta noche al bar Tequila, en el Bronx —responde TC—. Lo encontrarás allí.

—Gracias, amigo —dice Alain al despedirse.

—Espera —dice TC mientras se agacha y recoge un puñado de pastillas rosas con forma de osito. Se las pone a Alain en el bolsillo de la chaqueta—. Llévate unas golosinas, amigo. Son un regalo de bienvenida.

Alain le vuelve a agradecer y se marcha. Cuando está bajando la escalera le suena el teléfono. Lo revisa y ve que es un mensaje de Ainara.

—¡Diablos! —exclama luego de leer el texto. Entonces, le graba un audio.

—Espérame, no estoy muy lejos, voy en camino.

El Bronx, Nueva York
Miércoles, 6 de mayo, 3:30 p. m.

ESCUCHO QUE ALGUIEN abre el portón. Luego de volver a cerrar el maletero, fui hasta la entrada y cerré también el portón. No sabía cuánto tardaría con esto, así que era mejor tomar precauciones. Me asomo para ver quién se acerca y veo que es Alain. Bob, que estaba dando vueltas por los alrededores, viene corriendo a recibirlo.

Después de saludar al perro, se acerca y apoya una mano en la puerta de mi coche. Mete el dedo en un orificio y recién entonces me doy cuenta de que uno de los disparos dejó su marca en la carrocería.

—Debes dejar de hacer esto, Ainara —dice Alain sonriendo—. No alcanzarán los coches de todo el estado.

No le respondo. Camino hacia la parte trasera y abro el baúl.

—Debemos resolver esto —le digo. Él se acerca y ve el cadáver.

—¿Qué pasó? —me pregunta.

—No lo sé —le respondo con honestidad—. Me atacó en el aparcamiento del centro comercial. Lo reduje y lo traje en el maletero para interrogarlo. Cuando llegué aquí, lo encontré convulsionando y enseguida murió. No le pegué tan duro como para matarlo.

Alain se inclina sobre el cuerpo y lo revisa. Le toma el brazo herido y me lo muestra.

—Tuve que hacerlo entender quién estaba a cargo —le digo—. Una herida pequeña sin riesgo de muerte.

—¿No fue con tu arma, verdad? —me pregunta para confirmar. Él sabe que si le hubiera disparado con mi Magnum le hubiera destrozado el brazo.

—No —respondo y me levanto el suéter para que vea el arma con el silenciador—, usé la suya.

Alain sigue revisando el cuerpo y ve que tiene la mano izquierda apretada. Se la abre y encuentra un frasquito. Me mira.

—Se suicidó —me dice con cara de sorpresa.

—¿Por qué haría algo así? —pregunto desconcertada mientras él mira el frasquito y lo huele.

—Si trabaja para la mafia —me explica volviendo a dejar el frasco en el baúl—, es mejor morir que hablar. Debería tener familia. Si al ser atrapado habla, todos mueren. Si se suicida, su familia recibe una pensión de por vida. Son sus códigos.

Lo que me dice Alain no es algo que desconozca. Después de tantos

años, las cosas parecen seguir exactamente igual. Sin embargo, sigo sintiendo la impotencia de vivir en un mundo tan injusto. Es una sensación que conozco bien y que empecé a sentir cuando murió la abuela de Alain, quien era mi jefa de ese entonces en Seguridad Nacional. Fue la primera vez que supe de la existencia del Anillo, y ella también murió para salvar a su familia. Miro a Alain y veo una historia familiar trágica. Su abuela y su padre murieron a manos del Anillo. No quiero que a él le pase lo mismo. Es joven y podría tener una vida mejor si se alejara de todo esto. Eso que he estado tratando de hacer yo, pero que no he conseguido, tal vez él lo pueda lograr. ¿Pero qué haría? Teniendo en cuenta su vida antes de unirse al equipo, tal vez lo mejor sería que continúe con nosotros.

—¿Llegó a decirte algo? —pregunta Alain mientras cierra el maletero. No se imagina que estoy pensando en él y su familia.

—Sí —contesto e intento olvidarme de lo que estaba pensando, así que vuelvo al tema—. Me dijo que el Anillo Negro no perdona.

—¿Anillo Negro? —pregunta Alain y no estoy segura de si no entendió o está pensando en algo específico—. He escuchado esa denominación. Son una mafia que no sé bien en que área se mueven ni a qué se dedican.

—¿Qué tienen que ver con el Anillo? —le pregunto ya harta de que todo señale en la misma dirección.

—No lo sé —responde Alain meneando la cabeza—. Puede no tener nada que ver o ser una competencia. Nunca traté con ellos, pero conozco a alguien que sí lo ha hecho. Justo hoy iba a verlo para preguntarle si sabía algo del contrato con tu nombre. Por fin tenemos por dónde empezar.

—¿Qué hacemos con él? —pregunto mientras golpeo con mi mano el maletero.

Alain se acerca y, con la manga, limpia el lugar donde yo golpeé.

—Este se queda aquí —me responde—. Ayúdame a limpiar tus huellas. El coche no tiene relación con nosotros y las heridas del muerto no son de tus balas. No necesitamos que te carguen un cadáver más. Tendremos que caminar. Bob estará contento.

Bob lo mira y menea la cola.

DEVOLVER EL GOLPE

East River Plaza, Manhattan
Miércoles, 6 de mayo, 3:20 p. m.

AINARA, Alain y Bob caminaron unas calles hasta llegar a un lugar más transitado. Allí pidieron un Uber que aceptara mascotas. Cuando subieron al coche, el animal se acomodó en el medio de los dos y se pusieron a pensar con más tranquilidad sobre lo sucedido. ¿Cómo fue posible que la encontraran? Que alguien la haya seguido desde el banco era muy poco probable. Si fuera así, no hubieran esperado tanto para atacarla, lo hubieran hecho en el metro o en la calle, no en el centro comercial, con seguridad y cámaras por todos lados. La otra posibilidad era que lo hubieran seguido a Alain. Por el coche no podía ser. Alain lo había conseguido una hora antes, en un lugar no del todo legal. Por eso nadie podía relacionarlo ni siquiera con él. En todo caso, lo habrían estado siguiendo todo el día a la espera de tener la suerte de que se encontrara con Ainara. También era muy poco probable. La única opción posible era que la hubieran encontrado de casualidad en el centro comercial. ¿Pero cómo? Ainara no creía en las casualidades, debían tener una metodología para encontrar a la gente y la utilizaron en el centro comercial.

Ese sería el objetivo de Kim, descubrir cómo la encontraron. Fue así que la llamaron por el móvil y le dieron esa indicación. Mientras Alain y Ainara iban hacia el búnker de Andrew en coche, Kim viajaba en metro en el sentido contrario, desde el búnker al centro comercial.

Kim baja del metro. Sigue los mismos pasos que dio Ainara. Piensa que si su amiga se topó con algo sin darse cuenta, ella no lo dejaría pasar por alto. Al llegar al East River Plaza Kim mira el lugar con detenimiento. Hay cámaras de seguridad en la entrada. Se pregunta si puede ser que esta gente, «el Anillo Negro», según las novedades que le dio Ainara, pueda tener intervenidas las cámaras del centro comercial. Es lo único que vio hasta ahora que pudiera servir para identificarla.

—¿Justo este centro comercial? —se pregunta Kim en voz alta. No puede ser, deberían tener intervenidos todos los centros comerciales. Sería algo exagerado pensar eso. ¿Qué sentido tendría tener una logística semejante? De seguro no habrían armado algo tan grande por Ainara. En todo caso, sería algo hecho por otro motivo y que, en este caso, se utilizó para encontrarla.

Kim prefiere no especular más hasta tener alguna pista real. Ingresa al lugar y comienza a recorrerlo. No ve nada raro, así que se dirige al sitio donde Ainara estuvo comiendo. Al encontrarlo, se sienta en una silla frente a una mesa y se queda mirando cada sector. No hay nada raro. Sabe que Ainara pagó en efectivo, por lo que no hay ninguna forma de pago electrónico por la que la pudieran identificar.

Kim no se imagina cómo pudieron encontrarla, no hay nada sospechoso. En ese momento, ve pasar a lo lejos a un guardia de seguridad hablando por un intercomunicador. A Kim se le ocurre una idea y se pone de pie. Lo sigue hasta alcanzarlo.

—Disculpa —le dice al guardia de seguridad y le muestra su credencial de investigadora privada. Necesita exponerse si quiere obtener algo—. Mi nombre es Kim Wong y soy detective privado. Ando tras una peligrosa criminal y recibí un informe de que la han visto aquí. Quería hablar con el jefe de seguridad para ponerlo al tanto de la situación y prevenir cualquier riesgo para el público.

—¿A qué criminal se refiere? —pregunta el guardia y Kim se sorprende. ¿Para qué quiere este hombre saber de qué criminal hablo? Lo lógico sería que la hubiera conducido con su jefe y, en el ínterin, Kim elaboraría su historia. No tiene tiempo para eso, entonces toma una decisión drástica.

—Su nombre es Ainara Pons —dice Kim respirando profundo. En definitiva, la busca la Policía, el FBI y algún asesino loco, no hará más daño que la mencione. Así que saca su móvil, busca una foto de Ainara y se la muestra—. Luce así.

—¡Oh, sí! —responde el guardia, relajado, como si la conociera de toda la vida—. No es necesario que hable con el jefe, ya sabemos quién es.

—¿Cómo es eso? —pregunta Kim mientras observa el logo en el uniforme del hombre, es de la empresa T&T. Cree haber dado en el clavo y comienza a hacerse una idea de lo que está pasando.

—Todos los días recibimos un informe sobre delincuentes buscados —explica el guardia y Kim empieza a confirmar su suposición—. Es parte de nuestro trabajo identificar a criminales y avisar a la policía. Como usted ha dicho, fue vista hoy aquí y dimos el aviso. La policía debió atraparla en el aparcamiento, pero se demoraron en llegar y escapó.

—¿Cómo supieron que la atraparían en el aparcamiento? —pregunta Kim. No tanto por estar intrigada por la precisión de los datos, sino porque quiere seguir obteniendo información.

—Es que nos ordenaron cerrar los ingresos al *parking* mientras la policía realizaba la redada —dice el guardia, orgulloso de su accionar —. De este modo, ningún civil resultaría herido. Cuando la policía no llegó, nos dieron la orden y liberamos las entradas, para que la gente

pueda circular.

—¡Ah, bien! —dice Kim satisfecha, ya consiguió lo que había venido a buscar—. Entonces no me necesitan, ustedes han hecho un gran trabajo. Gracias por la información.

—Fue un placer —dice el guardia y sigue su camino.

Kim sonríe, ya los tiene y debe comunicar lo descubierto. Vuelve a sacar su móvil y llama a Ainara para contarle todo.

—Hola, Kim —la saluda Ainara, que ya se encuentra en el búnker de Andrew. Estaba esperando esta llamada— ¿Averiguaste algo?

—Sí —responde Kim mientras camina hacia la salida, prefiere no quedarse más tiempo allí. Si las cosas son como cree, puede estar en peligro ella también—. Ya sé cómo lo hacen. Es la empresa de seguridad T&T, ellos son quienes te reconocieron y llamaron al sicario. No los guardias comunes, ellos no saben nada, solo obedecen órdenes.

—Explícate, por favor —le pide Ainara, que no llega a captar la idea, pero se da cuenta de que al fin se están acercando.

—Es así —retoma la explicación Kim, tratando de ordenar mejor sus palabras—. Los guardias de T&T reciben todos los días un informe de, «supuestamente», criminales peligrosos, o sea, tú. Cuando los guardias en centros comerciales, o cualquier otra empresa donde trabajen, identifican a uno de estos criminales, advierten a sus superiores. Estos jefes son los que les avisan a los sicarios. Si tú hubieras entrado al banco esta mañana, también te hubieran reconocido, y en pocos minutos te hubieran intentado matar.

—Buen trabajo, Kim —contesta Ainara, quien ahora tiene herramientas para trabajar. Estaba segura de que esa empresa se hallaba en medio de todo, solo necesitaban descifrar su función—. Ahora regresa al búnker. Nos toca a nosotros devolver el golpe.

ENCONTRAR AL REY

Búnker de Andrew, Manhattan
Miércoles, 6 de mayo, 3:30 p. m.

—QUEDA claro que T&T está hasta el cuello en esto —digo convencida.

Ya no tengo dudas sobre la participación de T&T. Sin embargo, el nivel de compromiso de esta empresa aún no me queda claro. Y eso es lo que debo hacerle entender a mis compañeros.

—Tenemos que descubrir si son los responsables —prosigo—, o son apenas una parte de algo más grande.

—¿Por qué dices eso, Ainara? —me pregunta Junior. Aquí estaban todos muy satisfechos con el descubrimiento de Kim. Por eso es que, por un momento, perdieron de vista que aún no sabemos por qué me están persiguiendo—. ¿No crees que sea T&T el único culpable de los ataques?

Freddy, Alain, Junior y Andrew me miran a la espera de una explicación. Nos hemos juntado en el búnker para evaluar los próximos pasos a seguir. Nos damos cuenta de que estamos cerca, pero aún todo se mueve en una especie de nebulosa sin ningún personaje al que acusar.

—Creo que T&T es apenas lo que dijo Kim —digo a medida que voy analizando lo que conocemos—, son los ojos de esta organización, pero no el cerebro.

—Ni las manos —acota Alain, siguiendo con la analogía—. Por más que la camioneta del primer incidente perteneciera a esa empresa, debemos recordar que uno de los criminales tenía una credencial del banco. O sea que cualquiera de estos dos negocios podría enviar a los asesinos.

—No debemos olvidarnos de Peón 8 —agrega Freddy oportunamente, yo ya me había olvidado de ese otro jugador—. Que si bien no sabemos si está involucrada en los ataques a Ainara, sí lo está en el intento de desaparecer la camioneta y la balacera que sufrí yo mismo. Por lo cual, no sería extraño que también hubiera asesinos salidos de allí.

—Es necesario ordenarnos —digo, tratando de organizar la información que tenemos hasta ahora, pero quiero saber más—. Andrew, ¿qué averiguaste de T&T?

—Bueno —dice Andrew, que gira en la silla frente a su escritorio

para observar el ordenador. Es el único que no está sentado en los sillones—. T&T tiene más de cincuenta años. Se inició como una empresa familiar, formada por Michael Torres y su hijo Julius Torres, pero luego fue adquirida por el fondo de inversión Alfil Negro hace una década. A partir de allí fue cuando esta empresa se expandió y se convirtió en la principal firma de seguridad de Nueva York. Está presente en todos los centros comerciales importantes del estado. Además, está en grandes tiendas y, por supuesto, en varios bancos.

—¿Sabes algo de estos Torres? —pregunta Junior, pensando que tal vez ellos tengan antecedentes.

—Padre e hijo están limpios —responde Andrew—. Cuando vendieron la empresa, se desligaron por completo de ella, en la actualidad no tienen ninguna injerencia en su conducción. El padre es un hombre ya muy mayor y está retirado en Florida. El hijo tiene un hotel en Grecia, vive allí desde que vendieron la empresa.

—Me parece mucha casualidad —añado, reflexionando en que los nombres de las dos empresas están evidentemente ligados—. No puede ser que la empresa de seguridad fuera fundada por dos personas llamadas Torres y que el banco se llame «Las Dos Torres». ¿Qué hay con eso, Andrew?

—No tiene nada que ver una cosa con otra —responde Andrew, negando con la cabeza y echando por tierra mi especulación—. El banco cambió de nombre a finales del 2001, en honor a las Torres Gemelas. Esto coincidió con la adquisición del banco por parte de Alfil Negro.

—Entonces, es pura coincidencia —dice Freddy frustrado.

—¡No! —exclama Andrew golpeándose la frente con la mano derecha—. Soy un estúpido.

—¿Qué sucede? —le pregunto porque no sé en qué está pensando.

—Los nombres de las empresas —responde Andrew más hablando para sí mismo que para nosotros—. No entiendo cómo no me di cuenta hasta ahora.

—Vamos, Andrew —dice Alain impaciente—, habla de una vez.

—Estuvo siempre ahí —explica Andrew girando hacia nosotros—. Torres y Torres, Las Dos Torres, Peón 8 y Alfil Negro. Son todas piezas de ajedrez.

Nos miramos entre nosotros, asombrados de no haberla visto antes, ya que estuvo siempre frente a nuestros ojos. Ahora nos sentimos todos un poco estúpidos. No interesa quién fundó las empresas o por qué se llaman como se llaman, lo importante es que todas forman parte de un juego de ajedrez manejado por Alfil Negro.

—El Alfil Negro maneja todo —digo entonces como si hubiera tenido una epifanía.

—No puede ser —dice Freddy, poniendo en duda esa afirmación—.

He jugado bastante ajedrez y nunca el alfil es una pieza tan importante. El orden es peón, caballo, alfil, torre, reina y rey. Las torres deberían ser más importantes que el alfil, y no al revés.

—Quizás eso no sea importante —dice Junior tratando de encontrarle una lógica—. Puede ser que utilicen nombres del ajedrez, pero no necesariamente se ajusten a los valores del juego.

—También hay caballos —dice Freddy, que parece haberse acordado de algo—. El llavero de la camioneta del primer ataque tenía forma de caballo.

—El del segundo vehículo también era un caballo —digo confirmando el dato de Freddy—. Por eso no creo que esto sea al azar. Tal vez todo sea una especie de táctica.

Los demás me miran intrigados. No saben a qué me refiero.

—¿Qué quieres decir? —pregunta entonces Freddy.

—El ajedrez es un juego de estrategia —explico mientras lo voy teniendo más claro—. Muchas veces es necesario simular o darle importancia a una pieza que no la tiene, para que pasen desapercibidos los movimientos de la pieza que nos interesa.

—No debemos distraernos, entonces, con las piezas comunes y buscar al rey —dice Junior, que ha comprendido la idea.

—Sí —coincide Freddy—. Los fondos de inversión son siempre una fachada para ocultar a los verdaderos poderosos.

—Andrew —digo al recordar que hay una oportunidad de conocer el movimiento interno de estas empresas—, ¿has logrado algo con el banco?

—Mientras hablábamos, me acaban de desconectar —nos cuenta Andrew frunciendo la boca—, deben haber hallado mi dispositivo. Pero aun así logré extraer muchos gigas de información. Me llevará unas horas analizarla. Para el final del día tendremos algún nombre que valga la pena.

—Tal vez encontremos allí el nombre del rey —dice Junior.

—Hay un tema que hemos estado evitando —digo al fin cuando advierto que todos estamos de acuerdo y que debemos ir más allá—, «el Anillo Negro».

—Es que no hay nada al respecto en lo que hemos encontrado hasta el momento —acota Junior, molesto. Cada vez que creemos estar avanzando, aparecen más preguntas que parecen estancarnos—. Nunca antes hemos escuchado hablar de ellos.

—Pero eso no significa que debamos descartarlo —prosigo—. No creo que un hombre a punto de morir lo mencione porque no tiene nada mejor que hacer.

—Como le comenté a Ainara anteriormente —dice Alain—, yo sí he escuchado rumores sobre el Anillo Negro. Son un grupo mafioso con el que nunca traté, pero al que creo poder contactar. Ya sé con

quién hablar para ello y lo haré esta noche.

—Intuyo que el rey de este ajedrez y los jefes del Anillo Negro —digo bastante convencida— son las mismas personas.

—Entonces, hay que encontrar al rey —dice Freddy cuando su móvil comienza a sonar—. Disculpen.

Freddy atiende y, mientras escucha lo que le dicen, me mira. Le responde a quien sea que lo llamó que iría para allá y cuelga.

—Era Smith —explica Freddy mirándome directo a mí—. Hay un video en el que apareces, Ainara. Fue tomado en la puerta del banco. Debo ir a investigar.

Hasta ahora, salvo por el rastro de cadáveres, había pasado bastante desapercibida. Sabía que con mi intervención en el banco no pasaría lo mismo.

—Además —continúa Freddy—, el agente Smith me pidió hoy un informe sobre el accidente de ayer en la mañana. Lo escribí antes de venir, pero aún no se lo entregué.

—Que tu informe sea lo más detallista posible —le digo—. Debes recuperar su confianza.

TINTE PARA EL CABELLO

Banco Las Dos Torres, Wall Street, Manhattan
Miércoles, 6 de mayo, 4:10 p. m.

FREDDY LLEGA al banco al mismo tiempo que el agente Smith. Su jefe está sonriendo como un niño en una juguetería. Siente que se está acercando a Ainara y esto le hace subir la adrenalina. Su vieja obsesión por atraparla se ha activado de nuevo.

—Esta vez la tenemos en cámara —dice Smith mientras señala el frente del banco. Freddy se lo imagina relamiéndose como un animal salvaje cerca de su presa.

Allí hay mucho movimiento. Están trabajando varios hombres para reponer los cristales. El banco no puede permitir que su vestíbulo permanezca más tiempo sin repararse.

—¿Cómo supo del video, jefe? —pregunta Freddy mientras caminan hacia la puerta.

—Le pedí a la Policía que me informe de cualquier tiroteo con una Magnum 45 —responde Smith, satisfecho de su eficiencia—. Sé que cuando empiezan los disparos de Ainara, no se terminan hasta llegar a un final dramático. Y todavía no lo hubo. En cuanto la Policía descubrió que eran ese tipo de balas las que se dispararon aquí, me avisaron. Supongo que Balística me confirmará mañana que se trata de la misma arma.

—¿Ya vio el video? —pregunto sin cuestionar nada de lo que ha dicho. Lamentablemente, sé que ha tenido razón en todo.

—Vi solo un fragmento que me enviaron —responde Smith—. Espero ver un poco más aquí.

Al entrar, se encuentran con el mismo detective que estaba en el piso de Ainara.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunta Smith como si nadie más que él pudiera perseguir a Ainara.

—Lo mismo que usted, supongo —le responde el policía a la vez que le extiende la mano y se la estrecha—. La última vez no nos presentamos como corresponde, soy el detective Richard Bronson.

—Agente Smith y agente Tanaka —responde Smith cumpliendo con el protocolo, pero no llega a preguntar otra vez sobre su presencia porque el detective Bronson ya le da una explicación.

—Busco a la sospechosa de un cuádruple homicidio —dice Bronson —. Por lo que vi en el video, es nuestra chica.

Al agente Smith no le gusta que se metan en sus asuntos, y Ainara Pons no es la chica de nadie más que de él. Parece que estuviera celoso. Pero no es por amor que la cela. Si no la captura él, no la capturará nadie.

—Síganme —dice el detective con autoridad, como si estuviera a cargo. Los agentes lo siguen sin protestar.

Los lleva hasta un escritorio con un ordenador en medio del vestíbulo, cerca de los molinetes de ingreso.

—Córrelo de nuevo —le dice el detective a un uniformado. El policía simplemente le da al botón de *play*.

En la pantalla se ve el cristal de la entrada tomado desde el interior del banco. No se ve lo que hay del lado de afuera debido al reflejo del sol. Entonces, aparece un orificio y una rajadura. Luego el cristal estalla y se ve claramente a Ainara con el brazo extendido y el arma humeante. Después de registrarse otro disparo, el video se corta.

—¿Eso es todo? —pregunta el agente Smith molesto.

—Así es —responde el detective Bronson—. Con el último disparo, la señorita Pons le dio a la cámara.

—¿Qué dice la gente de aquí sobre lo sucedido? —pregunta Smith. Freddy, mientras tanto, se dedica a mirar el lugar. Observa desde dónde disparó Ainara y en dónde impactaron las balas, hacia una pared al fondo. Están marcadas con un círculo de tiza blanco.

—La gente de recepción y seguridad me dijo que no pasaba nada —explica el detective—. Me explicaron que de repente empezaron a escuchar disparos sobre sus cabezas, los cristales estallaron y todos se echaron al suelo. Pudieron ver a una mujer que les disparaba como loca, queriendo matarlos.

—¿Usted qué cree, detective? —pregunta Freddy y Smith lo mira. ¿Qué es esto de darle lugar al policía? Freddy sabe lo que sucedió porque Ainara se lo contó todo. El problema es que no puede decir demasiado para no quedar en evidencia. Tal vez el detective lo pueda hacer por él.

—A mí me parece… —dice Bronson y hace un silencio para acercarse a los agentes y hablar en un tono más bajo—. Me parece que mienten. Vi cómo esa mujer dejó a cuatro asesinos profesionales, disparando probablemente en la oscuridad, porque así hallamos su piso al llegar. No me trago que se puso a disparar al azar queriendo matar a gente que no conocía. Y menos que haya fallado a plena luz del día. ¿Ven cómo está parada?

El detective señala la pantalla. La imagen está pausada en el momento en que se la ve a Ainara disparando.

—Está perfectamente plantada —prosigue el detective, estudiando la postura de Ainara—, como lo haría cualquiera de nosotros en una práctica de tiro al blanco. Estudié los antecedentes de esta mujer,

dudo de que no le acertara a nadie de haberlo querido.

—Creo que tiene un punto ahí —dice Smith, que empieza a tenerle cierto respeto al policía. Además, al estudiar los antecedentes de Ainara, tiene que haberse enterado del fracaso de Smith. Que no haya dicho nada al respecto, implica también respeto por el propio agente —. ¿Qué habrá intentado hacer? ¿Qué estaba sucediendo aquí?

—Mire la altura de los impactos, jefe —interviene al fin Freddy para guiar un poco las deducciones hacia donde quiere—. A no ser que la gente de aquí mida más de tres metros, esos disparos no querían matar a nadie.

—Y miren dónde está la cámara —añade el detective, señalándola en la pared del fondo—. Está como a diez metros del resto de los impactos. No hay un solo tiro cerca de la cámara. Le atinó al aparato en el primer intento. De hecho, se ve en el video como cambia la dirección de los disparos antes de que la cámara deje de funcionar. ¿Cómo podría tener tanta puntería en un momento y no darle a nadie en el otro?

—Estamos en el distrito financiero —dice Freddy, pensativo—. Se mueve mucho dinero aquí, debe de haber más cámaras en la calle que hayan tomado esta escena desde otro ángulo.

Freddy comienza a caminar hacia la calle y los otros dos lo siguen. Ya en la acera comienza a mirar alrededor.

—Allí —dice Freddy señalando una cámara en un restaurante a veinte metros del banco.

Van hasta el lugar, se presentan al encargado y le explican la situación. El hombre llama a alguien por teléfono para pedir autorización. Recibe una respuesta positiva y entonces busca los registros en su ordenador. Tarda diez minutos en encontrarlos, está muy al tanto de lo que sucedió en el banco, toda la calle lo está. Escucharon los disparos, vieron los vidrios en la acera y luego fueron testigos del despliegue policial. Un tiroteo en un banco no es algo que pase desapercibido.

—Aquí comienza —dice el encargado.

En la pantalla se la ve a Ainara parada muy tranquila afuera del banco, mirando de costado lo que sucede dentro. En un momento dado, da dos pasos, se planta, apunta y comienza a disparar. Da unos disparos más luego de que el vidrio estalla y se detiene solo cuando sale Junior por la vidriera rota. Entonces los dos empiezan a correr. Freddy se relaja al ver que no se le ve la cara a Junior.

—¿Quién es ese? —pregunta el detective Bronson, cruzando su brazo por arriba del encargado y pausando el video justo en el instante en que se les ve a los dos de espalda, huyendo.

—Un cómplice de Pons —dice Smith, que se acerca a la pantalla tratando de identificarlo.

—Ella no le estaba disparando a nadie —dice el detective—. Estaba cubriendo a su cómplice. ¿Creen que hayan intentado robar el banco?

—Es imposible saber qué estaban haciendo —dice Freddy, tratando de frenar esa línea de pensamiento, quiere llevar la especulación en otro sentido—. Pero sea lo que sea, la gente del banco no quiere que lo sepamos.

—Estoy de acuerdo —dice el detective— Tomé la declaración de cuatro testigos, todos empleados del banco. Ninguno mencionó al otro hombre. Por más confusión que hubiera en ese momento, alguno lo tendría que haber visto.

Los tres salen del restaurante, pensativos. El detective le indicó a un uniformado que confisque el video. Se despiden del detective y, cuando están solos, Smith le pregunta:

—¿Por qué no me dijiste que Ainara tenía otro color de pelo? —Otra vez Smith está dudando de la lealtad de Tanaka. Freddy lo mira.

—Sí se lo dije, jefe —contesta él—. Está en el informe que me pidió esta mañana. Se lo envié antes de venir, revise su correo.

Smith no dice nada y Freddy le agradece a Ainara para sus adentros. El color del cabello fue uno de los detalles que agregó a último momento por sugerencia de su amiga.

CONOZCO UNA CHICA QUE LO HARÁ

El Bronx, Nueva York
Miércoles, 6 de mayo, 8:10 p. m.

ALAIN LLEGA al bar que le había indicado su amigo TC, el famoso Tequila. Sin embargo, la fama de este lugar no se debe a la calidad de la atención, ni a que sea frecuentado por la farándula. Todo lo contrario. Es conocido por el mal ambiente que se puede ver allí con frecuencia.

Se encuentra en una parte del Bronx que, por la noche, no es de lo más segura. Es por eso que por este lugar no anda cualquiera. La gente que circula por esta zona, a dicha hora, anda por lo general en algo turbio. Ya sean drogas, prostitución o contrabando, si se quiere hacer algún negocio de esta calaña, en el bar Tequila se puede encontrar con quién hacerlo.

Alain saluda con un gesto de la mano al hombre de seguridad que se encuentra en la puerta. No es un hombre muy grande, ni se ve muy fuerte, pero tiene una gran cicatriz en el rostro y bajo su chaqueta se nota que hay un arma oculta. El guardia responde con un leve movimiento de cabeza y Alain ingresa al bar. A pesar de ser la primera vez que visita el sitio, ya dentro, ve lo que esperaba. Un lugar oscuro, con música de *jazz* de fondo y mucho humo. Aquí no se aplica la ley de no fumar. En realidad, no se aplica ninguna ley.

Da un vistazo rápido y encuentra a quien vino a buscar, Jason Lamar. En un rincón con poca luz, contra una pared roja, está jugueteando con una chica de piel morena y cabello rubio que lleva poca ropa. Alain sonríe y camina hasta él. Se para frente a la mesa. Jason lo ve y también sonríe.

—Hola, Alain —lo saluda el hombre mientras le hace una seña a la mujer con la mano—. Ve a dar una vuelta, muñeca.

Ella se inclina y le lame el lóbulo de la oreja. Luego se levanta y se marcha.

—Siéntate, hermano —dice Jason señalando una silla a su lado.

—Hola, Jason —responde Alain mientras corre la silla y se sienta —, es un gusto verte.

—Sí, claro —responde Jason con una intención dudosa, sabiendo de antemano que esta no es una visita social—. ¿Quieres beber algo?

—Una cerveza estaría bien —responde Alain más por ser cortés y no rechazar la invitación que por otra cosa. Aparte, nadie confía en un

hombre que no bebe.

—Te has puesto viejo, hermano —dice Jason mientras le hace señas al cantinero, que está tras la barra—. Antes tomabas bebidas más fuertes. Pronto echarás barriga y mirarás *football* en tu sofá. ¿Verdad?

—Todos cambiamos —dice Alain sonriendo—, en algún momento hay que crecer.

—Bueno, hermano —prosigue Jason mientras toma un trago de su bebida blanca—. Eras un chico bastante alocado. Mírate ahora, todo un señor.

—Tú también cambiaste, Jason —dice Alain mirando alrededor—. Al menos de bar.

—Tú sabes cómo es esto —explica Jason, echándose hacia atrás y abriendo los brazos como mostrando el lugar—, cada tanto la policía necesita demostrar que trabaja, así que tuvimos que entregarle el viejo bar a cambio de que no nos molesten aquí. Pero mi historia la conocen todos, háblame de ti.

—No hay mucho que decir —responde Alain rehuyendo al tema, pero dando una respuesta que intenta satisfacer la curiosidad de su amigo—. Luego de que casi me matan, decidí cambiar de rubro y hacer cosas más tranquilas.

—Cuando me dijeron que habías preguntado por mí —continúa Jason, haciéndole saber que está bien informado, que cualquier conversación en la que se le nombre llegará siempre a sus oídos—, me sorprendí bastante. Desapareciste sin decir nada, eso puso a mucha gente nerviosa.

—Si hubiera dicho algo —aclara Alain, sonriendo cuando el camarero le trae la bebida—, no me hubieran dejado desaparecer.

—Tal vez… —dice Jason pensativo—. ¿Por qué has vuelto entonces? Supongo que no has venido solo a tomar una cerveza —dice Jason mirándolo fijo—. ¿Qué necesitas?

—Necesito información sobre el Anillo Negro —dice Alain sin rodeos. Está aquí para averiguar sobre los perseguidores de Ainara y ya ha hablado bastante, es momento de ir por lo que vino.

—¿Qué quieres con esa gente? —pregunta Jason sorprendido y quizás preocupado—. Es peligroso relacionarse con ellos.

—No quiero relacionarme con ellos —lo corrige Alain—, quiero saber de ellos.

—No hay nada que saber —contesta Jason, que tampoco quiere relacionarse con el Anillo Negro—, nadie sabe nada. No sé quién es el jefe, ni cómo obtienen su información. Porque a eso se dedican, al tráfico de información, o al menos es para lo que los contacté en su momento. Pero no fue una buena experiencia.

—¿Por qué? —pregunta Alain, intrigado por esa aclaración—. ¿La

información no fue buena?

—No —explica Jason—, la información fue excelente, no fue eso. Pero estuve dos meses sin salir de casa. Cada vez que lo hacía, sentía que había alguien detrás de mí. Había coches oscuros que me seguían de cerca. Hombres de traje y lentes negros que se paraban a observarme; nunca me sentí tan paranoico en mi vida.

—¿Y eso por qué? —pregunta Alain, que empieza a entender que el alcance de esa organización puede ser mayor de lo esperado.

—No lo sé —repone Jason, reflexionando—, nunca lo entendí. Pero hablé con otros a los que le sucedió lo mismo. Es como hacer un pacto con el diablo. Recuerdo que cuando realicé la transacción me advirtieron que no le dijera nada a nadie de ellos, porque moriría al instante.

—Bueno —dice Alain—, les gusta la discreción. Por eso me ha resultado tan difícil averiguar algo sobre ellos. Si tú no sabes nada, dime quién puede saber.

—Ya te lo dije —contesta Jason, continuando con lo mismo—, nadie sabe nada.

—Pero tú los contactaste —insiste Alain, sabiendo que es parte del juego, debe casi suplicar para obtener una respuesta—. Dime, por favor, con quién debo hablar.

—Tengo un contacto —dice al fin Jason y mira hacia los lados—, pero no puedes presentarte ante él y preguntarle por el Anillo Negro. Es parte de eso. Si vas con él, debes comprarle información. Como te dije antes, seguramente hacen alguna otra cosa, quizás lavado de dinero, pero yo solo les compré información.

—Tú dame el contacto —insiste Alain ya cansado de tantas vueltas —. Yo veré qué hago luego.

Jason se alza de hombros y toma su móvil. Busca el contacto y, cuando lo encuentra, deja el aparato sobre la mesa frente a Alain. Él mira el teléfono de su amigo y copia los datos en el suyo. Está agendado como «Roger info.».

—Ten cuidado, Alain —dice Jason y luego sonríe—. Y si sales con vida, vuelve a visitarme, siempre hay mucha mercancía nueva para mover.

—Lo tendré en cuenta —dice Alain mientras guarda su móvil. Seguro que piensa en salir con vida, pero no en volver a visitarlo—. Pero dudo de que vuelva a hacer ese tipo de negocios.

Alain choca puños con Jason para despedirse y se levanta para salir. Mientras camina hacia la salida, piensa en las palabras de Jason: «… no puedes presentarte ante él y preguntarle por el Anillo Negro».

—Claro que no lo haré —se dice Alain a sí mismo—, pero conozco una chica que puede hacerlo.

ESTÁ HECHO

Búnker de Andrew, Manhattan
Jueves, 7 de mayo, 11:10 a. m.

ANDREW VUELVE de la cocina con un café en la mano. Él pensaba tener resultados positivos ayer por la noche sobre la información que sacó del banco. Sin embargo, las cosas no fueron como imaginaba. Resultó ser que los datos que logró capturar no solo eran muchos y muy variados, sino que parte del material estaba encriptado. Cuando advirtió esto, tuvo que cambiar de estrategia y ponerse a resolver el tema de la encriptación primero. Cuando al fin encontró la clave para descifrar esa información, recién entonces pudo analizar el conjunto con sus aplicaciones de estadísticas y patrones.

Llega hasta su escritorio y apoya el café en la mesa. Se sienta y ve en la pantalla que la última aplicación ha terminado de correr. Da un clic en esa aplicación y aparecen los resultados. Lo primero que encuentra es que muchas de las transferencias entre empresas hacen lo que se llama un rulo. El dinero empieza en un lugar, pasa por distintos sitios, en donde se cobran diferentes tasas, y termina en la empresa de origen bajo otra nomenclatura. Es lo típico del lavado de dinero. Andrew confirma lo que suponía desde el principio.

Por otro lado, investigó a cada una de las empresas que aparecen en las transacciones. La mayoría estaban conformadas por otras empresas. Así que fue necesario investigar también a esas otras, que muchas veces eran las mismas. Siguió penetrando en esta red que, como un laberinto, llevaba una y otra vez hasta callejones sin salida, hasta que de a poco fueron apareciendo nombres de personas. Obtuvo cerca de mil nombres de accionistas dispersos en la maraña de empresas. De esos, hubo cien que se repetían más de dos veces. De esos cien, tomó a los diez que más se repetían y armó una lista.

—Estos son los que manejan todo —se dice Andrew a sí mismo.

Copia esa lista y se la envía a sus compañeros, tal vez alguno los conozca. Él apuesta a que, entre esos nombres, se halla el autor intelectual de los ataques, solo deben identificar cuál es.

Oficinas del FBI, Manhattan
Jueves, 7 de mayo, 11:40 a. m.

FREDDY RECIBIÓ la lista de nombres y se puso a buscar antecedentes. Tres de esos diez están acusados de estafas y desfalcos, pero ninguno tiene ninguna condena ni relación con crímenes violentos. Pese a esto, hay un par de nombres, en apariencia limpios, que él cree haber escuchado antes. Tendrá que investigarlos más a fondo para ver si realmente hay algo allí. Por el momento no puede hacerlo, porque está respondiendo a las preguntas que le hace el agente Smith.

—¿Qué encontraste sobre ese banco? —pregunta el jefe. Le gustaría comenzar a hacer interrogatorios, pero sabe que no puede hacerlo. Por ahora no tiene nada. Un hombre desconocido que sale del banco corriendo sin que nadie lo vea no alcanza para una orden de allanamiento. Además, debe andar con cautela. Su nueva persecución contra Ainara llegó a oídos de sus superiores, por lo que hace una hora recibió una llamada diciéndole que no se meta en problemas, que si comete otro error como el de la última vez, puede comenzar a despedirse de su placa.

—Nada firme, jefe —responde Freddy sin mirarlo. Está sentado frente a su ordenador, observando la pantalla, y lo tiene a Smith parado a su lado. Busca la forma de hacer que el FBI trabaje para la agenda del equipo de Ainara—. Pero apareció algo sugerente, no sé qué tan importante pueda ser.

—Dime qué tienes —le ordena Smith, inclinándose sobre él para mirar qué está viendo.

—Es que el banco —explica señalando en la pantalla una línea donde se ve a los accionistas— pertenece a este fondo de inversión llamado Alfil Negro. Cuando leí esto, recordé que ya había visto este nombre.

—¿Dónde? —pregunta el agente Smith.

—Aquí —dice Freddy, que ha cambiado de pantalla y muestra una que hace referencia a T&T—. Esta empresa era dueña de la camioneta que atacó a Ainara en el puente de Brooklyn. También pertenece al mismo fondo de inversión. Pero, por si pudiera parecer una casualidad, también encontré esto —entonces Freddy cambia otra vez de página—. «Peón 8», el laboratorio contratista de la Policía que se llevó la camioneta, también pertenece al «Alfil Negro».

—Sí —dice Smith—, son demasiadas casualidades.

—Si me arriesgo a teorizar —dice Freddy simulando que especula, cuando en realidad sabe perfectamente de lo que está hablando—, creo que Ainara Pons está llevando adelante una guerra personal contra el Alfil Negro.

—Puede ser —aprueba Smith—. ¿Pero por qué? ¿Qué hay entre Ainara y un grupo tan poderoso?

—No sé, jefe —dice Freddy, que en realidad no lo sabe, y de eso se trata todo esto, de descubrir por qué la quieren matar—. Pero también tengo una teoría sobre eso.

—Okey —dice Smith enderezándose—. Ilústrame.

—Por lo que hemos sabido de Ainara en todos estos años —explica Freddy, arriesgándose con una teoría que justifique el accionar de Ainara—. No es una criminal común. No es una asesina a sueldo ni una ladrona. Es una especie de justiciera, quizás una cazarrecompensas. Nunca ha lastimado a ningún inocente, en cambio, todos los que cayeron bajo su fuego han sido terribles asesinos. Es probable que se haya ido tras algún miembro de ese fondo de inversión y ahora estén tras ella.

—Muy romántica tu descripción de Ainara —dice Smith algo molesto. Sigue sintiendo que Freddy le guarda algo de aprecio—, pero aunque tengas razón, y solo mate a los malos, no es ni juez ni jurado. No puede dictar sentencias y, menos aún, ejecutarlas. Para que te quedes tranquilo, cuando la atrape, alegaré lo que me has dicho en su juicio para que tengan piedad de ella. Es una criminal como los demás, Tanaka. Que no se te olvide.

—No lo olvido, jefe —responde Freddy satisfecho. Ha hecho que Smith admita que Ainara solo va contra los malos. Que su jefe sea consciente de eso es mucho—. No lo olvido.

El SoHo, Manhattan

Jueves, 7 de mayo, 11:55 a. m.

ALAIN LE HA MANDADO un mensaje de WhatsApp hace una hora al contacto que le pasó Jason. Hasta el momento no ha tenido respuesta. Solo ha escrito que se llamaba Alain y que quería obtener información.

Le suena el móvil mientras camina por la calle y lo revisa. Es la respuesta que esperaba del tal Roger.

—¿Información sobre qué? —Es el texto que aparece en la pantalla del móvil. Alain piensa un instante sobre qué excusa darle y luego escribe.

—No voy a decirlo por aquí —teclea Alain—, lo hablaremos en persona.

—Dime tu nombre completo —dice el siguiente mensaje.

—Con Alain es suficiente —responde—. De todos modos, no seré yo quien vaya. Irá mi novia, Any.

Luego de esto, los mensajes cesan. Roger no responde nada. Alain

se impacienta, pero hizo lo que tenía que hacer. No podía dar su apellido y menos el de Ainara. De todos modos, no es algo extraño lo que ha hecho. En este tipo de negocios, no siempre se usa el nombre real.

El teléfono vuelve a sonar y Alain puede leer la respuesta. Es una dirección y un horario.

—Perfecto —dice Alain en voz alta luego de confirmar el encuentro—. Está hecho.

EL AJEDRECISTA

Algún lugar de Brooklyn, Nueva York
Jueves, 7 de mayo, 10:40 p. m.

LLEGO en mi camioneta hasta el lugar acordado por Alain con el tal Roger. Junior se encargó de que reparen los cristales, pero no pudo hacer nada con los orificios de bala. Le dijeron que eso llevaría tiempo, un tiempo que no tenía. Esta vez dejé a Bob en el búnker de Andrew, no quería abandonarlo solo otra vez en el vehículo, nunca sé si podré volver a buscarlo. Tampoco dejé que Alain me acompañara a pesar de lo mucho que me insistió. Por lo que me dijo sobre lo averiguado del Anillo Negro, eran muy peligrosos y no quería exponer a mi equipo. Una cosa fue la incursión al banco, en la que los tomamos por sorpresa, y otra muy distinta es un encuentro directo y acordado. No tengo dudas de que estarán esperándome bien preparados. Lo único que tengo a favor es que no saben quién soy. Mientras sigan las cosas así, creo que no tendré problemas. Me dijeron por mensaje que espere una señal, así que permanezco sin salir del vehículo. Me entra un mensaje. Me pasaron una nueva dirección. La pongo en el GPS del móvil y voy hacia allá, no es muy lejos. Esta gente se toma la seguridad en serio. Me llevan de un lugar a otro para verificar que no me esté siguiendo nadie. Si hubiera venido Alain detrás de mí, lo habrían descubierto y no habríamos llegado a nada.

Llego a donde me dijeron. Estoy en una zona portuaria de la bahía Gravesend, cerca de Coney Island. Pensaba dejar la camioneta a un par de calles para que no la vean, ya me encontraron una vez cuando la manejaba y no quería correr el riesgo de que la reconozcan. Sin embargo, el cambio de dirección me dice que me están vigilando, ya no tiene sentido esconder el vehículo. Me entra un nuevo mensaje.

—Ve a la puerta en la dirección que te dimos y entra.

Bajo de la camioneta. Camino hasta la dirección indicada y llego a una puerta de metal negra iluminada por una pequeña luz. Veo que la puerta no está del todo cerrada. Apoyo mi mano en el metal y empujo. Al abrirse por completo, se deja ver un enorme depósito lleno de contenedores. Debe ser la entrada trasera, en el otro extremo debe haber una gran entrada de camiones. El sitio está en penumbras. Se ve luz al final de un corredor formado por dos contenedores. Camino hacia allí. Llego hasta un lugar despejado. Una bombilla encendida pende de un largo cable a la altura de mi cabeza. Me detengo junto a

ella, la debo esquivar para no golpearla y miro a mi alrededor. Escucho un sonido a mis espaldas y giro. De entre las sombras sale un hombre, caminando en mi dirección. Está vestido de manera informal, con *jeans*, zapatillas y chaqueta de cuero. Tiene alrededor de cuarenta años, cabello largo estilo roquero y un cigarrillo encendido. Se detiene a un metro y medio de donde estoy parada. Arroja el cigarrillo al suelo y lo pisa.

—Hola, «Any» —me saluda poniendo un extraño énfasis en el nombre que le dio Alain, como si dudara de mi identidad—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Hola, Roger. Me dijeron que podías darme información —le respondo—. ¿Es así?

—Por supuesto —contesta Roger—. Si pagas el precio adecuado, puedo darte la información que necesites.

—Puedo pagar lo que sea necesario —contesto mostrando mi móvil —. Dependiendo del precio, puedo hacerlo en efectivo aquí mismo o transferirte lo que me pidas.

—Bien —responde el hombre, aprobando mi propuesta de pagar con transferencia si el precio es muy elevado, así que podemos avanzar—. Pregunta...

—Quiero que me digas todo lo que sabes del Anillo Negro —digo yendo directo al hueso. Ya estoy aquí y debo aprovechar esta oportunidad.

—¡Oh! Bien —dice el hombre y lanza una carcajada—. De tantas cosas que podrías preguntar, optaste por la más difícil. Pero como dije antes, si pagas el precio adecuado…

—¿Cuál es el precio? —pregunto.

—Son cinco mil dólares —dice Roger.

Lo miro y levanto una ceja. El precio es claramente excesivo. Tengo solo dos mil en efectivo. Él me mira, sonriendo.

—Envíame el enlace para transferirte —le pido. Tengo conmigo el móvil de Alain, es al que me enviaron los mensajes para llegar aquí, así que ya tiene mi número.

El hombre me envía el enlace y le transfiero el dinero de la cuenta que tenemos para estos casos. Él observa su móvil y, una vez que comprueba que la transacción fue exitosa, guarda el aparato y me vuelve a mirar.

—El Anillo Negro —dice Roger— es una organización con la que nunca deberías meterte. Se dedica principalmente al tráfico de información y al lavado de dinero. Tiene una red de empresas, bancos y fondos de inversión entre los que se puede hacer la transacción que quieras. Traer o sacar dinero del país, pagar montos que nunca podrías justificar o cobrar cantidades que, de otra manera, el fisco no te permitiría mover, cayéndote encima. A su vez, tiene un sistema de

vigilancia que le permite saber dónde se encuentra alguien en todo momento. No solo eso, sino que puede decirte todo lo que quieras sobre esa persona, desde sus movimientos financieros hasta su historial médico. Además, utilizan sus conexiones y su experiencia en el mundo del espionaje para obtener y vender secretos gubernamentales, tecnología avanzada y planes estratégicos a los interesados más oscuros y peligrosos.

Luego de decir esto, el hombre hace silencio y se queda mirándome.

—Okey —digo entonces al darme cuenta de que no me va a decir más. Si bien me aclara algunas cosas y confirma otras, todavía no tengo lo que vine a buscar—. Pero esta información no vale cinco mil dólares. Dime quién es el jefe y dónde encontrarlo, con eso podría decirte que mi dinero valió la pena.

—No te puedo decir el nombre real porque nadie lo sabe —me explica Roger—, pero todos lo conocen como «el Ajedrecista». El nombre verdadero no lo conseguirás ni con todo el dinero del mundo.

El Ajedrecista. Esto confirma todo lo que habíamos supuesto, estamos acercándonos. Tengo que encontrar la forma de conseguir ese nombre. Si bien Roger no me puede dar esta información, tal vez haya algo más que me pueda decir.

—Ya que no puedes responderme lo que necesito —le digo—, tengo una consulta más para hacerte. ¿Cuál es la relación del Anillo Negro con el Anillo? Puedo pagar más si es necesario.

El hombre en ese momento se lleva la mano cerca de la sien. Recién entonces noto que bajo el cabello, en el oído, tiene un pequeño auricular. Está claro que no anda solo, alguien se comunica con él, alguien me estuvo siguiendo.

—No te preocupes por el dinero —dice el hombre con una sonrisa que no me gusta nada—, el precio por tu cabeza cubre todos los gastos, Ainara Pons.

¿ERES TÚ?

Bahía Gravesend, Nueva York
Jueves, 7 de mayo, - 11:00 p. m.

AL ESCUCHAR mi nombre me quedo sin palabras, todo parecía estar bien hasta el momento. Supongo que llegó la hora de sacar mi arma y salir de ahí a los tiros. Pero aún no me respondió sobre el Anillo, necesito esa respuesta.

—La verdad —dice Roger con una sonrisa llena de soberbia—, no sé si eres estúpida o estás totalmente loca. ¿Cómo te atreviste a presentarte así? ¿Pensabas que no te reconocería? Todo el Anillo Negro está buscándote.

No le digo nada, solo escucho, esperando que suelte la lengua y me diga lo que quiero.

—Y yo te encontré —prosigue al ver que sigo callada. Creo que pretende ufanarse de su gran logro—. En cuanto te vi entrar, avisé de que te tenía. Solo te entretuve hasta que llegara mi gente. Me acaban de avisar que ya están aquí.

—Pensé que había un código —contesto mientras vuelvo a pensar que ya es el momento de sacar mi arma, pero aún no me ha respondido—. No creo que sea bueno para tus negocios que ataques a la gente que te contrata.

—El precio por tu cabeza es de doscientos cincuenta mil dólares —contesta él sonriendo—. Ese dinero es muy bueno para mi negocio, y además, con esto, todos sabrán que conmigo no se juega, que quien intente engañarme terminará mal.

—Como cortesía entonces —digo; es mi último intento—. ¿Cuál es la relación entre el Anillo Negro y el Anillo?

Roger suspira como agotado y me mira. Luego mira a su alrededor cuando se escuchan movimientos. Observo que de las sombras entra una docena de hombres armados. Recién entonces vuelve a mirarme y da dos pasos adelante para pararse a escasos treinta centímetros de mí. Se inclina hasta susurrarme al oído.

—El Anillo Negro es una rama del Anillo —me dice, lo que me produce un escalofrío. Sabía que el Anillo estaba detrás de todo, pero necesitaba esa confirmación—. El resto de las ramas del Anillo nos encargaron que acabemos contigo.

Eso es todo lo que necesitaba oír. Reacciono rápido, tomándolo bruscamente por el cuello, y lo pongo delante de mí como escudo

humano. Mientras lo sostengo contra mi cuerpo, estrangulándolo con el brazo derecho, con la mano izquierda saco la Magnum de la cintura y se la pongo en la cabeza. Los hombres que nos rodean me apuntan y Roger les grita mientras yo los observo con detenimiento, no sé cómo reaccionarán.

—Esperen —dice desesperado mientras alza los brazos—, no disparen.

—En serio —dice uno de los hombres que no deja de apuntarnos —, ¿cuánto pensabas pagarnos? Como yo lo veo, sin ti, tenemos más de diez mil dólares para cada uno.

Comprendo lo que está pasando y me doy cuenta de que este escudo no me protegerá mucho tiempo. Los hombres se miran entre ellos y sonríen. La decisión está tomada, pronto lloverán las balas. Entonces, con mi arma, le doy un golpe a la bombilla que la hace estallar, quedando totalmente a oscuras. Casi al mismo tiempo, suelto a Roger y me arrojo al suelo. Aún no caigo por completo en la cuenta de que los disparos suenan sobre mí en una ráfaga sin orden ni cuidado. Era lo que imaginaba. El destino de Roger estaba decidido. Al llegar al suelo escucho sus quejidos, nada más. Un líquido caliente me salpica el rostro. La luz de los fogonazos dibuja el contorno de una figura humana, que se sacude como un muñeco al recibir decenas de disparos. No espero a que el cuerpo se desplome y ya me arrastro fuera del punto al que se dirigen todos los proyectiles. El fuego comienza a ceder y escucho al cuerpo de Roger caer, pesado, al suelo. Continúo alejándome sin saber hacia dónde, lo importante es apartarme hasta encontrar un lugar seguro para empezar a devolver el fuego.

—Enciendan la luz —grita uno, que por su voz parece ser el mismo que habló antes y que ahora se ha convertido en el líder.

Debo apresurarme. Empiezo a gatear y, al no escuchar más balas, me pongo de pie y comienzo a correr a ciegas. Choco contra una pared de metal. Es uno de los contenedores. El poco ruido que hice al dar ese golpe fue suficiente para que los disparos vuelvan a sonar en mi dirección. Afortunadamente, lejos aún de mí, solo uno impactó cerca de mis pies. Voy tanteando la pared hasta encontrar un borde. Lo rodeo y, extendiendo las manos a mis lados, compruebo que me encuentro en un corredor formado por otros dos contenedores. Empiezo a correr por allí sin saber si conduce a algún lado. Vuelvo a chocar. Otra vez tanteo, y encuentro una salida a la izquierda. Voy hacia allí. Con una mano recorro la pared de metal como mi única guía y con la otra extendida hacia adelante, la que sostiene mi Magnum, me cuido de no chocar contra nada. Escucho un sonido eléctrico y las luces se encienden. Ahora veo dónde estoy.

—¡Allá! —grita alguien y giro la cabeza para mirar atrás. Veo que

a mis espaldas quedó el espacio abierto y desde allí un hombre me dispara con su pistola. El tiro da a mi lado contra el metal y corro hasta salir de su vista. Es un laberinto de pasillos creado por los contenedores. Me meto por uno muy estrecho por el que solo puedo pasar de lado. Cuando estoy por llegar al extremo, escucho a alguien acercarse a la entrada. Soy un blanco fácil, así que con el arma, que sostengo en la mano que dejé atrás, comienzo a disparar hacia donde escuché el ruido. Lo continúo haciendo hasta llegar al final y salir de esa trampa. Recién entonces me devuelven los disparos, pero ya no quedo a la vista. Doy tres pasos y estoy en el siguiente corredor, giro para entrar allí y me encuentro con un hombre de frente a menos de un metro. Me intenta apuntar con su arma. Le pegó en el brazo, desviando un tiro que pasa por un costado. De inmediato, le disparo dándole en el pecho. Otro tiro suena sobre mi cabeza y pulso el gatillo sin mirar, hacia donde creo que está mi atacante. Me lanzo hacia adelante sin saber a dónde diablos me dirijo. Otro corredor por el que me muevo; ya no corro, no tiene sentido si no sé hacia dónde voy. Otro hombre aparece de la nada a mi lado y le pateo los testículos. Aun así, intenta apuntarme, pero no le doy tiempo. Le disparo en la cara y cae hacia atrás con el rostro destrozado. Escucho ruidos por todos lados mientras camino buscando la salida. Sigo atenta a quien pueda aparecer y comienzo a desesperarme.

—Así no saldré nunca —me digo frustrada y miro hacia arriba. Hay varios contenedores a varios metros del suelo, y si logro subir en alguno, podré ver dónde estoy. Así que guardo mi arma en la cintura y me trepo como puedo. Como el pasillo es angosto, me ayudo apoyando una pierna en la pared metálica de enfrente. Alcanzo la cima. Me pongo de pie sobre el contenedor y escucho un disparo. Veo que no soy la única que tuvo esa idea. Hay al menos tres hombres allí arriba, tratando de cazarme. Saco el arma y les disparo sin apuntar demasiado. Vuelvo a bajar, descolgándome como un simio torpe hasta caer al suelo. Creo que le di a uno allí arriba, pero los otros ya saben dónde estoy.

—La tengo —dice uno de los que me vio.

Corro nuevamente, debo despistarlos. Veo a otro hombre adelante y le disparo. Le doy en el primer intento y cae. Escucho otro tiro y siento un ardor en el hombro. Giro y devuelvo el fuego, dando en las paredes de metal. Ahora los tiros vienen del lado opuesto, así que vuelvo a girar y disparo otra vez; estoy rodeada. Me disparan de ambos lados. Me voy contra la pared para cubrirme como puedo. Siento que la pared cede.

—¡Qué diablos! —exclamo y caigo dentro de un contenedor. Esa pared era una puerta lateral que estaba abierta. El lugar está a oscuras, solo iluminado por la luz que entra por la puerta. El cubículo

está vacío. No tengo donde resguardarme y ya no puedo salir, deben estar llegando a la puerta. Intento ponerme de pie, pero resbalo. Palpo el suelo y siento algo viscoso tipo aceite. Así que, patinando, camino hasta el fondo. No hay salida.

—Por aquí. —Escucho las voces fuera del contenedor, acercándose.

Me arde el hombro. Miro mi arma y me quedan tres balas. Los tres primeros que entren por esa puerta caerán como moscas, pero luego de eso estoy pérdida. Tengo munición para recargar. Si lo hago con la suficiente rapidez, tal vez tenga una oportunidad. ¿A quién engaño? Si mis cuentas no fallan, hay al menos nueve hombres allí afuera esperando para ultimarme. No podré con todos. Me llevaré a los que pueda y adiós. Corro hasta el rincón más oscuro y me siento en el suelo. Pienso en el equipo, debo avisarles. Saco el teléfono, no tengo señal.

—¡Maldición!

No importa, dejaré un mensaje de voz en el grupo, tal vez el teléfono llegue a sus manos o el mensaje pueda salir.

—Estoy atrapada en un contenedor en la dirección que les pasé, no creo que pueda escapar. El Anillo Negro es una rama del Anillo. Su líder se hace llamar el Ajedrecista.

Dos brazos armados se asoman sin mirar y comienzan a disparar. Envío el mensaje y guardo el teléfono para disparar también. Le doy a uno de los brazos. Vuelvo a cargar mi arma. Me quedan unos minutos de vida. Otra vez veo armas que se asoman y largan una balacera a ciegas. Yo también tiro hasta vaciar el cargador. A alguno le debo haber dado, ya no lo sé. En la próxima ronda no podré responder, se darán cuenta de que no tengo munición y todo acabará. Miro mi arma por última vez y la dejo en el suelo a un costado. Si creyera en Dios, este sería el momento de arreglar cuentas con Él, pedir perdón y esperar ser bien tratada al otro lado. Pero no creo en nada, así que solo puedo esperar que con mi fin mis amigos se liberen de todo peligro. Veo asomarse las armas y disparar. Ahora que no devuelvo el fuego me doy cuenta de cómo retumban los tiros aquí adentro. Respiro profundo, estoy lista.

Escucho el sonido eléctrico de la iluminación y la luz de afuera se apaga. ¿Ahora qué? Tal vez no quieren que los vea entrar. Terminen esto de una vez.

Suenan disparos. Son distintos, parece una ametralladora. Ahora son muchos estruendos y gritos incomprensibles. En la oscuridad absoluta veo cada tanto algún reflejo de los fogonazos. ¿Qué está pasando? Recojo mi arma, la guardo en la cintura y me pongo de pie. Me acerco despacio para no resbalar a la salida. Escucho una última ráfaga de ametralladora y luego silencio. Permanezco unos instantes a un costado de la puerta. Mi vista se está acostumbrando a la oscuridad

y veo unos bultos en el suelo. Agudizo mi visión lo más que puedo, son dos cuerpos. Entonces me asomo. Veo sombras, todo está quieto. Además, descubro la silueta de un hombre, que parece estar de espaldas con una ametralladora en la mano. Gira para verme. Yo me quedo quieta. ¿Qué otra cosa podría hacer? Parece tener una especie de máscara. ¿Quién diablos es este? Comienza a caminar hacia mí. Sí, tiene una máscara de tipo militar para ver en la noche, no sé quién es ni lo que quiere. Me mantengo firme. Si es otro cazarrecompensas que viene por mí, se lo haré sencillo, ya no tengo fuerzas. El hombre se detiene a menos de un metro. Sin dejar la ametralladora, con la otra mano, se quita la máscara. Está muy oscuro, no llego a ver sus rasgos.

—Hola, Ainara —dice y su voz me resulta muy conocida—. Qué bueno verte.

Extiendo mi mano para tocarle el rostro, apenas visible. ¡No lo puedo creer!

—¿Eres tú?

BENNETT

Bahía Gravesend, Nueva York
Jueves, 7 de mayo, 11:15 p. m.

—Sí, soy yo —me responde el hombre que hasta hace un momento resultaba un misterio.

—Peter —le digo con la voz quebrada y en un tono apenas audible. Me lanzo hacia él y lo abrazo. Al principio con fuerza. Luego, cuando rompo en llanto, me aflojo de tal manera que debe sostenerme para no caer. Es Peter Bennett, uno de los hombres más importantes de mi vida. Alguien que confiaba en mí y me protegió hasta el último momento, cuando lo defraudé tomando una decisión que cambió nuestras vidas para siempre. Era mi compañero en el FBI, fue quien me cubrió cuando ajusticié al líder del Anillo. Fue quien me suplicó que no diera el paso que me pondría al otro lado de la ley, el que me convertiría en fugitiva para siempre. No le hice caso. Ante sus ojos, ejecuté al jefe de la mafia china que había asesinado a una gran amiga mía e intentado matar a Kim. Luego de eso, nuestros caminos se separaron. Yo debí escapar y él renunció al FBI para desaparecer del radar, hasta ahora. Todos esos recuerdos me estremecen mientras me sostiene con sus brazos fuertes. Aún hoy, luego de tantos años, reaparece para protegerme. Aquí en la oscuridad, rodeada de cadáveres, siento que es el único lugar donde quiero estar. Escuchando el corazón en este pecho que me cobija. Parece un sueño o, más bien, una pesadilla que se convierte en un mejor sueño.

—Debemos irnos —dice Peter, sacándome de la ensoñación en la que había caído. No podemos permanecer aquí, pueden venir más sicarios o llegar la policía. Debemos evitar cualquiera de las dos cosas.

—Sí —respondo, pero a pesar de entender que tenemos que actuar rápido, me quedo apretada contra su cuerpo, tratando de estirar ese momento lo más posible. Él lo nota y no me suelta. Con el brazo derecho, me mantiene abrazada, y con la mano izquierda, se pone la máscara para ver el camino.

Comenzamos a caminar por el laberinto. Yo sigo acurrucada contra su cuerpo. Es raro sentirme así. Es la primera vez en muchos años que me siento frágil y que disfruto del cobijo de un hombre a mi lado. No sé si fue porque esta vez realmente creí que moriría, o si es que despertaron de repente sentimientos reprimidos hacia Peter. Más de una vez estuvimos a punto de concretar una relación mayor a la del

compañerismo, pero por una cosa u otra, eso nunca se dio. Supongo que siempre priorizamos el cuidarnos, y el miedo a hacernos daño fue más fuerte que el deseo. Sin embargo, el cariño mutuo siempre estuvo y, en este momento, ha asomado todo junto en una explosión de emoción. Al menos de mi parte. No tengo idea de lo que ocurre en su mente o su corazón, pero tampoco me importa. En este instante, solo quiero seguir así.

—Por aquí —dice Peter mientras debemos levantar las piernas para pasar por encima de un cuerpo inerte. Recién entonces siento que me golpea en la espalda el metal de la ametralladora que Peter lleva colgada de su hombro. Salimos al espacio sin contenedores en el que me había reunido con Roger. Puedo verlo como un bulto negro en el suelo. Las lágrimas en los ojos me dificultan aún más la visión, por lo que me las seco con la manga de mi sudadera. Pasamos al lado del cadáver de Roger y avanzamos hacia el corredor que da a la salida. Peter abre la puerta y salimos. A pocos metros hay un coche, vamos hasta él. Al llegar, Peter apoya la máscara en el techo del vehículo y me suelta, solo para pararse frente a mí y tomarme de los hombros.

—¿Estás bien? —me pregunta y de inmediato levanta la mano derecha al sentir la sangre en mi hombro izquierdo—. Estás herida.

—No es nada —respondo ya con la voz más entera y sin lágrimas —, apenas un rasguño.

—Espera —me dice y se da vuelta. Se quita la ametralladora del hombro y también la deja sobre el techo del coche. Abre la puerta del acompañante y mete medio cuerpo adentro. Saca de la guantera un líquido antiséptico y una caja de plástico. Destapa el frasco y echa el líquido sobre mi hombro. Toma de la caja gasas, que aplica con cuidado sobre la herida, y luego utiliza cinta para ajustarlas.

—Ya está —dice satisfecho mientras me mira de arriba abajo para comprobar que no tenga ninguna otra herida—. Debemos irnos de aquí.

Recoge las cosas que dejó en el techo y camina hacia la parte trasera del coche. Yo lo sigo. Abre el maletero y me sorprendo. Tiene allí un arsenal como hacía mucho tiempo no veía. Rifles, pistolas, granadas y hasta lo que parece un lanzallamas. Arroja la máscara y la ametralladora dentro, y cierra el baúl.

—Vamos —dice y ambos volvemos hacia la parte delantera. Cada uno por su lado, entramos al sedán gris y Peter enciende el motor—. ¿Hacia dónde?

Lo miro y tardo en reaccionar. Actúa como si no acabáramos de salir de un tiroteo, como si hubiéramos estado juntos hasta ayer. Casi parece que me veo a mí misma.

—Dirígete al SoHo —le digo pensando en el búnker de Andrew. Ahora que ya recobré la compostura, tengo mil preguntas para

hacerle, así que las resumo en dos palabras—. Habla ya.

Peter me mira y sonríe. Había olvidado su sonrisa, nunca la usó demasiado.

—Cuando te fuiste —comienza a hablar mientras conduce—, debí tomar una decisión importante. Luego de que me sometiera a una dura investigación para comprobar que no fui tu cómplice. Comprendí que si no te perseguía hasta atraparte, nadie volvería a confiar en mí. Todos sabían de mi afecto por ti y dudaban de mi lealtad hacia el FBI en una situación como esa. A esto se sumó que comencé a dudar de nuestro jefe. Por lo que supe luego, cuando tú te encargaste de él, mis dudas estaban bien fundadas. La cuestión es que debí renunciar al FBI, no podía continuar allí. Fue luego de unos meses en los que estuve en Florida en una especie de retiro, pensando en lo que haría con mi vida. Se me ocurrió que podía desempeñarme como detective privado. Lo hice durante unos meses hasta que escuché rumores. Llegó a mis oídos que el Anillo seguía activo. Al principio no lo creí, pero comencé a investigar y descubrí que era cierto. Luego de todo lo que pasamos, las pérdidas que tuvimos, los amigos que se fueron y los compañeros que nos traicionaron, no podía creer que esos cerdos siguieran como si nada. Lo tomé como una cruzada personal. Me dediqué a seguir cada pista que me indicara algo de ellos. Incluso me acerqué a Dexter.

—¿En serio? —le pregunto sorprendida. Hasta que mencionó a Dexter, venía siguiendo su historia con atención. Pero el que nombre a nuestro amigo fallecido, el padre de Alain, me sacudió por completo.

—Sí —contesta Peter como haciendo memoria—. Trabajamos juntos en la investigación que lo llevó a la muerte. Luego de eso, pasé a la clandestinidad. Si habían logrado acabar con Dexter, estaba seguro de que el próximo sería yo. Me cambié el nombre y busqué infiltrarme en el Anillo. Tuve que hacer cosas que no me enorgullecen para entrar, pero lo hice. Ingresé en la empresa T&T y fui escalando como «peón».

—¿Peón? —lo interrumpo.

—Sí —me contesta—. Es el rango más bajo de la carrera criminal dentro de esta facción del Anillo conocida como el Anillo Negro. Me mantuve como «peón» porque para llegar a «caballo» era necesario que empezara a matar gente. Los peones se encargan de vigilancia, espionaje y delitos menores. Hace dos días me enteré de que había un contrato por tu cabeza. Desde entonces, estaba tratando de encontrarte para advertirte. Hace un rato, tomando un trago con uno de los «caballos», este recibió una llamada con la orden de que viniera a ayudar con tu ejecución. Tuve que acabar con él para obtener la información exacta y, por lo que vi, llegué justo a tiempo.

—Sí que lo hiciste —respondo y apoyo mi mano sobre la suya, que sostiene el volante—. Gracias.

Me da una mirada que no alcanzo a interpretar y luego vuelve a fijarse en el camino.

—Por suerte, no me han descubierto aún —prosigue Peter, cambiando de tema—. Por lo que todavía sigo oficialmente dentro de la organización. Creo que eso está a nuestro favor y debemos utilizarlo. No se detendrán hasta atraparte, Ainara. Tenemos, sí o sí, que acabar con ellos.

—¿Estás diciendo que ahora quieres trabajar conmigo? —pregunto con un dejo de ironía. Luego de haberse opuesto a mi lucha personal contra el crimen, ahora quiere acompañarme en ella.

—Si te parece bien, claro —dice sonriendo al entender el sentido de mi pregunta.

—Creo que debo presentarte ante el resto del equipo —le digo—. Ya conoces a la mayoría.

—Me dará gusto volver a ver caras amigas —me dice—. Será bueno dejar de simular por un rato. Se hace difícil vivir entre criminales y actuar como ellos.

Entiendo lo que me dice, ser un infiltrado lleva tus valores y paciencia al límite. De repente, recuerdo algo que me llamó la atención.

—Me sorprendió el arsenal en tu maletero —le digo intrigada.

—Ya te dije —me responde y me mira, pero no entiendo a qué se refiere—. Trabajé codo a codo con Dexter. De hecho, casi todo lo que viste allí era suyo. Esto lo aprendí de él.

Me suena el móvil. Es Andrew. Me temo que le llegó mi mensaje de despedida.

LOBO SOLITARIO

Búnker de Andrew, Manhattan
Jueves, 7 de mayo, 11:50 p. m.

LLEGAMOS al búnker y toco el timbre. Se escucha el sonido de apertura y empujo la puerta. Apenas ingresamos al corredor, se abre también la puerta de entrada al otro extremo. Al primero que veo es a Bob, que viene corriendo. Detrás de él aparece Kim. Me agacho para saludar a mi bestia negra, que me lame la cara. Lo abrazo con ganas. Luego el perro repara en Peter, que viene detrás de mí y va hacia él. No lo conoce, pero lo olfatea moviendo el rabo. Yo me enderezo.

—Hola, muchacho —dice Peter, inclinándose para acariciar a Bob—. Es un gusto conocerte.

Peter advirtió enseguida que se trataba de otro Bob, uno mucho más joven. Luego de olfatearlo, el perro da media vuelta y vuelve contento hacia la entrada. Aprobó a Peter, o lo reconoció de su vida pasada, no lo sé. Avanzamos y nos recibe Kim.

—Qué susto nos diste, Ainara —dice mi amiga mientras me abraza—. Ese mensaje que enviaste sonó terrible.

—Creí que sería mi último mensaje —respondo y nos soltamos—, pero ya ves, hierba mala nunca muere.

—¿Qué pasó? —me pregunta Kim, esperando explicaciones.

—Un milagro —respondo y lo miro a Peter. Ella también lo mira asombrada, creo que no lo había reconocido hasta ahora.

—Ya veo —dice sin saber muy bien qué hacer. Así que se le acerca y le da un beso en la mejilla—. Pasen.

Caminamos hasta la puerta y entramos. Están todos allí, esperándonos. Cuando recibí la llamada de Andrew en el coche, solo les dije que estaba bien, que ya había salido de la trampa en la que caía y que me dirigía al búnker con un invitado. No expliqué demasiado por teléfono porque hubieran hecho más preguntas que las que hubiera podido responder. Es por eso que están todos sorprendidos.

—¡Peter! —exclama Andrew y le estrecha fuerte la mano.

—Andrew —contesta Peter mientras le pone la otra mano en el hombro. Inmediatamente después se le acerca Junior.

—Qué grata sorpresa —dice Junior, entusiasmado, y también le estrecha la mano con fuerza. Creo que al ver a Peter comenzó a pensar lo mismo que he venido pensando desde que lo invité a venir: que nos

vendría bien otro hombre de acción en el equipo. En el banco, Junior tuvo que tomar ese lugar y sé que no le gustó ni un poco. Por el momento es Alain quien se encarga de esas cosas, ya que los disparos no son el fuerte ni de Andrew ni de Junior, pero a veces no es suficiente. El único que se sentiría cómodo en esa posición sería Freddy, pero está limitado por su pantalla en el FBI. Precisamente es ahora el turno de Freddy para saludar.

Peter mira a un costado y lo ve. Una vez que Junior lo suelta, Peter da un paso hacia su antiguo compañero.

—Qué bueno verte aquí, Tanaka —dice Peter, que permanece quieto frente a Freddy, esperando su reacción.

—Me abandonaste, agente Bennett —dice Freddy con seriedad. Peter no solo había sido su compañero, sino también su mentor cuando Tanaka era un novato. Al irse sin decir nada, Peter lo dejó en una situación complicada, ya que mantenía la relación conmigo casi como un infiltrado en el FBI, sin nadie que lo apoye desde adentro. Primero debió lidiar con nuestro antiguo jefe, que terminó traicionando a todos al trabajar para el Anillo, y luego tuvo que enfrentar al agente Smith, con quien debe hacer una especie de equilibrismo casi a diario. La desaparición de Peter sin dar ninguna explicación, le dio motivos de sobra a Freddy para estar molesto.

—Lo siento, Tanaka. Hice lo que creí mejor para…

Él no lo deja terminar, va hacia él y lo abraza. Peter se sorprende y se emociona, pero responde el abrazo como un padre que contiene a su hijo. Tal vez un padre que se siente culpable por haberlo abandonado.

—Discúlpame, Tanaka —dice Peter cuando terminan de abrazarse —. Debí haberme comunicado contigo.

Recién entonces Peter repara en Alain, que se encuentra junto a Freddy. Es el único miembro del grupo a quien no conoce.

—Tú —dice Peter mientras le extiende la mano y me mira a mí—. ¿Es el hijo de Dexter?

Vuelve a mirar a Alain.

—Es bueno conocerte —dice Peter.

—¿Conocías a mi padre? —pregunta Alain, que no esperaba ese comentario. De chico había visto a su padre como un héroe, pero luego sus caminos se separaron y ahora estaba tratando de recomponer su imagen para quedarse con un buen recuerdo.

—Ciertamente —responde Peter—. En sus últimos tiempos fuimos muy cercanos. Trabajamos juntos tratando de exponer al Anillo. Me dijo una vez que lo hacía por ti, que no había sido un buen padre, pero que quería dejarte un mundo mejor. Lamentablemente, nos fue bastante mal. Al menos, aparecieron ustedes para equilibrar un poco la balanza.

Alain no contesta nada, las palabras de Peter lo emocionaron y no sabe qué decir.

—Bueno —intervengo al ver que Alain se siente incómodo. Me adelanto y camino hacia el sofá—. No es momento de ponernos nostálgicos. Ya es tarde y tenemos mucho por hacer.

Los demás me siguen y nos acomodamos como podemos. Andrew acerca una silla para Peter.

—Cuéntanos, Peter —le pido, y él sabe a qué me refiero. Quiero saber todo acerca del Anillo.

—Logré infiltrarme hace un tiempo en el Anillo Negro —explica inclinándose hacia adelante—. Es una rama del Anillo que se encarga del tráfico de información, espionaje y lavado de dinero. No sé nada sobre las otras ramas, se mueven todas de manera independiente, sin relación entre ellas. Solo tienen trato a nivel de los jefes, a quienes tampoco nadie conoce. Lo único que sabemos del jefe del Anillo Negro es que lo llaman el Ajedrecista.

Al decir esto, todos nos miramos. Peter nos acaba de confirmar que estábamos en el camino correcto.

—Ya deben haberse dado cuenta ustedes —prosigue— de que los distintos rangos en la organización se clasifican como las piezas del ajedrez.

—En nuestro último enfrentamiento con el Anillo —intervengo porque creo necesario compartir cierta información con Peter para ver qué sabe—, descubrimos que había alguien conocido como el Camaleón. ¿Sabes algo de él?

—Es el jefe del Anillo de Oro —responde Peter y escucho con atención, por fin nos estamos acercando—. En este momento es también el líder general del Anillo, no conozco su verdadero nombre, pero es alguien muy poderoso incluso a nivel político. El Ajedrecista, por el contrario, no está relacionado con la política. He escuchado que hay rivalidad entre las ramas y que siempre están pugnando por alcanzar el liderazgo. De hecho, cazarte a ti, Ainara, era un paso importante para lograr este liderazgo. Dejaste en ridículo al Camaleón y le hiciste perder mucho dinero con el asunto de la energía solar, esto debilitó su posición. Por eso la organización entera está en un momento clave en el que puede haber grandes cambios. Creo que el Ajedrecista está planeando alguna jugada para tomar el mando, y acabar contigo es apenas el primer paso.

—Un paso que no han podido dar —acota Junior para no dejar pasar ese detalle—, y no permitiremos que lo hagan.

—No solo eso —agrega Peter—. Recién acaban de perder más de una docena de hombres, ha sido un golpe duro para ellos.

—En total, han perdido como veinte —añade Alain y me mira—. Cuatro en tu piso, uno en el *parking* del centro comercial y otro más en

el primer ataque en el puente de Brooklyn. Yo que ellos, comenzaría a ponerme nervioso.

—Es probable que ese sea el camino —continúa Peter, pensativo—. Si logramos seguir golpeando, el Ajedrecista empezará a perder prestigio. Estas personas son como víboras, si alguna se debilita, se la comen las demás.

—¿Cuál era tu plan, Peter? —le pregunto. Quiero saber si ya tenía en mente alguna forma de acabar con esta gente.

—En un principio, mi plan era infiltrarme —explica—, subir de rango lo más posible y destruirlos desde adentro. Pero, como te dije antes, descubrí que para subir de rango debía hacer cosas que no estaba dispuesto a hacer. Así que solo me conformé con mantener mi posición y recopilar toda la información posible hasta que llegara el momento oportuno.

—¿Y piensas que como un lobo solitario tendrás esa oportunidad? —pregunta Kim y luego me mira. Creo que también le gustaría lo mismo que a Junior y me pide que haga una propuesta oficial.

—Creo que yo solo no podré con esto —responde Peter y también se me queda mirando. Levanto la vista y observo que ahora todos me miran expectantes.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Pensaron que traje a Peter solo para charlar? —Entonces lo miro a Peter—. ¿Qué opinas? ¿Te gustaría volver a formar parte de un equipo?

LA BRECHA

Búnker de Andrew, Manhattan
Viernes, 8 de mayo, 12:45 a. m

—Creo que sabes la respuesta —contestó Peter sin dudarlo—. Pensé que nunca me lo ofrecerías.

Todos aplaudieron al oír sus palabras y Bob comenzó a ladrar de excitación. Luego Kim sugirió que ya era demasiado tarde para continuar. Tenía razón. Estábamos acercándonos a la una de la mañana y había sido un día largo. La realidad era que Bob no era el único que estaba excitado, todos estábamos emocionados con la aparición de Peter. Era necesario bajar un poco la conmoción para concentrarnos en nuestro próximo paso.

Nos marchamos. Cada uno para su casa, salvo yo que fui con Kim. A Bob lo dejé con Andrew, en el edificio de Kim no se permiten animales. Ella me sugirió que tal vez sería más seguro que me quedara en su casa. Si bien era difícil que intentaran matarme nuevamente esa noche, todos estuvieron de acuerdo en que, luego de los cadáveres que dejó Peter, saldrían como locos a buscarme. Cuando estábamos saliendo, Freddy se me acercó y me dio una bolsa.

—¿Qué es esto? —le pregunté a la vez que metía la mano adentro.

—Tu cabello te delata enseguida —me explicó Freddy mientras veía que en la bolsa había una caja de tintura negra. Le agradecí el detalle.

Viernes, 8 de mayo, 10:10 a. m.

Esta mañana, apenas levantada, cambié el color de mi cabello. Cuando me miré en el espejo, vi a la misma persona de hace varios años, pero mucho mayor. No podría explicar cuál fue mi sentimiento, pero otra vez recordé lo que estaba planeando hace un par de días: retirarme. Sin embargo, sabía que este no era el momento, debía terminar primero con el asunto del Anillo Negro. Una vez que esto se acabe, le anunciaré a mis amigos que ya no más. La aparición de Peter, por otro lado, puede venir bien para cumplir con mi objetivo. ¿Quién mejor que él para reemplazarme? La verdad es que durante toda la noche estuve pensando en Peter. Lo quise mucho, eso es verdad, pero ha pasado mucho tiempo y, en las circunstancias que estamos atravesando, pensar en algo que no sea compañerismo, sería

una locura.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Kim, que se asomó al baño y me vio parada frente al espejo sin moverme.

—Nada —respondí, aún no era tiempo de hablar de mis sentimientos hacia Peter ni de mis planes de retiro—. Vamos a ver a los muchachos. Es hora de trabajar.

AL LLEGAR al búnker de Andrew, nuevamente el primero en recibirnos es Bob. Anoche fue difícil dejarlo, sus ladridos de protesta hicieron patente su desacuerdo.

Ya estaban todos esperándonos, excepto Freddy, que tenía que presentarse en su oficina.

—Creo que tenemos algo, Ainara —me dice Alain entusiasmado—. Peter me ha estado contando sobre las actividades del Anillo Negro y tal vez podemos empezar a complicarle la vida al Ajedrecista.

—¿De qué están hablando? —pregunto y lo miro a Peter, que está sentado en el sillón con un café en la mano.

—Te conté que mi rol de peón en la organización me limita a trabajos simples —me explica—. Muchos de estos trabajos son como mensajero, llevo paquetes de un lado a otro.

—¿Qué clase de paquetes? —pregunto sin comprender lo que está insinuando.

—Dinero —responde Peter como si fuera algo obvio—. A veces son pagos a «caballos», se trata de transacciones que no pueden aparecer en los registros. No muevo más que algunos miles de dólares. Pero a veces solo debo acompañar a otros. Cuando esto sucede, es porque los montos son mayores y ya se trata de lavado de dinero.

—¿De cuánto estamos hablando? —pregunta Junior, interesado.

—No lo sé exactamente —responde Peter, frunciendo los labios—, no es una información a la que pueda acceder. Pero por los comentarios que he escuchado, puede tratarse de seis o siete cifras.

—¿Entiendes, Ainara? —interviene Alain casi excitado—. Si irrumpimos y les tiramos abajo estas transacciones, le estaríamos dando un duro golpe a la organización. Y de paso, recaudaríamos algo por nuestro trabajo.

—¿Tú qué crees, Peter? —pregunto. Sé que Alain se entusiasma más por el dinero que por otra cosa, así que necesito la opinión de alguien con más experiencia.

—Creo que es posible —responde pensativo, como tratando de visualizar esa estrategia—. Esta tarde debo llevar un paquete yo solo hasta Nueva Jersey, allí no deberíamos hacer nada para no exponerme, y tampoco debe ser un gran monto. Pero me enteré de que

esta noche habrá un trabajo grande. Serán al menos cinco personas, por lo que supongo que habrá bastante dinero en juego. Yo iba a participar, pero cuando me llamaron para el trabajo de la tarde, me cancelaron el otro. Nunca somos más de media docena de hombres, los trabajos se hacen con muy bajo perfil, la idea es pasar desapercibidos.

—¿En qué posición te dejaría que llevemos esto adelante? —le pregunto a Peter. Es bueno tener a alguien dentro del Anillo Negro, si lo ponemos en evidencia, tendrá que desaparecer, y aún no es momento de que lo haga.

—No pueden relacionarme con lo que vayamos a hacer —me dice—, solo conozco a la persona que me contactó, pero no sé nada del trabajo. Mientras yo lleve mi paquete a Nueva Jersey, ustedes pueden vigilar a este contacto. Cuando sepan a dónde se dirige, yo me sumaré.

—¿Qué les parece? —pregunto en general.

—Creo que debemos hacer algo —habla Kim por primera vez luego de haber escuchado lo que se dijo con atención—. Y debemos actuar rápido.

—¿Por qué crees eso? —le pregunta Junior.—. ¿Cuánto tardarán en encontrar a Ainara nuevamente? —dice Kim mirándonos a todos—. La última vez fueron muchos asesinos. La próxima enviarán un ejército. No creo que vuelva a regresar alguien más del pasado a salvarte.

Peter sonríe y yo asiento con la cabeza. Sus palabras me hacen pensar, asimismo, en que no hay nadie más de mi pasado que siga con vida. La aparición de Peter tal vez sea para cerrar un ciclo. No hay más gente perdida, no hay cabos sueltos. Somos los que estamos ahora y nadie más. No creo que vaya a haber más sorpresas de este estilo.

—Lo haremos entonces —sentencio y me doy cuenta de que Andrew no ha dicho nada. Eso es raro en él, siempre tiene algo que opinar—. ¿Qué sucede, Andrew?

—Lo siento, Ainara —me contesta en voz baja—. Creo que en este trabajo no estoy siendo de ninguna utilidad. El hackeo al banco los puso en riesgo y no obtuve nada. Entre los gigas de información que pude robar, apenas logré separar un puñado de nombres de los que no encontré nada. Los he investigado a fondo, pero están todos limpios, no tienen ni una multa.

—Bueno —contesto, mirando las cosas de una manera distinta—, tal vez esa sea la señal. Todas esas personas que encontraste son multimillonarios, es muy raro que ninguno de ellos tenga problemas legales. Están siendo protegidos, tienen los medios para cubrir sus pasos. Sigue trabajando en eso, alguno de ellos es el Ajedrecista.

—Freddy también los está investigando —agrega Andrew—. Quizás él tenga más suerte que yo.

—Pásame a mí también esos nombres —dice Peter, sumándose a la investigación—. Tal vez averigüe algo.

—No te excedas, Peter —le digo. No deseo que por querer averiguar más quede expuesto—. Eres la cuña que abrirá la brecha.

La verdad es que, ahora que lo recuperé, no quiero volver a perderlo.

ENCUBRIMIENTO

Bahía Gravesend, Nueva York
Viernes, 8 de mayo, 10:30 a. m.

—BIENVENIDOS, caballeros —dice el detective Richard Bronson al verlos llegar.

—¿Cómo es que está en todos lados? —pregunta el agente Smith mientras le estrecha la mano. Las tres veces que los agentes del FBI se han cruzado con este hombre han sido en distritos diferentes, y esto le parece raro a Smith—. ¿Trabaja en Brooklyn, en Queens o en Manhattan?

—Mi estación de Policía es la de Queens —responde el detective Bronson, sonriendo como en un aviso publicitario—, pero los jefes quieren solucionar este tema pronto. Prefieren que haya una sola persona a cargo en lugar de tener que andar coordinando entre varios detectives. Luego del incidente del banco, la señorita Ainara Pons pasó a ser mi caso, así que mientras cometa sus delitos dentro de Nueva York, me seguirán viendo la cara.

Freddy también le estrecha la mano, su explicación es algo peculiar, pero posible. Entran los tres al depósito. Deben hacerse a un lado para dejar pasar a dos paramédicos que llevan cuerpos en camillas. Cuando Freddy llegó hace una hora a la oficina, ya lo estaba esperando Smith para que salieran juntos. Había recibido la noticia de nuevos disparos de una Magnum, por lo que el sabueso Smith olfateaba de nuevo a Ainara.

—Esto fue una carnicería —dice Bronson mientras caminan por el corredor que los lleva al espacio central.

Al llegar allí, ven los dibujos de siluetas dispersas en el suelo, Freddy cuenta cuatro.

—¿Hubo algún detenido? —pregunta Smith.

—¿Detenidos? —repite Bronson con su sonrisa dibujada en la cara —. No creo que haya habido ningún sobreviviente. Había un par que aún respiraba, pero para cuando subieron a la ambulancia, ¡kaput! Síganme, que por aquí está lo interesante.

Freddy observa las manchas de sangre por todo el lugar a la vez que avanzan por un laberinto de contenedores. Sabía de antemano lo que había pasado aquí, pero aun así, recién ahora toma conciencia de la magnitud del tiroteo. Se alegra de que haya aparecido Bennett justo a tiempo. Si no hubiera sido así, Ainara ya no estaría en el mundo de

los vivos.

—Por aquí —dice Bronson señalando la puerta lateral abierta de un contenedor. El agente Smith y Freddy ven en el suelo, junto a la puerta, varias siluetas dibujadas. Luego entran al contenedor, observando con cuidado. Ven a dos oficiales forenses tomando muestras. Han instalado grandes luces para iluminar el lugar. Escuchan dos golpes en el metal detrás de ellos y giran a ver. Es Bronson quien ha golpeado la pared del contenedor para llamarles la atención.

—Es aquí —dice el detective señalando con una mano la pared junto a la entrada.

Allí se ven círculos de tiza alrededor de varios orificios.

Smith se acerca y los toca con la mano derecha.

—Es el arma de Ainara —afirma Smith al reconocer el tipo de impacto.

—Por aquí tenemos más orificios —dice Bronson señalando al otro lado de la puerta— y por allá están los casquillos.

Esta vez el detective indicó un rincón al lado opuesto del contenedor, donde hay un forense trabajando. Smith camina hasta la mitad del contenedor y mira hacia los dos lados.

—Creo que la acorralaron aquí —dice Smith señalando con sus dedos como si fuera una pistola, a un lado y al otro—. Se parapetó en ese rincón y le disparó a todo lo que se asomaba por la entrada.

Luego camina de nuevo hacia la puerta y se queda pensativo.

—Es extraño —dice Smith, volviendo a mirar el rincón en el que estuvo Ainara—. Fue muy afortunada en salir de aquí con vida. ¿Cómo lo hizo?

—No fue cuestión de suerte —lo corrige Bronson—. Vengan.

El detective Bronson sale del contenedor y los demás lo siguen. Entonces, el detective señala la pared del contenedor de enfrente. Claramente se ve una ráfaga de tiros.

—Alguien la ayudó —añade el policía, mirando los impactos—. Balística está estudiando qué tipo de arma hizo esto. Pero, sin duda, es un arma de guerra automática.

—Ya no tengo dudas, esto es una guerra —dice Smith—. ¿Tienen idea de cuánta gente ayudó a Ainara?

—Es difícil afirmarlo —dice Bronson—, pero solo parece haber dos armas del lado de Ainara. Su Magnum y esta ametralladora. Son las que coinciden con las heridas en los cadáveres. Los demás impactos y casquillos encontrados se corresponden con las armas del otro bando.

—Bueno —dice Smith meneando la cabeza—. Ahora tenemos a Pons y al loco de la ametralladora juntos. Habrá cada vez más muertos. ¿Cuántos cuerpos encontraron?

—Trece —contesta Bronson—. No se hallaron restos de sangre

fuera del depósito, por lo que pienso que no salió ninguno con vida.

—¿Se sabe quiénes son? —pregunta Freddy, que habla por primera vez. Todo lo que se dijo hasta el momento, él ya lo sabía. Ahora quiere enterarse de cosas nuevas. Si alguno de los cuerpos fue identificado, podrían acercarse un poco más al Ajedrecista.

—Ninguno tenía identificación —explica Bronson—. Pero ya se le tomaron las huellas, si alguno tenía antecedentes, lo sabremos pronto.

—¿Y qué hay de los cadáveres en el piso de Queens? —vuelve a preguntar Freddy.

—Nada —contesta el detective—. Sus huellas no estaban registradas, no sabemos nada de ellos.

Freddy se queda pensando en esa respuesta. Cree que no puede ser que ninguno de los sicarios tuviera antecedentes, pero eran solo cuatro. Quiere esperar a ver qué sucede con estos trece. Si de nuevo no los pueden identificar, será evidente que hay un encubrimiento.

Revisan el lugar unos minutos más, hacen un par de preguntas y luego se marchan. Cuando entran al coche, Freddy, que está al volante, se le queda mirando a Smith sin arrancar.

—¿Qué sucede, Tanaka? —pregunta Smith devolviendo la mirada.

—Debe conseguir una orden, jefe —contesta Freddy—. Si no nos llevamos nosotros esos cuerpos, nunca sabremos quiénes son.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Smith con seriedad.

—Esto es más grande de lo que parece, jefe —explica Freddy, tratando de buscar las palabras adecuadas—. Si no me los hubiera cruzado de casualidad, hubieran hecho desaparecer la camioneta del primer incidente. En el banco ocultaron la existencia de un cómplice; los cuatro sicarios muertos del piso de Ainara no pudieron ser identificados; los dos que sobrevivieron a este tiroteo murieron antes de llegar al hospital. ¿Qué cree que pasará con estos cuerpos? Aquí hay un encubrimiento a todo nivel. Está implicado un banco importante, un laboratorio contratista del Gobierno, las cámaras de seguridad del puente de Brooklyn y vaya a saber quién más. ¿Cree que pueden hacer esto sin la ayuda de la Policía?

—Tienes un punto, Tanaka —dice Smith, reflexionando en las palabras de Freddy—. Tienes un punto.

ÉL NO TE LO PERDONARÁ

Nueva Jersey, Nueva York
Viernes, 8 de mayo, 8:20 p. m.

PETER LLEGA y se sube al coche. Hace una hora que con Alain estamos siguiendo al miembro del Anillo Negro que realizará la entrega de dinero relacionada con el lavado. Peter nos había dicho que su nombre era Alex Baboc y dónde podíamos encontrarlo. Lo hallamos en una empresa de logística llamada El Tablero, ubicada en Manhattan, en la zona de Tribeca. Claramente, es otra sede de la organización que lidera el Ajedrecista. No sabíamos si iba a entregar o recibir el paquete, así que no lo interceptamos de entrada, solo esperamos. Salió de sus oficinas sin compañía, está vestido con traje gris y lleva lentes. No carga ningún bolso o maletín, por eso sabíamos que aún no tenía el dinero. Alain condujo detrás del hombre que fue en su camioneta negra hasta Nueva Jersey. El mismo tipo de vehículo que usan todos los miembros de la organización. Se detuvo en una tienda de comida rápida. Alain bajó del coche y se acercó a vigilar sus movimientos. Yo permanecí oculta sin salir del vehículo, ya comprendí que mi rostro es como un letrero luminoso que atrae a todos los insectos.

—¿Cómo te fue? —le pregunto a Peter, que se ha sentado en el asiento del acompañante. Yo estoy en el del conductor, me cambié de lugar cuando Alain se bajó por si necesitábamos arrancar rápido.

—Todo bien —me responde, frunciendo la boca como si fuera algo de todos los días—. Tuve que recoger un paquete en Wallace Street y llevarlo al SoHo. Algo sencillo. ¿Cómo van ustedes?

—Tranquilo por el momento —respondo y señalo con una mano hacia la tienda—. Hace veinte minutos que tu hombre está ahí dentro. No creo que haya parado a comer, debe estar esperando a alguien.

—Ya he venido a este local —agrega Peter—, este contacto suele utilizarlo para hacer transacciones. Estamos en una zona de oficinas, por eso siempre hay gente de traje yendo y viniendo, así pasan desapercibidos.

—¿Crees que la entrega sea aquí? —le pregunto.

—Puede ser —responde Peter—, si sale con un paquete…

Suena mi móvil y miro la pantalla. Es un mensaje de Alain.

—Acaba de recibir una llamada y se está levantando. Voy para allá.

Miramos hacia el local y vemos salir a Alain, quien viene a nuestro

encuentro. Pongo en marcha el motor. Detrás de él, sale Alex Baboc con cuatro hombres más.

—¿Esos de dónde salieron? —pregunto mientras Alain entra y se sienta en la parte trasera.

—Un par ya estaban sentados en una mesa cuando llegamos —dice Alain—, los otros dos llegaron hace diez minutos. Estaban todos en mesas separadas. No me di cuenta de que estaban juntos hasta que los cinco se levantaron a la vez. Por eso no te avisé.

—La entrega no era aquí —explica Peter, que ya comprendió lo que está sucediendo—. Pero ya le dieron la dirección en la que debe recibir el dinero. Aquí solo vinieron a juntarse hasta saber dónde se realizaría la transacción.

Los cinco se suben a la camioneta y se marchan, nosotros vamos detrás de ellos a una distancia prudencial.

—No creo que vayamos muy lejos —especula Peter mientras los seguimos. Parece que tiene razón. Nos movemos apenas durante cinco minutos. Ni siquiera salimos de la zona de empresas y llegamos a un callejón, donde aparca la camioneta. Nosotros pasamos de largo unos metros hasta quedar fuera de la vista y aparcamos también.

—No me deben reconocer —dice Peter mientras se cubre la boca con nuestro barbijo.

—¿Crees que yo deba cubrirme también? —le pregunto.

—No —contesta Peter—, queremos que te reconozcan, que sepan que vamos detrás de ellos.

Luego de decir esto último, bajamos del coche. Peter saca de debajo de su chaqueta la misma ametralladora que usó ayer.

—Veo que es tu juguete preferido —le digo mientras alisto mi Magnum.

—Ya estoy grande —me responde a la vez que le saca el seguro—. Mi vista y mi pulso no son como antes. Necesito más disparos para atinar, con esto lo soluciono.

—Basta de charla —dice Alain, que ya empuña su pistola y comienza a caminar.

Yo le hago señas con mi Magnum a Peter para que lo sigamos, y avanzamos. Un hombre que venía caminando por la acera contraria nos ve y sale corriendo. Debemos actuar rápido, hay demasiado movimiento y la policía llegará enseguida. Nos asomamos en la esquina que da al callejón y vemos que un hombre bajo y obeso le entrega dos maletines a Baboc. Lo miro a Peter y él asiente con la cabeza. Uno de los hombres permanece al volante en la camioneta y los otros tres están dispersos por el lugar. El contacto de Peter apoya los maletines en el capó de la camioneta y los abre. Desde aquí no vemos su contenido, pero parece estar todo bien porque los cierra y se voltea para estrechar la mano del hombre obeso. Este se marcha hacia

su vehículo. Mientras, uno de los compañeros de nuestro hombre recoge los maletines y otro le abre la puerta de la camioneta.

—Es ahora —dice Peter y se adelanta—. Tú das las órdenes.

Sale de nuestro escondite apuntando su ametralladora. Alain y yo hacemos lo mismo.

—¡Dejen los maletines en el suelo! —les grito mientras camino en dirección a ellos.

Ni siquiera pierden un segundo pensando. El que lleva los maletines los arroja dentro de la camioneta y todos sacan sus armas. Alain dispara primero, dándole al que había abierto la puerta. Los demás nos devuelven el fuego y los estruendos de la ametralladora comienzan a hacer estragos. Estallan los vidrios de la camioneta y los tres hombres se sacuden en un mar de sangre, dejando caer sus armas. La camioneta arranca y da marcha atrás, llevándose con la puerta abierta a dos de los hombres que aún no caían. Le disparo al conductor y en el primer intento veo que le estalla la cabeza. La camioneta sigue moviéndose sin control. Debemos hacernos a un lado, y me tiro al suelo para que no nos aplaste a nosotros también. Sigue hasta chocar contra un coche que venía por la calle y que no tenía nada que ver con la situación. Me levanto y con Alain corremos hacia la camioneta mientras Peter con su ametralladora nos cubre, apuntando al otro coche estacionado en el callejón. El hombre que había entregado el dinero está oculto detrás de ese vehículo junto con Baboc, quien, cuando comenzó el tiroteo, corrió a esconderse. Alain mete medio cuerpo en la camioneta y agarra los maletines. Suenan más disparos.

—¡Diablos! —Un tiro me roza el brazo. Miro alrededor y veo tres personas que vienen disparando desde fuera del callejón. Respondo el fuego y me parapeto tras la puerta de la camioneta junto con Alain. Los dos disparamos y vemos caer a uno de nuestros agresores. Los otros dos se separan, corriendo en distintos sentidos, y escucho los impactos a nuestro alrededor. Es entonces que Peter llega a apoyarnos con su automática. Uno de los atacantes cae y el otro se cubre tras un poste de luz. Salgo de mi escondite y camino derecho hacia el poste con el brazo extendido, apuntando. Comienzo a rodearlo hasta que alcanzo a verlo mejor. Recién entonces aprieto el gatillo y le doy de pleno en el pecho. El hombre me mira y suelta el arma. Cae y me acerco sin dejar de apuntarle. Veo que su herida es mortal. El hombre balbucea algo y me arrimo aún más.

—El Ajedrecista no perdonará esto —dice con su último aliento y muere.

—Podría haber dicho algo más interesante —dice Alain, que está parado con los dos maletines justo detrás de mí—. El tipo está muriendo, y en lugar de encomendarse a Dios, nos amenaza.

Lo miro a Alain y pienso en cómo se le ocurren cosas así en estos momentos. Escucho entonces el sonido de un coche maniobrar a velocidad y miro hacia el callejón. El coche que estaba estacionado arranca y acelera al salir. Peter le dispara y, si bien le da al vehículo, no alcanza a detenerlo. Alain y yo le disparamos también, pero el coche sigue su marcha y escapa. Peter llega corriendo hasta donde estamos nosotros.

—Tenían un equipo de respaldo esperando cerca —me dice—. No esperaba eso. Esta entrega debe haber sido más importante de lo que imaginaba.

Nos miramos los tres. Nos damos cuenta de que ya estuvimos demasiado tiempo aquí y que hemos hecho mucho ruido. Un par de coches frenan detrás de la camioneta y el coche chocado, que bloquean la calle. Vemos que el conductor está ileso. Bien. No hay víctimas civiles. Subimos a nuestro vehículo y nos marchamos. No hay nada más que hacer aquí.

PENSAR EN RETIRARNOS

Búnker de Andrew, Manhattan
Viernes, 8 de mayo, 10:15 p. m.

MIENTRAS VENÍAMOS EN EL COCHE, Alain quiso abrir los maletines, pero estaban cerrados con una clave numérica. Iba a forzarlos para ver con qué se encontraba dentro, pero desistió. Temía no poder volverlos a cerrar y sería una complicación para trasladarlos. Así que esperó a llegar al búnker.

Estamos todos aquí. Luego de terminado el operativo, avisamos por teléfono que veníamos en camino y nos confirmaron que estarían esperándonos.

Junior y Andrew vacían la pequeña mesa frente a los sillones y Alain apoya los dos maletines allí. Bob rodea la mesa, olfateando los objetos para él desconocidos. Kim revisa mi brazo, cada vez que vuelvo a este lugar tengo una herida nueva. Kim ya sabe dónde está el botiquín de primeros auxilios y me cura enseguida.

—Debes tener más cuidado, querida —me dice mientras me revisa la herida.

—Te aseguro de que lo tengo —le respondo—. Lo que no entiendo es por qué soy la única que siempre sale lastimada.

Nadie responde mi pregunta, todos están atentos a otra cosa.

—Ahora sí —dice Alain mientras saca una navaja de entre su ropa y comienza a manipular una de las cerraduras. Junior saca sus ganzúas y hace lo mismo con el otro maletín. De repente se escuchan dos clics y Alain mira a Junior. Los dos sonríen y, al mismo tiempo, abren los maletines, dejando expuesto su contenido. Se hacen a un costado para que todos podamos ver.

—Son muchos billetes —dice Andrew rompiendo el silencio repentino.

—Si cada fajo tiene diez mil dólares —dice Kim, haciendo un cálculo rápido mientras levanta uno de los fajos y ve que hay más debajo—, puede haber un millón en cada maletín.

—Okey —dice Junior y suspira—. Nunca vi tanto dinero junto.

—Creo que ninguno de nosotros lo ha visto —dice Freddy, quien agarra otro fajo para comenzar a contarlo.

Alain, por su parte, cuenta los fajos en uno de los maletines y Junior lo hace en el otro.

—Diez mil —confirma Freddy y arroja los billetes dentro del

maletín de nuevo.

—Diez mil —repite Kim, dejando su fajo donde lo había sacado.

—Cien fajos en este maletín —agrega Junior y vuelve a suspirar.

—Aquí también —confirma Alain sonriendo.

—Son dos millones —acota Peter. No porque los demás no podamos hacer la cuenta, sino porque está viendo implicaciones importantes—. El Ajedrecista estará muy molesto. Los más de veinte hombres que perdió desde que empezó esto son solo un número para esta gente. Pero dos millones de dólares es algo que les dolerá mucho. Son deudas que no se pagarán, favores que tendrán que pedir y una pérdida importante de poder.

—¿Qué crees que sucederá? —le pregunto a Peter. Él es quien más los conoce y, si podemos adelantar sus movimientos, tal vez tengamos una oportunidad.

—Por supuesto que intensificarán la búsqueda —dice él, convencido—. Solo que no será simplemente por un contrato. Ahora es algo personal, los hemos dejado muy mal parados. El Anillo Negro ha sido humillado frente a las otras ramas del Anillo, que no te queden dudas de que ya se han enterado todos. Y esto no solo afecta a la organización, la posición del mismo Ajedrecista podría estar en peligro.

—¿Y entonces? —pregunta Kim sin dejar de mirar el dinero.

—Debemos ir a fondo —digo mirando yo también el dinero—. Ahora tenemos los recursos para prepararnos mejor. Andrew, compra toda la tecnología que necesites y busca con Junior un nuevo búnker. Si hackearon el anterior, muy pronto pueden hacerlo también con este. Debemos estar preparados.

—Entendido —contesta Andrew, que se frota las manos. Debe estar pensando en los nuevos juguetes que conseguirá con ese dinero.

—Alain —digo, dirigiéndome a él—, inyecta efectivo en tus informantes. Necesitamos saber cualquier movimiento raro u otra información relacionada con el Anillo Negro. Y envíale una buena suma a quien te pasó el contacto, nos están buscando y queremos que mantenga la boca cerrada.

—Perfecto —me responde, afirmando con la cabeza.

—Peter —le digo mientras me inclino y tomo varios fajos de dinero —. ¿En la organización te vieron alguna vez con tu juguete?

—No —me contesta—, nunca lo usé frente a ellos.

—Mejor así —añado mientras le doy diez fajos a Freddy, que se me queda mirando, y recojo unos cuantos más—. Esperemos entonces que no te hayan reconocido, pero aun así, debes andar con cuidado, eras uno de los pocos que sabían que hoy se realizaría la transacción, así que pueden sospechar de ti.

Le entrego otros cien mil dólares a Junior y sigo juntando billetes.

—¿Qué es esto? —me pregunta Freddy al ver que no les doy ninguna explicación por el dinero que les estoy entregando.

—Esta es nuestra paga —les digo mientras le doy otro tanto a Peter y agarro más—. Si salimos con vida de esta, podremos tomarnos unas buenas vacaciones. O, en todo caso, es una buena base para quien piense en retirarse.

Ninguno dice nada. Le entrego su parte a Kim y separo más. Todos me observan, pensativos. Le doy a Andrew la suya y continúo. Peter observa el dinero en sus manos y luego me mira a mí. Le doy también a Alain sus billetes y recojo lo que me toca.

—Nos queda un millón trescientos mil dólares —prosigo—. Usaremos este dinero para los gastos de los que hablé antes y para lo que vaya surgiendo. Kim y Junior se encargarán de administrarlo, así que divídanlo en partes iguales y llévenlo con ustedes. Cualquiera que necesite algo, que les pida a ellos.

—¿Hablaste de retiro? —dice Junior, que se quedó pensando en lo que dije—. ¿Estás pensando en retirarte?

Dudo en contestarle. Luego lo miro.

—Lo más probable en este momento —contesto, buscando desviar el tema— es que mi retiro sea en una bolsa con los pies para adelante. Así que si logramos evitar eso, todos deberíamos pensar en retirarnos.

LOS ANILLOS

Los Hamptons, Nueva York
Sábado, 9 de mayo, 1:00 p. m.

—¿Por qué me encuentro aquí? —pregunta un hombre de unos setenta años. Está molesto. Usa chaqueta azul, camisa blanca, pantalones caquis y un pañuelo rojo al cuello—. Debería estar en mi casa de campo jugando con mis nietos.

—Lamento haber interrumpido tu sábado, Roland —responde un hombre que fuma un habano. La mano que sostiene el cigarro tiene un brillante anillo dorado con un símbolo muy particular, es un camaleón. Él es el anfitrión. Se encuentran reunidos los cinco hombres en su mansión de Los Hamptons.

El Camaleón es el jefe del Anillo de Oro. Este hombre es también el líder general del Anillo. Esta organización se dividía en cinco ramas y todos sus representantes estaban presentes. El hombre que se quejaba es el jefe del Anillo Verde, Roland Weinhaus. Su área de actividad es el narcotráfico. Comenzó a ganar poder en los sesenta, cuando, siendo apenas un adolescente, se convirtió en uno de los proveedores de hierba más importantes de California. De ahí el color de su anillo. Pronto acaparó también los psicodélicos y, por último, la cocaína. Cuando se estableció como número uno del narcotráfico a principios de los ochenta, tanto en California como en Florida, decidió extender su negocio hacia el norte; la meta era Nueva York. Para esa época, la mafia italiana estaba en decadencia y era el momento justo para que nuevas organizaciones irrumpieran en el hampa. Fue lo que ocurrió con Roland, solo que para hacerlo necesitaba ayuda local. Ahí fue cuando entró en juego Thomas Turner, un joven empresario exitoso que logró acaparar poder gracias al tráfico de influencias. Se asociaron y dieron origen al Anillo. Sin embargo, la ambición de Turner generó diferencias entre ellos. Roland Weinhaus estaba muy cómodo con su negocio, no le interesaba la política ni pretendía apoderarse del país, solo quería seguir vendiendo su droga sin ser molestado. Fue entonces cuando se generaron las distintas ramas del Anillo. Turner como líder general y las distintas ramas, sin ningún contacto entre sí, quedaban también bajo su control, excepto el Anillo Verde, que mantuvo su autonomía. Fue el arreglo al que llegaron, Roland Weinhaus apoyaría a la facción de Turner, pero nadie le diría qué hacer. Cuando Ainara mató a Turner, las ramas del Anillo debieron reorganizarse. Sin Turner

para coordinarlas, establecieron un pacto de cooperación y de no intervención entre ellas. Aun así fue necesario, para evitar debates interminables, que una de las ramas del Anillo tuviera el voto decisivo en esta sociedad. Fue el Anillo de Oro, de la mano del Camaleón, el que ocupó ese lugar, el cual siempre está en disputa de manera silenciosa. Tal vez sea Roland Weinhaus el único al que no le interesa esta lucha de poderes. Es por eso que no quiso ocupar ese puesto en primer lugar, siendo el candidato natural para hacerlo. Era por eso también en quien más confiaban el resto de los miembros, ya que lo consideraban un consejero bastante objetivo.

—Lo primero que debemos tratar es un problema que es necesario solucionar cuanto antes —prosigue el Camaleón—. El Anillo Negro tenía una tarea que llevar adelante. Hace un mes que asumieron la responsabilidad de acabar con Ainara Pons y aún no logró resultados. Al contrario, parece ser que esa mujer les está dando una paliza.

—Debo admitir —dice el hombre de traje negro, de unos cincuenta años, que se halla reclinado en un gran sillón con un vaso de bebida blanca en la mano; es el Ajedrecista, el líder del Anillo Negro—, que Ainara Pons nos está dando algún pequeño problema. Pero no es nada que no pueda resolver a la brevedad.

—Me parece, Victor —dice el Camaleón—, que treinta hombres muertos y dos millones de dólares perdidos es más que un pequeño problema.

—Si se compara con los miles de millones que te hizo perder Ainara con el asunto de la energía solar —dice el Ajedrecista—, me parece que mis dos millones no son nada. Si debí encargarme yo que ella es precisamente porque tú no pudiste hacerlo.

—¿En serio? —pregunta Roland—. ¿Todo esto es por una chiquilla pistolera?

—Te recuerdo, Roland —vuelve a hablar el Camaleón—, que esa chiquilla asesinó a tu amigo Turner y viene poniéndonos palos en el camino desde hace varios años.

—Incluso yo perdí dinero por culpa de ella —dice uno de los dos hombres que se había mantenido en silencio hasta el momento. Es el líder del Anillo Rojo, que maneja fuerzas paramilitares tanto en Estados Unidos como en el exterior—. Mi negocio con los albanos se vino abajo hace unos años por su intrusión. Así que si tú no puedes, déjame a mí, que mis mercenarios terminarán con esta situación en un par de días.

—Lo repito —insiste el Ajedrecista—, Ainara Pons nos ha dado algún problema, pero en poco tiempo será historia. Estamos tras la pista de su centro de operaciones. Hace una semana lo habíamos ubicado y así dimos con ella en primer lugar, pero lograron evadirnos y les perdimos el rastro. Mis expertos lo encontrarán nuevamente y le

caeremos con todo.

—Esperemos que así sea —dice el Camaleón—. No quiero que esto se siga extendiendo, y tantas muertes en las calles empiezan a llamar la atención.

—En eso estoy de acuerdo —contesta Roland—. Las muertes innecesarias no son buenas para los negocios. Hay que dar mucho dinero en sobornos para mantener esto fuera de la prensa. Esos buitres son peor que el Gobierno, siempre quieren más dinero.

Todos sonríen: Roland lo ha hecho de nuevo. Tiene el talento de relajar la situación en los momentos más tensos.

PRUEBAS CIRCUNSTANCIALES

Búnker de Andrew, Manhattan
Sábado, 9 de mayo, 2:40 p. m.

—ANDREW YA COMENZÓ con los gastos —me dice Kim.

—No te quejes, Kim —la interrumpe Andrew—. Esta tarde vendrán a instalarme unas puertas especiales que harán que todos estemos más seguros.

—No olvides buscar otro lugar —le digo—, hay que tener preparado un sitio alternativo.

—Ya rentó algo —dice Kim.

—No, no —la corrige Andrew—. Eso que renté ya lo tenía de antes, es para otra cosa, ya lo verán.

Junior abre la puerta para que entre Freddy, que camina directo hacia nosotros mientras se quita la chaqueta.

—Creo que sé quién es el Ajedrecista —dice Freddy sin ni siquiera saludar, y todos lo miramos con atención. Es el último en llegar. Nos juntamos para planear nuestros próximos pasos. El golpe que le dimos al Anillo Negro fue bastante fuerte, pero no era suficiente como para hacerlo caer, tenemos que encontrar una forma efectiva de darles un golpe final. Las palabras de Freddy nos traen nuevas esperanzas.

—¿Qué has descubierto? —le pregunto ansiosa.

—Cuando Andrew me pasó la lista de nombres que obtuvo del banco —explica Freddy, acomodándose—, hubo uno que me resultó familiar, pero que no lograba ubicar: Victor Zarevich Kozlov.

Miro a Peter para ver si sabe algo, pero se alza de hombros, no lo conoce. También lo miro a Andrew, y realiza el mismo gesto.

—Lo investigué —prosigue Freddy— y no encontré nada turbio en su historia, sin embargo, esta mañana recordé de dónde lo conocía y fui a la oficina a verificarlo. En los ochenta, cuando cayó la Unión Soviética, gran cantidad de rusos emigraron hacia Estados Unidos. La mayoría era gente honesta, pero también vinieron criminales, entre ellos, Ivan Kozlov. Este hombre se transformó en los noventa en el jefe de la mafia rusa de Nueva York. No lo había notado porque esto fue antes de mi tiempo, y me enteré de él de casualidad hace unos años, cuando revisaba expedientes viejos para otro caso.

—Déjame adivinar —interviene Alain—, Victor es el hijo de Ivan.

—Exacto —confirma Freddy.

—Es probable que sea él —dice Junior no del todo convencido—,

pero que sea el hijo de un mafioso no significa que también lo sea.

Todos lo miramos, extrañados.

—Déjenme ser un poco el abogado del diablo —aclara Junior sonriendo—, en este caso no he podido ejercer mi título.

—Está bien —prosigue Freddy—, pero déjame darte un dato más. Ivan Kozlov era conocido como «el zar de la mafia rusa» y a su hijo lo llamó Zarevich, que significa «hijo del zar». ¿No crees que seguiría su linaje delictivo?

—Okey —contesta Junior alzándose de hombros—. Ustedes ganan, es nuestro hombre. Se declara culpable.

—¿Cómo llegamos a él? —pregunto y lo miro a Peter.

—No lo sé —me responde, claramente perdido—, nunca había oído hablar de él. Pero hay otro nombre en la lista de Andrew que sí conozco, se trata de William Maxwell. Creo que es alguien importante en la organización y se expone bastante más que el Ajedrecista. Si podemos llegar a uno, tal vez alcancemos al otro.

—Bien —digo—. ¿Quién es él, Andrew?

—Es un economista —explica, él conoce a todos los hombres de su lista de memoria—. Tiene empresas de finanzas y un lindo edificio en Wall Street.

—He estado pensando en algo —dice Kim con el ceño fruncido—. Podemos atrapar a Maxwell, o incluso al Ajedrecista, pero siempre aparece alguien nuevo para fastidiarnos, debemos hacer algo más.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—¿Cuántas veces hemos arruinado los planes del Anillo? —nos dice más como reflexión que como pregunta—. Incluso has acabado con su líder. ¿Sirvió de algo? Apenas retrasamos sus planes un poco, nada más.

—¿Qué propones? —pregunta Peter, intrigado. A él no se le ha ocurrido en todo este tiempo ningún plan para terminar con la organización, así que entiendo su expectativa ante las palabras de Kim.

—La fuerza principal del Anillo reside en que nadie sabe que existen —prosigue Kim, y creo que comienzo a entender hacia dónde apunta—. Tal vez podamos exponerlos, sacar todo a la luz.

—¿Y cómo haríamos algo así? —vuelve a preguntar Peter cada vez más entusiasmado.

—Mientras revisaba los casos viejos para averiguar quién había atacado a Ainara —prosigue Kim—, me di cuenta de que tenemos un montón de información sobre las actividades ilícitas del Anillo. Si hiciéramos eso público, quién sabe lo que podría pasar.

—El FBI debería investigar —dice Freddy—. Con la obsesión de Smith por Ainara, no lo podrían detener. Smith es un jodido rencoroso, pero no es un corrupto. La única forma de silenciarlo sería

que lo maten.

—Espero que no lleguen a eso —digo entonces—. Smith es un grano en el lugar que no se ve, pero siento cierta simpatía por él.

Los demás me miran sorprendidos por mi confesión.

—Es que el hombre se ha esforzado mucho por atraparme —explico— y todo le ha salido mal. Solo quiere hacer su trabajo.

—No creo que alguien nos crea —dice Andrew, dejando de lado mi comentario, como si hubiera dicho una tontería. Creo que todos piensan lo mismo—. Son demasiadas cosas, parece algo de conspiranoicos.

—Tal vez no debamos contar todo —arriesga Junior—. Quizás con este solo caso tengamos suficientes pruebas. Hubo muchas matanzas en menos de una semana, la prensa está al tanto de esto. Si bien lo cubren diciendo que son guerras de pandillas, ¿qué pasaría si alguien comienza a unir cabos?

—Guiados por nosotros, claro —dice Andrew—. Yo podría filtrar información en las redes que confirmen nuestra historia. Además, como no pude lograr nada con los nombres, me puse a seguir la ruta del dinero. Hay transferencias y pagos cruzados que meterían preso de nuevo a Al Capone.

—Me parece bien —apruebo, pensando que esta vez quizás podemos lograr algo en serio. Creo que es la primera oportunidad en que nos ponemos a pensar en grande y como un verdadero equipo. He estado mucho tiempo tratando de protegerlos y hacer todo por mí misma, pero veo que ya están maduros, podrían hacer esto incluso sin mí. La idea de retirarme se refuerza, solo debemos terminar con esto. ¿Qué pasaría si se los dijera? ¿Cuántos me apoyarían? Me gustaría saber de antemano su reacción, pero no es momento para eso. Debo concentrarme en el caso—. ¿Cómo lo haríamos? Necesitamos un periodista.

—¿Recuerdan a Katy Ross? —pregunta Kim—. Es la periodista de California que nos ayudó en el caso de las energías renovables. Luego de ese reportaje se hizo bastante famosa y llegó a una cadena nacional. Se encuentra ahora aquí en Nueva York. Ya nos conoce y sabe que no andamos con cuentos. Creo que se involucraría si se lo presentamos bien.

—Excelente —digo, satisfecha—. Ya todos saben qué hacer, hay que preparar un caso como si fuera para la justicia, pero para los medios, por lo cual las pruebas circunstanciales son tomadas en cuenta y sirven tanto como cualquier otra. Junior, querías ejercer como abogado, te llegó el momento. Arma este caso, pero hazlo hoy mismo, quiero esto en las noticias lo antes posible.

—Disculpen —dice Freddy poniéndose de pie. Se aparta para atender el teléfono—. Sí, jefe, páseme la dirección que voy para allá.

Lo miramos, esperando que nos cuente qué ha sucedido. Él nos mira y sonríe.

—Smith se enteró de lo que hicieron anoche —dice refiriéndose al atraco en el callejón—. Lo estamos volviendo loco.

LA POLICÍA ESTÁ SUCIA

Escena del crimen, Nueva Jersey
Sábado, 9 de mayo, 4:05 p. m.

CUANDO FREDDY LLEGA a la escena del crimen, ve que el agente Smith y el detective Bronson ya están ahí. Piensa que Ainara ha conseguido un nuevo fan: Bronson la sigue tan de cerca como Smith. Tal vez demasiado de cerca.

—Hola, agente Tanaka —lo saluda Bronson con su sonrisa característica. Freddy le presta atención a su ropa, su traje y zapatos, sin ser de lujo, son de mejor calidad que los de la mayoría de los policías que conoce—. Le estaba explicando a Smith cómo sucedió todo. Hay testigos. Un coche, que casualmente pasaba por aquí, fue impactado por esa camioneta. El conductor salió ileso, así que nos dio bastantes detalles.

Bronson camina hasta la camioneta y pasa la mano por la chapa, llena de perforaciones.

—Nuestro amigo, el de la ametralladora, ha vuelto. —Luego señala un orificio distinto—. Y por supuesto, la Magnum de Ainara dejando su marca. Los testigos dijeron que eran dos hombres y una mujer.

—Así que ahora hay un tercer hombre —dice Smith—. Me pregunto si no será el del banco. Ainara tiene su propio equipo, ya lo descubrí en el pasado, pero por algún motivo no puedo llegar a ellos. Deben tener alguien que borre sus huellas, les haga identidades falsas o cosas así.

Bronson lo escucha con atención. Cuando se da cuenta de que Tanaka lo está observando, retoma su relato.

—Ainara y sus cómplices se acercaron a la camioneta y sacaron dos maletines —prosigue—, luego empezó un tiroteo. Al parecer, tres hombres vinieron por allí y comenzaron a disparar a Ainara y a sus socios. Allí quedaron sus cadáveres. Había otro muerto más al volante de la camioneta y otros dos en el suelo, más allá.

—¿Qué hay del otro coche? —pregunta Smith.

—¿Qué otro coche? —responde Bronson, sorprendido.

—Hablé con el primer oficial que llegó a la escena del crimen —explica Smith—. Los testigos le dijeron que vieron otro vehículo salir del callejón mientras sucedía el tiroteo.

—Ah, ese coche —responde Bronson como entendiendo a lo que se refiere—. Los testigos no dijeron nada preciso al respecto, ni siquiera

estaban seguros de que hubiera salido del callejón, podría haber sido alguien que quedó atrapado en el tiroteo como ellos. Es imposible saberlo.

—¿Y las cámaras del lugar? —pregunta Smith señalando una cámara de tránsito que debe haber tomado toda la escena.

—Fuera de servicio —responde Bronson y el agente Smith sacude la cabeza. Se queda pensando unos instantes.

—¿Dónde están los cuerpos? —pregunta Freddy.

—Ya deben estar en la morgue —contesta Bronson y luego cambia de tema—. Me informaron que los cuerpos del tiroteo anterior fueron incautados por el FBI. ¿A qué se debió eso?

—A que a partir de ahora estás relevado del caso —contesta Smith mirándolo fijo y sin pestañear—. El caso desde ahora queda en manos del FBI, así que mi gente se comunicará con usted para que le pasen todos los informes.

—Espere un momento —dice Bronson enfadado—. Usted no puede…

Smith lo interrumpe, metiéndole la orden en el bolsillo de la chaqueta.

—Ya está decidido y firmado —dice Smith dándose media vuelta —, llévese a sus hombres de aquí.

—No puede hacer esto —continúa gritando Bronson ya sin su sonrisa—. Le puedo ser muy útil, nadie sabe de este caso más que yo.

—Eso ya lo sé —dice Smith en voz baja—, sabe más de lo que admite.

En ese momento, llega una camioneta con agentes del FBI. Bajan del vehículo y se apropian del lugar, poniendo sus propias vallas. Uno de los agentes se acerca a Smith.

—Encárgate de recuperar los cuerpos que se llevaron los uniformados —le dice Smith y luego se aleja caminando hacia el callejón.

Freddy lo sigue.

—¿Qué sucede, jefe? —pregunta Freddy, intrigado, pero a la vez, satisfecho por la actitud de su jefe.

—Tenías razón, Tanaka —contesta Smith—. Conseguí los cuerpos de la matanza de los contenedores. La mitad de los cadáveres tenían antecedentes, pero la Policía los había registrado como desconocidos. Algunos de ellos trabajaban para la empresa de seguridad y el banco, incluso había uno del laboratorio contratista que quería hacer desaparecer la primera camioneta. Además, esto de que ninguna cámara funcione me está hartando. La Policía está sucia, Tanaka, y supongo que este Bronson también. Son demasiadas irregularidades. Ainara está en una guerra contra alguien que no sabemos quién es, pero que tiene muchas influencias. Tiene que haber algún enlace entre

estas empresas.

—No sé si lo notó, jefe —dice Freddy, tratando de guiarlo por el camino correcto—. Peón 8, Las Dos Torres, T&T, que averigüé que viene de Torres y Torres, son todos nombres relacionados con el ajedrez. Además, las tres empresas son manejadas por un fondo de inversión llamado Alfil Negro. Creo que es demasiada coincidencia.

—Es verdad —admite Smith, que se detiene de repente y lo mira, reflexionando—, tal vez hayas encontrado algo. Es tan evidente que no lo advertí. Le pediré al equipo de investigaciones fiscales que las revise y vea quiénes son las personas detrás de las empresas.

Freddy piensa en hablarle sobre Kozlov, pero se detiene, todavía no es el momento. Si demuestra saber más de lo que la investigación del FBI sugiere, Smith comenzará a dudar.

—Ya que estás tan afilado con tu intuición —dice Smith—. ¿Qué crees que había en esos maletines?

—Mire, jefe —dice Freddy, siempre midiendo sus palabras—, lo que a mí me parece es que tenemos dos escenarios distintos. El piso de Ainara, el puente de Brooklyn y la matanza de los contenedores parecen ser intentos por asesinar a Ainara. Pero lo del banco y esto parecen ser ataques de Ainara. Como lo suponíamos, tiene todo el formato de una guerra. Si Ainara y su cómplice entraron en un banco y aquí les quitaron dos maletines, es probable que se trate de dinero.

—¿Ahora se convirtió en una vulgar ladrona? —pregunta Smith, descreído— Eso no encaja con su perfil.

—Es que tal vez no sea por el dinero en sí mismo —aclara rápido Freddy—. Hay muchas formas de llevar a cabo una guerra, y una de ellas es debilitar la economía del enemigo.

—Entiendo lo que dices —responde Smith—. Si esta gente que persigue a Ainara tiene un ejército, como lo señalan las bajas que han tenido, sería estúpido confrontarlos directamente. Y Ainara no es estúpida. Los está atacando por donde más les duele, el bolsillo.

Freddy está contento, pero debe disimularlo. La conclusión a la que llegó su jefe es la que estaba esperando. Servirá para perseguir al Ajedrecista también de manera legal.

—Si hallamos a los fanáticos del ajedrez —dice Freddy para entusiasmar a su jefe—, también llegaremos a Ainara.

PUEDEN ENCONTRARNOS A TODOS

Búnker de Andrew, Manhattan
Sábado, 9 de mayo, 7:10 p. m.

—¿No crees que esto es demasiado? —pregunta Junior mientras pasa su mano sobre la reja de hierro que hizo instalar Andrew en la puerta.

—Ya escuchaste lo que dijo Ainara —responde Andrew desde su escritorio, frente al ordenador—. Vendrán por nosotros, así que hay que estar preparados. Ya tengo un nuevo sitio en mente, pero recién el lunes podré rentarlo.

—Aparte de esta reja —continúa Junior—, ¿hiciste algo más?

—¡Oh, sí! —exclama Andrew—. Vaya que hice algo más. Verás…

Cuando está por contar las nuevas medidas de seguridad, Bob, que estaba durmiendo en el sillón, se pone de pie y comienza a ladrar como loco. Suena una alarma y los dos se sobresaltan. Una ventana se abre en la pantalla de su ordenador y ve que hay hombres entrando por el corredor.

—¡Diablos! —dice Andrew y salta del asiento. Corre hasta la puerta y acciona una palanca. Una barra transversal de hierro traba la reja.

—¡Mierda! —dice Junior mirando a su alrededor—. ¿Y ahora qué hacemos? Estamos atrapados. ¿Cuánto aguantará esa reja?

—Lo suficiente, mira. —Mientras se comienzan a escuchar golpes en la puerta, Andrew hace clic en un botón en la ventana del ordenador y señala el monitor. Junior se acerca a ver—. Esto lo tenía de antes.

Comienza a salir un humo rojizo en el corredor y los hombres, que son al menos cinco, se tapan el rostro y dan marcha atrás.

Bob está frenético, ladrando frente a la puerta. En la habitación, empieza a filtrarse el humo por debajo de la puerta.

—Esto nos dará tiempo —dice Andrew a la vez que presiona otros botones en la pantalla. Agarra su ordenador portátil y un disco externo que estaba conectado a su red—. Aquí está todo copiado. Odio desperdiciar tantos equipos. ¡Vámonos!

—¿Dónde vamos a ir? —pregunta Junior, nervioso, mientras se acerca a Bob y le coloca la correa—. Estamos atrapados.

—Sígueme —dice Andrew mientras comienza a caminar hacia su habitación—. Aquí habrá un pequeño incendio controlado.

De repente, comienzan a escucharse de nuevo golpes en la puerta.

Miran la pantalla y ven más hombres, quizás diez, pero ahora con máscaras de gas.

—Rápido —dice Andrew.

Junior agarra uno de los maletines con la mitad del dinero. En vez de llevarlo a su casa, lo había dejado aquí, el resto se lo llevó Kim.

—Vamos, Bob —dice Junior, tironeando al perro de la correa, que se resiste a moverse—, eres más testarudo que tu dueña.

Entran en la habitación, cierran la puerta y Andrew va hasta un viejo guardarropa. Lo corre y allí se ve una puerta de metal reforzado recién instalada.

—Esto sí es nuevo —dice Andrew mientras inserta una extraña llave en la puerta y la hace girar. Se escucha el ruido de mecanismos y esta se abre.

—¿A dónde da esto? —pregunta Junior a la vez que oyen el ruido de una sierra eléctrica.

—Demonios —dice Andrew, y en eso, el perro se le escapa a Junior y salta contra la puerta de la habitación como queriendo tirarla abajo —, vinieron preparados. Pasa.

Andrew mete la mano en la habitación que está tras la puerta y enciende una luz. Recién entonces Junior ve que es una habitación enorme y vacía. Hay un bolso grande y una mochila en un rincón. Nada más. Junior vuelve a tomar la correa de Bob y lo arrastra.

—Colabora, Bob —dice mientras mira el nuevo cuarto—. ¿Y esto?

—Espera —contesta Andrew y se queda quieto, como queriendo escuchar algo. En ese momento se oyen varias detonaciones casi simultáneas y Bob se sobresalta—. Bien. Ya no podrán obtener nada de esos equipos.

Junior se queda en la habitación vacía, sosteniendo a Bob, mientras Andrew arrastra el guardarropa para volver a cubrir la entrada. Huele a quemado y comienza a sonar la alarma de incendios. El animal comienza a aullar.

—Basta, Bob —insiste Junior—, los atraerás a nosotros. Queremos despistarlos, no llamarlos.

Bob lo mira y deja de ladrar, se le acerca a Junior y deja de forcejear.

—Este perro no es normal —dice este. Andrew le va a contestar algo, pero se escucha un gran ruido metálico. Deben haber arrancado la reja. Andrew cierra la puerta con la extraña llave.

—Van más rápido de lo que supuse —dice mientras camina hacia otra puerta que da a un corredor. Prende la luz. Recoge el bolso y la mochila y avanzan.

—Este es el motivo por el que renté esa propiedad en primer lugar —explica Andrew mientras caminan rápido por el largo pasillo—. Porque lindaba con este depósito que también estaba en renta. Renté

ambos. Por este lugar le pedí el dinero a Kim.

Llegan al final del pasillo y el *hacker* saca otra llave. Cuando la va a meter en la cerradura, se vuelve a escuchar el sonido de la sierra eléctrica detrás de ellos. Se miran sorprendidos. Bob está parado tranquilo junto a Junior.

—Apúrate —dice él.

Andrew asiente con la cabeza y abre la nueva puerta. Se escucha un golpe fuerte, la otra debía haber caído. Salen y vuelven a cerrar la puerta con llave. Todavía hay movimiento en la calle porque esta era una zona comercial. Bob tironea de la correa y arrastra a Junior hasta un poste de luz, hace sus necesidades y se relaja. Junior menea la cabeza y comienzan a caminar rápido hacia la estación de metro más cercana.

—Casi nos agarran —dice Andrew cuando bajan al metro y empieza a relajarse—. Venían preparados para todo.

—Si llegaron hasta ti —dice Junior—, pueden encontrarnos a todos.

—Le avisaré a Kim —contesta Andrew mientras saca su móvil—. Ella tiene en su piso registro de todas nuestras actividades y el resto del dinero.

—Yo la llamaré a Ainara —dice Junior, que también saca su móvil —. Kim no debe ir sola a su piso, no sabemos con qué se puede encontrar.

—Esperemos estar aún a tiempo —afirma Andrew a la vez que escucha el sonido del teléfono llamando.

—Espera —dice Junior de repente—, no podemos entrar al metro con el perro.

Andrew observa a Bob y luego lo mira a Junior. Trae hacia adelante la mochila que colgaba de su hombro. Saca de uno de los bolsillos unos lentes negros y se los da a Junior.

—Ya está —dice Andrew—. Ahora eres ciego y Bob es tu lazarillo.

VE POR TU PULITZER

Un bar en Manhattan
Sábado, 9 de mayo, 7:10 p. m.

KIM ESTÁ SENTADA en un bar de Broadway. Hace diez minutos que espera. La periodista Katy Ross está llegando tarde. Habían quedado a las siete en punto. Hablaron temprano en la tarde. La mujer se sorprendió con la llamada de Kim, pero no dudó en aceptar la propuesta de encontrarse con ella. La última vez que hablaron le valió a la periodista un gran avance en su carrera, no podía menos que aceptar venir a escuchar a Kim, aunque solo sea por cortesía.

—Disculpa la demora, Kim —dice la periodista, que entra caminando a espaldas de Kim y se sienta frente a ella.

—No hay problema —responde Kim. Katy lleva su cabello rubio con un bonito corte y usa ropa elegante. Tiene mucho más estilo que la última vez que se vieron. Nueva York le sentó bien—. Te agradezco que te hayas hecho un espacio para verme, están pasando muchas cosas y muy rápido. Creo que lo que tengo te va a interesar.

—Bueno —responde Katy—, la última vez me diste algo bueno. Cuéntame de qué se trata. Ahora no estoy en una cadena local y es más difícil llevar algo a la pantalla, pero ya me has sorprendido una vez.

—¿Te has enterado de la matanza en el puerto? —pregunta Kim.

—Sí —confirma la periodista.

—¿Y del tiroteo en el banco? —vuelve a preguntar Kim.

—Algo —le contesta—. Una mujer loca empezó a disparar en la puerta de un banco y luego huyó.

—Ninguna loca —niega Kim agitando su mano derecha—. Los dos hechos están relacionados. También hay cuatro muertos en un piso y un tiroteo en el puente de Brooklyn que fue ocultado por la Policía, diciendo que se trató apenas de un accidente. Te pasaré imágenes de uno de los vehículos para que me digas qué clase de accidente deja impactos de bala.

—¿Es alguna guerra de pandillas? —pregunta la periodista, tratando de comprender.

—Sí, es una guerra, pero no de pandillas —explica Kim—. Es una guerra entre la mafia y mi grupo. Verás, somos detectives privados que trabajamos en casos muy delicados. Lamentablemente, nos hemos topado más de una vez con esta mafia y hemos desbaratado sus

planes. Por eso nos la tienen jurada y se han comprometido a hacernos desaparecer del mapa. Nos persiguen para asesinarnos.

—¿Estás en peligro? —pregunta la periodista y mira a los costados. Se ha dado cuenta de que ella también podría estar en peligro ahora.

—Sí, por eso estoy recurriendo a ti —continúa Kim con su explicación—. El mayor poder de esta organización delictiva reside en el secreto, nadie sabe que existen. Es por eso que creemos que la mejor forma de protegernos es exponiéndolos. Si el público se entera de su existencia, estarán en serios problemas, se les acabará el negocio.

—Bien —dice la periodista—, soy toda oídos.

—Okey —dice Kim, viendo que ha captado su atención—. Hay una organización secreta llamada el Anillo. Son sumamente poderosos y tienen infiltrados en todos los niveles, desde la política a la Policía. Incluso debe tener alguno de sus esbirros en tu canal, quienes harán lo imposible para que esta historia no salga a la luz.

—Ya veremos —la interrumpe la periodista.

—De hecho —prosigue Kim—, eso te ayudará a saber quiénes son miembros de esa organización. Debes dudar de todos los que quieran impedir que esta historia salga al aire. Por ejemplo, cuando ocurrió el motín de la cárcel que cubriste en su momento, fueron ellos los que mataron al presidiario. Él estaba a punto de desenmascararlos y nosotros intentábamos sacarlo de la cárcel para protegerlo. Como debes recordar, no llegamos a hacerlo, apenas si pudimos escapar nosotros.

—¿Tú estabas ahí? —pregunta Katy, sorprendida. Kim afirma con la cabeza.

—Aun así —prosigue Kim—, nuestra acción le arruinó al Anillo un negocio de miles de millones de dólares. El hombre que mataron en la cárcel era el dueño de la mayor empresa de energía solar y estaba negociando para que saliera una ley que impulsara ese tipo de energía en contra de los combustibles fósiles. ¿Comprendes de lo que estoy hablando? Esta gente hace nuestras leyes y decide nuestro destino.

—Entiendo —afirma la periodista.

—A partir de allí empezaron a perseguirnos —prosigue Kim—. Tengo pruebas de que la Policía ha tapado la cuestión, ha hecho desaparecer las evidencias y cerrado los casos sin investigarlos. Esta organización tiene distintas ramas, la encargada de perseguirnos es conocida como el Anillo Negro. Se dedica al lavado de dinero y al espionaje. Sobre ellos tengo mucha información. Te daré datos de lavado de dinero, transferencias falsas y una red de empresas que se encarga de los trapos sucios. Es conveniente que vayas sobre esta rama de la organización porque está en una posición más débil. Si vas contra el Anillo entero, no llegarás a ningún lado, así que por el

momento no debes nombrarlo.

—Espera, Kim —dice Katy, echándose atrás en la silla—. Lo que me cuentas suena a conspiración. Eso está muy bien para las redes, pero llegar a la televisión nacional será muy difícil. Aunque no hubiera infiltrados en la cadena, nunca dejarán salir al aire algo así. Habría que tener una prueba demasiado grande y mostrarla en directo, para que no lo frenen.

Kim se inclina a un costado y sube a la mesa una bolsa negra.

—Ten esto —dice—, te ayudará a limar asperezas. Úsalo correctamente y se abrirán algunas puertas.

Katy toma la bolsa y mira su contenido. Abre los ojos, sorprendida.

—¡Diablos! —exclama y vuelve a mirar a Kim.

—Son cien mil dólares —explica Kim—, se lo quitamos al Anillo Negro en Nueva Jersey. También lo habrás visto en las noticias. A quienes te pongan palos en la rueda, con esto podrás endulzarlos un poco.

—No sé qué decir —responde la periodista sin dejar de mirar el dinero.

—Aquí tienes toda la información que necesitas —continúa Kim mientras le entrega un sobre manila—. Nuestro abogado armó un caso completo para que pudieras trabajar. Hay fotos, documentos y un *pendrive* con videos interesantes. Arma tu entrevista, y cuando la tengas preparada, sabrás cómo presentarla.

Kim se da cuenta de que está vibrando su móvil. Lo agarra y ve que se trata de Andrew, la está llamando desde hace rato.

—Hola —dice ella.

—Escucha —le habla Andrew con urgencia—. Nos atacaron, perdimos el búnker. Ve de inmediato a tu casa y llévate todo lo de valor. Espera a Ainara para entrar, no sabemos si ya están allí. Luego hablamos.

—Entendido —responde Kim y corta. Luego mira a Katy—. Ha surgido algo y debo irme. Creo que ha quedado todo claro. Ve por tu Pulitzer.

¡POR DIOS!

Piso de Kim, Manhattan
Sábado, 9 de mayo, 8:15 p. m.

LLEGO con Bennett hasta la calle del piso de Kim. La vemos venir a ella junto con Alain.

—Llegamos tarde —dice Kim cuando está a mi lado. Miro por encima de su hombro y veo una camioneta parada justo en la puerta del edificio. Solo el conductor está dentro.

—Allí hay otro —dice Peter, señalando con un breve movimiento de cabeza hacia el lugar referido. Está en la puerta.

—El resto debe estar adentro —agrega Peter y se lleva la mano a la chaqueta. Está tanteando la ametralladora que lleva oculta.

—Espera —le digo, apoyando mi mano sobre la suya—. Si hacemos escándalo aquí abajo, los de arriba quedarán sobre aviso. Hubiera preferido llegar antes y evitar otro enfrentamiento, pero ya no hay caso, tenemos que actuar.

—¿Qué sugieres? —pregunta Peter, que no deja de observar los movimientos de aquellos hombres.

—Ustedes dos se encargan del que está en la puerta —les digo— y yo del conductor.

—¿Yo qué hago? —pregunta Kim.

—Ten esto —le digo mientras le alcanzo un auricular con micrófono. Yo me pongo el otro que tenía: no me quedaban para mis demás compañeros—. Tú te quedas aquí abajo mientras subimos, y me avisas si llegan refuerzos. Ten tu arma lista, pero no te acerques, a no ser que no haya alternativa.

—Comprendido —dice Kim, con el auricular puesto y hablándole al mío, en mi oído derecho. La veo meter la mano en su bolsa y aferrar su arma.

—Vamos —indico y muevo la cabeza, invitándolos a moverse—, ustedes primero.

Peter y Alain empiezan a caminar por la acera hacia el edificio de Kim y yo cruzo la calle para ir por la mano de enfrente. El conductor tiene la ventanilla baja; perfecto. Veo que mis compañeros llegan hasta la entrada. Pareciera que van a seguir de largo, pero Peter gira, dándole un codazo en el mentón al hombre, el que lo hace rebotar contra la pared que tiene atrás. Alain entonces le da un puñetazo en el estómago y, cuando el hombre se inclina hacia adelante, Peter levanta

los dos brazos y con las manos unidas le da en la nuca. El hombre cae al suelo de forma instantánea. El conductor de la camioneta se sorprende y saca su arma. No llega a apuntar porque le doy un culatazo de mi Magnum en la sien a través de la ventanilla. El hombre gira atontado y me mira. Le vuelvo a dar con la culata, pero esta vez en la nariz. La cabeza se sacude, rebota y se va hacia adelante hasta quedar apoyada en el volante. Le levanto la cabeza y le miro la cara. Le incrusté la nariz hacia adentro; este no la cuenta. Lo dejo caer nuevamente. Rodeo el vehículo y voy hacia donde están los muchachos. Me esperan, acaban de ver lo que hice. El hombre que está en el suelo comienza a moverse. Alain no pierde tiempo, le patea la cabeza y este no se mueve más.

—El piso está en la segunda planta —explico mientras veo que la puerta de entrada al edificio está abierta y trabada con un ladrillo—. Yo voy por el elevador y ustedes por la escalera.

—Espera —dice Alain—, alguien baja por el elevador.

—Okey —digo mirándolo a Alain—. Tú quédate al frente.

Le hago señas a Peter para que se quede a un lado del elevador y yo ocupo el otro. Cuando la puerta se abre, veo a Alain, quien mira hacia el elevador y sonríe. Entonces, una mano que sostiene una pistola comienza a asomarse. Veo a Peter tomarlo de la muñeca y tirar hacia afuera. Yo le doy una patada directo a la mandíbula. Peter se queda con la pistola, que por fortuna no se llegó a disparar, y Alain se le abalanza, cayendo sobre él dentro del elevador. Me acerco para ayudar, pero ya Alain lo noqueó. Veo el ya conocido maletín en el suelo y lo agarro. Lo abro y compruebo que es el dinero. Bien. Peter arrastra al hombre fuera del elevador.

—Kim, ven rápido —digo por mi intercomunicador—, te necesito.

Me acerco hasta la acera y veo a Kim venir corriendo. Cuando llega, le doy el maletín y le hago seña para que siga. No se detiene y prosigue su andar, pero ahora con el dinero a salvo. Solo falta rescatar el ordenador dentro de la caja fuerte.

—Ahora sí —digo mientras regreso y me meto al elevador—, vamos.

Se cierran las puertas y empiezo a subir. Reviso mi arma. Ya no es necesario ser silenciosos. Es importante que ese ordenador no caiga en manos del enemigo, así que no podemos fallar.

—Freddy me acaba de escribir que está llegando —anuncia la voz de Kim por el auricular.

—Bien —respondo. Con Freddy aquí, no debemos preocuparnos de la policía. Cualquiera que haya pasado por la calle puede haber visto algo raro y llamado al 911. Esto está sucediendo sin planificación, así que puede pasar cualquier cosa.

El elevador se detiene. La puerta se abre y apunto al frente. No hay

nadie. Salgo y miro a los costados. Nada. Llegan Alain y Peter. Camino hacia la puerta de Kim, que está entreabierta. Escuchamos golpes como de martillo contra una pared y nos miramos. Abro la puerta despacio y no se ve a nadie en la sala. Caminamos dentro hacia la habitación, es de donde viene el ruido. Cuando me asomo, veo a dos hombres. Uno de ellos sostiene una enorme hacha en alto. La pared alrededor de la caja fuerte está destruida. Trataban de sacar la pequeña bóveda de cuajo. Los dos hombres me ven y se sorprenden. Uno de ellos intenta apuntarme con su pistola, pero le disparo primero. El otro solo atina a intentar arrojar el hacha, pero Peter los baja con una corta ráfaga de su ametralladora. Lo miro.

—De verdad te gusta eso —le digo y él se alza de hombros—. Hago una llamada a Kim, necesito la clave.

Kim me la da y me acerco. Introduzco los números y la puerta se abre. Saco el ordenador de adentro.

—Ya está —afirmo—. ¿Quieres que me lleve algo más, Kim?

—Hay un bolso verde con lo básico preparado —escucho decir a Kim—. Como me enseñaste.

—Bien, nos vamos —digo mientras recojo el bolso y salimos. Todos tienen un bolso igual listo con documentos, ropa y dinero. Supongo que aquí están los cien mil dólares.

Esta vez bajamos los tres por la escalera. Al llegar a la calle, vemos que los tres cuerpos siguen tendidos en su lugar, dos en el vestíbulo del edificio y el tercero en la camioneta.

—¿Usamos esta camioneta? —pregunta Alain.

—No. —Lo detiene Peter tomándolo del brazo—. Todas tienen localizador satelital. Nos hallarían enseguida.

Una mujer mayor llega al edificio y nos mira. Ve también a los dos hombres en el suelo y se lleva la mano a la boca.

—No se preocupe, señora —le dice Alain intentando tranquilizarla —. Ya llamamos a la policía, quisieron asaltar a una vecina, pero afortunadamente pasábamos por la puerta y la salvamos.

—¡Por Dios! —exclama la señora y se mete rápido al elevador.

—Vámonos rápido —dice Kim cuando llega hasta nosotros—. Ya se oye una sirena, la policía está llegando.

EL CÉSAR

Quinta Avenida, Manhattan
Domingo, 10 de mayo, 1:10 p. m.

TERMINO DE COMER un gran plato de pasta. No acostumbro a comer tanto, pero debía hacer tiempo y aproveché. Es un restaurante lujoso, tampoco acostumbro a venir a lugares como este. Normalmente, si lo hago en algún lado, es en alguna tienda de comida rápida. Aquí, como en todos los lugares caros, demoraron en traerme los platos. Primero pedí de entrada un antipasto. Nunca lo había comido y me gustó. Pediría un postre para seguir haciendo tiempo, pero ya no puedo más. Así que le hago señas al camarero.

—Un café *ristretto* y la cuenta, por favor —le digo cuando se acerca.

El camarero afirma con la cabeza y se va. Miro por la ventana, no se ve nada raro afuera. Es extraño estar sentada tan cerca del vidrio a la vista de todos. Pero esa era la idea. Llega el café y la cuenta. Vaya, son unos cuantos dólares. Pago en efectivo y me tomo mi tiempo para saborear el café. Es pequeño y fuerte, pero está muy rico; creo que me gusta más que el que sirven en la cadena más popular.

Al terminar, me levanto y salgo. Cuando atravieso la puerta, saludo al guardia de seguridad, es de la empresa T&T. Espero que haya hecho bien su trabajo, sino habré perdido medio día en vano.

Camino por la calle hacia la izquierda, estoy atenta a cualquier movimiento extraño. Entonces la veo, es una camioneta negra estacionada más adelante. Voy directo hacia ella.

—¿La vieron? —pregunto. Tengo el auricular puesto.

—Sí —escucho a Peter decir—. Ya estamos en posición.

Los veo a Peter y a Alain caminar hacia mí. Nos encontraremos justo a la altura de la camioneta. Ya estoy a un par de pasos, así que meto la mano en mi bolsa y sostengo el arma. Advierto que las puertas que dan a la acera se abren violentamente, entonces del vehículo bajan dos hombres armados y me disparan. Recibo los impactos en el pecho y caigo hacia atrás. No llego a verlos bien, pero me doy cuenta de que vienen hacia mí. Ahora escucho unos ruidos secos. Veo que los dos se sacuden y caen. Detrás de ellos están Alain y Peter, cada uno con una táser en la mano. Veo que el conductor se asoma y le disparo desde el suelo, perforando mi bolsa, que queda humeando. Le doy y cae hacia atrás, pero se recupera e intenta arrancar la camioneta. Es

entonces Peter quien le dispara y el hombre esta vez ya no se mueve. Alain se acerca y me ayuda a levantar. Me sacudo la ropa y me saco el suéter para dejar a la vista el chaleco antibalas con los dos orificios.

—¿Estás bien? —me pregunta Alain.

—Sin un rasguño —respondo. Son sicarios profesionales, contaba con eso. El primer tiro siempre va al pecho para no fallar, luego me iban a rematar con un tiro en la cabeza una vez que estuviera quieta en el suelo.

Llega Junior con otra camioneta y cargamos a los dos hombres aturdidos. Los metemos dentro y Junior arranca. Todo salió como lo planeamos ayer por la noche. Lo decidimos cuando nos reunimos en un piso que consiguió Junior. El nuevo búnker estará disponible recién hoy, Andrew debe encargarse de eso ahora. Estuvimos de acuerdo en que era necesario volver a tomar la iniciativa. Estábamos preparados y por eso salimos airosos del ataque, pero no podemos abusar de nuestra suerte. Planeamos tender esta trampa para capturar a alguno de los sicarios y obtener información. Ahora tenemos dos, algo les sacaremos. Junior encontró una bodega en el Bronx que nos servirá. Hacia allí vamos. Peter y Alain ataron y amordazaron a los dos sicarios, que ya están volviendo en sí.

—Allí es —dice Junior cuando frenamos frente a una persiana cerrada.

Alain baja y levanta la persiana. La camioneta ingresa al lugar y Alain vuelve a cerrar. El sitio está vacío. Solo vemos el coche de Junior estacionado a un costado. Al terminar aquí, abandonaremos la camioneta y nos iremos en el coche.

—Mañana vuelve a estar activo —dice Junior—, pero por hoy el sitio es nuestro.

Una vez estacionados, todos bajamos del vehículo y arrastramos a los hombres, que caen pesadamente al suelo.

Peter les quita la mordaza.

—Es hora de cantar, pichones —le dice mientras patea a uno de ellos en las piernas.

Los dos hombres se miran, pero no dicen nada. Tienen las manos atadas al frente. En un movimiento rápido, uno de ellos se lleva las manos a la boca. El otro va a hacer lo mismo, pero Alain se lo impide.

—Mierda —digo a la vez que me acerco al que se metió algo en la boca. Está empezando a convulsionar—. Otra vez lo mismo. Este ya no nos sirve.

No puede ser que no me haya dado cuenta de que lo harían de nuevo. Ya se me suicidó el anterior que había capturado, ahora tendría que haber estado más atenta. No sé si me estoy poniendo vieja o qué, pero no me concentro como antes. Me enderezo y me acerco al otro. Alain me muestra las pastillas que logró sacarle de las manos.

—A ti no te dejaremos ir tan fácil —le digo al sicario, que me observa desde el suelo—, así que no te hagas ilusiones.

—No entienden, estúpidos —me grita—, el Anillo Negro los matará a todos. A mí también y a mi familia.

—Creo que nos subestimas —le digo con voz calmada—. Ya perdí la cuenta de los muertos que hay en sus filas desde que esto empezó.

El otro sicario en el suelo da un último sacudón y se queda quieto.

—¿Ves? —continúo—. Ahí tienes uno más. Mientras tanto, nosotros seguimos aquí como si nada. Es hora de que te des cuenta de quién está ganando esta guerra. El único problema que tenemos es que estamos aburridos de matar peones y caballos, es momento de atacar al rey. Para eso te necesitamos. ¿Cómo llegamos al Ajedrecista?

—Ustedes están locos —dice el hombre meneando la cabeza—. Nadie puede acercarse al Ajedrecista, y si les dijera algo, hasta el perro de mi madre terminaría en una zanja.

—El que no entiende eres tú —le contesto, agachada, para tenerlo bien cerca—. No importa lo que digas o no, el Ajedrecista irá igual por el perro de tu madre. A no ser claro que nos digas algo que valga la pena. En ese caso, nosotros los protegeríamos.

—No pueden protegernos —dice el tipo, apretando los dientes—. Ellos están en todos lados.

No le digo nada. Miro hacia ambos lados y luego le hablo a los muchachos.

—¿Ustedes ven a alguien? —Ellos hacen la misma mímica de mirar a ambos lados.

—No, a nadie —dice Peter, que luego lo mira a Alain—. ¿Tú ves a alguien?

—No, nadie —responde Alain—. Parece que no hay nadie.

—¿Ves? —vuelvo a hablarle al sicario—. Aquí no hay nadie. Definitivamente, no están en todos lados.

El hombre está un poco desconcertado, no sabe si jugamos o hablamos en serio.

—No lo dudes, podemos protegerte —insisto—. ¿Piensas que somos solo nosotros?

Los demás me miran sin comprender mientras yo hago mi jugada.

—Para ti y tu familia tengo preparado el programa de protección al testigo —miento—. Pero al poco tiempo, cuando no quede nada del Anillo Negro, podrás andar por la calle de lo más tranquilo. Verás, hay gente muy poderosa que se ha cansado del Ajedrecista y su organización.

Le muestro mi pulgar y lo giro hacia abajo.

—El César los ha sentenciado —prosigo—, así que en poco tiempo tu organización será solo un recuerdo.

—¿Quién es ese César? —pregunta el hombre aún más

desconcertado que antes.

—Eso no te incumbe —continúo con mi cuento—, solo te diré que el Ajedrecista es una mosca que está molestando al César y nosotros somos el insecticida. El Ajedrecista caerá. ¿Vale la pena que tú y el perro de tu madre también caigan?

El sicario baja la vista y se queda pensando. Parece que está evaluando mi propuesta.

—No sé nada del Ajedrecista —afirma al fin—, pero sé quién es el hombre más cercano a él.

—¿Quién es? —pregunto.

—William Maxwell —responde.

—Eso ya lo sabemos —le digo—. Me tendrás que decir algo más que eso. Si nos pudieras dar algún dato sobre Maxwell… ¿Sabes cómo llegar a él?

—Sí, sí —me contesta—. Hoy es el día perfecto para llegar a Maxwell. Un domingo al mes hace cerrar un burdel solo para él. Es el único momento en que está vulnerable. Luego vuelve a alguna de sus propiedades, que son como un fuerte.

—Bien —digo con una sonrisa—, ahora nos estamos entendiendo. Dime todo lo que sabes. No soy rencorosa, yo te ayudaré.

EL PÁJARO CANTOR

Bushwick, Brooklyn
Domingo, 10 de mayo, 2:40 p. m.

APENAS SUBIMOS a la camioneta para alejarnos del depósito, los muchachos me preguntaron qué era eso del César.

—No sé —respondí sonriendo—, improvisé. Nadie le tiene miedo a una chica. Un personaje misterioso y con mucho poder es otra cosa. Cualquiera de estos estúpidos haría lo que sea si el César se lo pide.

Los muchachos se rieron con mi respuesta. Enseguida llamé a Freddy para ponerlo al tanto de todo lo que había sucedido. La idea era que el FBI encuentre al sicario y el tipo cuente todo, era necesario que armen un caso contra el Ajedrecista. Pegarle un tiro en la frente es una opción que conozco muy bien, quizás podamos hacerlo distinto en esta ocasión.

En unos minutos, entramos a Brooklyn y llegamos al barrio de Bushwick, la parte más pobre de la ciudad. El nuevo búnker se halla aquí.

Al llegar, vemos un taller mecánico cerrado.

—¿Está bien la dirección? —pregunta Peter. Es muy distinto a donde estábamos antes.

—Sí —responde Junior—, debería ser aquí.

Justo en ese momento, el portón del taller se abre y aparece Kim dentro del lugar, haciéndonos señas para que entremos. Junior avanza y, una vez dentro, Kim vuelve a cerrar el portón.

—Sé que no es el lugar más cómodo —dice Andrew, que sale por una puerta a recibirnos mientras estamos bajando del vehículo—. Pero es lo más seguro que pude encontrar. Por la información que obtuve del banco, supe que en este barrio no hay seguridad de T&T. Así que no hay ojos indiscretos que nos puedan delatar.

—Bien hecho —le digo. No había pensado en eso, es bueno tener un equipo tan eficiente.

Lo empezamos a seguir. Atravesamos la puerta y pasamos a una habitación vacía. Andrew cierra la puerta con llave detrás de nosotros y escucho ladridos.

—¡Bob! —grito—. ¿Estás ahí?

Escucho más ladridos y rasguños en la puerta que está en el otro extremo. Estos días lo estoy dejando abandonado. Lo veo solo a ratos.

—Ya va, bestia —dice Andrew tratando de calmarlo. Abre la

puerta y sale Bob, disparado, en dirección a mí. Me salta encima y casi me tira al suelo.

—Sí, cariño —le digo—. Mamá ya está aquí. Perdóname por estar tan poco contigo.

Me quedo acariciándolo unos segundos y luego sigo a los demás, que ya pasaron a la siguiente habitación. Bob se adelanta, moviendo el rabo. Esto sí ya se parece más a un búnker de Andrew. Escritorio y ordenadores. Si no fuera porque todo está muy sucio, diría que nada cambió demasiado. Lo único es que ya no tenemos sillones, apenas unas sillas, que se ve que son nuevas.

—Perdonen las incomodidades —vuelve a disculparse Andrew—. No tuve tiempo para conseguir más cosas.

—No te preocupes —dice Peter—, bastante hiciste en tan poco tiempo.

—Hice algunas cosas más —agrega—. Según los datos que me dieron, ya sé todo sobre el burdel, tengo planos y lo que sea necesario.

—Parece que el pervertido de William Maxwell tiene un complejo de inferioridad —dice Alain—. Cierra el burdel para él solo y no deja que entre ningún hombre, ni siquiera su seguridad. No querrá que comparen su cosita.

—Eso nos sirve —dice Peter—. Lo tendremos todo para nosotros.

—No será tan fácil —explica Andrew y señala la pantalla de su ordenador. Nos acercamos y vemos el plano del sitio—. El lugar es una fortaleza. No se puede entrar sin ser visto. Para llegar a él, habría que librar una batalla en la calle contra un ejército. Para cuando lleguemos a Maxwell, ya estarían arribando refuerzos.

—Entonces, debemos hacer algo distinto —dice Kim pensativa—. Podríamos esperarlo dentro.

—Imposible —afirma Peter—. La seguridad, obviamente, entrará primero y revisará el sitio antes de que él ingrese. No tenemos dónde escondernos.

—Tal vez tú no puedas esconderte —dice Alain con picardía—. ¿Pero qué hay de Ainara?

—¿Perdón? —pregunto sin comprender.

—Sigues siendo una chica muy atractiva —explica Alain, sonriendo—. Pasarías como una trabajadora más.

—Debe haber otra forma —dice Kim en clara oposición a la propuesta de Alain—. No puede entrar ella sola allí, si la descubre la seguridad, estará en graves problemas.

—Está bien, Kim —le contesto. Sé que no lo dice por la seguridad, no sería la primera vez que debo defenderme a golpes. Lo que no quiere es que me exponga como una prostituta—. Alain tiene razón, es la única forma.

El Bronx, Nueva York
Domingo, 10 de mayo, 4:30 p. m.

—VAMOS, jefe —dice Freddy.

Esta vez fue él quien llamó a Smith por teléfono. Había estado en la oficina esperando el momento para actuar. Revisaba los informes de la Policía, buscando el del incidente en la Quinta Avenida. Cuando lo encontró, llamó a la Dirección de Tránsito para pedir las grabaciones de video. Por supuesto, la cámara del lugar había sido desactivada. Pero como conocía el trayecto que habían seguido, solo miró la siguiente cámara. Allí estaba la camioneta de Junior. Hubo varios testigos que habían visto la escena, la Policía no lo pudo ocultar. Así que con los testimonios, el muerto en el vehículo, con la bala de Ainara y las cámaras pudo armar un lindo paquete para su jefe. Smith se tragó el anzuelo.

Llegan en el coche de Freddy y bajan frente al depósito. De una camioneta salen otros seis agentes y se ponen en posición. Rodean el lugar.

—Avancen —ordena Smith.

Dos de los agentes levantan de un tirón la persiana y el resto se manda con las armas al frente. Pronto se dan cuenta de que solo hay dos personas en el lugar y la camioneta abandonada. Están atados en el suelo. Los agentes se les acercan.

—Este hombre está muerto, jefe —dice uno de los agentes luego de revisarle los signos vitales.

Freddy se arrima y también lo examina.

—No tiene heridas —afirma Freddy mientras le sostiene la cara para que su jefe vea la espuma en su boca—, fue envenenado.

—Esto es nuevo —dice Smith mientras camina hacia el otro hombre—. ¿Desde cuándo la señorita Pons envenena gente? Cuéntanos qué pasó aquí.

El hombre mira hacia otro lado y no dice nada.

—Te refrescaré la memoria —dice Smith parándose frente al sicario, otros dos agentes lo han levantado y lo sostienen de cada brazo—. Quisieron matar a la señorita Pons, pero ella los atrapó a ustedes. Los trajo aquí, los torturó, tu amigo murió y tú cantaste como un pájaro.

El hombre sigue mirando para otro lado.

—Es mejor que hables —prosigue Smith—, hay testigos que vieron todo lo que pasó en la Quinta Avenida. Si cooperas, saldrás más rápido.

—Es inútil, jefe —dice Freddy mientras se acerca y aparta a uno de los agentes para agarrar al sicario—. No dirá nada aquí, démosle tiempo para pensar. En la oficina hablará.

Freddy se lo lleva hacia la camioneta. El agente Smith los ve salir y luego comienza a dar instrucciones para realizar pericias en el lugar y la camioneta. Cuando cruzan la puerta de entrada, Freddy le habla al oído.

—Cuando lleguemos a la oficina, contarás todo. Te lo ordena el César. —El hombre manifiesta por primera vez una emoción, sorpresa —. Te ofreceré el programa de protección de testigos para ti y para quien quieras, incluso para el perro de tu madre. Si lo haces bien, el César te bendecirá.

EL PRIVADO

Algún lugar de Manhattan
Domingo, 10 de mayo, 10:00 p. m.

LOS HOMBRES de Maxwell entran al burdel. Revisan cada rincón con detenimiento, están acostumbrados a hacerlo. Yo uso una peluca rubia y lentes rojos. Solo llevo puesto un sostén de encaje negro. Los muchachos se rieron al verme, ya me cobraría esta broma. Fue Alain quien insistió en que me vistiera así. Él conocía a la dueña del burdel y arregló todo. Cincuenta mil dólares para ella y diez mil para cada una de las nueve chicas que estarían aquí esta noche, solo debían mantener la boca cerrada y tratarme como una más. Aparte de un pantalón de cuero negro, traigo una faja ancha en la cintura, anudada a un lado para esconder mi arma. La Magnum era muy grande, así que traje una pequeña Beretta guardada bajo la faja. Uno de los hombres de Maxwell me mira y se acerca.

—Eres nueva —dice y me roza el busto con el dorso de la mano. Contengo las ganas de romperle la muñeca y sonrío, tal vez tenga oportunidad de hacerlo más adelante—, al jefe le gustarás.

El hombre sigue su camino y me relajo. Ya pasé la inspección, ahora tengo que llegar a Maxwell.

—Me la pagarán por esto —digo en un susurro. El equipo escucha lo que sucede porque traigo puesto mi auricular. Excepto Kim y Andrew, están todos afuera por si llega a suceder algo. Incluso Freddy vino esta vez, necesitamos «poder de fuego».

Cuando sale el último de los guardias, ingresa William Maxwell. Es un hombre delgado y pequeño de unos cincuenta años. Usa lentes con mucho aumento y, si no fuera por su traje caro, cualquiera diría que es un oficinista, tal vez un contador. De inmediato, las chicas salen corriendo hacia él y yo las imito.

—Papi, papi… —gritan todas como suplicando su atención. Es denigrante, me niego a hacerlo.

—Mis niñas —responde él—. Hay papi para todas.

Dudo que pueda con más de una, pero debo seguir el juego. El tipo apesta.

Las chicas le besan las manos. Yo me quedo a un costado, no puedo hacer eso. Maxwell me mira.

—¿Tú no vienes, mi niña? —me dice— ¿Eres tímida?

—Sí, papi —respondo poniendo voz de nena avergonzada—, soy

muy tímida. Es mi primera vez y no puedo en público. ¿Me enseñarías en privado, papi?

—¿Ustedes qué dicen, niñas? —les pregunta a las demás, que siguen besándole brazos y piernas, arrodilladas.

—No, papi, no nos dejes —responden algunas.

—Es una golosa, te quiere para ella sola —dice otra.

—Te exprimirá y no dejará nada para nosotras —dice una tercera.

—Con que exprimirme —afirma, mirándome, y noto que se relame, es asqueroso—. No se preocupen, niñas, tengo para todas, vuelvo enseguida.

Maxwell se acerca y me aferro de su brazo, apoyando mis senos contra él.

—Enséñame, papi —le digo y lo guío hacia una habitación. Una vez allí, lo arrojo sobre la cama. Opuso un poco de resistencia, pero es un hombre débil, no tiene oportunidad contra mí.

—Así no, mi niña —dice tratando de incorporarse—, yo soy el que manda.

—Sí, papi —le digo, pero no le hago caso y me voy encima de él sin darle tiempo a que reaccione—. Solo déjame hacer algo primero.

Entonces, saco mi arma de la cintura y se la meto con brusquedad en la boca; creo que le astillé un diente. El hombre, sorprendido, intenta zafarse, pero le meto más el arma, que le llega hasta la garganta.

—No te muevas —le digo ya con otro tono en mi voz—. Ni siquiera necesito apretar el gatillo para terminar contigo. Con presionar el arma un poco más será suficiente para matarte. Así que no hagas nada estúpido y escucha.

Maxwell abre grandes los ojos, al fin me ha reconocido.

—Esta es tu oportunidad —le digo, apretando el arma hasta producirle arcadas—, estoy cansada del Ajedrecista. ¿Qué te parece si terminamos con él, tú tomas su lugar y me dejan en paz?

Lo miro un instante y hago un poco más de presión con la Beretta. Luego la saco lentamente y, cuando está afuera, la limpio en su traje, tenía un poco de sangre.

—Estás loca —me dice haciéndose el agresivo—, nunca saldrás de aquí con vida…

Le vuelvo a meter el arma en la boca y aprieto. Estoy sobre él. Intenta mover los brazos, no sé qué pretende, porque basta que les ponga las rodillas encima para que no se pueda mover más.

—Ahora piensa un poco antes de volver a hablar —le digo muy tranquila—. ¿Quién crees que tiene más posibilidades de morir primero? Solo mira a tu alrededor y te darás cuenta.

Cuando veo que se calma, vuelvo a sacar el arma. Se queda callado, supongo que comprendió que no me puede amedrentar.

—Lo que pides es imposible —dice cambiando su estrategia, ahora trata de persuadirme—. No se puede traicionar al Ajedrecista, él está siempre diez jugadas adelante. Descubriría todo y nos mataría a los dos…

Le vuelvo a meter el arma en la boca.

—Para tener un puesto tan importante en el Anillo Negro, eres bastante estúpido —le digo—. Aún no te has dado cuenta de que la única forma de que llegues vivo a mañana es que hagas lo que te digo. Sobreestimas al Ajedrecista y me subestimas a mí. Ya han muerto una treintena de sus hombres y mi equipo sigue sin un rasguño, tiene un ejército detrás de mí y ni siquiera se ha acercado. Hay una pistola en la boca de su número dos y él debe estar durmiendo muy tranquilo. En cuanto dé la señal, tu gente allí afuera será aniquilada, no sería la primera vez que hacemos algo así, y lo sabes. ¿En serio crees que el Ajedrecista está diez jugadas adelante?

Le quito la pistola otra vez de la boca y le hago un gesto para que hable.

—¿Qué pretendes? —me pregunta.

—Ahora nos entendemos —le digo—. Solo debes decirme en qué momento estará más vulnerable. Yo aparezco, me encargo de Victor Kozlov y tú te conviertes en el nuevo líder del Anillo Negro. Es simple.

El hombre me mira asombrado. Que yo conozca el nombre del Ajedrecista era algo que no esperaba. Está comprendiendo que soy más peligrosa de lo que se imaginaba.

—Aunque acabaras con el Ajedrecista —dice y por primera vez advierto que lo está pensando seriamente—, el Camaleón seguirá tras de ti, él es quien en principio inició esto. Le encargará matarte a alguien más.

—Lo del Camaleón lo resolveré después —le digo—. A cada rama del Anillo que venga en mi contra le pasará lo mismo, terminaré con su líder y pondré a alguien más en su lugar que comprenda que conmigo no se juega. ¿Tú comprendes eso o debo buscar a otro?

—Comprendo —dice al sentir que le apoyo el arma en los labios. Entonces la levanto. Creo que estamos llegando a algo.

—Dime cómo hacemos —le digo—. Tú eres la persona más cercana a él y quiero acabar con esto ya mismo, si me propones esperar, buscaré a otro que tenga los huevos para hacerlo.

Le vuelvo a acercar el arma a la boca y él reacciona.

—Está bien, está bien —me dice resignado—. Te ayudaré, pero luego me dejarás en paz.

—Si no te metes conmigo…

—Está bien —repite—. Mañana es tu oportunidad. Hay planeada una reunión entre el Ajedrecista y el líder del Anillo Rojo en una de mis empresas. Yo soy el encargado de la seguridad. Entras, acabas con

él, me tomas a mí de rehén para que el hombre del Anillo Rojo vea que yo no tengo nada que ver y te vas. Luego no quiero saber nada de ti. A fin de cuentas, el Ajedrecista me tiene harto y al Camaleón también, estará contento de que ocupe su puesto.

—Bien —contesto. Ya lo tenemos—. Dame toda la información.

JAQUE A LA DAMA

Wallace Street, Manhattan
Lunes, 11 de mayo, 4:00 p. m.

—ANDREW —digo por el intercomunicador que está en mi auricular.

—Todo en orden, Ainara —responde desde el búnker—. Por las cámaras no se ven movimientos extraños y los códigos de seguridad que te dio Maxwell funcionan a la perfección.

—Kim.

—Sí, Ainara —escucho decir a Kim también a través de mi auricular—. Mi parte ya está hecha. Si no pasa nada raro, será todo simultáneo.

—Bien —respondo—. ¿Sabes algo de Freddy?

—Me acaba de escribir —contesta Kim—. Está todo listo, en cuanto empiece el *show*, el FBI no tendrá más posibilidad que actuar.

—Perfecto —afirmo—. Es nuestro turno entonces.

Miro a Peter y él me devuelve la mirada con una sonrisa.

—Como en los viejos tiempos —me dice y ahora soy yo quien sonríe. Más de una vez estuvimos juntos esperando el momento de entrar en acción. Era lo que hacíamos, atrapar a los malos. Éramos muy buenos en ello, el mejor equipo del FBI. Esto es exactamente lo mismo, pero sin placa. Muchos recuerdos me vienen a la mente y estoy segura de que a Peter también. La vida nos separó, la vida nos volvió a unir, esperemos que nos quede tiempo para disfrutarla. Pero no apostaría a ello en este momento, no sé cuánto podemos confiar en Maxwell. Hasta ahora ha cumplido, veremos cuando estemos adentro.

Estamos con Alain y Junior en un bar a una calle del edificio de Maxwell. Entraremos por una puerta trasera que utiliza el servicio de limpieza. Junior se quedará allí y hará guardia mientras nosotros ingresamos al lugar. Maxwell nos indicó cómo acceder al quinto piso, donde se lleva a cabo la reunión. Si el hombre cumple con su palabra, no habrá problemas. Esperemos que así sea.

—Vamos —dice con apuro Alain, sacándome de mis pensamientos. Hoy Andrew consiguió una foto de Kozlov, por lo que ya sabemos cómo es, y no cometeremos errores.

Salimos del bar y caminamos los cuatro hacia el edificio. La parte trasera está tranquila, solo hay un guardia de seguridad. Junior se aleja y sigue caminando, el resto nos detenemos frente a la casilla. Le mostramos la credencial falsa que nos hizo esta mañana Andrew, con

los datos que nos dio Maxwell, y entramos. Tengo el cabello recogido y lentes oscuros, no creo que me reconozca. Atravesamos primero el área de lavandería, donde hay un par de personas trabajando que no se molestan en mirarnos. Luego pasamos a un corredor común, a un costado del vestíbulo. Rápidamente abrimos la puerta de la escalera y entramos. No creo que nos hayan visto, y si así fuera, tampoco hubiéramos llamado demasiado la atención, solo éramos tres personas caminando.

No hay nadie, así que empezamos a subir. Cuando estamos en el primer piso, la puerta que da al corredor se abre y entra un hombre con un café en la mano. Nos mira y lo miramos. Tiene el logo de T&T en la chaqueta. Vuelve a mirarme y suelta el café. Va a sacar un arma, pero Peter le asesta un puñetazo. El hombre da contra la pared y Peter no le da posibilidad de reacción, le cae encima y le da uno, dos, tres puñetazos más en el rostro. Creo que el último no era necesario, el hombre ya estaba inconsciente dos golpes atrás.

—¿No era que no había guardias hasta el cuarto piso? —pregunta Alain en voz baja mientras arrastra al hombre lejos de la puerta y fuera de la visión de cualquiera que pudiera asomarse desde arriba. Saca un precinto de sus ropas y lo ata.

—Silencio —pido susurrando—. El hombre quiso tomar un café a solas, nada más. No hay de qué preocuparnos.

Nos quedamos quietos unos instantes, esperando que nadie nos hubiera escuchado. Maxwell dijo que podría haber un guardia en la escalera a la altura del cuarto piso. Al ver que no hay movimientos, seguimos subiendo un piso más. Antes de seguir hacia el cuarto, Alain nos hace señas de que irá él primero. Nos quedamos esperando y lo escuchamos hablar.

—¿Sabes dónde es la reunión? —se oye preguntar a Alain.

—¿De qué hablas? —dice alguien—. ¿Quién eres?

—La reunión —repite Alain—. La del planeta de los sueños.

Se escuchan ruidos, golpes y subimos con Peter. Cuando llegamos, vemos a otro guardia en el suelo y a Alain atándole las manos y los pies a la espalda.

—Hablas más que tu padre —dice Peter—, pero eres igual de efectivo.

—Gracias —contesta Alain sonriendo.

—No es momento de cumplidos —digo, concentrándome en lo que sigue— ¿Qué ves, Andrew?

—Corredor vacío —responde Andrew, que monitorea el lugar por las cámaras del edificio—. Dos guardias en la sala.

Abro la puerta que da al corredor y nos preparamos. Debemos pasar por el cuarto de seguridad. Como dijo Andrew, habrá dos personas.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunta Alain cuando estamos frente a la puerta.

—Solo lo hacemos —respondo y abro la puerta sin esperar confirmación. Entramos los tres de golpe y nos lanzamos a la mesa donde están sentados los dos guardias. Intentan sacar sus armas, pero no les damos tiempo. Con una patada lateral en la cabeza, tumbo a uno de su silla. Peter le da una patada frontal en el pecho a otro. Alain le saca el arma al que tiré yo y lo noquea con un puñetazo en la nariz. El otro forcejea con Peter, así que me acerco y le doy un culatazo con mi Magnum en la sien que lo deja fuera de combate.

Alain saca más precintos y los amarra uno contra el otro a un mueble.

—Bien, ahora viene la parte difícil —digo y me acerco a la ventana. Veo la escalera de incendios.

—Es por aquí —continúo y abro la ventana—. ¿Andrew?

—La sala está vacía —me responde—. Los tres guardias están en el corredor junto a la puerta de la reunión. Tal cual lo aseguró Maxwell.

Subo yo primero y me asomo al cuarto de arriba. Como me prometió Maxwell y confirmó Andrew, no hay nadie allí. Nos dijo que desplegaría a sus hombres por el pasillo para dejarnos esta habitación libre. Alain pasa delante de mí y con una herramienta de punta de diamante corta el vidrio. Lo retira, mete la mano y abre la ventana. Entramos los tres.

—Ya estamos —digo y los observo. Luego miro la puerta que está a un costado, da a la sala de reunión.

—No tengo cámara en esa sala —dice Andrew—. Enciende la tuya, Ainara, así veo lo que sucede.

Enciendo una pequeña cámara que llevo oculta en la solapa de mi chaqueta. Sacamos nuestras armas y nos acercamos. Aproximo el oído a la puerta y escucho voces.

—Están ahí —digo en voz baja. Los miro una última vez y ellos asienten con la cabeza. Si lo hacemos bien, mañana dormiremos tranquilos.

Abro la puerta y arremetemos. Hay tres hombres sentados. Yo me lanzo a Kozlov, Peter a Maxwell y Alain al tercer hombre, que debía ser el líder del Anillo Rojo. Les apuntamos a la cabeza y ellos no se mueven. Maxwell se hace el sorprendido.

—¡Qué diablos! —exclama el del Anillo Rojo. Kozlov no se inmuta.

—Por fin nos vemos frente a frente, señorita Pons —dice el Ajedrecista con toda tranquilidad—. Esperaba no llegar a esto, pero si tiene que ser así…

—Claro que no lo esperabas —le replico—, los de tu clase nunca se ensucian las manos.

—Es verdad —dice Kozlov—, no me gusta ensuciarme, para eso

hay otra gente.

—Ya no más, Kozlov —le aseguro—, esto se termina aquí.

—Tienes razón —dice aún sin inmutarse—, se termina aquí. Si bajas el arma, dejaré que tus amigos se vayan. No tengo nada en contra de ellos.

—No estás en condiciones de ofrecer nada —le contesto.

—Ya basta de charla —dice el hombre del Anillo Rojo poniéndose de pie. Alain da un paso atrás y lo sigue apuntando—. Entren de una vez.

De repente, la puerta principal se abre y entra una docena de hombres armados. Los miro a los muchachos sin entender. Todos nos apuntan y nos cubrimos detrás de nuestros hombres.

—No había cámara en esa sala tampoco —se disculpa Andrew por el auricular, desesperado. Él está viendo todo por la cámara que llevo conmigo y está tan sorprendido como nosotros—, no los vi venir.

—No seas estúpida, Pons —me dice Kozlov mientras lo sostengo con un brazo y le apunto la Magnum a la cabeza—. Tienes la oportunidad de salvar a tus amigos. A ti, claro, no puedo dejarte ir, pero ellos. Ni siquiera deben bajar sus armas, solo que se vayan.

Los miro a los muchachos y pienso que tal vez sea la única opción. Mi vida por la de ellos, es mejor eso a que estemos los tres muertos. Ellos entienden lo que estoy pensando y me dicen que no con la cabeza.

—¿En verdad creíste que podrías hacer esto? —pregunta el Ajedrecista—. Escucha.

Saca su móvil y presiona el botón de *play*, reconozco la voz: «A fin de cuentas, el Ajedrecista me tiene harto y al Camaleón también, estará contento de que ocupe su puesto».

Es la conversación que tuve con Maxwell en el burdel.

—Al menos en algo tenías razón, William —dice Kozlov—, siempre estoy diez jugadas adelante. Ese burdel está lleno de mis micrófonos. Siempre pensé que eras un estúpido, pero no imaginé qué tanto. Ya no me sirves.

Suena un estruendo y veo a Maxwell contorsionarse en los brazos de Peter. Hay sangre en su pecho. Peter lo suelta y el hombre cae pesado al suelo. Mi compañero se me queda mirando sin saber a dónde apuntar. Al final, baja el arma porque entiende que no tiene sentido. Podría matar a tres o cuatro con su ametralladora antes de caer, pero con eso no alcanza. Lo miro a Alain y él hace lo mismo, baja su arma. Ninguno la suelta, pero apuntan hacia abajo, es un modo de relajar la tensión. Yo también suelto al Ajedrecista. Debo velar por la vida de mis amigos. Al menos, tengo que estirar esto lo más posible. Solo así tendremos una posibilidad.

—Bueno, Pons —dice Kozlov—. Como la seguridad estaba a cargo

de Maxwell y no quería levantar sospechas, tuve que pedirle ayuda a mi amigo del Anillo Rojo. Sus mercenarios son muy eficientes. ¿Mueren los tres o solo tú?

No digo nada. Miro a mis amigos, ellos vuelven a negar con la cabeza. De todos modos, no hay ninguna certeza de que los dejen salir con vida. Tal vez sea el momento de empezar a los tiros y ver qué pasa. Aprieto mi arma y veo que Peter y Alain hacen lo mismo. Llegó el momento.

—Qué diablos —dice el Ajedrecista—, acaben con to…

Kozlov no termina de dar la orden de matarnos porque entra un hombre apurado y va a hablar con el líder del Anillo Rojo. Le dice algo al oído y luego le muestra el móvil. El hombre mira unos segundos y sonríe. Entonces, escucho la voz de Junior en el auricular.

—La prensa ya está aquí —me dice.

—¿Qué sucede? —pregunta el Ajedrecista.

—Mira —dice el otro jefe y gira el teléfono—, eres muy fotogénico.

—¿Qué es eso? —pregunta Kozlov y se acerca a ver el móvil, donde aparecía una foto suya.

—Eres tú en el noticiero. Me acaban de contar que han hecho un interesante reportaje sobre el Ajedrecista y el Anillo Negro. Están transmitiendo en directo desde la puerta del edificio.

—¿Qué? —pregunta Kozlov, que empieza a perder la compostura y se arrima a la ventana a mirar hacia abajo— ¡Mierda!

Da un paso atrás para alejarse del cristal, no quiere que las cámaras lo enfoquen. Otro de los hombres se le acerca al jefe.

—Señor —dice—, el FBI está en camino. Mis informantes me avisan que estaban preparando un caso contra Kozlov en secreto, pero el reportaje de Katy Ross en la televisión aceleró todo. Lo vienen a arrestar.

—Okey —dice el jefe y sonríe. Me mira y luego lo ve al Ajedrecista —, debemos irnos. Victor, estás por tu cuenta.

—Espera —dice Kozlov totalmente fuera de control—, ¡mátala, mátala!

—Ella no es mi problema —dice el líder del Anillo Rojo mientras se marcha. Entonces, se detiene y gira a verme de nuevo—. Fue un gusto conocerla, señorita Pons, es más astuta de lo que imaginaba. Espero no volver a verla, pero si sucede, recuerde que le perdoné la vida.

El hombre sonríe otra vez como si recordara una broma y se marcha con su pequeño ejército. Otra vez los tres levantamos nuestras armas y apuntamos a Kozlov. Caminamos hacia él mientras retrocede.

—Les daré lo que quieran —dice Kozlov tratando de sobornarnos —. Las monedas que me quitaron no son nada. Les puedo dar diez, cien millones.

—No entiendes nada, Kozlov —le digo sin dejar de apuntarle. No se atreve a decir ni hacer nada más. Sabe que ha perdido.

EPÍLOGO

Hotel Waldorf Astoria, Manhattan
Miércoles, 13 de mayo, 7:00 p. m.

ESTAMOS en un hotel de lujo. Es una enorme habitación que rentó Kim. Tenemos una deliciosa cena frente a nosotros y una botella de champán.

—¿No será mucho? —pregunta Junior, observando el banquete que nos estamos por dar.

—Nada de eso —responde Kim, contenta—. Debemos festejar y tenemos los medios para hacerlo. Aunque sea esta noche, disfrutemos de nuestro éxito.

Kim tiene razón, es hora de festejar. No sabemos lo que pasará mañana, pero hoy podemos relajarnos. Ayer pasamos todo el día encerrados en el búnker, queríamos estar seguros de que todo había terminado. Apenas pudimos salir del edificio de Maxwell sin ser descubiertos. Con la calle llena de reporteros y policías, fue un milagro que nadie nos detuviera. Las noticias pusieron a Kozlov tras las rejas. Habrá que ver luego lo que negocian sus abogados, pero la opinión pública ya lo condenó. La cámara que llevaba conmigo fue el broche de oro para la entrevista. El video se transmitió entero ayer por la noche en un programa especial de Katy Ross. Se vio con claridad cuando Kozlov le dijo a Maxwell que ya no le servía y lo mataron. Andrew pixeló los rostros de Alain y Peter, y sacó el sonido en las partes que se mencionaba mi nombre. Así que nadie puede reconocernos. El FBI confirmó todo lo que apareció en la entrevista. La evasión de impuestos, el lavado de dinero, el espionaje, los matones a sueldo y la complicidad de la Policía. El detalle de Kozlov amarrado al cadáver de Maxwell, creo que fue un poco de mal gusto. Pero Alain tiene un humor muy especial y no me opuse cuando comenzó a usar sus precintos.

—La entrevista de Ross hablaba solo del Anillo Negro —dice Freddy—, pero no decía nada del Anillo.

—Si hubiera dicho algo del Anillo —le explico a Freddy lo mismo que Kim le dijo a la periodista—, la entrevista nunca hubiera salido a la luz. Lo que entendí de las cosas que me dijo Maxwell es que el Camaleón creía que el Ajedrecista se estaba convirtiendo en una amenaza para él. Así que fue por eso que nadie se interpuso y salió la

entrevista. Tuvo su visto bueno.

—¿Dices que el Camaleón le bajó el dedo a Kozlov? —pregunta Peter—. ¿Que todo fue una trampa para el Ajedrecista?

—No estoy segura —respondo—, pero en un enfrentamiento entre nosotros y el Ajedrecista, sin importar el resultado, el Camaleón saldría ganando. Al final, eliminó a la competencia.

—Haces que nuestro triunfo suene como una farsa —dice Andrew, frustrado.

—No, no es eso —aclaro—. Nos fue bien, sacamos a una enorme organización delictiva del juego, ganamos un buen dinero, le mostramos al Anillo que no puede jugar con nosotros, y tenemos un tiempo de tranquilidad.

—¿Por qué crees que tendremos tranquilidad? —pregunta Kim—. El Camaleón es quien te quiere muerta, ¿por qué se detendría?

—El Anillo Negro lavaba el dinero de toda la organización —explico mientras extiendo la mano para agarrar una copa de langostinos. Alain ya está comiendo desde hace rato—. Por más que esto le haya servido al Camaleón, ahora deben estar quemando muchos documentos. Les llevará un tiempo cubrir todas sus huellas y distanciarse del Ajedrecista. De hecho, la bolsa se desplomó al saberse que el Alfil Negro estaba sucio. Por ahora prefieren el mar calmo, no querrán hacer más olas. Hacernos la guerra llama mucho la atención y los deja expuestos. Aprendieron que no pueden manejar a toda la prensa, no querrán repetir ese error.

—¿Crees que en algún momento volverán tras nosotros? —pregunta Junior cuando termina de masticar algo.

Me alzo de hombros.

—No sé lo que pasa por la cabeza de esta gente —prosigo—. A no ser que se lo tomen como algo personal, imagino que preferirán evitarnos.

—Sería bueno que nosotros también los evitemos —dice Freddy—. Con el dinero que hemos obtenido, podemos darnos el lujo de elegir mejor nuestros casos y alejarnos del Anillo. Por otro lado, Smith ganó muchos puntos con este operativo, tal vez también se calme con respecto a ti. De hecho, creo que está entendiendo que jugamos para el mismo bando, pero es muy duro, le costará aceptarlo. «Justiciera misteriosa».

Todos ríen al escuchar a Freddy. Así fue como me bautizó Katy Ross en su programa. Dijo algo así como que la justiciera misteriosa había logrado más que la Policía. Si bien siempre buscamos el anonimato, un poco de buena prensa no nos vendrá mal. No es que podamos vendernos de esa manera, pero el FBI y la Policía no tendrán tanta prisa en atraparnos si no nos consideran un peligro.

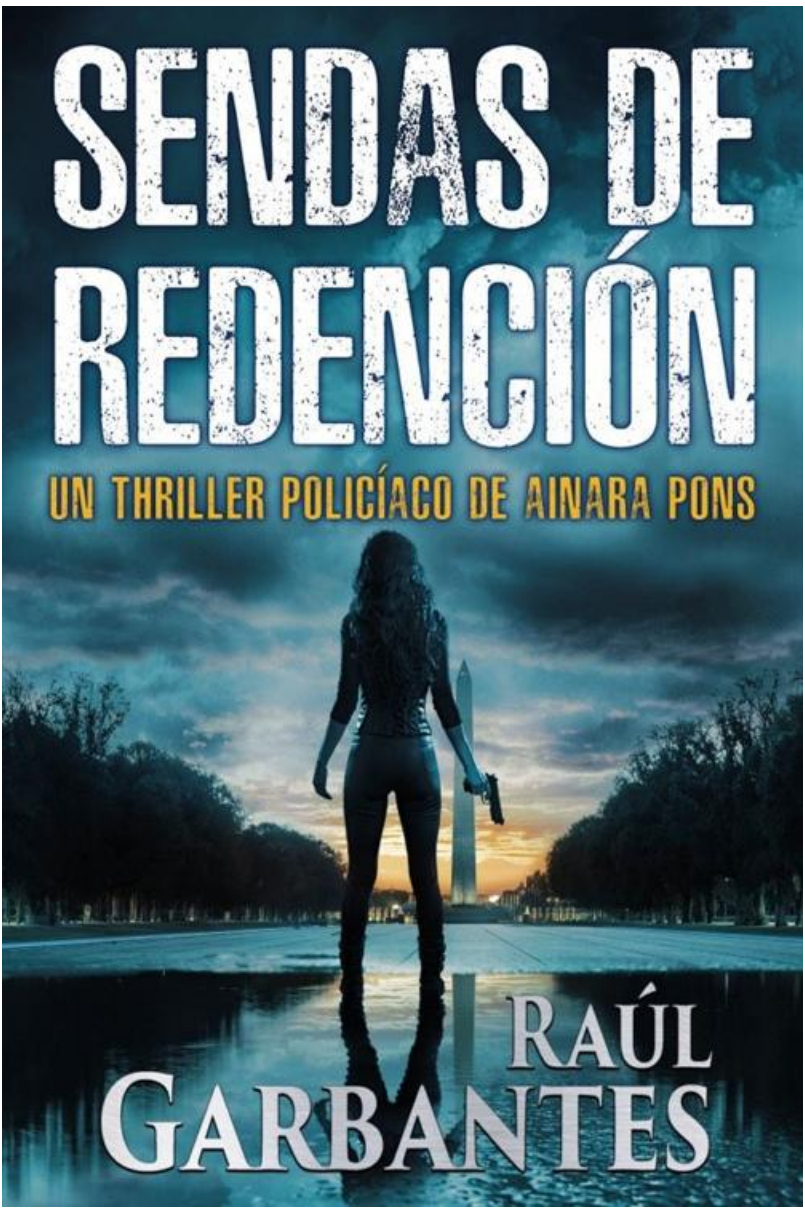
—¿Qué haremos ahora? —pregunta Peter y lo miro. Respondo casi

sin pensar.

—Tal vez retirarnos.

FIN

Ainara regresa en la novena novela de la serie*: Sendas de redención*.
Obtenla aquí:
https://geni.us/SendasDeRedencion



Puedes encontrar todas las novelas de la serie de Ainara Pons aquí:
https://geni.us/SerieAinaraPons

NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela.

Si te gustó mi obra, por favor déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma □

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:
Amazon.com - haz clic AQUÍ
Amazon.es - haz clic AQUÍ
Amazon.com.mx - haz clic AQUÍ

¿Sabías que ahora también puedes disfrutar de mis historias en audiolibros? Te invito a gozar de esta experiencia con mi relato *Los desaparecidos*. Escúchalo **gratis** aquí:
https://soundcloud.com/raulgarbantes/losdesaparecidos

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes

ÍNDICE

Créditos

Prólogo
1. Bajo ataque
2. Peón 8
3. Lo seguirán intentando
4. Mal herido
5. Esto recién empieza
6. El cachorro creció bastante
7. Yo sola no puedo
8. Esto no es casual
9. Falsas esperanzas
10. No sé cuánto tiempo tengo
11. Nunca me abandonarías
12. ¿Ahora qué hago?
13. Un cadáver más
14. Devolver el golpe
15. Encontrar al rey
16. Tinte para el cabello
17. Conozco una chica que lo hará
18. Está hecho
19. El ajedrecista
20. ¿Eres tú?
21. Bennett
22. Lobo solitario
23. La brecha
24. Encubrimiento
25. Él no te lo perdonará
26. Pensar en retirarnos
27. Los Anillos
28. Pruebas circunstanciales
29. La Policía está sucia
30. Pueden encontrarnos a todos
31. Ve por tu Pulitzer
32. ¡Por Dios!
33. El César
34. El pájaro cantor
35. El privado
36. Jaque a la dama
Epílogo

Notas del autor